LEXI THURMAN



EL HONOR DE BRIDGETT

Prólogo

Seis años antes…

Bridgett detestaba las visitas.

Cada vez que alguien importante llegaba al castillo, su padre la obligaba a enfundarse en aquellos vestidos que su hermana consideraba bonitos, pero que para Bridgett no eran más que una cárcel de telas y costuras. El castillo entero se transformaba en un escenario de agitación: los sirvientes iban de un lado a otro apresurados; los mozos de cuadra corrían hacia los establos para preparar espacio a los caballos forasteros; y en la cocina, el bullicio era aún peor.

Bueno, aunque llamar «importante» al laird de los Fraser y a su hijo era mucho decir.

A sus trece años, Bridgett se tenía a sí misma por entendida en cuestiones de estrategia militar y, a pesar de ser inglesa, conocía los nombres de los principales clanes escoceses. Aun así, jamás había escuchado hablar de los Fraser, lo cual, a su entender, decía bastante sobre su supuesto prestigio.

Por eso Bridgett comprendió aún menos que su progenitor se mostrase más complaciente de lo normal; incluso, nervioso. El barón de Mowbray nunca se sometía ante nadie y, menos aún, ante escoceses. O eso era lo que Bridgett le escuchaba repetir en la sala de estrategias.

Una sala a la que le estaba prohibido entrar, pero eso no la detenía. Bridgett había descubierto que, si se deslizaba por el pasillo del ala norte y se agachaba junto a una vieja grieta en la pared de piedra, podía escuchar las voces que se filtraban desde dentro. Allí, conteniendo la respiración y con el oído pegado a la fría roca, atrapaba fragmentos de discusiones y órdenes dadas con voz autoritaria.

Había sido su secreto hasta que su padre la descubrió un mes atrás. Pero, lejos de prohibírselo, se había reído. Porque su

progenitor no prohibía los anhelos de Bridgett, y eso era algo que ella, a pesar de su corta edad, ya le agradecía.

Su confusión aumentó cuando su padre celebró una comida privada con el laird de los Fraser y su hijo, a la que su hermano y su hermana fueron invitados, pero ella no fue convocada.

—¿Por qué papá no me ha invitado a la comida? —le preguntó a su hermana Amelia cuando terminó. No es que a Bridgett le importara conocer a ese laird Fraser y a su hijo, pero no alcanzaba a comprender por qué sus hermanos habían sido llamados y ella no, y menos cuando su hermano era un año más joven que ella.

Sin embargo, Amelia no parecía prestarle la mínima atención. Aunque eso no era raro en su hermana. Amelia era la soñadora de las dos, la que siempre tenía la cabeza en las nubes, la que estaba en contra de la violencia y pensaba que las disputas podían arreglarse con palabras y un buen corazón.

Bridgett adoraba a Amelia, la quería por encima de todo, pero creía que era demasiado ingenua. Y pese a que Bridgett era dos años más pequeña, se sentía en la obligación de protegerla.

—Es taaan apuesto —suspiró Amelia mientras se llevaba una mano al corazón.

—Un hombre no debe ser apuesto —dijo Edward, su hermano pequeño, haciendo una mueca—. Debe ser valiente y un buen guerrero. Como lo soy yo.

—Tú solo eres un niño —refutó Amelia—. Él tiene dieciséis años, es un hombre. Y es valiente y un gran guerrero. Pero, ante todo, es muy apuesto.

—¿Quién? —preguntó Bridgett—. ¿Quién es tan apuesto?

Edward negó con la cabeza y se alejó por el largo pasillo de piedra.

—¿De quién habláis? —repitió Bridgett, exasperada.

Amelia agarró a Bridgett de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella, y tiró con fuerza hasta que llegaron a un hueco del pasillo del castillo. Miró a ambos lados, como si quisiera mantener aquella conversación privada, lejos de las miradas indiscretas.

—Rowan —respondió Amelia.

—¿Rowan? —Bridgett frunció el ceño—. ¿El hijo del laird Fraser?

Amelia alzó las manos de Bridgett y las suyas, que aún seguían entrelazadas, y las movió en el aire.

—¡Estoy comprometida, hermana! ¡Me voy a casar!

—¿Cómo que te casas? ¿Con quién? —balbuceó Bridgett, incapaz de disimular su incredulidad.

—Con Rowan, necia —contestó Amelia, como si la respuesta fuese obvia.

De pronto, todo encajó en la mente de Bridgett. Por eso su padre había estado tan nervioso, y por eso tampoco la había invitado a la mesa ese día. Pues bien sabía que ella se opondría.

Amelia apenas contaba con quince veranos. Bridgett era consciente de que el compromiso llegaría tarde o temprano, pero había esperado que fuera con alguien a quien su hermana amase. Y, en su fuero interno, con un inglés. Escocia quedaba demasiado lejos; lejos de ella. Bridgett sentía que era su deber cuidar de Amelia.

—¿Y cuándo será la boda? —indagó Bridgett con voz contenida.

—Aún no se ha fijado la fecha, pero confío en que sea pronto —dijo Amelia, con los ojos brillantes—. No puedo esperar a convertirme en su esposa.

—No lo conoces, Amelia. Padre no puede forzarte. Me juró que nunca nos obligaría a casarnos a ninguna de las dos.

Bridgett le había sacado esa promesa a su padre cuando comprendió que las mujeres debían casarse fuese o no su deseo. Y ella, por todos los santos, jamás lo haría.

Amelia apartó las manos de las de Bridgett. De los tres hermanos, Amelia siempre había sido la más comedida, la que siempre hacía lo correcto sin dudar, la que obraba con rectitud sin vacilar. Pero Bridgett la conocía como si leyera un pergamino abierto. Y Amelia no parecía apenada; parecía feliz.

¿Feliz? ¿Por qué estaría feliz con aquel disparate?

—Él no me fuerza, Bridgett. —Amelia apoyó su espalda sobre la pared de piedra y añadió con aire soñador—: Es amor.

—¿Amor? —repitió Bridgett, que no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban—. ¿Qué disparates estás diciendo, Amelia? ¿Cómo va a ser amor si no lo conoces?

—Pero con el tiempo llegará —le respondió Amelia con una seguridad que hizo que la loca pareciera Bridgett—. Él es el hombre de mis sueños, Bridgett. Soy taaaan afortunada.

—Hablas como una niña.

—Por una vez, deja de ser aguafiestas. —Amelia se incorporó de un salto, con las mejillas encendidas—. ¡Hoy es un día de alegría!

Bridgett se cruzó de brazos, frunciendo la nariz con desdén.

—A mí no me lo parece. No sé qué embrujo te ha atrapado, pero ese Rowan no es para ti.

Amelia soltó una risa ligera, como si las palabras de su hermana fueran el chiste más absurdo.

—Si ni siquiera lo conoces…

—Tú tampoco —evidenció Bridgett, entornando los ojos—. Y ya afirmas amarlo.

—Ya verás que, cuando conozcas a Rowan Fraser, vas a amarlo tanto como yo —le aseguró Amelia. Y sin darle opción a responder, se marchó dando saltitos por el pasillo.

Bridgett no sabía qué clase de hechizo le habían lanzado a Amelia para tenerla tan deslumbrada, pero de algo estaba tan segura como de que el agua moja: no iba a amar a Rowan Fraser. Eso nunca sucedería. No necesitaba conocerlo para saberlo. Y confiaba en que, cuando el sol se ocultase entre los montes, su hermana habría entrado en razón.

Pero, a medida que el día avanzaba, Bridgett se dio cuenta de que Amelia no solo no había recobrado el juicio, sino que parecía que la mayor parte del castillo había sucumbido al hechizo en el que Amelia había caído. Más concretamente, toda la población femenina; incluso, para su sorpresa, algún que otro hombre.

Todas suspiraban de aquel modo tan exasperante en que lo había hecho Amelia, llevándose la mano al pecho y murmurando maravillas sobre lo apuesto y cortés que era Rowan Fraser, como si se tratase de un caballero salido de una balada y ellas no fueran más que doncellas dispuestas a desmayarse a sus pies. Desde las muchachas más jóvenes hasta las más mayores del castillo, todas parecían encantadas con aquel hombre.

Bridgett no lo había visto; ni le importaba hacerlo. Aprovechando el caos, se desprendió de aquel incómodo y ridículo vestido que su padre la había obligado a llevar y decidió escapar, lejos de aquella absurda fiebre de amor que parecía haber contagiado a todo el castillo.

Y como siempre que quería evadirse, Bridgett acudió a su lugar favorito dentro de los muros.

Recorrió el pasillo lateral de la planta baja del castillo, que tan solo unos pocos sirvientes y ella atravesaban. Bridgett avanzó por la fría piedra prácticamente a ciegas; conocía tan bien el camino que ni siquiera necesitaba una antorcha. Empujó la puerta de madera gastada que se encontraba al final del corredor, por la que se colaban pequeños rayos de sol.

Al cruzar el umbral, se adentró en su refugio, su pequeño paraíso personal.

Bridgett inspiró con profundidad, dejando que el familiar aroma a lavanda, romero y brezo escocés la invadiera. Se trataba de un espacio cuadrado, quizá no más amplio que una habitación grande del castillo, resguardado detrás de una de las torres laterales. Era un pequeño jardín, en el que crecían flores: pequeñas lavandas, rosas silvestres de tonos suaves, margaritas y, la favorita de Bridgett, brezo escocés. Todas las había plantado su madre con dedicación. También había unas pocas plantas y hierbas medicinales. Un sendero de piedras irregulares dividía el espacio, permitiendo caminar sin dañar las hierbas que crecían a ambos lados.

En un rincón del jardín se alzaba un naranjo, con ramas gruesas y extendidas que ofrecían sombra sobre parte de los parterres. Sus hojas verdes y brillantes contrastaban con los cítricos naranjas colgando en racimos, como pequeñas joyas dispersas entre la vegetación.

Aquel había sido el lugar favorito de la madre de Bridgett. Esta no la recordaba, pues había fallecido poco después del nacimiento de su hermano Edward, pero había sido Muireall, la sirvienta que había cuidado de ella y de su madre cuando esta era pequeña, quien le había mostrado aquella joya.

Al igual que les había enseñado gaélico escocés a los tres hermanos, también les había sido transmitido el amor por las Highlands, tierras en las que su madre y Muireall habían nacido. Tierras en las que Bridgett nunca había estado, pero que internamente deseaba conocer. Aunque no para acudir a la boda de su hermana.

No, para eso no.

Bridgett había soñado con visitarlas, pero como guerrera, como emisaria de su padre. Porque deseaba conocer el clan MacDuff, al que su madre perteneció y que abandonó por amor a su padre.

Bridgett no entendía cómo su madre podía haberlo dejado todo por amor, pues ella no creía en tal sentimiento. Y no era por su corta edad; estaba convencida de que nunca creería en él. Porque, ¿de qué le había servido a su madre dejarlo todo? ¿De qué, si al final había fallecido sin ver crecer a sus hijos y sin poder compartir una vida junto al hombre que amaba?

Y su padre, aquel soldado fuerte y fiero que todos respetaban, Bridgett lo había sorprendido más de una vez llorando frente a la tumba de su esposa, cuando creía que nadie lo observaba; incluso después de tantos años. Aquello era prueba suficiente de que el amor no fortalecía: quebraba, doblegaba y, al final, dejaba más heridas que consuelo. Y Bridgett no podía permitirse ser débil. No cuando su anhelo era ser una guerrera, una mujer que ayudase a defender el castillo, no que se limitase a bordar frente al fuego.

Se tumbó sobre el tronco caído, entrecerrando los ojos y dejándose mecer por la calma que la rodeaba. Estaba a punto de quedarse dormida cuando unos pasos la sobresaltaron. Se incorporó de un salto, pensando que se trataría de su hermana Amelia o, tal vez, de algún sirviente enviado por su padre.

Sin embargo, se puso en guardia cuando vio quién cruzaba la puerta entreabierta. Era un hombre joven, aunque aparentaba tres o cuatro años más que ella. Su cabello castaño, con destellos dorados, caía con cuidado hasta los hombros, enmarcando un rostro que a Bridgett le recordó a los héroes de los cantos de los bardos que tanto deleitaban a su hermana: cejas pobladas y firmes, nariz recta y algo prominente, pómulos bien definidos, y mandíbula fuerte. Pero

lo que más la sorprendió fueron sus ojos: de un azul claro, semejantes al cielo despejado.

—¿Quién sois? —preguntó Bridgett, poniéndose en pie de un salto.

El joven, en lugar de responder, la recorrió con la mirada de arriba abajo y, con descaro, soltó:

—¿Qué es eso que lleváis puesto?

Bridgett siguió el rumbo de sus ojos y bajó la vista.

—Unos pantalones.

Él frunció la nariz con evidente desaprobación.

—Las mujeres no visten pantalones.

—Yo sí —respondió Bridgett con vehemencia. No era la primera vez que escuchaba aquella frase. Los pantalones se consideraban propios de los hombres, pero ella no lo aceptaba. Eran más cómodos que aquellos vestidos pesados y aparatosos que entorpecían cada movimiento y siempre terminaban enredados en sus pies—. Contestad a mi pregunta —exigió, dando un paso hacia él. Enderezó la espalda, sacó pecho y trató de adoptar el porte imponente que tantas veces había visto en su padre cada vez que alguien que podía suponer una amenaza cruzaba el umbral del castillo.

Más aún, no surtió efecto alguno en aquel joven.

Bridgett supo en ese instante lo indispensable que sería la espada que tantos meses llevaba pidiéndole a su padre que mandase forjar al herrero. Pero él se negaba a concedérsela. Decía que aún era demasiado joven, aunque no había dudado en mandar hacer una para su hermano menor. Ella era consciente de que, por ser mujer, tendría que luchar más para conseguir todo cuanto deseaba; luchar para demostrar que era tan capaz con las armas como cualquier varón.

Bridgett no anhelaba joyas ni vestidos como otras doncellas; su ambición era distinta. Lo que ella deseaba ardía con la misma intensidad que el fuego de las antorchas en la sala de su padre: libertad, honor y el derecho a blandir una espada bajo su propio nombre.

—¿No sabéis quién soy? —preguntó él, luciendo confundido.

—¿Por qué debería saber quién sois? —replicó Bridgett—. ¿Cómo habéis encontrado este lugar?

A pesar de que el jardín estaba sumamente cuidado, tan solo era conocido por unos pocos sirvientes. Desde que Bridgett tenía uso de razón, su padre se negaba a entrar, y tan solo Bridgett y su hermana Amelia lo visitaban.

—No vengo muy a menudo a Inglaterra. Los castillos ingleses me resultan un tanto aburridos, pero he encontrado algo interesante. —A pesar de que el joven señaló el jardin, sus ojos no se apartaron de Bridgett—. ¿Y vos os escondéis aquí para poder llevar pantalones?

—No tengo necesidad de ocultarme. Mi padre es el barón, y visto como me place.

El joven la observó con un gesto de extrañeza.

—¿Sois acaso la hermana de Lady Amelia? No os parecéis en nada a ella. Lady Amelia es una joven hermosa y vos...

—¿Me estáis llamando fea? —lo interrumpió Bridgett, con el ceño fruncido.

En verdad, poco le importaba cómo la juzgaran los demás, pero había algo en aquel muchacho que conseguía enfurecerla más de lo razonable.

—Ninguna dama parece hermosa en pantalones.

Bridgett apretó los puños. Aquel joven era un insolente, y su paciencia había llegado al límite.

—No tenéis derecho a hablarme así. ¡Marchaos de inmediato!

Sin embargo, el joven no se movió.

—¿Y por qué habría de irme, si apenas acabo de llegar?

—Porque yo os lo ordeno.

Él arqueó una ceja castaña, y una chispa de diversión cruzó su rostro. Bridgett se juró a sí misma que, cuando tuviera en sus manos la espada que tanto reclamaba a su padre, bastaría con rozar el cuello de aquel insolente para borrarle cualquier atisbo de burla.

—Y supongo que vuestra palabra debería bastar como razón suficiente —dijo él con tono socarrón.

—¡Desde luego que sí!

—Mmm… —Se llevó la mano al mentón, fingiendo reflexión—. Tal vez podríamos concertar una apuesta. Si ganáis, me marcharé.

—No tengo necesidad de apostar con vos. Este es mi castillo y mi jardín. ¡Iros ahora mismo!

—¿Qué sucede? ¿No os atrevéis? —provocó él con una sonrisa ladeada.

Bridgett lo fulminó con la mirada. Ella jamás rehusaba un desafío.

—Por supuesto que me atrevo.

—Entonces, ¿dónde halláis el problema?

—Decid de una vez de qué se trata esa apuesta —espetó Bridgett, impaciente—. Cuanto antes lo hagáis, antes os derrotaré.

—Os veo demasiado confiada. —Ella abrió la boca para replicar, pero él se adelantó—. Me agrada. Será sencillo: ¿veis ese naranjo? —Señaló el árbol que crecía a unos pasos de allí, justo al lado del tronco donde Bridgett había estado sentada—. Si lográis derribar una de sus naranjas, me iré.

—Eso es pan comido —sonrió Bridgett con seguridad. Su puntería era célebre entre criados y guardias, que a menudo bromeaban diciendo que podía alcanzar hasta el ojo de un halcón en pleno vuelo—. Necesitamos un arco.

—¿Un arco? —Él pareció desconcertado al principio, pero luego sonrió, divertido—. No será necesario.

—¿Entonces con qué pensáis derribar la naranja?

Él avanzó hasta el sendero de piedras y agarró un puñado de ellas, para luego colocarse frente a Bridgett y extender la palma.

—Con esto —respondió con decisión.

—¿Con una piedra? —Bridgett no pudo evitar mostrar cierta decepción. El arco era el único arma que su padre le dejaba portar, y aun así no tenía uno propio, por lo que cualquier oportunidad de poder usarlo era bienvenida—. Está bien —suspiró, agarrando una de las piedras.

—¿Solo una? —preguntó él divertido.

—Con un intento será suficiente.

—Sois demasiado vanidosa —murmuró él, aunque no parecía una ofensa sino un cumplido. Mas Bridgett no lo escuchaba,

concentrada como estaba en colocarse frente al naranjo, midiendo sus movimientos.

Sus ojos vagaron de una naranja a otra, evaluando cuál sería más fácil de derribar, sonriendo cuando encontró su diana perfecta. Iba a prepararse para lanzar la piedra cuando una voz la detuvo.

—Esperad. —Miró al joven, que se encontraba a su lado y del cual había olvidado su presencia—. ¿No me vais a preguntar qué sucede si perdéis?

Bridgett arrugó la nariz, confundida.

—¿Por qué debería preguntaros eso?

—Así funcionan las apuestas. Si yo gano, me dais lo que quiero; y si vos perdéis, me marcho y no vuelvo a molestaros.

Bridgett ni siquiera se había planteado esa posibilidad.

—¿Y qué queréis? —preguntó con un resoplido.

—Un beso.

—¡¿Un qué?!

—Un beso —repitió él con naturalidad—. Si perdéis, debéis darme un beso.

Bridgett sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo. Y eso que no era una joven que se sonrojase con facilidad.

—No, no pienso daros eso.

—¿No decís que es imposible que perdáis? Si tan segura estáis de que no vais a perder, entonces no tendréis que besarme.

La lógica que él planteaba era sencilla. Mas Bridgett no estaba del todo segura. Había algo incorrecto en todo aquello.

—No…

—Así que toda vuestra habilidad no era más que fanfarronería —comentó él con soberbia, interrumpiéndola—. No creéis que podéis derribarla.

—¡Por supuesto que lo creo! —Bridgett se giró hacia el joven, y como había visto hacer a su padre en tantas ocasiones, estiró su brazo izquierdo hacia él—. Acepto el trato.

El joven arqueó una ceja, mirando la mano de Bridgett con cierta incredulidad, pero cuando esta pensaba que no aceptaría, estrechó su mano con mayor delicadeza de la que le hubiera gustado.

—Habéis tomado una buena decisión.

Pero por alguna razón, mientras sus pulgares acariciaban la piel de ella, Bridgett sintió todo lo contrario. La sensación se intensificó cuando apartó la mano de él como si quemara y vio su sonrisa.

Trató de quitarse aquella sensación y se centró en su objetivo. Se giró y se colocó de nuevo frente al naranjo, visualizando la naranja que iba a derribar. Se inclinó levemente, colocando la pierna derecha un paso por delante de la izquierda, flexionando las rodillas. Alzó el brazo derecho hasta la altura del hombro, sosteniendo la piedra entre el dedo índice y el anular, con el codo pegado al costado y apoyando el peso en la pierna adelantada.

Estiró el brazo y lanzó la piedra, que voló directa hacia su objetivo. Pero cuando estaba a punto de golpear la rama que sostenía la naranja, aconteció algo insólito: una gaviota, surgida de la nada, se lanzó hacia la fruta y, con un rápido movimiento de su pico, se la llevó. La piedra golpeó el aire vacío hasta que cayó entre las hierbas, dejando a Bridgett completamente atónita.

Y entonces pasó algo aún más insólito: durante unos instantes Bridgett se quedó sin poder articular palabra alguna.

—He ganado —anunció el joven con una carcajada, obligando a Bridgett a girarse para mirarlo.

—Vos… vos… —balbuceó ella—. Habéis hecho trampa.

—¿Trampa? ¿Cómo podría yo hacer trampa?

—¡Habéis manipulado a esa gaviota para que robe mi naranja! —exclamó Bridgett, indignada.

El joven la estudió por un momento, como si intentara discernir si hablaba en serio o no.

—¿Manipularla yo? ¿Qué os hace pensar que soy un domador de aves?

Bridgett tuvo la sensación de que, si alguien era capaz de domar a una gaviota, ese sería aquel joven.

—No me importa. Habéis hecho trampas, la apuesta queda invalidada.

—Por supuesto que no. Habéis perdido.

—No lo he hecho. La piedra iba a golpear la naranja. Si no hubiera aparecido esa dichosa gaviota, habría ganado.

—Pero lo ha hecho —le recordó él con soberbia, lo que hizo que Bridgett, si no hubiera sido tan cautelosa, le hubiera lanzado una piedra a la cabeza—. No os tenía por una cobarde, sino por alguien que asume las consecuencias de una apuesta. Un trato es un trato.

Y aunque Bridgett quería maldecir, aquel joven tenía razón. Habían hecho un trato que habían sellado con un apretón de manos.

Ella tenía honor. Así que no le quedaba otra opción que cumplir con su parte.

—Está bien —masculló, con los dientes apretados—. Pero terminad rápido, tengo cosas que hacer.

—Mi talento no se despliega con tal prontitud —dijo él, avanzando un paso hacia ella, con un deje burlón. Bridgett estaba segura de que el muy necio disfrutaba de la situación—. Mas las cosas bien hechas requieren tiempo.

—No necesito ver vuestro talento. Haced el favor de daros prisa.

—Os he advertido, pero si vos insistís… ¿qué puedo decir? —El joven suspiró—. Nunca negaré los deseos de una dama.

—No soy ninguna dama.

El joven avanzó unos pasos hacia ella, hasta quedar tan cerca que Bridgett pudo oler el aroma de él: una combinación de tierra húmeda, humo de leña y un tenue toque de whisky. Y ella debía reconocer que no resultaba un olor desagradable; más bien, poseía un curioso encanto. Al observar sus ojos más de cerca, distinguió pequeñas motas doradas, casi invisibles, que no pudo evitar admirar con cierta fascinación.

Él inclinó la cabeza hacia ella y Bridgett, instintivamente, cerró los ojos.

Fue entonces cuando comprendió que sería la primera vez que alguien la besaba. Nunca había reflexionado demasiado sobre ello, aunque su hermana Amelia le había descrito incontables veces cómo sería su primer beso ideal. Y, a pesar de no ser algo que ella hubiera anhelado, en aquel instante Bridgett sintió que no le desagradaba.

El corazón le palpitó con fuerza al sentir los labios de él rozando los suyos, pero justo cuando pensó que se posarían sobre los de ella, el joven ladeó la cabeza y el contacto quedó en su mejilla.

Bridgett abrió los ojos, completamente estupefacta.

—Nunca especifiqué dónde os daría el beso —dijo él con una sonrisa altiva y divertida.

—Yo… —balbuceó Bridgett, sin saber si estaba más irritada o confundida—. Sois un insolente.

El joven se dio la vuelta, cruzando el jardín por el sendero, pero justo al llegar a la puerta de madera se detuvo.

—Rowan Fraser —dijo, y al ver la confusión en el rostro de ella, añadió—: Ese es mi nombre. Para que podáis maldecir en condiciones, brujilla.

—No soy ninguna bruja —replicó Bridgett, más él no le respondió.

No fue hasta varios instantes después, cuando el joven ya se había marchado, que Bridgett cayó en la cuenta de que aquel era el prometido de su hermana. Y en ese momento rezó con todas sus fuerzas para que Amelia no se casase con aquel necio.

Para fortuna de Bridgett, su deseo se cumpliría… pero no de la manera que ella esperaba.

Capítulo 1

Bridgett observó la maravilla que tenía frente a ella, fascinada. A pesar de que los paisajes de Inglaterra eran bonitos, nunca había visto nada igual. Las montañas se alzaban majestuosas, como gigantes cubiertos por un manto de brezo en flor que pintaba de púrpura las laderas, mientras el cielo dejaba que la luz del sol bañara cada rincón del valle, surcado por riachuelos que brillaban como hilos de cristal bajo los rayos dorados.

Sorprendentemente, hacía un buen día: ni una sola nube en el cielo, que lucía completamente despejado, como si el sol hubiera salido solo para ella. Aunque era primavera, bien sabía Bridgett que el sol solía ser esquivo en Inglaterra y, según había escuchado, más aún en las Highlands. Por lo que parecía, esas tierras les estaban dando una buena bienvenida, a pesar de que solo estaban de paso.

Bridgett inspiró con profundidad, dejando que el aire puro le invadiera los pulmones, impregnado del perfume fresco de la hierba, del dulzor tenue del brezo y del leve rastro de turba que llegaba desde las colinas.

—Ya estás preparada —dijo su padre, saliendo de una de las tiendas de campaña del campamento improvisado que habían levantado antes de llegar a la fortaleza del clan Fraser. Los ojos marrones de su progenitor, que habían heredado tanto su hermano como su hermana, la recorrieron de arriba abajo con detenimiento, y Bridgett pudo ver una chispa de aprobación en ellos que no comprendió.

—Sí, lo estoy. —Bridgett entornó los ojos y lanzó un resoplido, sin ocultar su fastidio—. ¿Es necesario que lleve este vestido para conversar con el laird Fraser?

De todos los vestidos que su padre le había obligado a ponerse durante sus veinte primaveras, ese era, sin duda, de los peores. Era de un suave color lavanda, confeccionado en lino fino mezclado con un poco de seda que caía en pliegues amplios. La prenda se ceñía ligeramente al torso mediante discretos cordones ocultos bajo

ribetes bordados con pequeños motivos de hojas y flores. Las mangas, largas y acampanadas, se abrían hacia las muñecas, y un cinturón de cuero trabajado con finos grabados y un delicado broche de bronce con motivos entrelazados marcaba su cintura.

—Es necesario que te veas presentable, pequeña flor. —Aquel era el apodo que su progenitor le había puesto porque compartía con su madre fallecida el amor por las flores. Era un apodo que Bridgett detestaba, pero su padre siempre había sido muy comprensivo y bueno con ella, por lo que no se quejaba—. Además, estás preciosa —añadió, pellizcando su mejilla.

—Estoy ridícula, papá. Sabes que prefiero llevar camisa y pantalones.

Encima, el vestido era aparatoso e incómodo. Y excesivamente empalagoso.

—Lo sé. Pero Rowan Fraser ahora es el laird de su clan. Y es un hombre convencional. Son sus tierras en las que vamos a entrar; debemos respetar sus costumbres.

Bridgett resopló. Ella aún recordaba cómo él se había burlado de ella por llevar pantalones. Aunque ya no era esa niña, ahora era una guerrera por derecho propio. No había participado en ninguna contienda, ya que el rey no lo hubiera permitido, pero sí había ayudado a defender el castillo de su padre. Y, sin duda, su habilidad y valor superaban a los de muchos de los guerreros encargados de custodiarlo.

—Aun así, podría haberme puesto un vestido más sencillo. Solo vamos a estar unas pocas horas en su fortaleza.

—Por eso mismo, pequeña flor. Es un pequeño esfuerzo el que te pido. —Bridgett volvió a resoplar pero no dijo nada—. Recuerda lo que hemos acordado. Si alguien te pregunta, tu hermana Amelia... —se calló, esperando que Bridgett terminara por él. Cuando no lo hizo, continuó—: murió fatídicamente en el bosque hace dos semanas. Ella y los tres soldados que la acompañaban mientras daba un paseo fueron atacados por un oso. Uno de los soldados logró escapar y avisarme; desgraciadamente, cuando llegamos ya era tarde…

—Pero Amelia no está muerta, papá —lo interrumpió Bridgett, cruzando los brazos y entornando los ojos—. ¿De verdad es necesario mentir?

—Tanto Amelia como los dos guerreros desaparecieron y no encontramos el cuerpo de ninguno de ellos. Se dio por hecho que el oso los arrastró y los animales salvajes se los comieron —continuó su padre, como si no la hubiera escuchado y como si Bridgett no hubiera oído esa historia falsa durante más de una decena de veces en la última semana.

—¿Y si Amelia aparece? ¿Qué decimos, que ha resurgido de entre los muertos? ¿O, mejor aún, que eres un hechicero que ha hecho un pacto con el Diablo y has conseguido revivir a tu hija?

—Bridgett, no bromees con ese tipo de cosas —le reprendió su padre con severidad—. Es blasfemia.

—¿E inventarte la muerte de tu hija no lo es?

—Pequeña flor, a veces un buen guerrero tiene que adornar un poco la realidad por el bien de su clan. No es plato de buen gusto, pero es necesario.

Su hermana Amelia estaba comprometida con el laird Rowan Fraser. Lo había estado desde hacía más de seis años; un compromiso con el que Bridgett había creído que su hermana era feliz. Así se lo había expresado ella en el pasado. Y tal vez, durante unos años, había sido así. Pero el compromiso se había dilatado en el tiempo más de lo esperado, para alegría de Bridgett y consternación de Amelia.

Cuando el padre de Rowan Fraser falleció tres meses atrás y este asumió el título de laird, envió una misiva convocando a su prometida al castillo en primavera para celebrar la ceremonia. Amelia parecía encantada.

Sin embargo, hace apenas dos semanas, Bridgett recibió la sorpresa de su vida: su hermana había desaparecido en plena madrugada. Se había marchado nada menos que con un mercenario que había servido bajo las órdenes de su padre, un hombre cuya lealtad se pagaba con monedas y cuyo honor era cuestionable.

Y lo que era aún peor: Amelia no había confiado en ella. No le había revelado sus intenciones. Bridgett no podía culparla del todo,

pues si lo hubiera sabido se habría opuesto. No obstante, el dolor que sentía era profundo. Porque, al final, ella la habría apoyado. Habría convencido a su padre para que le otorgase unas tierras donde Amelia pudiera vivir con ese hombre, si así lo deseaba, cerca de ella, para asegurarse de que fuese feliz.

Pero Amelia había decidido huir como una cobarde. Y eso era algo que Bridgett no podía perdonar.

—No me gustan las mentiras.

—Para mí esta situación tampoco es agradable.

—Pues debes llevar la procesión por dentro, padre, porque yo te veo alegre.

El barón hizo un gesto despreocupado con la mano, ignorando las palabras filosas de su hija.

—Si Amelia termina entrando en razón y aparece, diremos que ella consiguió salvarse y que una mujer que vive en el bosque la ayudó. Por eso le contaré al laird Rowan Fraser que no encontramos su cuerpo. Es un plan perfecto, pequeña flor.

Bridgett chasqueó la lengua.

—Es un plan pésimo, papá. Si Rowan Fraser descubre la verdad, puede declararnos la guerra. Pensará que lo único que deseas es evitar el matrimonio para no tener que pagar la dote.

—Por eso no voy a pedirle de regreso la dote que ya le envié con varios de mis hombres hace un mes.

—¿Le enviaste la dote? —preguntó Bridgett con incredulidad.

—Así es —respondió el barón con serenidad—. Ganado de mis mejores rebaños, cuatro caballos de guerra, y joyas valiosas.

—Si fuese un hombre de honor, te la devolvería —dijo Bridgett con amargura—. Mas se la quedará, porque no lo es.

—Es un hombre de honor, Bridgett.

—No, no lo es.

—No lo conoces, hija.

—Sí lo conozco. Lo vi cuando vino al clan con su padre, y créeme, padre: no es de fiar.

El barón la miró entonces con una dulzura inesperada, como si aún viera en ella a la niña que corría tras su sombra.

—Era solo un muchacho en aquel entonces.

—La gente no cambia.

—Espera a conocerlo mejor antes de juzgarlo.

—No necesito conocerlo más, padre. Solo iré contigo porque me lo has pedido.

—Y yo te lo agradezco, hija. Tu hermano debía quedarse en el castillo en mi ausencia, ya que él será el barón cuando yo fallezca. Solo puedo confiar en ti para que todo salga bien.

—Lo sé, padre. —Bridgett alzó la barbilla con orgullo. Ella jamás fallaría a su padre—. Voy a coger mi espada.

El barón esbozó una sonrisa cálida.

Bridgett era una diestra espadachina; había entrenado como lo hacían los hombres, sin descanso ni lamentos. Jamás sería ordenada caballero, ni podría heredar el título de baronesa, pero ninguna de esas imposibilidades parecía importarle. Su deseo más profundo era defender sus tierras, servir a su linaje y demostrar que era tan capaz como cualquier guerrero.

Su padre, a diferencia de muchos, le había permitido ser ella misma. Y por eso Bridgett estaba dispuesta a seguir sus órdenes a pesar de estar en desacuerdo.

—No, pequeña flor. El laird Fraser espera encontrarse con una dama. No queremos enfadarle. —Bridgett debería ser una dama por ser hija de un barón, pero ella se negaba a tener ese título. No lo quería.

—No puedo entrar desarmada. La situación puede descontrolarse en cualquier momento.

—No pasará nada —dijo su padre con dulzura—. Debes fingir por unas horas que no sabes usar ningún tipo de arma. Es por el bien de los nuestros. Si Rowan se entera de que tu hermana ha huido, puede denunciarnos ante su rey. No he sido sincero con el nuestro. Juan piensa que tu hermana ha fallecido.

—¿Has mentido al rey? —preguntó Bridgett, sorprendida, sin poder evitar que el reproche se filtrara en su voz.

—No podía decirle que tu hermana se había escapado con un hombre. La consideraría una furcia y así lo haría saber a todos sus súbditos. Dejaría de ser considerada inglesa y sería perseguida. Y yo

tendría que aceptarlo si no quiero que el rey me quite las tierras, llevando a todos los que dependen de mí a la ruina.

—Mientes para protegerla.

El barón suspiró.

—Soy un barón, un caballero. Pero, ante todo, soy padre.

Bridgett asintió en silencio. No era de profesar su amor con palabras, pero sabía que tanto ella como sus hermanos habían sido extraordinariamente afortunados. Pocos hombres podían presumir de un corazón tan atento y leal como el que poseía su progenitor; la mayoría apenas se interesaba por sus propios hijos.

—Está bien, nada de espadas —se rindió con un resoplido—. Fingiré que soy una dama sumisa y educada. Lo haré por el bien de tus vasallos.

Su padre sonrió y le pellizcó la mejilla con ternura.

—Eres una gran guerrera, pequeña flor.

—Una que no puede usar su espada —se quejó Bridgett con un mohín infantil.

—No, pero un guerrero no siempre gana las batallas usando su espada. Muchas veces las gana con su astucia y haciendo lo que sea necesario por el bien de los suyos.

Bridgett no estaba del todo convencida, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para proteger a su hermana. Aunque eso supusiese sonreír y mostrarse cortés al reencontrarse con Rowan Fraser.

Mas que nadie se engañase: contener las ganas de darle un buen puntapié en el trasero ya era, con mucho, el mayor de los sacrificios que jamás haría por Amelia.

Capítulo 2

Bridgett avanzaba con paso firme junto a su padre por el puente levadizo. El resto de los hombres que los habían acompañado se había quedado en el campamento improvisado.

Su padre había decidido que era mucho mejor así; de esa manera sería más fácil marcharse con rapidez. Y ella estaba de acuerdo, pues no deseaba permanecer allí más tiempo del necesario.

Cada golpe del casco de su caballo resonaba como un tambor hueco contra la madera húmeda. Desde allí abajo, la fortaleza se alzaba aún más imponente, como una muralla erigida contra el mundo. Sus muros de piedra se erguían verticales y desafiantes, con grietas donde la humedad se aferraba y manchas de musgo verde que ennegrecían la superficie.

El arcón del portón, enorme y reforzado con roble y clavos de hierro, se alzaba ante ella como la boca de una bestia dispuesta a engullirlos, y Bridgett tuvo la sensación de que, tal vez, eso era lo que hacían los Fraser. Lejos de amedrentarla, la sensación incrementó su emoción, porque, pese a que su padre le había asegurado que iban a dialogar y a ofrecer una explicación en persona de lo que había sucedido, Bridgett estaba preparada para un poco de lucha. ¿Para qué ser deshonesta consigo misma? En el fondo, ella lo anhelaba.

Las torres de piedra, toscas y firmes, se alzaban a lo alto como si desafiaran el cielo. Por fortuna, Bridgett no se tenía por una mujer supersticiosa, pues, de serlo, no habría podido evitar pensar que el cielo, que antes lucía completamente despejado, se oscurecía ahora bajo nubes plomizas, como un presagio de lo que estaba a punto de suceder. El estandarte con los colores del clan Fraser ondeaba con violencia.

Los guardias que custodiaban el puente les dieron paso, y Bridgett se adentró en la fortaleza de los Fraser.

Pero, según iban acercándose al patio de armas, Bridgett no pudo evitar una sensación extraña que se le acomodó en el

estómago. Ella nunca se dejaba llevar por sus sensaciones, ya que había aprendido desde pequeña que eso no llevaba a nada bueno. Era controlada; o por lo menos, así se consideraba.

—Barón de Mowbray, sed bienvenido —saludó el mozo de cuadras, que los esperaba en el patio de armas.

El joven muchacho, de cabello pelirrojo y pecas que le salpicaban el rostro, que no debía tener más de quince o dieciséis inviernos, era el único que estaba allí, algo que sorprendió a Bridgett. En el castillo de su padre, el patio de armas siempre bullía de actividad. Solía ser un lugar de reunión, y a veces incluso era complicado andar sin tropezarse con nadie.

Pero hubo algo que le indignó en sobremanera.

—¿Dónde está el laird? —preguntó, bajándose del caballo de un brinco, con un gesto poco apropiado para una dama.

El mozo de cuadras la miró, sorprendido.

—El laird está ocupado con asuntos del clan más…

—¿Asuntos más importantes que atender al barón de Mowbray? —terminó Bridgett por él—. ¿Acaso se cree más importante que él?

El mozo tragó saliva sin saber qué responder a aquella joven que lucía como una dulce dama, pero hablaba como un guerrero ebrio.

El barón se acercó a su hija y carraspeó.

—Mi hija y yo entendemos a la perfección que el laird esté ocupado. Y agradecemos que os haya enviado a vos a recibirnos.

El mozo de cuadras no estaba muy seguro de que la joven lo entendiese, ya que abrió la boca para replicar, pero la cerró cuando su padre le lanzó una mirada de advertencia. Pero el mozo era lo suficientemente astuto como para no decir nada.

Y Bridgett también mantuvo la boca cerrada, ya que no quería disgustar a su padre. No obstante, en ese instante se dio cuenta de que fingir que era una dama le iba a costar más de lo que pensaba. Pero no tenía duda alguna de que lo lograría, pues ella era una mujer muy empecinada.

—¡Bienvenidos! —Una voz femenina la distrajo de sus pensamientos—. Soy Rhona, la ama de llaves. —Una mujer de mediana edad y figura robusta, con el cabello castaño recogido en

un moño trenzado, avanzaba hacia ellos con paso decidido—. Permitidme que os lleve al gran salón para que podáis esperar al laird con mayor sosiego.

—No debe… —comenzó Bridgett, pero su padre le dio un pequeño codazo en las costillas, sutil aunque suficiente para recordarle cuál era el papel que debía interpretar.

—Será un gran placer, Rhona —respondió el barón con cortesía.

—¿Necesitan algo? —preguntó la mujer mientras los guiaba por el pasillo de piedra.

—No, no permaneceremos mucho tiempo —contestó Bridgett con voz contenida.

—Un plato de carne y un poco de cerveza serían de nuestro agrado —dijo el barón, ignorando las palabras de su hija.

Rhona asintió con una sonrisa amable.

—Tenemos cordero asado recién hecho, mi señor.

—Suena excelente —dijo el barón, sonando complacido—. Sois muy atenta.

La ama de llaves volvió a asentir a la vez que se adelantaba.

—Has prometido que te comportarías como una dama —le reprochó el barón a su hija en voz baja.

—Delante del laird Fraser, no del resto. Y no sé si podré.

El barón suspiró y se detuvo, obligando a Bridgett a hacer lo mismo.

—Si deseas ser una de mis soldados, debes aprender a comportarte según lo requiera cada circunstancia, hija mía. Ahora te corresponde actuar como una joven dama: obediente, refinada y prudente. Solo así protegerás el castillo, nuestras tierras y a los hombres y mujeres que dependen de mí. Si no eres capaz, no podré confiarte responsabilidades mayores.

—Tienes razón, padre. —Bridgett asintió y miró a su progenitor con seriedad—. Soy capaz. Haré lo necesario para protegernos y proteger nuestras tierras, aunque sea llevar este vestido tan ridículo.

La expresión del barón se suavizó.

—Estás preciosa, pequeña flor.

—No, no lo estoy. —Bridgett arrugó la nariz a la vez que comenzaba a caminar de nuevo.

Su padre la siguió con una sonrisa. Bridgett era testaruda y orgullosa. Aun así, él no se avergonzaba de reconocer que era su hija preferida. Pero hasta ella debía cumplir con su deber.

—Este cordero asado está buenísimo. —El barón se chupó los dedos cubiertos de salsa. Después, ladeó la cabeza para mirar el plato intacto de su hija—. Tú apenas has probado bocado, pequeña flor.

Bridgett se consideraba mujer de buen comer. Nunca decía que no a un buen plato de carne, pero el enojo le había quitado el hambre.

Rowan Fraser era un maleducado. Aunque, ¿de qué le sorprendía?

—¿Dónde está? —preguntó, con la mirada fija en la puerta del gran salón, incapaz de contener su impaciencia—. ¿Acaso piensa dejarnos aquí todo el día aguardando? No se puede ser más descortés.

—Si no vas a probar bocado, yo lo haré. —El barón cogió el plato de Bridgett, repleto de cordero asado y una guarnición de verduras—. Sería una pena desaprovechar semejante manjar —dijo mientras le daba un bocado a un trozo de carne.

—Su impuntualidad es una falta de respeto —masculló Bridgett, más enfurecida a cada instante que pasaba. No solo el laird Fraser no se había dignado a aparecer cuando habían desmontado en el patio de armas, sino que, después de que la ama de llaves les condujera al gran salón donde pensaba que él les estaría esperando, se había encontrado con que los únicos que les aguardaban eran platos de comida que ella ni siquiera quería probar—. Aunque, ¿qué pretendo esperar de alguien tan necio como Rowan Fraser?

El barón palideció en cuanto escuchó aquellas palabras de la boca de su hija. Incluso soltó el trozo de cordero que sostenía en su mano, que cayó con un ruido sordo sobre el plato, provocando que unas pequeñas gotas de salsa salpicaran la mesa.

—Cuida tu boca, hija —le reprendió—. A pesar de estar solos, estas paredes tienen oídos.

Tanto el barón de Mowbray como Bridgett eran conscientes de que había soldados custodiando la puerta del gran salón, pendientes de sus movimientos, y de que los sirvientes, que entraban y salían, no perdían ojo de lo que hacían.

—No me importa en lo más mínimo, padre. No temo a nadie.

—Un buen guerrero debe ser valiente, pero también tener temor. El temor es lo que nos hace ser cautos, hija. Eres muy temeraria. —El barón exhaló un suspiro—. A veces me pregunto si he hecho bien dejándote ser…

—Has hecho bien, padre —secundó Bridgett con rapidez—. Sé cuándo he de ser cauta, pero Rowan Fraser no ha hecho nada para ganarse mi respeto ni mi temor. En realidad, todo lo contrario. Aquí nos tiene esperando como si fuésemos menos importantes que el polvo de sus botas.

El barón volvió a coger el trozo de carne.

—Tienes que aprender cuándo debes batallar una pelea y cuándo no. Y esta no debe ser batallada.

—¿Estás olvidando tus propias enseñanzas, padre? ¿Cómo esperas que el laird Fraser nos guarde respeto si tú mismo no eres capaz de hacerte valer?

—Recuerdo perfectamente mis enseñanzas, hija. De momento, la memoria de este viejo es tan buena como tu lengua afilada.

—Ya que tú no tienes agallas para enfrentarte a él, yo lo haré —decidió Bridgett, levantándose del banco.

Su padre sostuvo el brazo de su hija antes de que cometiera alguna locura.

—Bridgett, siéntate. Haz el favor de recordar la razón por la que estamos aquí. La razón por la que debes comportarte.

Pero antes de que ella pudiese responder, como si hubiera escuchado que lo llamaban, la puerta del gran salón se abrió y el laird Rowan Fraser cruzó el umbral.

Cabello castaño, ojos azules y esas mismas facciones de héroe de los cantos de los bardos. Rowan Fraser seguía siendo el mismo que antaño, aunque Bridgett no pudo evitar percibir que había cambiado en estos cuatro años. Su altura era más imponente ahora, sus brazos más musculosos y bien torneados, y él, más varonil.

Aquel hombre que conoció años atrás era un aprendiz, ahora estaba ante un laird. Uno nuevo, eso sí. Pero era evidente que ese hombre era un guerrero.

Sin embargo, aquello no la amedrentaba. No lo hacía en absoluto.

—Es un placer volver a veros, barón de Mowbray —Rowan Fraser avanzaba por la estancia con los mismos andares seguros con los que había entrado al jardín de su madre; como si fuera dueño y señor de ellos. Aunque, en este caso, así era.

—El placer es mío —respondió su padre, levantándose—. Os presento a mi hija, Bridgett.

Los ojos de Rowan se centraron en Bridgett. Ella pudo percibir algo brillar en ellos, una emoción que no supo identificar pero que, de alguna manera, sintió familiar. Él dio un par de pasos más y se colocó frente a ella, separados por el banco de madera tras el que se encontraba.

—Si me permitís…

No fue hasta que sintió el suave codazo y el leve carraspeo de su padre que no comprendió lo que Rowan le estaba pidiendo.

Ni pensarlo. Ni aunque le llovieran espadas del cielo.

Bridgett no pensaba hacerlo. Iba a mandar al laird Fraser a freír espárragos cuando un susurro casi imperceptible de su padre hizo que se detuviera.

—Por favor, pequeña flor. —Su padre, el gran barón de Mowbray, nunca suplicaba. Pero no fueron esas las palabras que la hicieron cambiar de opinión, sino las siguientes que pronunció—: Hazlo por tu hermana.

Amelia.

Su hermana mayor, ella era la razón por la que Bridgett estaba allí. Para defender su honor, para responder por ella. Porque nada que Bridgett no haría por Amelia; hasta estaba dispuesta a saltarse su propio código moral y mentir por ella.

Por eso, extendió su mano para que Rowan Fraser la sostuviera con delicadeza. Cuando él se inclinó levemente hacia ella y sus labios se posaron sobre su piel, Bridgett no pudo evitar recordar aquel primer encuentro en el que esos labios casi rozaron los suyos.

No supo si fue el recuerdo o la cercanía de Rowan, pero la respiración se le aceleró y un calor intenso ascendió por su espalda, provocando que apartara la mano con rapidez, casi dándole un manotazo.

Bridgett pudo sentir la mirada reprobatoria de su padre, pero por la forma en que la comisura de los labios de Rowan se curvaron, él no parecía en absoluto ofendido.

—Es un honor que hayáis venido a visitarme, Lady Bridgett.

«Para mí, es la peor de las desgracias».

Sin embargo, por primera vez en sus veinte primaveras, Bridgett fue cauta y se guardó aquellas palabras para sí misma.

Rowan la miró con expectación, como si esperara algo de ella.

—Para ella también es un placer —dijo el barón de Mowbray, y Bridgett escondió las manos detrás de la espalda para apretar los dedos contra la palma, porque detestaba que hablaran por ella—. Disculpad a mi hija; ella es un poco tímida al principio. Ya la conoceréis.

¿Conocer? Bridgett no tenía la menor intención de conocer a ese hombre.

De hecho, se alegraba profundamente de que su hermana Amelia no se hubiera casado con él. Y, por fortuna, aquella sería la última vez que se verían. Eso era, al menos, lo único bueno de todo aquello.

—Ya nos conocimos hace muchos años cuando estuve en vuestro castillo —aclaró Rowan, volviéndose hacia Bridgett—. Habéis cambiado mucho, milady.

—Vos seguís igual —respondió ella con una falsa sonrisa.

Rowan no pareció darse cuenta de la ironía porque sonrió. No así su padre, que le lanzó una mirada de advertencia.

—Entonces era solo una niña —intervino el barón, visiblemente incómodo—. Ahora es toda una mujer.

Rowan asintió, y el barón extendió la mano para estrechar la suya.

—¿Dónde está Lady Amelia? —preguntó Rowan, echando un vistazo a la estancia.

Bridgett tragó saliva. Ese era el momento que había temido: debía fingir una pena que no sentía.

—Mi hija, Lady Amelia, ha fallecido —anunció el barón con solemnidad—. Y he considerado oportuno venir en persona a comunicaroslo.

Bridgett vio cómo Rowan palidecía, pero no se dejó engañar. Ni por un instante creyó que sintiera verdadera pena; lo más probable era que aquel contratiempo le resultara un mero inconveniente.

—Esa es una noticia muy triste —dijo Rowan al cabo de unos instantes—. Lady Amelia era una mujer extraordinaria.

Bridgett tuvo que morderse la lengua para no responder.

«Extraordinaria… si nisiquiera la conociste», pensó con amargura. Durante su compromiso, no hubo ni una sola visita, ni una carta, ni una palabra.

—No puedo imaginar vuestro pesar —continuó Rowan—, ni pretender comprenderlo.

«Ni falta que hace», pensó Bridgett, clavando la mirada en el fuego del gran salón, deseando que la reunión terminara cuanto antes.

—¡Es horrible! —El barón se llevó una mano al pecho, con semblante compungido, y Bridgett no pudo evitar entornar sus ojos —. Más sé que nuestra dulce Amelia no querría vernos sumidos en la tristeza, pues partió de este mundo haciendo aquello que más amaba —exhaló un suspiro tan prolongado y henchido de teatralidad que Bridgett temió que fuese a desmayarse de puro esfuerzo, y luego, tras una pausa que pareció durar un siglo y medio, añadió con voz grave—: pasear por el bosque.

Mientras su padre continuaba el relato inventando cómo a Amelia la habían devorado los osos, Bridgett tuvo que apretar sus labios con fuerza para no intervenir con comentarios sarcásticos. Era demasiado sincera para su propio bien; su hermana se lo había repetido infinidad de veces. Pero ella no era una dama que se escudara tras mentiras o subterfugios. Era una guerrera, y para una guerrera el honor lo era todo.

—Mi más sentido pésame, barón —dijo Rowan cuando el barón terminó de hablar. Luego volvió el rostro hacia Bridgett—. Milady,

lamento vuestra pérdida.

—Gracias, laird —respondió Bridgett con toda la cortesía que pudo reunir, lo que le valió una mirada de aprobación de su padre—. Espero que nuestra visita no os haya causado molestia alguna —añadió, con una dulzura impostada que hizo que el barón pusiera los ojos en blanco.

Había imitado a la perfección el tono suave que solía emplear Amelia cuando deseaba parecer encantadora. Sin embargo, su padre no se dejó engañar: comprendió al instante que su hija acababa de lanzarle una sutil reprimenda al laird por su falta de puntualidad y por no haberse dignado a ofrecer disculpas.

—Me han perturbado las malas noticias, milady —respondió Rowan—. Vuestra visita, en cambio, nunca podría hacerlo.

Bridgett luchó por no ser ella quien pusiese los ojos en blanco. Por supuesto, no había advertido el reproche que le había dado. ¿Cómo iba a hacerlo? Aquel hombre tenía la sensibilidad de una roca y, en cuanto a inteligencia, quizá ni siquiera alcanzaba la de un caracol. Con el debido respeto a los caracoles, claro está.

—Es muy amable de vuestra parte, laird —dijo, provocando que su padre la mirase confuso.

Bridgett esbozó una sonrisa. Si su padre quería que fuese encantadora, lo sería.

—Espero que os hayáis sentido bien recibidos —dijo Rowan—. Veo que os ha gustado el cordero asado —dirigió una breve mirada a los platos casi vacíos—; es la especialidad de nuestra cocinera.

—Estaba exquisito. —El barón se lamió los labios—. Un manjar, sin duda alguna.

—Como podéis ver, mi padre posee un apetito voraz —apuntó Bridgett con calma fingida—. Ni la peor de las desgracias le quita el hambre.

Bridgett pudo ver cómo el rostro de su padre comenzaba a adquirir un tono bermellón, a lo que ella le respondió con una sonrisa inocente.

—Y veo que vos sois capaz de bromear a pesar de lo sucedido —dijo Rowan, que para la felicidad del barón parecía encantado con la joven.

—Mi hermana siempre me dice… —su padre carraspeó y Bridgett se dio cuenta de su error— decía que mi sentido del humor es muy malo y debía mejorarlo. Supongo que nunca es tarde para hacerlo.

—Es muy dulce de vuestra parte querer cumplir los deseos de vuestra hermana.

Bridgett fue a responder, pero el barón, que conocía bien a su hija, se lo impidió.

—Agradecemos vuestra hospitalidad, mas no deseamos quitaros mucho tiempo. Bien sé que en estos momentos estáis muy ocupados haciéndoos cargo del clan tras la muerte de vuestro padre. Ya os envié mis condolencias en una misiva, pero me gustaría reiterarlas.

—Os lo agradezco —dijo Rowan con un leve asentimiento—. Es cierto que mis días son largos y llenos de obligaciones. Esperaba poder desposar a Lady Amelia cuanto antes y que ella me asistiera en sus deberes como señora del clan.

¿Asistirlo? Bridgett contuvo una sonrisa amarga. Sabía perfectamente lo que él quería: no quería una esposa, sino una sierva. Se alegraba de que su hermana no se casase con ese hombre. Bridgett no lo soportaba; aunque, en el fondo, había una parte de ella que no entendía del todo por qué sentía tanta animadversión hacia Rowan Fraser.

—Desgraciadamente eso no va a poder ser. Más me gustaría hablar en otro lugar con vos. Este no es sitio para conversar —dijo el barón, mirando a su alrededor.

En ese momento, una sirvienta pasaba por allí camino de la cocina, y otra estaba limpiaba el suelo mientras un sirviente encendía la chimenea.

Bridgett asintió. Por fin su padre decía algo con coherencia desde que habían pisado la fortaleza de los Fraser.

Rowan estuvo de acuerdo.

—Vamos a la sala de estrategias. Allí estaremos más tranquilos.

Bridgett sonrió. La sala de estrategias. Tenía mucha curiosidad por ver cómo era la de la fortaleza Fraser.

Rowan se dio la vuelta para cruzar la estancia, seguido por el barón y Bridgett. Sin embargo, cuando estaban a punto de llegar a

la puerta, Bridgett sintió cómo Rowan la miraba con extrañeza. Su padre se llevó una mano a la frente, como si se diera cuenta de algo.

—Hija, no tardaré demasiado.

—Pero…

Las palabras de Bridgett fueron interrumpidas por su padre, que la abrazó y le susurró al oído la que parecía ser la palabra mágica: «Amelia».

—Sentiros como en vuestro hogar, Lady Bridgett —se despidió Rowan con una sonrisa cordial—. Espero que disfrutéis vuestra estancia aquí.

Pero aquella fortaleza jamás sería su hogar. Y Bridgett no disfrutaría ninguna estancia, pues al alba se marcharía.

Capítulo 3

Rowan había heredado de su madre el arte de la diplomacia.

Con el paso de los años, se había ido instruyendo en ello, aprendiendo que la palabra acertada bien podía doblegar voluntades con más filos que una espada, y que las guerras más decisivas no se libraban en los campos ensangrentados, sino en las frías salas de piedra de las fortalezas. Creía con convicción absoluta que el diálogo era el arma más poderosa de todas, capaz de crear pactos tan duraderos como las montañas que custodiaban las Tierras Altas.

Pero, en instantes como aquel, Rowan debía aferrarse con fuerza a sus enseñanzas, porque si no lo hacía, acabaría sacando la espada y bien sabía que eso terminaba arruinando siempre las negociaciones, sobre todo cuando la mesa quedaba partida en dos.

Porque, aunque la cabeza le pedía calma, su corazón le exigía otra cosa.

Se había contenido en el gran salón, ya que no deseaba perturbar a Lady Bridgett. Esa joven era muy diferente de la niña que había conocido años atrás. Se había convertido en una dama sofisticada, sensible y bella; incluso más bella de lo que recordaba que era Amelia.

Y aunque no deseaba mostrarse insensible, y sinceramente le apenaba el fallecimiento de la joven, Rowan estaba desesperado. La situación en su clan se había vuelto insostenible, y su puesto como laird pendía de un hilo.

—Podéis sentaros, barón —dijo, señalando una de las sillas junto a la gran mesa.

El barón de Mowbray recorrió la estancia con la mirada y arqueó una ceja al no ver mapas ni pergaminos extendidos sobre la superficie.

—No soy un espía —comentó con tono seco—. Podíais haber dejado vuestros mapas estratégicos donde estaban.

Rowan esbozó una sonrisa cansada.

—Tenéis razón, pero ahora mismo me pregunto si sois un aliado o no.

El barón cogió una de las jarras de hidromiel que estaban encima de la mesa y se la bebió entera prácticamente sin respirar. Rowan lo observó en silencio.

—Lo soy —le aseguró, dejando la jarra vacía encima de la mesa, para después sentarse sobre la silla—. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado —replicó Rowan, batallando internamente por no alzar la voz—. Mi prometida ha fallecido —le recordó justo cuando la puerta se abrió.

Archer, su segundo, entró en la sala de estrategias sin anunciarse. Aunque, en realidad, Rowan se dio cuenta de que no había cerrado la puerta tras de sí, cosa que Archer sí hizo al pasar. Silencioso como él era, se apoyó contra la pared.

Rowan estaba luchando por contener sus emociones, por lo que no se molestó en presentarlo. El barón tampoco lo pidió ni pareció darse cuenta de la presencia del hombre.

—Os veo muy alterado, laird —dijo el barón—. Os tenía por un hombre calmado.

Rowan intercambió una mirada con su comandante en jefe. Archer no compartía sus métodos en el arte de la negociación, ya que él era más dado a utilizar los puños que la palabra. Podía ver cómo el barón estaba agotando su escasa paciencia y, por primera vez, podía comprenderlo.

Los ingleses como el barón de Mowbray no eran santo de devoción de Rowan. Eran presuntuosos y miraban a los escoceses por encima del hombro, como si fueran mejores que ellos. No obstante, a Rowan no le quedaba otra opción que tratar con él.

Y dejar que Archer lo sacase de allí a la fuerza no era la solución. Su segundo estaba allí porque, sin duda, se había enterado del fallecimiento de Lady Amelia. No sabía por qué se sorprendía; ese clan estaba lleno de alcahuetas que no dudaban en filtrar cualquier noticia relevante, incluso la que no lo era.

Había pocos miembros en su clan en quienes Rowan pudiera depositar su confianza, aunque Archer, sin duda, era uno de ellos.

—Vos, en cambio, parecéis muy tranquilo, barón —señaló Rowan, observándolo con atención—. A pesar de haber perdido a una hija.

—La tristeza la llevo en mi corazón, laird —dijo el barón, llevándose una mano al pecho con un suspiro exageradamente largo —. Pero los hombres de mi edad aprendemos a no mostrar el dolor. Además, llorar no devolverá a los muertos.

—Estoy de acuerdo. Pero ahora me encuentro en una encrucijada. Mi padre hizo un trato con vos, uno que yo le juré que honraría tras su muerte y que ahora no puedo llevar a cabo.

El barón asintió.

—La verdad es que durante los últimos años pensé que os estabais intentando zafar de casaros con mi hija.

—Como bien sabéis, he estado varios años fuera del clan. Y sí, debo confesar que en varias ocasiones pensé en ir a visitaros y romper el compromiso, mas no lo hice porque en el fondo sabía que un día regresaría y sería mi deber cumplir con el trato que mi padre hizo con vos.

Archer frunció el ceño ante la sinceridad de Rowan.

—Vuestro padre me dijo que os estabais formando fuera del clan, aprendiendo de otros lairds, preparándoos para ocupar vuestro lugar cuando fuese el momento. Y yo no insistí porque quería que, cuando mi hija se casase con vos, fuese la señora del clan: una mujer respetada.

—Ella lo hubiese sido —le aseguró Rowan con convicción—. Nunca entendí las razones por las que mi padre hizo aquel trato con vos ni por qué vos aceptasteis.

El barón esbozó una sonrisa.

—¿Ninguno de los dos quiere hidromiel? —preguntó, señalando la única jarra llena que quedaba sobre la mesa. Como ninguno de los hombres respondió, la tomó y bebió un largo sorbo antes de continuar—: Mi esposa se crió en las Highlands —dijo, sorprendiendo a Rowan, que ignoraba aquel detalle—. A ella le habría complacido saber que una de sus hijas se casaría aquí, entre las montañas, y que su linaje echaría raíces en esta tierra. Y ese año, habíais perdido muchas cosechas; mis barcos llevaron grano hasta el puerto más

cercano, algo que ayudó a que la hambruna no se apoderara de los miembros de vuestro clan.

Rowan frunció el ceño.

Esa era la razón que su padre le había dado. Pero podían haber pedido ayuda a otros clanes, o habérselas ingeniado por sí mismos, pues la desdicha fue mala sí, mas no catastrófica. Rowan siempre sospechó que detrás de aquel acuerdo se ocultaba algo más. Aunque, de ser así, era evidente que el barón no estaba dispuesto a decírselo.

—Fuera como fuese, mi padre ya no se encuentra entre nosotros —prosiguió Rowan, decidiendo centrarse en lo verdaderamente importante—. Pero mi clan espera que yo cumpla con mi deber y honre los tratos forjados por mi padre. La dote que me disteis…

El barón no permitió que Rowan continuase.

—Es vuestra.

El silencio se instauró en la sala de estrategias tras aquella declaración. Rowan compartió una breve mirada con Archer, que mostraba en el semblante la misma sorpresa que él sentía. Luego tornó la vista hacia el barón, escudriñando su rostro con ojos calculadores, preguntándose si aquello no sería algún tipo de engaño.

—No voy a quedarme con nada que no me pertenezca —expresó sin atisbo de duda. Él era un hombre justo y honorable—. Mas sí espero que sigamos siendo aliados.

En aquel momento, contar con el favor del barón de Mowbray era algo que Rowan necesitaba con urgencia. El barón mantenía buenas relaciones con el rey inglés y disponía de un ejército considerable. Aunque Rowan no temía una invasión inminente, sabía que, mientras ganaba la confianza de sus propios hombres y resolvía los asuntos de su clan, no podía permitirse perder el apoyo del barón, por mucho que su trato le resultase molesto.

—Por supuesto que seguiremos siendo aliados —dijo el barón, dando un largo trago a su jarra de hidromiel—. Como os he dicho, nada ha cambiado.

Rowan sintió cómo sus músculos se relajaban y el alivio inundó su cuerpo. Sin embargo, no lo mostró. No lo hizo porque el barón no podía creer que tenía poder sobre él.

—Me alegra escuchar eso. Mas insisto en devolveros la dote.

Archer carraspeó.

Necesitaban la dote y no era momento de ser orgullosos. Pero Rowan no la aceptaría.

—No debéis devolverme nada, os pertenece.

—No…

El barón se levantó de la silla en la que se encontraba sentado e hizo un ademán con la mano, interrumpiéndolo.

—Si he venido hasta aquí no ha sido solo para daros una explicación en persona. Me considero un hombre práctico, laird. Y ya que las nupcias con mi hija Amelia no van a poder ser posibles, os traigo una solución.

—¿Qué solución? —preguntó Rowan, intrigado.

—Os propongo que os caséis con mi otra hija, Bridgett.

Rowan escuchó un resoplido bajo cargado de incredulidad proveniente de Archer. Pero, a pesar de su temperamento, su segundo sabía comportarse —al menos la mayor parte de las veces — y tuvo la decencia de no pronunciar una sola palabra.

—Bridgett —repitió Rowan, sintiendo cómo el nombre bailaba en sus labios.

—La habéis conocido en el gran salón —continuó el barón, animado—. Es una joven tímida y mansa. Ha sido instruida en el arte de cuidar la casa. Sabe bordar y tiene todas las habilidades necesarias para ser la señora que vuestro clan necesita. No os dará ningún problema. Será vuestra esposa perfecta.

—Cuando la conocí la primera vez no parecía muy tímida —recordó Rowan, arrugando levemente el ceño.

—Creo que os habréis dado cuenta de que ya no es una niña.

—Tampoco me ha parecido que estuviese muy a gusto en el gran salón.

El barón hizo un gesto despreocupado con su mano.

—Bridgett está encantada de ocupar el lugar de su hermana. —Hizo una pausa, bajando la mano, como si fuera consciente de lo

inapropiado que era su entusiasmo—. Por supuesto que está profundamente desolada por la muerte de Amelia. Ellas estaban muy unidas. Todos lo estamos. —Él suspiró—. Si la habéis visto extraña es porque Bridgett es una joven sumamente tímida y porque se siente culpable por sentirse feliz ante las nupcias con vos.

La joven que había contemplado en el salón era de una belleza que parecía tallada por los propios dioses: delicada y refinada, con unos preciosos ojos de un color gris que jamás había visto antes en nadie más, una larga cabellera rizada color azabache, y una figura esbelta.

Rowan necesitaba una esposa para afianzar su posición. Y una mujer como Lady Bridgett sería la adecuada.

—Acepto —dijo al final.

—¡No os vais a arrepentir, laird! —A Rowan le pareció que el barón, con su prominente barriga, pegaba un salto de alegría.

—Tal y como os pedí con vuestra hija Amelia, las nupcias deberán celebrarse con premura. Tengo muchos asuntos que atender. —Aquel no era el único motivo, pero no era algo que Rowan iba a reconocer al barón—. ¿Qué fecha proponéis?

—Cuando queráis. ¡Incluso mañana mismo!

—¿Mañana? —Rowan frunció el ceño, extrañado—. Ni siquiera tenemos sacerdote.

El barón se encogió de hombros.

—No os costará encontrar uno.

—Con Amelia queríais esperar unos meses. —Había sido Rowan quien tuvo que insistir para que adelantaran la boda al mes que viene.

—Y por esa razón no quiero esperar con esta. ¿Quién sabe el revés que puede pasar por esperar? Teníais razón, es mejor sellar nuestra unión lo antes posible.

—Entonces hablaré con el sacerdote. Podéis quedaros en nuestro clan el tiempo que necesitéis.

—No, yo me tengo que marchar hoy mismo. Tengo asuntos en mi castillo que atender con suma urgencia. Mi hija Bridgett está triste porque no pueda quedarme, claro está, pero ella lo entiende. Y

espero que podáis traerla de visita una vez al año o, por lo menos, cada dos.

—Haré todo lo posible para que sea así —le aseguró Rowan.

—Mi hija va a hacerlos muy feliz. Es una joven espléndida.

—¿Su dama de compañía ha venido con ella?

El barón sonrió y a Rowan le pareció una sonrisa demasiado amplia.

—Su dama de compañía se encuentra en el campamento con mis hombres. Ella desea regresar a Inglaterra y mi hija, con el buen corazón que le caracteriza, se lo ha concedido. Además, solo ha traído uno de sus vestidos; ha dado los suyos a las campesinas como regalo de despedida. Ella deseaba deshacerse de sus bienes más preciados para comenzar una nueva vida con vos. Sin duda alguna, podrá confeccionarse nuevos vestidos.

Rowan sonrió. Aquella joven era perfecta.

—Quedaos al menos una noche.

—No será posible. —El barón le dio un último largo trago a su jarra de hidromiel y la dejó vacía sobre la mesa—. Mas ahora que vamos a ser familia, vendré a visitaros y, con suerte, pronto conoceré a mi primer nieto.

Rowan asintió. Tener descendencia era un deber que no podía eludir. Y, en verdad, la idea de yacer junto a Bridgett, de compartir la cama con ella, le resultaba sumamente deseable.

El barón le dio la mano a Rowan y este se la aceptó.

—Voy a despedirme de mi hija y, si no es mucha intromisión, pediré que la lleven a una alcoba. No está acostumbrada a cabalgar tanto y debe estar agotada.

—Por supuesto, pedídselo a una de las sirvientas. Que le preparen un baño y le lleven algo de comer. La dejaré descansar y mañana hablaré con ella.

El barón se despidió y salió de la sala de estrategias.

Capítulo 4

—¿¡Acaso has perdido el juicio!? —La voz de Archer retumbó en la sala de estrategias en cuanto el barón cerró la puerta tras de sí.

Rowan cruzó la estancia y se sirvió un vaso de hidromiel; por fortuna, aún quedaba un poco. El barón había resultado ser un gran bebedor; uno experimentado, pues no parecía ni un poco mareado cuando abandonó la habitación.

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó Rowan, cansado.

Archer resopló, incrédulo ante aquella respuesta.

—¡Negarte! —bramó—. Ha sido un golpe de suerte que la joven Lady Amelia haya muerto, y...

Rowan alzó la mano, interrumpiéndolo. Archer era su mayor apoyo, sí, pero también un hombre insensible y rudo; dos cualidades que, aunque irritantes, lo convertían en un excelente guerrero.

—Nunca es algo bueno que una mujer joven pierda la vida.

Archer bufó, impaciente.

—Sabes bien a qué me refiero —repuso con un gruñido—. Aquel compromiso fue una de las tantas muestras de escaso juicio de tu padre. Hoy tuviste la oportunidad de romper con ello, y la dejaste pasar.

—Necesitamos la dote —respondió Rowan, sin alterarse.

—No estabas obligado a devolverla —insistió Archer—. No fue culpa tuya que la muchacha muriera.

Rowan bajó la mirada al vaso de hidromiel, en silencio unos instantes.

—No, no lo fue. Pero me niego a quedarme con algo que no haya ganado por mi propia mano. Y además, necesitamos el apoyo del barón. Nuestros enemigos están esperando cualquier debilidad para atacarnos.

—Podemos encontrar otra manera. Siempre la hay antes de confiar en un inglés. El consejo de ancianos no va a estar contento de que te cases con la inglesa.

—No veían nada malo en que me casase con Lady Matilda, que también es inglesa.

Archer suspiró.

—Lady Matilda de Montfort te otorgaba las tierras de Glenreach y la posibilidad de fastidiar a ese necio de Tavish MacKinlay. Aunque bien sabes que yo tampoco estaba de acuerdo con ello. Somos más que capaces de valernos por nosotros mismos sin ayuda de nadie.

—No, no lo somos. —Rowan dio un trago a su vaso de hidromiel —. En sus últimos años, mi padre tomó decisiones equivocadas. Decisiones que llevaron a este clan a una situación difícil, como bien sabes.

Archer asintió en silencio.

—Nunca debió echarte.

—Él no me echó —replicó Rowan. Aunque su semblante permaneció imperturbable, sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de su vaso—. Fui yo quien decidió partir.

—Desconfiaba de ti, y eso, Rowan, es lo mismo que echarte. No podías hacer otra cosa más que irte.

—Podía haber hecho muchas cosas más, pero elegí el camino fácil. Y ahora, el clan no me acepta. —Rowan lanzó una exhalación y se terminó el vaso de un trago—. No puedo culparlos por ello.

—Necedades. —Archer chasqueó la lengua—. No te aceptan porque son unos necios. No solo tu padre te nombró su heredero, sino que eres el más preparado para el puesto. No es como si hubieras pasado los últimos cinco años holgazaneando.

Archer estaba en lo cierto. Tras abandonar su clan, Rowan se había refugiado en el clan MacRae. El laird era su tío materno, pero lejos de facilitarle la estancia, lo obligó a ganarse su lugar con trabajo y disciplina.

Si Rowan ya era un buen guerrero, ahora se había convertido en uno todavía más temible, capaz de inspirar respeto y temor en cada batalla. Pero también había aprendido que la diplomacia podía erigir puentes que ni el ejército mejor entrenado lograría derribar.

—Aun así, he estado dispuesto a batirme con cualquiera que ose disputarme el puesto, pero nadie se ha atrevido.

—Porque el único guerrero que podría hacerte sombra soy yo. —Una leve sonrisa bailó en los labios de Archer mientras su expresión habitualmente endurecida se suavizó ligeramente—. Mas, para tu buena fortuna, estoy de tu lado.

Rowan soltó una carcajada a la vez que dejaba el vaso vacío sobre la mesa.

—Obligarte a cumplir tu juramento de fidelidad y no dejarte irte conmigo fue de las pocas cosas que hizo mi padre con las que estoy de acuerdo.

Archer se encogió de hombros.

—Ni siquiera ese juramento me habría detenido si tú me hubieses pedido que fuese a tu lado. Mi fidelidad siempre ha estado contigo.

Rowan fue a decir algo más cuando unos golpes en la puerta les interrumpieron.

Antes de que pudiera concederle el permiso, la puerta se abrió y un joven de cabello castaño y ojos color miel cruzó el umbral. Era algo más bajo que Rowan, de complexión delgada y porte desgarbado.

—¿Es cierto que tu prometida ha fallecido y vas a casarte con su hermana? —espetó.

—¿Dónde has dejado tus modales, Sven? —le reprochó Rowan a la vez que maldecía al barón. Sí que le había faltado tiempo para irse de la lengua.

—Mis modales no son de tu incumbencia. —El joven se colocó frente a Rowan—. Responde a mi pregunta.

—¿Olvidaste acaso que hablas con el laird? —le recordó Archer, separándose por primera vez de la pared y lanzando una mirada peligrosa al joven.

El muchacho, lejos de intimidarse, se rio con arrogancia. Rowan pensó que era un temerario… Aunque, en realidad, sabía que no era valentía lo que demostraba, sino insensatez.

—Estoy hablando con un usurpador. No debería ostentar ese título.

—¿Y crees que deberías ostentarlo tú, hermano? —preguntó Rowan, con un hilo de ironía.

—Sin lugar a dudas, me lo merezco más que tú.

—Mas padre no te nombró su heredero.

El joven colocó sus manos en puños. Y su mirada se oscureció.

—Tras años fuera del clan regresaste cuando estaba en su lecho de muerte con la intención de manipularlo cuando más débil estaba —dijo Sven, provocando que Archer bufase, pero Rowan le hizo un gesto con la mano para que no interviniese.

—Hiciste esa acusación ante el consejo y lo investigaron. Quedé fuera de toda sospecha, así que te aconsejo que aceptes la decisión de padre.

—Él no estaba en su sano juicio. Y tú eres un cobarde; si no lo fueras aceptarías que te retase.

Rowan negó con la cabeza y miró a su hermano pequeño.

—Tienes dieciséis años; no puedes retarme hasta cumplir los diecinueve. Esa es la norma que nuestro padre instituyó para los duelos que determinen quien ha de ser el próximo laird.

—Tú eres el laird ahora; puedes cambiar esa norma.

—Mas no lo haré.

—Porque sabes que te ganaría —dijo Sven con arrogancia—. No eres digno de ser el laird —espetó con sus ojos brillando con rabia —.Y encima, vas a casarte con una inglesa.

Rowan ni siquiera se inmutó ante las acusaciones. Su rostro, impasible y frío como el acero, no dejaba traslucir emoción alguna, y ni las más hirientes palabras lograban perturbar su voluntad.

—Tal y como nuestro padre deseaba —le recordó—. Estoy cumpliendo con el trato que él hizo.

Sven frunció el ceño.

—Tu prometida está muerta. El trato queda invalidado.

—Aun así, me casaré con Lady Bridgett, y te aconsejo que la trates con respeto.

—Una inglesa no se merece mi respeto —escupió Sven con furia; sus palabras cargadas de desprecio.

Rowan tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no lanzar a su hermano contra la pared.

—La respetarás. Porque si no lo haces, te enviaré lejos del clan.

—No puedes hacer eso.

Rowan arqueó una ceja.

—Ponme a prueba.

El joven sostuvo la mirada de su hermano por un instante, hasta que finalmente bajó los ojos y se marchó, golpeando la puerta con fuerza al salir.

—Deberías permitir que te desafíe —le dijo Archer.

—Bastantes problemas tengo ya como para aguantarlo cuando le gane —replicó Rowan.

—Los retos a laird pueden ser a muerte.

Rowan tornó la cabeza hacia su segundo, preguntándose si hablaba con seriedad o si se trataba de una broma. Pero, tratándose de Archer, sabía que lo decía en serio.

—Es mi hermano. Nunca lo mataría.

—Medio hermano —le corrigió Archer, como si eso marcara alguna diferencia—. Y si él te ganase, no te dejaría vivo.

Por más que quisiera engañarse, Rowan sabía en lo más profundo que Archer no se equivocaba. Había noches en que temía ver a Sven alzar la espada contra él.

—Perdió a su madre a causa de una fiebre, y unos meses después, a su padre. No me veía desde que era un niño.

—Eso no lo exime de ser un necio —dijo Archer con severidad —. Cree que es un guerrero hábil, mas no lo es; es un inútil.

—Todos hemos tenido su edad —justificó Rowan—. Y hemos sido impetuosos y orgullosos. Eso nubló nuestro juicio.

—Sven es impetuoso y orgulloso, sí —reconoció Archer—, pero también testarudo, obstinado, terco y altivo hasta la necedad.

Rowan suspiró.

—Y aún así, muchos miembros del clan lo prefieren a él antes que a mí.

—De eso se encargó su madre. Ella les llenó la cabeza de cuentos sobre ti, y no comprendo cómo no te ocupas de desmentirlos.

—Ella está muerta, y mi padre la amaba. Era la madre de Sven; no ensuciaré su recuerdo.

—Esa mujer era…

—No —lo detuvo Rowan, alzando la mano—. No termines esa frase. No necesito recurrir a ardides, me ganaré el respeto del clan

por mí mismo.

Archer, viendo la seriedad en el rostro de su amigo, asintió.

—Siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé.

Porque Archer era el único en aquel clan en quien Rowan confiaba.

Capítulo 5

—Milady, su alcoba ya está lista. Permitidme acompañarla —dijo la joven sirvienta de cabello rubio y ojos azules, inclinando la cabeza con respeto.

Bridgett la observó un instante. La muchacha tenía las manos entrelazadas frente al delantal y la mirada baja, aguardando. Hacía poco, Bridgett había salido al patio de armas para despejarse mientras esperaba el regreso de su padre. Se había sentado en un improvisado banco hecho con una tabla apoyada sobre dos barriles.

—¿Mi alcoba? —preguntó, levantándose—. Solo me voy a quedar unas horas, no necesito una alcoba.

La joven la miró con confusión.

—Disculpadme, pero la ama de llaves me ha ordenado que os acompañe. En estos momentos, os están preparando un baño.

Bridgett negó con la cabeza.

—Os agradezco las molestias…

—Mi hija acepta encantada —la interrumpió su padre, cruzando el umbral hacia el patio de armas—. ¿Os importaría darnos un momento? —le preguntó a la sirvienta.

Ella asintió en silencio y se adentró en la fortaleza, aunque se quedó discretamente en una esquina, esperando a que Bridgett la siguiera.

—Padre, ¿por qué habéis dicho eso?

El barón le ofreció una sonrisa a su hija.

—Rowan nos ha invitado a pasar la noche en el castillo. No he podido rechazar su ofrecimiento.

—Nos están esperando en el campamento —se quejó Bridgett.

—Lo sé, hija. Mas no te inquietes, habrán de esperarnos. No debemos ser descorteses; el laird está siendo muy generoso.

—Si se va a quedar con una dote que no le pertenece, es lo menos que puede hacer.

El barón suspiró.

—Tienes una idea equivocada del laird Fraser. Aunque estoy seguro de que, cuando llegues a conocerlo de verdad, cambiarás de parecer.

—No voy a cambiar de idea, padre —replicó Bridgett con testarudez, cruzando los brazos por encima de su pecho—. Y no tengo intención alguna de conocerlo. Pese a que bien sabes que no apruebo las decisiones de Amelia, me alegro de que no se case con él.

—Ha sido muy amable contigo, hija. No comprendo tu aversión hacia él.

—¿Acaso no has visto la expresión que puso cuando me dirigía a la sala de estrategias? —Bridgett chasqueó la lengua con irritación —. Me hablaba como si fuera una dama sin formación militar, sin voz ni criterio.

—Es lo que cree que eres, pequeña flor —le recordó el barón, apoyando una mano sobre el hombro de su hija, tratando de calmarla—. No olvides que estás haciendo esto por el bien de Amelia y de los hombres, mujeres y niños que dependen de nosotros.

La expresión de Bridgett se suavizó y descruzó sus brazos, dejando escapar un largo aliento.

—Por esa razón me he mordido la lengua, padre.

—Espero que no te hayas hecho sangre —bromeó el barón.

—No estoy segura —repuso con una sonrisa cansada—. Contener las palabras ha sido una batalla en sí misma.

—Lo sé, pequeña flor. Sé bien que esa es tu debilidad.

—Yo no tengo debilidades, padre. Mas ese hombre… —hizo una pausa buscando la palabra correcta— es insoportable.

Su padre se mordió el interior de la mejilla para no echarse a reír. Su hija tendía a exagerar y a ser demasiado dramática. Dos cualidades muy arraigadas a las damas de alta posición, mas no sería él quien se lo haría saber. Bien sabía que la lengua afilada de su hija podía herir más que una espada bien templada.

—Me recuerdas mucho a tu madre —le dijo, cambiando adrede de cuestión. Bridgett notó cómo los ojos de su padre se cristalizaban.

Su padre, un barón que jamás permitía que otros pelearan sus batallas y que siempre se ponía al frente de sus hombres, en ese instante le pareció más vulnerable que nunca.

—Tú la amabas —dijo Bridgett. Pero no era una pregunta, sino una afirmación.

—Y la sigo amando; ni siquiera la muerte puede quitarme eso. Ella estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—No lo sé —reconoció Bridgett con tristeza—. No tengo muchos recuerdos de ella, pero por lo que me han contado, era una dama en todo el sentido de la palabra. Creo que se sentiría horrorizada al saber que prefiero una espada a un bordado.

Su padre esbozó una sonrisa.

—Antes de morir, tu madre me confesó que todos los sacrificios que hizo merecieron la pena. Dijo que repetiría una y mil veces sus errores si eso la llevaba de nuevo a mí y, sobre todo, a vosotros. —Su padre hizo una pausa—. Ella hizo lo que debía hacer por aquellos que dependían de ella, igual que harás tú.

—Por supuesto, padre.—Bridgett descruzó los brazos y alzó la barbilla con decisión—. No tengo miedo a la muerte. Lucharé por defender el castillo.

El barón se acercó a ella y le dio un abrazo.

Aquel gesto la tomó por sorpresa. Hacía tantos años que no sentía el calor de su padre que casi había olvidado cómo era. A diferencia de su hermana Amelia, ni Bridgett ni el barón eran muy dados a los gestos de afecto.

—Sube a la alcoba y descansa, hija —le dijo el barón cuando se apartó de ella.

—Está bien. —Bridgett suspiró—. ¿Mañana salimos al alba?

—Tras el desayuno. Sería descortés mostrar demasiada impaciencia por partir.

Aunque Bridgett no comprendía por qué estaba mal visto mostrar tanta prisa, sabía que, cuando su padre tomaba una decisión, no había nada que ella pudiera hacer.

—Nos vemos en el desayuno —se despidió Bridgett, comenzando a andar.

—Mejor tú desayuna en tu alcoba y ven a los establos cuando termines.

Bridgett iba a quejarse, pero se lo pensó mejor. Era mejor así. Prefería no encontrarse de nuevo con Rowan, ya que dudaba poder seguir fingiendo ser una dama educada.

A pesar de sus reticencias, Bridgett tuvo que reconocer que el baño había sido de su completo agrado. El agua caliente y perfumada había quitado el polvo del camino, y la sensación de limpieza le devolvía una ligereza que no recordaba desde hacía días. La alcoba también superaba sus expectativas: la luz que entraba por la ventana iluminaba las paredes decoradas con tapices finos, y la cama que reinaba en la estancia parecía cómoda.

Bridgett podía dormir en cualquier lugar. Es más, a ella le gustaba pernoctar al aire libre como un verdadero guerrero. Más de una vez se había quedado dormida en los establos, entre heno y paja, tras asistir a una yegua en su parto, pues siempre buscaba ayudar donde fuese posible.

Sin el vestido tan incómodo que se había visto obligada a llevar, se sintió de nuevo más ella misma.

Se sorprendió al encontrar el saco que había dejado atado a su caballo encima de una de las sillas. Suponía que los sirvientes lo habían llevado allí esperando que fuera de su agrado. A punto estuvo de ponerse los pantalones y salir a dar un paseo, pero lo cierto era que estaba exhausta. Su padre ya estaría descansando en su propia alcoba y, además, ella le había prometido que se comportaría.

Así que dejó los pantalones en el saco y, en su lugar, sacó el camisón blanco que la doncella había preparado para ella. Era, en realidad, la única prenda de mujer con la que se sentía verdaderamente cómoda, y solo la usaba en su propia alcoba. Nunca durante los viajes —prefería dormir vestida, por si debían salir corriendo o entrar en combate— ni en hogares ajenos.

Pero aquella noche, tras dos jornadas sin dormir debido a las guardias consecutivas que había realizado por el camino para asegurarse de que nadie les atacara, decidió concederse un respiro.

Se deslizó en el camisón, dejando que la suavidad del lino acariciara su piel.

Antes de acostarse, se acercó a la ventana y dejó que sus ojos recorrieran el paisaje que se extendía a lo lejos. Los campos se teñían de un dorado suave por el sol que comenzaba a descender, y las colinas se perfilaban con sombras alargadas. Los árboles dispersos se mecían con la brisa, y el río que serpenteaba entre los prados brillaba con reflejos anaranjados y plateados.

Aquel lugar era precioso; por un instante se planteó que no sería tan malo quedarse allí. Pero el sonido de una voz que reconoció al instante la hizo volver la mirada al patio de armas. Allí estaba Rowan, ataviado con los colores de su clan, con esa prepotencia que le caracterizaba. Su risa sonora y despreocupada mientras daba palmadas en el hombro de otro hombre pelirrojo le provocó un pequeño desagrado: el modo en que se jactaba y parecía subestimar a todos a su alrededor la molestaba profundamente.

Es más, ¿qué hacía riéndose cuando pensaba que su prometida había fallecido?

Por primera vez, no se sintió mal por haberle mentido. Ese hombre, con su mera existencia, sacaba lo peor de ella. En realidad, Bridgett no soportaba a los hombres como él: hombres que la subestimaban, que pensaban que solo era un adorno bonito.

Pero todo eso daba igual, porque en unas horas se marcharía de allí y no tendría que volver a verlo. Con ese pensamiento en mente, se retiró del alféizar y volvió a su cama. Se acomodó y se cubrió con la manta de lana.

Pensó que tardaría en dormirse, como siempre le ocurría cuando estaba lejos de su hogar. La sensación de inseguridad la acompañaba fuera del castillo de su padre, el único lugar donde se sentía verdaderamente segura y relajada, donde no debía mantenerse en guardia constantemente.

Pero, para su sorpresa, su cuerpo se relajó con rapidez, como si supiera que allí estaba segura; algo en lo que su mente no estaba de acuerdo, pero contra lo que fue incapaz de luchar. El cansancio acumulado hizo mella en ella, y sintió cómo el peso de los párpados

la abrazaba. Pronto, el sueño profundo y reparador la arrastró suavemente, envolviéndola en un descanso largamente ansiado.

Capítulo 6

—Curioso... —Uilleam apoyó el peso de sus dos manos sobre el bastón que siempre llevaba consigo—. ¿Crees de veras que tomar como esposa a la hija del barón de Mowbray será provechoso para el clan?

Pese a que Uilleam le había formulado una pregunta, Rowan lo conocía demasiado bien como para no advertir su desacuerdo.

Por supuesto, a Rowan no le sorprendía que el consejo de ancianos no estuviese de acuerdo con su decisión. En realidad, intuía que cualquier decisión que él tomase se ganaría su desaprobación.

—Sí —respondió con convicción—. Estaba prometido con su hermana —les recordó, un dato que los ancianos parecían haberse olvidado—. La muerte de Lady Amelia ha sido una desdicha, mas ¿por qué habría de negarme a unir mi nombre con Lady Bridgett? Necesitamos esta alianza con el barón para la seguridad y estabilidad del clan.

—¡Necesitar! —vociferó Ivar, levantándose del banco de madera en el que se encontraba sentado—. ¡El clan Fraser nunca ha necesitado a nadie, muchacho! ¡Y menos aún a un inglés!

Cuando era joven, Ivar había sido un temible guerrero, el más diestro comandante que el clan había conocido. Y Rowan lo respetaba solo por eso, pero el gran defecto de Ivar, como de la mayor parte de los hombres, era que su orgullo a menudo nublaba su juicio.

—Nuestro clan está debilitado —dijo Rowan sin que le temblara la voz al exponer una cruda realidad—. Las cosechas han sido pobres y los campos apenas sostienen a nuestro pueblo. Nuestros enemigos están esperando cualquier debilidad de nuestra parte para atacarnos. Y aunque tenemos buenos guerreros, en los últimos años se han vuelto perezosos. Necesitamos aliados.

—Necesitábamos las tierras de Glenreach —rebatió Ivar—. Y por tu torpeza, han caído en manos de ese necio de Tavish MacKinlay.

—Para reclamar las tierras, habría tenido que tomar como esposa a Matilda de Montfort cuando estaba prometido con Amelia de Mowbray.

—Un buen laird no habría dudado en hacer todo lo necesario.

—¿Y anular el trato que mi padre juró cumplir? ¿Qué honor habría en eso?

—¡Honor! —Ivar alzó sus manos en el aire y su rostro, cubierto de cicatrices, se arrugó—. ¡¿Tú a mí me vas a hablar de honor?! ¡Si alguna vez te importó el honor de nuestro clan, no lo hubieras abandonado cuando más te necesitábamos!

Aquel reproche no sorprendió a Rowan. Sabía que todo el clan le guardaba resentimiento por su ausencia prolongada. Pero lo que realmente le atravesó el corazón como una flecha helada fue el silencio de Uilleam. Aquel anciano había sido como un segundo padre para Rowan, amigo íntimo de su progenitor y un refugio para él cuando su padre comenzó a alejarse; cuando comenzó a tratarlo como uno más de sus guerreros en vez de como un hijo; cuando comenzó a desconfiar de él.

Sin embargo, Rowan no mostró su dolor. Porque si algo había aprendido en sus últimos años en el clan antes de marcharse, fue que el mejor escudo para protegerse era la fría indiferencia.

—Tal vez habéis malentendido mi propósito —dijo Rowan—. No busco aceptación, sino comunicar mi decisión. Por mucho que os desagrade, yo soy el laird, y hasta que alguien no me arrebate la vida con su espada, me corresponde decidir.

—Ser el laird no te exime de la obligación de escuchar nuestros consejos —replicó Ivar con el ceño fruncido—. Tu padre así lo dejó dicho.

A Ivar no le faltaba razón. Mientras su padre era laird, los tres ancianos carecían de poder más allá de su sabiduría y experiencia. Rara vez recurría a ellos, pero antes de morir constituyó el consejo.

Rowan no sabía si lo había hecho porque dudaba de su juicio o porque sabía que necesitaría la ayuda de los tres ancianos. De cualquier modo, él había perdonado a su padre cuando este se lo pidió en su lecho de muerte y honraría sus deseos.

—Y por esa razón he convocado una reunión con vosotros a primera hora de la mañana en esta habitación de la torre Norte —dijo, como recordatorio de que era el lugar donde se encontraban y donde el consejo se reunía—, en vez de notificároslo a la vez que al resto del clan.

—Más no nos estáis haciendo el menor caso —se quejó Ivar.

—Como habéis dicho, debo escucharos y lo estoy haciendo.

—Si lo único a lo que te vas a dedicar es a escucharnos, tal vez deberías disolver el consejo. Somos demasiado mayores como para aguantar tus caprichos.

—A pesar de lo que puedas creer, jamás iría contra los deseos de mi padre —proclamó Rowan con un tono sereno pero firme—. Pero si consideras que no puedes ejercer la labor que mi padre te encomendó, puedes retirarte y ceder tu lugar a otro hombre que sí desee cumplirla.

Rowan sabía que estaba siendo poco diplomático, pero estaba harto de que no dejaran de ponerle piedras en el camino y de que todo lo que hiciera fuera juzgado.

El rostro de Ivar se tornó de un color rojizo intenso, y Rowan supo que el anciano estaba a punto de explotar. Sin embargo, un suave golpe en el suelo con el bastón hizo que guardara silencio. Ivar compartió una mirada con Uilleam y un solo movimiento de mano por parte de este consiguió que Ivar apretara los labios mientras movía su cabeza en un asentimiento.

Uilleam era el anciano de mayor edad y actuaba como el portavoz del consejo, razón por la que se encontraba sentado en la silla del centro, la más destacada de las tres, colocadas sobre una plataforma de madera en la estancia en la que se hallaban.

—Nosotros también honramos los deseos de tu padre, y ejerceremos nuestra labor hasta el día de nuestra muerte —dijo—. Dicho esto, bien sabemos que eres el laird, Rowan, y te guardamos el respeto que mereces.

Rowan tuvo que reprimir la carcajada vacía que amenazó con brotar de su garganta, aunque no tuvo los mismos reparos Asher, que lanzó un pequeño bufido que resonó en la habitación.

—Qué joven más maleducado —refunfuñó Ivar entre dientes.

A este no le gustaba que Asher se encontrase allí, y era algo que le había recriminado a Rowan, pero no le importaba lo más mínimo.

—La boda se celebrará lo antes posible —notificó Rowan—. Hoy mismo enviaré a un hombre en busca de un sacerdote.

—¿Y por qué su padre se ha marchado? ¿Acaso no quiere estar presente en la boda? —preguntó Uilleam.

—Debía regresar a su castillo. Y bien sabemos todos lo ocupados que están los sacerdotes. Aún se puede retrasar el enlace unos días.

Uilleam fue a responder, pero Labhrann, el tercer anciano que componía el consejo y que había permanecido en silencio desde que comenzó la reunión, alzó su mano, pidiendo permiso para hablar.

Uilleam asintió.

—Los árboles más viejos saben del viento antes de que llegue; y aun así, muchos jóvenes creen conocer la tormenta —dijo con voz grave.

Eran pocas las veces que Labhrann hablaba, y cuando lo hacía, Rowan no comprendía ni una sola palabra. Y, por la mirada que Uilleam e Ivar compartieron, supo que ellos tampoco lo habían hecho.

—Viejo chalado —masculló Ivar tan bajito que casi nadie pudo escucharlo, pero Rowan sí, aunque prefirió mantenerse callado.

Labhrann se quedó de pie. Nunca se sentaba, sino que permanecía frente a su silla.

—¿Cómo es ella? —le preguntó Uilleam a Rowan.

—Lady Bridgett es la mujer perfecta para convertirse en la señora del clan. Es delicada, dulce y muy habilidosa en las tareas del hogar. Ella… —Rowan no pudo continuar, pues unos nudillos golpeando la puerta de madera lo interrumpieron—. ¡Estamos reunidos! ¡No hay tiempo para interrupciones! —dijo, alzando la voz para que la persona que se encontraba al otro lado pudiera escucharlo.

—No osaría interrumpiros si no fuera de suma urgencia, laird —respondió una voz femenina y temblorosa.

Rowan intercambió una mirada con Asher.

—¡Pasad!

Una joven sirvienta entró en el salón.

—Laird… es Lady Bridgett. Ella… —La joven se detuvo, como si no supiera continuar.

—¿Le ha sucedido algo? ¿Lady Bridgett se encuentra bien? —preguntó Rowan, preocupado.

—Sí —dijo la sirvienta—. Solo que… está amenazando al mozo de cuadras con rebanarle el cuello con su daga.

—¿Cómo? —preguntó Rowan, incrédulo.

—Ciertamente, una joven muy dulce —añadió Ivar con ironía.

Rowan no esperó a escuchar más. Salió de la estancia a toda prisa, bajando las escaleras de la torre con el corazón encogido. Algo debía haber sucedido para que Lady Bridgett actuara así. O quizá la sirvienta había oído mal. Aquella dulce joven que había visto la tarde anterior en el salón era incapaz de amenazar a nadie.

Porque no lo era... ¿verdad?

Capítulo 7

Bridgett había dormido mejor que en mucho tiempo; tanto que ni siquiera oyó a la sirvienta entrar para dejarle el desayuno. Al despertar, el aroma la envolvió de inmediato y descubrió que tenía un hambre voraz. No tardó en devorar el pan de avena recién horneado, un trozo de queso curado y un cuenco de gachas calientes con miel.

A veces, se sorprendía a sí misma con su voraz apetito, algo que, sin duda, había heredado de su padre. Aunque, a diferencia de él, Bridgett sí sabía cuándo parar.

A pesar de que tenía que reconocer que se sentía cómoda, no podía esperar para regresar a su hogar.

Teniendo en cuenta que iban a emprender el viaje de regreso, había dejado ese vaporoso y meloso vestido que su padre le había obligado a utilizar sobre el jergón como presente. Esperaba que en la fortaleza de los Fraser le dieran un mejor uso que ella, pese a que, en el fondo, Bridgett sentía lástima por la pobre muchacha que debiera ponérselo. En su lugar, se había puesto su atuendo habitual: su camisa y sus pantalones, junto con unas botas.

Se echó el saco con sus pertenencias al hombro y descendió por las escaleras. Aunque el día ya había comenzado, la fortaleza permanecía casi desierta. El gran salón estaba ya ordenado y las mesas despejadas, clara señal de que el desayuno había terminado hacía rato.

Aun así, cuando llegó a las caballerizas, no le sorprendió que su padre aún no se encontrase allí, pues no era conocido por su puntualidad, como tampoco lo era por levantarse temprano. A su padre le gustaba dormir casi más que comer. En cambio, lo que sí le extrañó fue que, cuando estuvo en las caballerizas, no viera rastro alguno de su corcel ni del de su progenitor.

Ambos animales habían desaparecido.

—¿Puedo ayudaros en algo, milord? —preguntó una voz a su espalda.

Bridgett se giró bruscamente, con el corazón sobresaltado. Frente a ella, un joven pelirrojo y desgarbado —seguramente uno de los mozos de cuadra— la observaba con una mezcla de desconcierto y disculpa.

—Perdonadme, milady —balbuceó, ruborizándose—. Os he confundido con…

Ella hizo un gesto despreocupado con la mano. Estaba acostumbrada a aquello. No era la primera vez que alguien la confundía con un hombre cuando no se fijaban bien. Ya no le ofendía; no después de los últimos tiempos. Se había acostumbrado a que su porte y su modo de vestir despertaran dudas, y en cierto modo, hasta le resultaba útil.

—¿Dónde están Lyard y Grisald? —inquirió.

El joven arrugó el ceño, confuso.

—¿Quiénes?

—Mi corcel y el de mi padre.

—Ah. Partieron ayer a la noche, milady.

—¿Cómo que partieron? —repitió con estupefacción—. ¿Me estáis diciendo que los sementales se escaparon?

—Por supuesto que no, milady —dijo el mozo, con aire muy serio—. Yo he sido el encargado de esos caballos y me he asegurado de que estuviesen bien resguardados hasta que tuvieron que partir. Les puse las monturas y preparé las riendas yo mismo.

Bridgett entrecerró los ojos.

—¿Fueron ellos los que os pidieron eso? —preguntó con cautela.

El mozo parpadeó, desconcertado, antes de esbozar una sonrisa nerviosa.

—No, milady, no he perdido el juicio todavía —respondió, rascándose la nuca—. Aunque, si los caballos empiezan a dar órdenes, os juro que dejo las caballerizas y me hago monje.

—Quizá deberíais haceros monje si pensáis que los caballos no pueden comunicarse con vos —le respondió Bridgett—. Ya que es evidente que no servís de mozo de cuadras.

El joven tragó saliva.

—Milady, los caballos no pueden hablar.

—Lo hacen con sus gestos —replicó ella—. Mas no tratéis de confundirme: ¿qué habéis hecho con los caballos?

El mozo de cuadra quería que la tierra se lo tragase. Esa joven inglesa, ataviada con unos pantalones, estaba tergiversando todo lo que él decía y parecía dispuesta a prestar batalla.

—Vuestro padre se los llevó ayer por la tarde cuando se marchó del clan.

Bridgett frunció el ceño y movió la cabeza como si estuviese segura de que estaba escuchando mal.

—Eso es imposible. Mi padre ha pasado la noche en la fortaleza y debe estar a punto de venir. Sois un mentiroso.

—Os aseguro que no miento, milady. Él tenía mucha prisa en marcharse.

Aquello no era posible. Su padre nunca la mentiría y menos la abandonaría. Él no iría… No si…

Entonces, una idea más inquietante surgió en la mente de Bridgett. Puede que los Fraser y su progenitor hubieran sellado un acuerdo tiempo atrás y se considerasen aliados, pero Bridgett sabía demasiado bien que los traidores abundaban en aquella época. Al fin y al cabo, tanto ella como su padre se hallaban en territorio desconocido.

¿Y si habían aprovechado la situación para engañarlos? ¿Y si aquello era una emboscada?

A veces, su progenitor podía ser demasiado confiado.

Bridgett se irguió en toda su altura.

—¿Dónde está mi padre? —le interrogó al mozo de cuadra, estrechando los ojos con desconfianza y dando un paso hacia él. No iba a amedrentarse.

—Ya os lo he dicho, milady. Partió ayer a la noche con vuestros caballos.

Bridgett avanzó otro paso hacia él.

—¡No me mintáis! Decidme ahora mismo dónde está mi padre.

—Milady, creo que estáis un poco nerviosa. Vuestro padre me dio…

Sin embargo, el joven no llegó a terminar la frase, pues Bridgett, ante sus mentiras, deslizó con rapidez una pequeña daga

que ocultaba dentro de su bota derecha. Su padre le había pedido que no llevase armas, pero ella, como guerrera que era, no había podido evitarlo. Y ahora él estaría agradecido de que no lo hubiese hecho. Bridgett apretó el pomo con fuerza y alzó la hoja hacia el joven con decisión.

—Ya que mis palabras no bastan para arrancaros la verdad, lo hará la punta de mi daga.

El joven palideció. Alzó sus manos en señal de paz.

—Os… os estoy diciendo la verdad, milady.

—¡Mentís! ¡¿Creéis que por ser mujer podéis burlaros de mí?! ¡Os equivocáis! —Bridgett avanzó un paso más sin vacilar, provocando que la hoja de la daga rozara la barbilla del mozo de cuadra—. Vais a decirme dónde está si no queréis que os rebane el cuello.

Un sollozo femenino resonó a lo lejos, pero Bridgett no le prestó atención. Tenía que sacarle la verdad a ese joven antes de que fuese demasiado tarde.

—Milady, os lo juro… vuestro padre se ha marchado. Si me permitís… —balbuceó, llevando con cautela una mano hacia su cinto, donde colgaba una pequeña bolsa de cuero.

—Ni se os ocurra moveros —bramó ella, segura de que intentaba sacar algún objeto de la pequeña bolsa con el que atacarle.

El joven bajó la mano con rapidez. Estaba completamente lívido. No tenía duda de que esa mujer era capaz de llevar a cabo su amenaza.

—No sé qué creéis, pero os juro por Dios que estáis equivocada.

—No juréis en vano. Dios no os salvará si mi padre está herido.

El sonido de pasos provocó que el mozo girase la cabeza. Bridgett se dio cuenta de que alguien se estaba acercando y pronto se encontraría en una situación de desventaja, por lo que tenía que actuar con rapidez. En un hábil movimiento, agarró al mozo de cuadras por la muñeca para atraerlo hacia ella, posando el filo de la daga sobre su cuello e inmovilizándolo.

Al girarse, vio al laird Rowan Fraser apareciendo entre los establos, enfundado en su *kilt* con los colores de su clan. Al

contemplar la escena que se desplegaba ante él, sus ojos se abrieron como platos y la mandíbula se le desencajó de puro asombro.

—¡Si dais un solo paso, lo mataré! —advirtió Bridgett.

—¿Qué diablos está sucediendo?

Bridgett apretó los labios con rabia.

—¿Por qué no me lo decís vos?

—¿Yo?

—Sí, vos. Sabéis muy bien por qué estoy haciendo esto.

Rowan parpadeó, teniendo la poca vergüenza de parecer genuinamente sorprendido.

—No tengo la menor idea de por qué estáis amenazando a mi mozo.

—Laird, por favor… —suplicaba el pobre joven, que temblaba como una hoja—. Laird, esta mujer ha perdido el juicio.

—No he perdido el juicio, estoy más cabal que nunca —replicó Bridgett, apretando un poco más el filo en el cuello del mozo de cuadra, pero sin llegar a dañarle la piel—. No voy a amedrentarme por ser mujer.

—Lady Bridgett, soltad a Coirce —le pidió Rowan, intentando que su voz sonase lo más calmada posible. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero en ese momento lo más importante era calmar a la joven.

Sin embargo, Bridgett no daba señales de querer entrar en razón… Ni de soltar la daga.

—No lo voy a soltar hasta que vos liberéis a mi padre.

—¿Qué libere a vuestro padre? —repitió Rowan, atónito.

—¿Acaso estáis sordo? —espetó Bridgett con furia—. Nos habéis tendido una emboscada, pero no os saldréis con la vuestra.

Rowan la miró, aún más confundido si era posible.

—¿De qué emboscada habláis? No os hemos tendido ninguna emboscada.

—¿Dónde tenéis retenido a mi padre? ¿En las mazmorras? —continuó ella sin hacerle el menor caso.

—Vuestro padre es mi aliado. ¿Cómo podéis pensar algo así?

—Sois un hombre sin honor, capaz de cualquier cosa. Mi padre es demasiado confiado, pero, por suerte para él, yo no. Soltad a mi padre y devolvednos los caballos.

Rowan entrecerró los ojos.

—Me acusáis de no tener honor, de ser un traidor y, encima, un ladrón.

—No os acuso de nada. Tan solo hablo con la verdad. Sois un hombre de la peor calaña.

—Por los clavos de Cristo, muchacha, dejad de insultarme. Recordad que estáis en mi clan.

—Del que me iré en cuanto liberéis a mi padre.

—¡Que no tengo retenido a vuestro padre! —bramó Rowan, perdiendo la paciencia.

—¿Creéis que gritándome lograréis amedrantarme? Porque ya os digo yo que no lo haréis.

Rowan se pasó las manos por el rostro, abrumado por el cansancio. Sentía que aquella situación se le desmoronaba entre los dedos, escapando de su control.

Y el pobre Coirce, a cada segundo que pasaba, temía más por su vida.

—Milady… —habló, con voz temblorosa—. Él… él dejó una misiva para vos.

—¿Una misiva? —preguntó Bridgett, prestando de nuevo atención al mozo.

—La tengo en el saquito. Dejadme…

Con la daga aún en el cuello del joven, Bridgett atrapó la correa del saquito con los dedos y, en un solo movimiento, lo arrancó del cinto. Lo abrió con un golpe de muñeca y sacó la misiva, sin soltar al muchacho ni un instante.

El pergamino no estaba atado, por lo que, al desenroscarlo, ella reconoció la letra de su padre. Soltó la daga del cuello del mozo y este aprovechó para alejarse.

No podía creerse lo que estaba leyendo. Solo unas pocas palabras, pero las suficientes para darse cuenta de que le estaban diciendo la verdad.

«Lo siento, pequeña flor. Espero que lo entiendas».

—¿Lo siento? ¿Por qué mi padre debería disculparse? —A pesar de que la pregunta la formuló en voz alta, era para sí misma—. ¿Y qué espera que entienda?

—Imagino que se refería a que no puede acudir a la boda —respondió Rowan—. Aunque creí que os lo había comunicado él mismo y lo comprendíais.

Rowan estaba empezando a pensar que el barón había recurrido a alguna treta para salirse con la suya, aunque no terminaba de entender bien qué sucedía.

Bridgett frunció el ceño.

—¿Qué nupcias?

—Las nuestras —dijo Rowan, como si fuese algo obvio.

—¿Vos y yo? —preguntó ella.

Rowan la observó con los ojos entrecerrados durante un instante.

—No lo sabíais.

—Por supuesto que no lo sabía. Jamás lo habría aceptado. No voy a casarme con vos.

—Entonces deberíamos enviarla de regreso a Inglaterra —dijo Archer.

Rowan se giró para mirar a su segundo, que se encontraba en la puerta de los establos, bloqueándola para que nadie pudiese entrar. Rowan agradecía esa acción, ya que lo que menos necesitaba era que los miembros del clan presenciasen aquella escena.

El mozo tampoco estaba allí, por lo que debía haber aprovechado aquel momento de distracción para huir.

—Lady Bridgett, vos no iréis a ningún lado —declaró Rowan, volviendo a centrar su atención en la joven—. El trato con vuestro padre ha de cumplirse.

Bridgett frunció el ceño. No quería creer que su padre le había vendido a aquel hombre. No cuando él le había prometido que nunca se casaría si ese era su deseo. Y mucho menos, sería tan cobarde como para no decírselo.

Tratando de poner sus pensamientos en orden, se guardó la daga de nuevo en la bota, mientras con la otra mano sujetaba el pergamino con fuerza.

—Ella no desea casarse contigo, amigo —dijo Archer, separándose de la puerta—. Y el clan no va a aceptar a una mujer inglesa que ponga problemas.

—Lady Bridgett solo está nerviosa. Su padre le ha mentido, pero ella se calmará y entenderá…

Bridgett dejó de escuchar a los hombres. Porque solo había un pensamiento que martilleaba su mente: encontrar a su padre y solucionar ese malentendido.

Aunque, en el fondo, sabía que no había ningún malentendido. Su padre la había engañado y, no solo eso, la había dejado en la boca del lobo.

Pues no la conocía en absoluto si pensaba que se conformaría. Mientras los hombres seguían discutiendo entre ellos, Bridgett se acercó sin hacer ruido a uno de los caballos del establo. El semental, un animal de pelaje grisaceo y mirada fiera, masticaba paja, ajeno al alboroto que reinaba a su alrededor.

Sin pensárselo dos veces, soltó la correa que lo mantenía atado al pesebre. El caballo resopló, alzando la cabeza, pero no se apartó de ella. Parecía reconocer la mano firme de quien sabe montar.

Bridgett, sin preocuparse por la falta de silla ni bridas, se impulsó con un movimiento ágil y montó a pelo, con la destreza de una amazona acostumbrada al riesgo.

—¡Por todos los santos! —exclamó Rowan al verla.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Bridgett espoleó al animal y lo guio hacia la puerta. El semental relinchó y, en un estallido de fuerza, salió al galope del establo, dejando tras de sí una nube de paja y la estupefacción absoluta de los dos hombres que la contemplaban partir.

Capítulo 8

En sus veinte inviernos, Bridgett no recordaba haber estado tan furiosa. Y eso que había tenido muchos motivos para estarlo. Pero jamás, ni siquiera en sus peores días, había sentido una ira tan abrasadora como la que la dominaba en ese instante.

Los hombres que custodiaban el puente levadizo la vieron acercarse a todo galope, con el cabello al viento y la mirada encendida.

—¡Más os vale apartaros! —bramó ella—. ¡No pienso detenerme!

Los guardias se miraron entre sí, indecisos. Aquella joven parecía dispuesta a arrollarlos. Y antes de que pudieran reaccionar, el semental —que, a pesar de ser la primera vez que la llevaba, la obedecía como si hubiesen cabalgado juntos toda la vida— relinchó con fuerza y cruzó el puente con un ímpetu imposible de contener.

Las cadenas del puente vibraron con el estruendo de los cascos, y el eco del galope resonó en las murallas.

Rowan iba tras ella, pero el instante que le había costado reaccionar era suficiente para que ella le sacase ventaja. Él no podía creerse que la dama dulce y delicada de la tarde anterior se hubiese convertido en esa fiera imposible de domar. Una fiera que le complicaría las cosas más que solucionárselas.

Aun así, él no la dejaría escapar. Tenía un trato con el barón, uno que iba a llevar a cabo. Y además tenía la sospecha de que Bridgett iba en busca de su padre, y él también tenía mucho que reivindicarle a aquel hombre.

Bridgett sabía que la seguían. Podía oír, a lo lejos, el sonido rítmico de unos cascos sobre la tierra húmeda, pero no le importaba lo más mínimo. Porque tenía una sola cosa en mente: encontrar a su padre en el campamento antes de que partiera hacia Inglaterra.

Si él pretendía venderla al laird Fraser —porque para ella un matrimonio concertado no era otra cosa que una venta—, entonces

se lo diría a la cara. Y esta vez, no pensaba callarse ni aceptar sus excusas.

Su padre la escucharía.

Aunque lo cierto era que Bridgett se había callado muy pocas cosas en su vida. Tal vez esa era la razón por la que su progenitor no había sido sincero con ella, porque sabía que no lo aceptaría.

¿Pero cómo iba a aceptar aquello?

Bridgett no estaba preparada para el matrimonio; nunca lo estaría. Y menos con un hombre que la iba a aceptar tal como es. Un hombre que apagaría su espíritu con el fin de convertirla en lo que él deseaba y no en quien ella era.

Mientras estos pensamientos bullían en su cabeza, se adentró en el bosque. El corcel seguía sus indicaciones con tanta rapidez que casi parecía que sabía adónde iban. Bridgett siempre se había sentido muy conectada a los caballos, pero nunca había sentido una conexión tan inmediata como esa.

En cuanto llegó al lugar donde debía estar el campamento improvisado, Bridgett desmontó del caballo con un fuerte suspiro.

No quedaba nada.

Ni rastro de las tiendas, ni del ruido de los hombres, ni del olor del pan tostándose al amanecer. Solo un fuego extinto, reducido a un círculo de brasas grises, que demostraba que habían estado allí y que se habían marchado hacía ya horas.

Se acercó despacio a los restos del fuego, agachándose para tocar una de las piedras ennegrecidas.

Todavía estaba tibia.

El humo apenas era un hilo tenue que se perdía en el aire, arrastrando consigo la última prueba de su partida.

—No me lo puedo creer —masculló, llevándose las manos a la cabeza.

Se tomó unos instantes para recomponerse. Su padre no estaba allí, y no había indicios de lucha, por lo que se había marchado por su propio pie.

Quizá, si se daba prisa, aún podía alcanzarlos antes de que cruzaran la frontera.

No le asustaba la idea de emprender un viaje de varios días sola,

aunque nunca antes había hecho algo así, ya que su padre nunca se lo había permitido. Entonces se dio cuenta de que su padre, aun concediéndole cierta libertad, siempre se había preocupado por su seguridad —pese a que muchas veces se equivocaba—. Porque su padre la amaba.

¿Y si no se había ido? ¿Y si todo estaba siendo un engaño?

—¿Se puede saber qué hacéis, muchacha? —Rowan desmontó de su caballo y se acercó a ella—. ¿Es que acaso habéis enloquecido?

Bridgett no se sorprendió de verlo. Ya se había imaginado que era él quien la seguía.

—Todo esto es obra tuya —le recriminó.

—¿Obra mía? —preguntó Rowan, confuso—. ¿También soy el culpable de desmantelar el campamento?

—¿Cómo sabíais que había un campamento aquí? —preguntó Bridgett con suspicacia, entrecerrando los ojos.

—Soy un guerrero, muchacha. Por supuesto que sé dónde ha habido un campamento.

—O tal vez con engaños habéis logrado que los hombres de mi padre se marchen mientras lo tenéis a él retenido.

Rowan exhaló un profundo suspiro y dirigió su mirada al firmamento, suplicando a Dios que le otorgase paciencia.

—Por enésima vez, vuestro padre se ha ido por decisión propia, tras pactar nuestra boda.

Bridgett iba a rebatirle cuando escuchó un crujido a unos pasos de distancia, detrás de un árbol.

—¿Quién está ahí? —interrogó, al tiempo que se agachaba para sacar la daga oculta en su bota.

—Por todos los santos, guardad esa daga antes de que os hagáis daño —murmuró Rowan, desenvainando su espada.

—Sé usar una daga. Incluso estoy bastante segura de que sabría blandir una espada mejor que vos.

—No, no sabéis. Y callad, podríamos estar a punto de caer en una emboscada.

Bridgett ya sabía que aquel hombre era un necio, pero con cada minuto que pasaba en su compañía le quedaba más claro que no

tenía remedio.

—Soy más que capaz de salir airosa de una emboscada —replicó con orgullo—. Estoy preparada para una batalla.

—Si lo estuvierais —respondió Rowan con calma irritante—, os habríais mantenido en silencio al oír el sonido. No habríais delatado vuestra posición con preguntas absurdas.

Bridgett enrojeció.

Ese hombre no iba a darle lecciones de guerra. No a ella.

—Por lo menos, yo lo he escuchado. Vos, ni eso.

Rowan arqueó una ceja, divertido.

—¿O tal vez fingí no oírlo para tomar por sorpresa a quien nos acecha?

—Si fuese un enemigo, podría haberos atacado y vencido a los dos mientras discutíais —dijo un hombre, montado en su caballo, que apareció entre las sombras de los árboles.

—No nos hubieses vencido —respondieron los dos al unísono.

El hombre contuvo una sonrisa.

—¡Errol! —lo reconoció Bridgett—. ¿Dónde está mi padre?

Errol era uno de los soldados de su padre. Tan solo era un año mayor que ella y prácticamente se habían criado juntos. Él había sido uno de los pocos niños que no se enfadaba cuando Bridgett le ganaba las batallas con espadas de madera.

Sin embargo, pese a conocerse bien y haber sido muy cercanos, se habían distanciado en los últimos años. A pesar de que Errol siempre la había respetado, Bridgett sabía que, en cierta manera, él esperaba, como lo hacían todos, que algún día entrase en razón y se convirtiese en la dama que pensaban que estaba destinada a ser.

—Mi... Bridgett —se corrigió al instante, pues Bridgett no quería que los soldados de su padre la llamaran milady y era algo que el barón, siempre que estuvieran dentro de la fortaleza, permitía—, tu padre ha partido junto con el resto de sus hombres esta mañana. Me ha dejado a mí esperándote. Él estaba seguro de que vendrías. Me ha dicho que te transmita que aceptes tu destino y recuerdes que no importa a quién jures tus votos en el altar, siempre serás su hija.

Bridgett lo miró con el rostro enrojecido por la furia.

—¡¿Cómo ha podido hacerme esto?! —Bridgett no podía creer que su padre le hubiera traicionado de semejante forma—. Voy contigo —decidió.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible. —Errol negó con la cabeza. Después, fijó su mirada en Rowan y, con una leve inclinación de barbilla, dijo—: Suerte, laird.

Antes de que Bridgett pudiera decir una sola palabra más, el joven azuzó a su caballo y se marchó.

—¡Maldito cobarde! ¡Errol, venid aquí!

Pero el joven ya se alejaba a toda prisa. Incluso Rowan tuvo la sensación de que su caballo había acelerado el paso. Los cascos levantaban nubes de polvo sobre el camino de tierra mientras el muchacho desaparecía rápidamente.

—Increíble —musitó Bridgett, dándose la vuelta para montar en su caballo cuando una mano sosteniendo su muñeca la detuvo. Miró a Rowan, atónita—. ¡Soltadme!

Y Rowan lo hizo, pero cuando Bridgett miró hacia el camino, Errol ya había desaparecido.

—¿Adónde vais?

Bridgett abrió los ojos con exasperación, sin poder creer que tuviera que responder a aquella pregunta. Encima de insoportable, Rowan era un necio.

—¿Es que no lo veis? ¡Detrás de él! Dejad de hacerme perder el tiempo; por suerte, Errol no es el más diestro con el caballo y lo alcanzaré pronto.

Rowan no podía dar crédito a lo que oía. De no ser porque la joven hablaba con absoluta seriedad, habría creído que se trataba de una chanza.

—No vais a ir tras él. Es una locura.

—¿Por qué vos lo decís? —lo desafió—. No sois nadie para darme órdenes.

Rowan avanzó un paso hacia ella, sin poder creerse el descaro de la muchacha.

—Soy vuestro prometido y futuro marido.

—¡Ni soñar! —exclamó Bridgett con una carcajada—. No pienso casarme con vos. Esa boda no tendrá lugar.

—Vuestro padre me ha dado vuestra mano. Hemos sellado un acuerdo —le repitió—. Y, pese a que las condiciones no son precisamente las prometidas, soy un hombre de honor.

Bridgett alzó la barbilla, orgullosa.

—Yo también soy una mujer de honor y no pienso cumplirlo. Mi padre ha debido enloquecer si me ha prometido con vos. Él me debe una explicación, ¡y pienso exigir que lo haga a la cara!

Rowan entrecerró los ojos. Era evidente que el barón de Mowbray había jugado con ambos. Ese inglés le había tomado el pelo y él pensaba hacérselo pagar. Sin embargo, en esos instantes, Bridgett era su prometida, estaba bajo su protección y no podía permitir que viajase sola hasta la fortaleza del barón.

—Hablará con vos —le prometió Rowan—, mas no ahora. Regresemos al clan.

—¡No pienso poner un pie en vuestro clan de nuevo! —bramó Bridgett, levantando la mano en el aire con ímpetu—. Me voy a buscar a mi padre. Con suerte, estarán a mitad de camino.

—No podéis ir sola. Es un viaje largo y peligroso para una mujer viajar sin compañía.

—Estoy preparada para ello —Bridgett estiró el brazo hacia Rowan—. Dejadme vuestra espada. Mi padre se ha llevado la mía.

Rowan arrugó el ceño.

—Una mujer no debe blandir una espada, y no sé en qué pensaba vuestro padre para dejaros tener una.

Bridgett puso los ojos en blanco.

—Eso es una necedad propia de hombres con menos juicio que un potro sin domar.

—No deberíais faltarme el respeto. Voy a ser vuestro marido.

—No, no lo vais a ser —Antes se pondría durante un año entero esos vestidos vigorosos que tan poco le agradaban que desposarse con Rowan—. Si no me dejáis la espada, iré sin ella. Me arreglaré con la daga. No tardaré en alcanzar a Eoin, el caballo que he…

—Que habéis robado —terminó Rowan con un ceño fruncido que mostraba su desaprobación.

—Soy una mujer de honor, no he robado nada —Bridgett se irguió y se llevó una mano al corazón con indignación—. Lo he

cogido prestado —matizó—. Además, ni siquiera parecía tener dueño. No estaba en un habitáculo como el resto de los caballos y estaba atado débilmente.

—Su nombre es Fiach. Era el caballo de guerra de mi padre. Nunca le gustó estar encerrado en un habitáculo y, desde que mi padre murió, no deja que nadie le monte.

Rowan miró al caballo de color gris, que a diferencia del suyo, que estaba pastando tranquilamente, los observaba. Por un instante, él creyó haberse vuelto loco, porque sintió como si el corcel le estuviese advirtiendo que tratase bien a la joven.

—No ha tenido ningún problema en que yo lo monte. —Bridgett se encogió de hombros—. Eso es porque no sabéis tratar a los caballos como sé yo.

Rowan resopló y arqueó una ceja castaña.

—¿Qué sabéis vos de caballos?

—Sé mucho. He asistido en montas y he ayudado en los partos de las yeguas.

Rowan parpadeó, atónito.

—¿¡Vos… habéis visto a los caballos procrear y a sus crías nacer!? —repitió, con una mezcla de horror y asombro—. Lo primero no es para los ojos de una dama y lo segundo no debería ser vuestra labor.

—Pues sí, y no me he desmayado ni he gritado —dijo Bridgett con orgullo—. Por lo que veo, vos sí parecéis necesitar que os enseñen sobre estas cosas.

—No es necesario, sé lo suficiente sobre lo que se hace en la intimidad entre un hombre y una mujer. No es tan diferente a lo que hacen los caballos.

—¿Tenéis hijos? —preguntó ella alarmada.

—No.

—Entonces mentís, no sabéis nada.

Rowan se esforzó por contener una sonrisa.

Esa joven podía creerse ruda y experta en todo lo que rodeaba al mundo, pero era inocente… muy inocente. Su padre la había consentido demasiado, de eso no tenía dudas, pero también la había protegido de los peligros más acechantes.

No eran las fieras del bosque, ni cualquier otra amenaza que ella imaginase. Sino el peligro de un hombre lujurioso que no respetase que era una dama, una mujer a la que había que honrar y proteger.

—Se puede yacer con una mujer sin tener hijos.

—Sois un lujurioso —lo acusó al comprender lo que él estaba diciendo.

La mirada de Rowan se posó en ella, deslizándose con lentitud de la cabeza a los pies. Aun vestida con esos horribles pantalones marrones, seguía siendo la misma mujer bella que lo había dejado sin aliento el día anterior.

—¿Dónde os habéis dejado el vestido? —observó.

—En la alcoba —respondió Bridgett con desprecio—. Podéis regalárselo a una de vuestras amantes.

¿Lady Bridgett estaba celosa?

No, no podía ser, ya que parecía odiarle. Aun así, a Rowan no le desagradó la idea de que lo estuviese.

—No habéis cambiado nada. Seguís siendo esa niña consentida y caprichosa que conocí —dijo más para enfadarla que porque fuese verdad.

—Y vos seguís siendo el mismo mentiroso presuntuoso.

—No os mentí, milady. —Una sonrisa asomó los labios de Rowan—. Os dije que os daría un beso y os lo dí.

—Pero me engañasteis. Yo… —Bridgett se quedó callada al darse cuenta de que había caído en su propia trampa.

—Vos queríais que os besase en la boca —adivinó Rowan con diversión, dando un paso hacia ella.

—Por supuesto que no.

—En aquel tiempo solo erais una niña, y yo era el prometido de vuestra hermana; no era posible. Pero ahora sois mi prometida, puedo besaros.

—Que mi padre me comprometiese con vos no me hace vuestra prometida.

—Yo creo que sí —dijo él dando otro paso.

—¿Creéis que podéis obligarme?

—No os obligo —susurró él, acercándose un poco más—. Mas espero que cumpláis con vuestro deber. Como ella no se movió, él dio otro paso y le rodeó la cintura con el brazo, acercándola a él—. Y quizá hasta lo deseéis.

Bridgett notó un escalofrío recorrerle la espalda ante la cercanía de su cuerpo. Sus rostros estaban tan cerca que podía sentir el aliento del hombre, mezclado con el aroma del bosque.

—¡Estáis loco! —exclamó, aunque no intentó apartarse—. Jamás desearé casarme con vos.

—Ya lo veremos —susurró él, acercando lentamente sus labios a los de ella.

Pero antes de que pudiese rozarlos, Bridgett reaccionó con rapidez: le clavó la rodilla en sus partes nobles. Rowan se encogió por el dolor, jadeando, mientras ella aprovechaba el momento para dirigirse hacia su caballo.

Cuando estuvo a punto de subir, Rowan la alcanzó con un brazo firme alrededor de la cintura, deteniéndola antes de que pudiera escapar.

—¡Soltadme! —exclamó ella, forcejeando con determinación—. ¡Debo ir tras mi padre!

Rowan solía considerarse un hombre diplomático, convencido de que todo podía resolverse con palabras. Pero era evidente que con esa mujer no funcionaban. Era una verdadera fiera, una muy ardiente. Él no sabía en qué había estado pensando cuando había intentado besarla, pero cierto era que no podía pensar en otra cosa que no fuese cómo sabrían sus labios. Y ese deseo no había menguado con el rodillazo que ella le había dado.

A otro hombre lo hubiese inhabilitado durante minutos. Pero él estaba instruido para aguantar el dolor físico y ser capaz de reaccionar a tiempo. Esa era una de las muchas cosas que había perfeccionado durante su tiempo fuera del clan.

La tomó por la cintura y la alzó sobre su caballo. Bridgett forcejeó y pataleó, tratando de liberarse, pero Rowan la sujetaba por detrás con un agarre sólido, sin hacerle daño, hasta que finalmente ella se resignó a permanecer quieta.

Rowan azuzó a su caballo para que este comenzase a cabalgar. Miró al caballo de su padre, pensando que tendría que enviar a alguien a por él, pero, para su sorpresa, este los siguió. Ese caballo nunca le había obedecido; es más, parecía tenerle cierta animadversión, sin embargo, parecía adorar a su prometida.

—Habéis ganado esta batalla, pero no la guerra —le advirtió Bridgett, rompiendo el silencio con el que le había deleitado durante gran parte del camino.

—No quiero pelear con vos —confesó Rowan con un suspiro.

—Entonces dejadme ir a por mi padre.

Rowan sonrió.

—He dicho que no quiero. Mas lo haré si no me queda otro remedio.

Capítulo 9

—No podéis retenerme para siempre —le dijo Bridgett a Rowan en cuanto llegaron al patio de armas y ambos descendieron del semental.

El mozo de cuadras apareció corriendo. Se quedó sorprendido al ver a Fiach. No le extrañó tanto que el caballo hubiese seguido a la pareja, pues era un corcel de guerra con experiencia en contiendas, y en sus ocho años jamás se había escapado ni mostrado miedo alguno.

Lo que realmente lo dejó con la boca abierta fue que el animal se acercara a Bridgett y agachara la cabeza, buscando una caricia. Fiach, que siempre había rehuido el contacto humano, parecía rendirse ante la muchacha.

Ella le acarició el cuello con suavidad, de manera instintiva, como si apenas se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—No pretendo deteneros —respondió Rowan—. Vais a ser mi esposa, no mi cautiva.

—Es lo mismo. El matrimonio es un cautiverio.

Rowan negó con la cabeza mientras hacía un gesto al mozo de cuadras para que se llevara los caballos. El muchacho obedeció, aunque solo consiguió conducir a uno: Fiach le mostró los dientes en cuanto intentó tirar de la rienda, y el joven no estaba dispuesto a perder un brazo por insistir. Así que se marchó y dejó a la pareja con el caballo.

—No es cierto —rebatió Rowan tras unos instantes de silencio.

—¿Ah, no? —Bridgett tornó la cabeza hacia él con una sonrisa provocadora—. Entonces no os importará que no me ponga uno de esos odiosos vestidos y que me encargue de entrenar a vuestros guerreros.

—Una dama debe…

—No soy una dama, soy una guerrera.

Rowan no supo qué le sorprendió más, si aquella afirmación o que Fiach, el semental de su padre, lo observase fijamente con una

mirada amenazante, como si quisiese cerciorarse de proteger a la joven. Por el amor de Dios, el caballo estaba de parte de Bridgett. Era toda una locura.

Rowan se pasó una mano por el rostro y después escudriñó a su alrededor. No había nadie en el patio de armas. A esas horas, el lugar debía bullir lleno de actividad, pero no lo hacía. Él sabía la razón: era la manera que tenían los miembros de la fortaleza de mostrarle que no estaban de acuerdo con su liderazgo. Una manera de demostrarle que debía dejarlo en manos de otro. Y una parte de él deseaba hacerlo, ya que estaba harto de lidiar con unos desagradecidos. Pero no había ningún hombre capacitado para ello, y por mucho que no se lo merecieran, eran su clan y no los dejaría en la estacada.

Aunque, por otro lado, agradecía que nadie viese su discusión con esa muchacha empecinada.

—Una mujer no puede ser una guerrera —replicó con un suspiro cansado.

Bridgett puso los brazos en jarras y alzó una ceja.

—Por supuesto que puede, yo lo soy.

—¿Ah, sí? ¿Y en cuántas contiendas habéis luchado? —Ella abrió la boca para responder, pero él la interrumpió—. Fuera de vuestro hogar.

Bridgett frunció el ceño, y Rowan sonrió satisfecho. Aunque la sonrisa se desvaneció en cuanto Fiach relinchó con fuerza.

Ese maldito caballo…

—Como bien sabéis, no he podido pelear fuera de mi hogar porque los hombres sois unos cobardes.

Rowan frunció el ceño, pero al notar la sonrisilla traviesa de Bridgett —satisfecha al ver que sus palabras le habían afectado— relajó el rostro.

—Soy muchas cosas, milady, pero cobarde no es una de ellas. Decidme entonces, ¿qué tiene que ver la cobardía de los hombres con que vos no hayáis podido ir a la guerra?

—Los hombres no permitís que las mujeres vayamos a la guerra —respondió ella, dando un paso hacia él— porque teméis que os superemos.

—Pero ¿qué necedades estáis diciendo?

—¿Necedades? —repitió Bridgett a la vez que acariciaba el pelaje del semental, que parecía un perrito disfrutando de las atenciones de la joven—. Entonces decidme, oh sabio guerrero: ¿por qué no podemos ir las mujeres a la guerra?

Rowan suspiró profundamente, esforzándose por mantener la calma. Siempre había tenido por virtud el dominio de su temperamento, pero esa muchacha… esa muchacha parecía tener el don de hacerle perder la cabeza.

—En primer lugar, no me faltéis el respeto.

—No os estoy faltando el respeto. Si quisiese hacerlo, os diría lo que estoy pensando en estos momentos. —Rowan entrecerró los ojos—. Entonces, ¿vais a seguir eludiendo mi pregunta?

A Rowan no se le escapó el tono de su voz: orgulloso, con ese deje de desafío que parecía definir cada palabra, cada gesto y cada mirada de ella. Pero no deseaba seguir discutiendo. Al fin y al cabo, iba a ser su esposa. Tarde o temprano terminaría respetándolo.

O al menos eso esperaba, aunque fuese solo en público.

—Porque esa no es vuestra labor —añadió él con convicción—. La labor de las mujeres es cuidar de la fortaleza, velar porque todo esté en orden y que, cuando los hombres regresen de la batalla, no encuentren su hogar en ruinas. También deben cuidar de su descendencia y asegurarse de que los niños crezcan para convertirse en hombres fuertes y leales a su clan.

Rowan se sintió satisfecho con su respuesta. Él no era de aquellos que deseaban una esposa sumisa, cuya única ocupación fuera bordar o asegurarse de que el plato llegara caliente a la mesa. Tampoco quería una mujer sin voz ni opinión. Pero sí una que supiera cuál era su lugar.

Y por el amor de Dios, que se pusiese un vestido. ¿Era tanto pedir?

Bridgett se mantuvo en silencio, algo que él estaba seguro de que era un triunfo, ya que esa mujer no era de las que se callaban. La única explicación era que su respuesta le había convencido.

Por unos instantes saboreó el triunfo, aunque debería haberlo sabido mejor.

—¿Menospreciando a las mujeres es como queréis convencerme de que me case con vos?

¡Por el amor de la Virgen!

Él no tenía que convencerla de nada. El trato ya estaba sellado. Incluso el barón había firmado los documentos antes de marcharse. No había vuelta atrás.

—Esa ha sido siempre la forma en la que son las cosas, Bridgett —Se apretó el puente de la nariz con los dedos con cansancio, sin poder llegar a comprender por qué él le tenía que repetir algo que ella ya debería saber —dijo—. Cada uno cumple su papel; esa es la manera en que el clan prospera. No se trata de menosprecio, sino de equilibrio.

—¿Equilibrio? —repitió Bridgett con una risa que no conocía la gracia—. Entiendo.

Era más que evidente que no entendía nada. Rowan se preparó para una respuesta mordaz, pero esta no llegó.

—¿No vais a decir nada más? —preguntó él, desconcertado y, aunque se negase a reconocerlo, también algo decepcionado.

—¿Qué queréis que diga? —replicó ella con calma, sin apartar la mirada mientras seguía acariciando al caballo, que también lo observaba.

—No estáis de acuerdo con mi razonamiento.

—No creo que os importe mi opinión.

—Si no me importara, no os la estaría preguntando.

—Si de verdad os importara, me habríais preguntado antes de aceptar casaros conmigo.

Rowan la observó en silencio. Aquella mujer tenía una lengua afilada y una determinación que rozaba la temeridad.

No, no la rozaba. Era una temeraria.

—Confiad en mí; en estos instantes, nada más deseo que no haber aceptado ese trato con vuestro padre. Sois una malcriada.

Bridgett se irguió, y sus ojos grises brillaron con tal intensidad de ira que parecía que pudieran incendiar los establos. Rowan no pudo evitar pensar que jamás había visto a una mujer tan hermosa.

El caballo relinchó con fuerza, rompiendo el tenso silencio que se había formado entre ambos. Parecía incluso dispuesto a atacarle

por haber ofendido a la muchacha.

—No pasa nada —ronroneó ella, dándole un suave toquecito en el hocico al caballo para calmarlo—. No debéis indignaros por las palabras de un cerdo.

—¿Cómo decís? —dijo Rowan, ofendido.

Bridgett ladeó la cabeza hacia él.

—Tenéis razón, mis disculpas. No debería haber insultado a los pobres cerdos.

—Es suficiente —espetó Rowan, llegando al límite de su paciencia—. Si me disculpáis, milady, tengo cosas más importantes que hacer que discutir con vos.

—No, no os disculpo.

—¿Perdón?

—He dicho que no os disculpo.

—Os he entendido la primera vez, lady Bridgett.

—Entonces, ¿por qué preguntáis?

—Muchacha… —Rowan resopló y se pasó una mano por el cabello, hundiendo los dedos entre los mechones—. ¿Estáis decidida a volverme loco?

—No era mi intención, mas no sería una mala idea —reconoció con honestidad y un descaro que Rowan no podía creerse. ¿A quién quería mentir? Por supuesto que podía—. Si puedo demostrar ante el rey que habéis perdido el juicio, tal vez rompa el compromiso que mi padre ha concertado con vos.

—No es necesario que digáis en voz alta todo lo que pensáis.

Bridgett se encogió de hombros. No era la primera vez que la acusaban de algo así. Sabía que a veces convenía mantenerse callada; su padre se lo había repetido muchas veces: el silencio gana guerras.

Pero Bridgett no estaba de acuerdo.

—No solo queréis convertirme en una mujer que no soy, sino que también me negáis hablar con libertad.

—¡¿Yo os he negado hablar con libertad?! —preguntó exasperado, sin poder evitar alzar la voz, algo que rara vez hacía—. ¡Si no habéis hecho otra cosa!

Bridgett frunció el ceño.

—Acabáis de decirme que me calle.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha! Yo no he dicho tal cosa.

—Si no os lo ha dicho nadie, os lo diré yo: juráis demasiado, laird.

—Y luego se queja de que no le dejo hablar con libertad —masculló Rowan entre dientes, pero Bridgett le escuchó perfectamente.

—Que lo haga no quiere decir que vos me lo permitáis —refutó Bridgett con la barbilla alzada, y que le clavasen una daga si el caballo no estaba asintiendo.

Rowan tenía que terminar esa disputa o iba a perder la cordura.

—Lady Bridgett, vuestro padre y yo hemos hecho un trato —dijo él. Ella abrió la boca dispuesta a responder, pero Rowan continuó—. Mas tenéis razón, él nos ha engañado a ambos. Enviaré a uno de mis hombres en su búsqueda; con suerte lo alcanzará antes de que llegue a Inglaterra para que nos explique sus razones.

—¿Entonces no nos casaremos? —preguntó ella con una sonrisa genuina.

Por alguna razón, aquello le molestaba sobremanera. Que Bridgett no quisiera casarse con él le irritaba profundamente. Lo cual era absurdo, pues él tampoco deseaba casarse con ella.

Su hermana, Lady Amelia, sí habría sido una buena opción: una dama que habría cumplido con eficacia sus deberes como señora del clan.

Pero aquella muchacha que tenía frente a él…

Esa muchacha era otra historia. Ella era capaz de hacerlo perder la paciencia y el juicio con una sola mirada, de desafiar su autoridad sin miedo y, al mismo tiempo, encender algo en él que no sabía cómo controlar. Cada palabra suya parecía medirlo, retarlo, y aun así, lo intrigaba de un modo que ninguna otra mujer había logrado jamás.

Justo lo que no necesitaba en ese momento. Necesitaba una mujer que lo apoyase, que confiase en él, que le ayudase a ganarse el favor de los miembros del clan. Claro que Lady Bridgett podía obligarlos con su daga.

No pudo evitar una sonrisa al imaginárselo.

—¿Os estáis riendo de mí? —le preguntó ella ceñuda, provocando que él volviese a la realidad.

—Nada más lejos de mi intención —reconoció Rowan—. Tendremos que casarnos —aclaró él, y ella frunció el ceño—. Pero esperaremos a vuestro padre. Sus razones para no ser sincero con vos y hacerme creer que vos estabais de acuerdo no cambiarán nada, pero entiendo que necesitéis hablar con él.

Bridgett resopló. No quería casarse con Rowan. En verdad, podría librarse de aquella unión con facilidad: solo debía contarle la verdad sobre lo ocurrido con Amelia. Si Rowan se enteraba, cancelaría el compromiso sin pensarlo.

Pero no podía hacerlo. Su padre la había traicionado, pero ella no le devolvería con la misma moneda. Era una mujer de honor.

—Está bien. Esperaré hasta que mi padre regrese.

—Y cuando lo haga, te casarás conmigo.

Bridgett estuvo a punto de decirle que no, que eso jamás sucedería. Pero se contuvo. Su intención era dejar las cosas claras cuando estuviera frente a su padre: o cancelaba el compromiso, o ella misma se encargaría de hacerlo.

Sin embargo, si Rowan había cedido un poco, ella también podía hacerlo. Así eran las disputas con honor: una concesión por cada concesión.

—Me comportaré como vuestra prometida hasta que mi padre regrese.

No iba a prometer nada más. Bridgett jamás rompía una promesa y no pensaba empezar con él.

Rowan se pasó la mano por la cara con cansancio.

—Está bien —claudico—. Bien sabía él que las batallas se ganaban poco a poco. —Más mi prometida debe llevar un vestido.

Ella frunció él ceño.

—Yo debo llevar vestido, pero vos lleváis una falda.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Rowan.

—No juréis, laird —le recordó ella con una sonrisa traviesa.

Rowan apretó la mandíbula. Por un instante, deseó tener la paciencia de un santo.

—No llevo una falda, es un *kilt* —le corrigió sin poder evitar mostrar su irritación.

Algo que, a juzgar por la sonrisa que asomó en los labios de Bridgett, la divertía.

—Pues se parece mucho a una falda.

—Es un *kilt* con los colores del clan. Colores que luzco con orgullo —gruñó él, dando un paso hacia ella—. Y vos, como mi prometida, deberíais lucirlos también.

Bridgett alzó una ceja.

—¿Pretendéis que me ponga una falda como la vuestra?

—¿Me estáis tergiversando adrede? —preguntó él, aunque era más una afirmación que una duda, por lo que no esperó respuesta —. Os pondréis un manto con los colores de mi clan.

—Está bien —respondió ella sin dudar.

Rowan entrecerró los ojos. Aquella respuesta tan rápida le hizo desconfiar. Algo no cuadraba. Sin embargo, decidió que daba lo mismo. Aceptaría esa pequeña victoria.

—Muy bien, entonces. Como os he dicho, tengo asuntos que atender.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo durante el día? —preguntó ella cuando él había comenzado a andar camino del interior de la fortaleza.

Él ni siquiera se molestó en detenerse.

—Estoy más que seguro de que os ocurrirá algo.

Y así, Rowan cometió el mayor error de su vida.

Capítulo 10

Bridgett no tenía la menor idea de qué hacer en aquella fortaleza. No era una mujer acostumbrada a la ociosidad.

En el castillo de su progenitor tenía una rutina que llevaba años cumpliendo con disciplina: se levantaba temprano, entrenaba —a veces junto a su padre, otras con su hermano y, en ocasiones, sola —. Después desayunaba y, tras eso, ayudaba a revisar el estado de las armas, comprobaba que los caballos estuviesen bien alimentados o inspeccionaba el entrenamiento de los soldados más jóvenes.

Incluso ayudaba con las guardias, y no era raro verla afilando su espada. Pero ahora ni siquiera tenía su espada, ya que su padre le había obligado a dejarla en el campamento.

Soltó un fuerte suspiro cuando cayó en la cuenta de que su padre lo había hecho adrede.

Fiach relinchó, llamando su atención.

—Será mejor que te lleve a los establos; debes de estar hambriento —le dijo.

El animal movió la cabeza, como si la entendiera.

Bridgett siempre había sentido una conexión especial con los caballos, especialmente con los de guerra, aunque nunca había tenido uno propio. Aquellos animales eran un bien demasiado valioso, reservado solo para los hombres que los montaban en batalla o que poseían la fuerza y el rango suficientes para merecerlos.

Aun así, ella comprendía su temperamento mejor que muchos de esos jinetes. Sabía cuándo un caballo tenía miedo, cuándo se enfadaba, o cuándo simplemente necesitaba una caricia más que una rienda.

En cuanto llegaron al establo, los recibieron varios relinchos, aunque no había rastro del mozo de cuadras.

Fiach se detuvo en una esquina, la misma en la que ella lo había encontrado la primera vez. Aquel parecía ser su lugar. Bridgett se

acercó con intención de atarlo, pero el caballo le lanzó una mirada tan retadora que no pudo evitar reír.

—Está bien, no te ato —suspiró mientras le acariciaba el pelaje con suavidad.

—Os permite tocarlo —murmuró con incredulidad una voz femenina a su espalda.

Bridgett se giró y vio a una joven salir de uno de los establos. Cerró la puerta de media altura, y del otro lado una yegua de color negro asomó la cabeza por encima de la madera, resoplando suavemente, como si olfateara a los recién llegados.

Fiach relinchó cuando la joven dio un paso más, provocando que esta se detuviera. La yegua emitió un resoplido indignado, levantando la cabeza y mostrando su irritación. El semental, lejos de enfrentarse, giró la cabeza, evitando el conflicto.

—Así es —respondió Bridgett, observándola con atención.

La muchacha no debía contar con más de diecisiete inviernos. Era esbelta, de figura grácil, y llevaba su cabello castaño recogido en un moño bajo, sujeto con una cinta de lino. Algunos mechones sueltos enmarcaban su rostro, y sus ojos color miel, grandes y luminosos, observaban a Bridgett con mal disimulada curiosidad. Vestía un vestido de color azul celeste, que caía en pliegues suaves hasta rozar el suelo.

Había un aire familiar en el rostro de la joven que Bridgett no supo reconocer.

—Debéis de tener algo especial —apreció con admiración—. Fiach no deja que nadie se le acerque.

Ni siquiera permite que los otros caballos se le aproximen. Todos lo temen.

—Esa yegua no parece temerle —observó Bridgett, señalando con la barbilla a la yegua de color negro, con pelaje lustroso y ojos oscuros como la noche que seguía observando desde su habitáculo.

—Se llama Branna. Mi padre me la entregó cuando nació, hace ya cuatro años. Está preñada, y dentro de poco traerá al mundo las crías de Fiach.

—Entonces debe de ser muy valiosa, si la han elegido para criar con él.

Bridgett sabía que los caballos de guerra eran un bien tan preciado como el acero de una buena espada. No cualquier yegua era digna de engendrar su descendencia. Solo las más resistentes, nobles y de espíritu firme eran elegidas, pues de ellas nacerían los corceles que algún día acompañarían a los guerreros a la batalla.

Bridgett, en el castillo de su padre, ayudaba a seleccionar a las mejores yeguas. Había aprendido a evaluar su linaje, temperamento y fortaleza física, y sabía reconocer cuáles poseían las cualidades necesarias para dar crías dignas de los caballos de guerra.

Al principio, al ser mujer, no había sido bien recibida en tales menesteres. Sin embargo, la rapidez con que aprendía y la destreza que mostraba con los caballos hicieron que cualquier desconfianza desapareciera pronto. Le permitieron manejar y seleccionar a los ejemplares más valiosos; caballos de guerra que eran tesoros heredados, y algunos tan excepcionales que incluso su padre había regalado uno al propio rey.

—En realidad, mi padre estuvo años intentando que Fiach tuviese descendencia, pero él nunca quería. Ninguna yegua era de su agrado. Nunca se ha llevado bien con Branna, pero un día me despisté y dejé a Branna suelta. Ya sabes que Fiach siempre lo está y, bueno… —La joven se rascó la nuca.

—Se aparearon —terminó Bridgett, provocando que las mejillas de la joven enrojeciesen.

—Yo no lo vi —aclaró de inmediato, como si aquello fuese un pecado—. Pero Branna no estuvo cerca de ningún otro caballo.

—Tampoco sería nada malo si lo hubieses visto. Yo he visto muchos caballos aparearse.

—¿Vuestro padre os lo permitió?

—Por supuesto. Él sabe que tengo que asegurarme de que se apareen cuando junto a una yegua con un semental.

La joven la observaba con los ojos abiertos, sorprendida.

—No sabía que en Inglaterra era todo tan diferente.

—En realidad, no lo es. Pero mi padre es… —Iba a decir que era un buen padre, pero se detuvo un instante, pues por mucho que lo amase, un buen padre no traicionaría así a su propia hija ni la

abandonaría para entregarla en matrimonio— un desalmado y un mentiroso —espetó en su lugar con furia—. Eso es lo que es.

La joven mostró en su rostro un aire de preocupación.

—¿Él os ha hecho daño?

—No, nada de lo que estáis pensando. Aunque, para ser sincera, habría preferido que me azotase antes que prometerme con un hombre sin mi permiso.

La joven entrecerró los ojos, mirándola con confusión.

—¿No es eso lo que hacen todos los padres?

Bridgett sabía que tenía razón.

—Pero él me trajo al clan con engaños y se marchó como un cobarde, sin dar la cara. Mi padre, un barón poderoso, actuando como un niño asustado… ¿Os lo podéis creer?

La joven asintió, sin sorprenderse. Esa mujer que tenía delante era, claramente, de armas tomar. Ella también se habría marchado corriendo antes de enfrentarse a Bridgett. Pero, por supuesto, eso no se lo dijo.

—Al menos os han prometido a un hombre joven —suspiró—. Yo debo casarme con un anciano.

—¿Y no deseáis hacerlo?

—Es un laird poderoso. Es una unión muy buena para el clan.

—No es eso lo que os he preguntado —replicó Bridgett con su característica franqueza, sin ocultar su temperamento desafiante.

—No, no deseo hacerlo. Pero ¿acaso importa? Solo soy una mujer; no hay nada que pueda hacer.

—Por supuesto que vuestros deseos importan —respondió Bridgett, cerrando las manos en puños—. Yo misma hablaré con vuestro padre y le obligaré a anular ese compromiso. No permitiré que un trato injusto os ate contra vuestra voluntad.

—Mis padres fallecieron. Aunque eso ya lo sabíais.

—¿Lo sé? —preguntó Bridgett, confusa.

Entonces la joven se dio cuenta de algo.

—Disculpadme por mis malos modales, no me he presentado. —Una sonrisa suave apareció en su rostro—. Mi nombre es Fiona Fraser, soy la hermana de vuestro prometido. Bueno, medio hermana —aclaró con rapidez. Pese a que Fiona nunca le había dado

importancia a este hecho, era algo que su madre siempre había repetido con insistencia; incluso su hermano Sven. Como si aquel dato marcara una diferencia.

Bridgett observó a la joven con descaro, comprendiendo en ese instante el aire familiar que había visto en ella. Aunque el parecido no era demasiado notable, había algo en sus facciones que le recordaba a Rowan.

—No sabía que Rowan tenía una hermana.

—Nunca hemos tenido mucha relación —reconoció Fiona—. Él nunca se acercaba mucho ni a mí ni a mi mellizo. Y luego, ya sabes, se fue del clan.

No, Bridgett no tenía la menor idea. Tampoco sabía que tenía otro hermano. En realidad, no sabía nada sobre Rowan. Y lo cierto era que no quería saberlo. Aunque eso era una mentira. Ella tenía curiosidad, mucha, y si algo no era, era curiosa. Pero aquel hombre despertaba en ella algo más que simple interés. Algo que no estaba dispuesta a admitir ni siquiera ante sí misma.

—Lo que ahora importa es lograr zafarte de ese compromiso —dijo Bridgett, tratando de alejar aquellos absurdos pensamientos que la invadían—. Voy a hablar con vuestro hermano y…

—No —le interrumpió Fiona—. Debo cumplir con mi deber, aunque no sea lo que quiera.

—¿Cuántos inviernos tenéis?

—Dieciséis.

Bridgett sabía que muchas mujeres se casaban a esa edad, y casi todas con hombres que no deseaban. Pero ella no permitiría que Fiona fuese una de ellas.

—Vuestro deber no es casaron con un hombre mucho más mayor que vos al que no deseáis.

—Mi madre decía que debo hacerlo por el clan.

—Vuestra madre estaba equivocada. Hablaré con Rowan y…

—No haréis tal cosa —declaró una voz masculina, interrumpiéndola.

Un joven de una edad parecida a la de Fiona se encontraba en mitad del establo. Ambas muchachas estaban tan absortas en su conversación que no se habían percatado de su presencia.

—Él es mi hermano Sven. Y como podéis observar, sus modales no siempre son los mejores. —Fiona exhaló un suave suspiro mientras señalaba al joven—. Sven, ella es Lady Bridgett, la prometida de Rowan. —Fiona tornó el rostro hacia su hermano, con una advertencia en los ojos.

—Deberías regresar a la fortaleza —dijo Sven, ignorando las palabras de Fiona—. Eithne te está buscando para ayudarte a terminar tu labor de bordado. Que es lo que deberías estar haciendo. No aquí en el establo, como si fueses un mozo de cuadra.

—Estaba visitando a Branna —le explicó Fiona, con un mohín—. Me echa de menos.

—Ella no es más que una yegua, Fiona. No le importas en lo más mínimo.

—Eso no es cierto —intervino Bridgett, ya que no le estaba gustando la manera en la que aquel muchacho estaba tratando a su hermana—. Las yeguas poseen más sensibilidad que muchos hombres.

Sven posó la mirada en ella por primera vez desde que había llegado. Sus ojos se posaron en sus pantalones y se abrieron ligeramente.

—¿Qué lleváis puesto? —masculló, arrugando la nariz, de la misma manera que había hecho su hermano en el pasado. Pero Bridgett no pudo responder, ya que él no se lo permitió—. Rowan ha perdido el juicio si se cree que vamos a aceptar a una mujer como vos como la señora del clan.

—¡Sven! —gimió Fiona—. ¿Por qué tienes que ser tan necio?

Bridgett sonrió. Aquella joven podía parecer sumisa, pero en su interior ardía fuego; un fuego que ella estaba dispuesta a despertar. Por alguna extraña razón, sintió que acababa de encontrar un motivo convincente para estar allí.

Sven frunció el ceño y miró a Fiona.

—Es una mala compañía para ti, hermana. No voy a permitir que pases ni un instante más con ella.

—Vos no sois nadie para tomar tal decisión —le replicó Bridgett —. Fiona y yo somos amigas y pasaremos juntas todo el tiempo que deseemos.

—Mi hermana no será vuestra amiga. Solo sois una inglesa que desconoce cuál es vuestro lugar.

Bridgett apretó los puños para evitar lanzarse sobre aquel mozalbete insolente.

—Esta inglesa puede poneros en vuestro lugar en cualquier momento.

Sven se rio, divertido.

—¿Y cómo pensáis lograrlo? ¿Pidiéndole a Rowan que os respalde?

—No necesito la ayuda de nadie. —Bridgett alzó la barbilla, desafiante—. Me basto a mí misma. Os desafío a un duelo con espada: si gano, dejaréis de molestar a vuestra hermana sobre con quién pasa el tiempo o lo que debe hacer. Si pierdo, seré yo quien se mantenga alejada de ella.

Sven resopló.

—No peleo con mujeres —dijo, casi ofendido—. Los guerreros no hacen daño a las mujeres.

—¿Quién ha dicho que vayáis a hacerme daño?

—No pelearé con una mujer. No hay honor en ello.

Si alguien sabía de honor, esa era Bridgett. Pero también sabía que no debía ser menospreciada solo por ser mujer.

—Lo que habla es vuestra cobardía.

Sven frunció el ceño, sus músculos tensándose.

—¿Cobardía? —gruñó—. Yo no soy ningún cobarde. Os retaría, pero dudo que sepáis usar una espada.

—Por supuesto que sé —replicó ella.

Sven arqueó una ceja, burlón.

—¿Y dónde está vuestra espada?

—No la tengo aquí, pero podéis prestarme una. Así os demostraré que esta mujer es mejor guerrera que vos.

Sven la miró de arriba abajo con desprecio y soltó un bufido.

—Si es lo que deseáis, os espero en el campo de entrenamiento norte —dijo.

Y sin darle opción a responder, se dio la vuelta, desapareciendo de los establos.

—Mi hermano es muy impetuoso, pero lleva dos años entrenando como guerrero —le advirtió Fiona cuando Sven se alejó lo suficiente—. Mi padre le sometió a entrenamientos muy duros.

—Eso no significa que sea invencible —dijo Bridgett con despreocupación—. No os inquietéis por mí. No me ganará.

Fiona no poseía la misma determinación que Bridgett. Pero de algo sí estaba segura: no se lo pondría fácil a su hermano.

Porque Bridgett había llegado a la fortaleza para revolucionar el clan.

Capítulo 11

Pocas eran las veces que Bridgett había tenido miedo en su vida. Y, desde luego, aquel combate no era una de ellas.

Sven, el hermano pequeño de Rowan, era un muchacho insolente que se creía mejor que ella por ser hombre y escocés. La despreciaba tan solo por ser inglesa y, además, a Bridgett no le había gustado la forma en que se había dirigido a Fiona, creyendo poder darle órdenes solo por ser hombre.

Bridgett había conocido a jóvenes como Sven. En el castillo de su padre había muchos; y a todos ellos los había tratado de la única manera que podía hacerlo: demostrándoles su valía.

Pero eso requería tiempo, y en el caso de Sven, carecía de él. Así que Bridgett sabía que la única manera que tenía era ganándole el duelo. No solo porque así dejaría en paz a su hermana, sino porque jóvenes como él aprendían a respetar cuando eran humillados. Y no había mayor humillación para ellos que ser vencidos por una mujer.

—Sven es un necio, pero, en el fondo, solo busca protegerme —dijo Fiona mientras la acompañaba hasta el campo de entrenamiento.

—No necesitas que tu hermano te proteja ni que tome las decisiones por ti —respondió Bridgett con cercanía. A pesar de que acababa de conocer a la muchacha, ya sentía un vínculo con ella.

Fiona suspiró y se frotó las manos con nerviosismo.

—Solo somos mujeres.

Bridgett se detuvo en seco, obligando a Fiona a hacer lo mismo.

—Sí, somos mujeres —dijo despacio—. Pero somos mucho más que eso. Somos valiosas, fuertes y capaces de decidir nuestro propio destino. No dejes que te convenzan de lo contrario.

—¿Lo somos? —cuestionó Fiona—. Tú no deseas casarte con mi hermano, y aun así, tendrás que hacerlo.

Bridgett la miró. Era una joven perspicaz, una que, pese a sus palabras, dejaba entrever en la mirada que no se conformaba con el

futuro que otros habían decidido por ella.

—No lo haré, Fiona. No me casaré con Rowan.

—No puedes impedirlo. Solo eres...

—Soy una mujer, sí. Pero puedo decidir mi futuro. O, al menos, lucharé con todas mis fuerzas para conseguirlo.

Fiona negó con la cabeza, pero esbozó una media sonrisa.

—Desde luego, eres tozuda y decidida.

—También soy valiente. Tengo honor. Y soy una guerrera —respondió Bridgett con orgullo. —Fiona pensó que también era terriblemente orgullosa, pero, por lo poco que conocía a Bridgett, prefirió guardarse esa apreciación para sí misma—. Y ahora, sigamos. Tengo que ganar a tu hermano.

Bridgett se dispuso a avanzar, pero Fiona la tomó del brazo.

—No tienes nada que demostrar, Bridgett.

—Siempre hay algo que demostrar, Fiona. Si nos acobardamos, si dejamos que los hombres nos intimiden, nunca nos tomarán en serio. Tengo muchas cosas que enseñarte, pero no podré hacerlo sin poner a tu hermano en su lugar.

Fiona sonrió con un brillo travieso en los ojos.

—¿A cuál de los dos te refieres?

Bridgett soltó una breve risa.

—Probablemente, a los dos. Pero, por ahora, empezaré con Sven.

Fiona no parecía del todo convencida, pero finalmente le soltó el brazo.

El campo de entrenamiento no difería demasiado del que tenían en el castillo de su padre, en Inglaterra. Era un amplio terreno de tierra apisonada. En un extremo, unos muñecos de paja cubiertos con armaduras abolladas servían para la práctica con espadas; en otro, varias lanzas descansaban apoyadas contra un barril.

Era ya mediodía. Bridgett había pensado que Sven la había convocado allí porque, a esa hora, los guerreros habrían concluido su entrenamiento y podrían enfrentarse a solas. Pero se había equivocado.

Cuatro jóvenes se encontraban junto a él, todos ataviados con el *kilt* de los colores del clan. Ninguno de ellos parecía haber estado

entrenando, pues sus ropas estaban limpias y el cabello cuidadosamente peinado, como si, más que guerreros, fueran espectadores que aguardaban un espectáculo.

Fiona soltó un suspiro.

—No merece la pena, Bridgett —le dijo con voz baja.

Pero Bridgett no le prestó la menor atención. Avanzó con paso lento, aunque decidido, y se adentró en el campo de entrenamiento hasta colocarse frente a Sven.

—Así que habéis decidido convocar público —comentó con una media sonrisa. Si él creía que la presencia de testigos la intimidaría, estaba muy equivocada.

Sven esbozó una sonrisa cruel.

—¿Acaso os molesta?

Bridgett se encogió de hombros.

—Para nada. Cuanta más gente os vea perder, mejor.

Sven compartió una mirada con el grupo de jóvenes que, según Bridgett supuso, eran sus amigos, y se echó a reír, burlón.

—Ella realmente cree que puede ganarme. ¿Os lo podéis creer? —Los jóvenes se rieron con más fuerza—. Inglesas, son unas necias.

—Sven, te estás excediendo —le recriminó Fiona, que había seguido a Bridgett y se encontraba unos pasos por detrás de ella.

—Oh, Fiona, ¿no has oído que la última risa es siempre la más dulce? —dijo Bridgett con una sonrisa desdeñosa—. No son más que las bravuconerías de quien ya presiente su derrota.

La sonrisa desapareció del rostro de Sven al escuchar aquellas palabras.

—Estoy harto de vos —masculló—. ¿Os creéis que por ser la prometida del laird podéis faltarnos el respeto sin consecuencias?

—De momento, solo os he faltado al respeto a vos —replicó Bridgett con calma—. Pero ya que insistís, diré también que el resto —añadió, señalando a los jóvenes que lo acompañaban— son unos necios incapaces de pensar por sí mismos; ovejas que siguen al más insensato de todos, creyendo que el ruido basta para parecer valientes.

Los cuatro amigos de Sven la miraron con la boca abierta.

Fiona soltó una risilla. Su hermano le lanzó una mirada de advertencia, pero, por primera vez, ella no le hizo el menor caso.

Bridgett se dio cuenta y sonrió satisfecha, provocando que el rostro de Sven hirviese de ira.

Sven centró su atención en uno de los jóvenes que tenía a su lado: un muchacho pelirrojo, de edad muy parecida a la suya. En realidad, ninguno de ellos parecía haber cumplido más de diecisiete inviernos.

—Alec —lo llamó con voz firme—. Vamos, entrégale tu espada.

El joven asintió y se acercó a Bridgett con aire altanero, sosteniendo la empuñadura del arma con ambas manos.

—¿Sabéis usarla? —preguntó burlón, provocando las risas del resto.

Bridgett se rascó la nariz, un gesto que solía hacer cuando algo la irritaba más de lo que estaba dispuesta a admitir y quería controlarse.

Aquellos muchachos no solo eran necios, sino también mocosos engreídos, malcriados por el orgullo de un clan que aún no habían sabido honrar. Esperaba que los hombres de más experiencia del clan fueran distintos, más sensatos y disciplinados, o aquel linaje estaba condenado a la ruina.

Bridgett le arrebató la espada con un movimiento rápido y seguro.

—Por supuesto que sé usarla —dijo—. Y, sin lugar a dudas, poseo más destreza que él. —Señaló a Sven con la barbilla—. ¿Empezamos? —preguntó con impaciencia, colocándose en el centro del campo de entrenamiento. Sujetó la espada con ambas manos, la empuñadura firme contra su pecho y los pies separados a la anchura de los hombros, lista para reaccionar a cualquier ataque.

—Esperad —la detuvo Sven—. El duelo solo terminará cuando uno de nosotros consiga arrebatarle el arma al otro.

Bridgett lo miró, extrañada.

—El duelo amistoso termina cuando el oponente se rinde. ¿Es diferente en Escocia?

—No lo es, pero sois muy tozuda, capaz de no rendiros cuando perdáis el arma. Sois una mujer; no pienso haceros daño.

Bridgett chasqueó la lengua con irritación.

—El dolor es el maestro de los guerreros.

—Vos no sois una guerrera. Os arrebataré el arma en un instante y el duelo terminará. —Sven sostuvo su espada con arrogancia—. Y no volveréis a acercaros a Fiona.

Bridgett no estaba segura de si Sven era simplemente demasiado presuntuoso o si, en realidad, la estaba subestimando. Probablemente, era un poco de ambas cosas.

Bridgett resopló. No le hacía gracia alguna tener que ceder ante semejante condición absurda, pero, al igual que Sven, ella quería dar por terminado aquel duelo lo antes posible y darle un merecido a ese joven necio. Además, no sabía por cuánto tiempo más podría guardar la compostura. Sven la estaba sacando de sus casillas.

—Está bien —cedió finalmente.

—Entonces, comencemos.

Sven ni siquiera preparó una pose de batalla, tan confiado como estaba de que ganaría a Bridgett. Mas ella no perdió el tiempo: atacó. Fue un golpe limpio y rápido, dirigido al costado. A Sven apenas le dio tiempo a detenerlo. Bridgett pudo ver cómo el cuerpo de él se tensaba y se ponía en posición de combate.

—Ya no parecéis tan relajado, ¿no? —se burló.

—No necesito esfuerzo alguno para ganaros, inglesa.

Bridgett no respondió. Volvió a moverse, girando con agilidad. Su siguiente ataque descendió en diagonal, fuerte, certero. Sven detuvo la estocada, pero el impacto le recorrió los brazos hasta los hombros.

Furioso, intentó contraatacar, lanzando un tajo descendente. Bridgett, que era rápida y hábil, se apartó a tiempo, giró sobre su talón izquierdo y le golpeó el muslo con el plano de la espada. Sven gruñó de dolor.

—Maldita inglesa.

—¡Volved a llamarme inglesa de esa forma y os cortaré vuestra tercera pierna!

Bridgett pudo escuchar unas risas. Se dio cuenta de que al grupo de amigos de Sven se habían unido unos cuantos aldeanos

más. Había un grupo grande de personas pertenecientes al clan; entre ellos, varias mujeres. Incluso pudo ver cómo Fiona sonreía.

Sin embargo, aquello no puso nerviosa a Bridgett. A ella le gustaba la audiencia.

De esa manera, se ganaría el respeto del clan. Aunque ¿por qué debería ganarse el respeto del clan Fraser? ¿Por qué le importaba? Ella nunca sería la señora del clan; ni siquiera pensaba quedarse allí durante mucho tiempo, ni tampoco casarse con Rowan Fraser.

Sven se lanzó hacia ella con una estocada directa al abdomen. Bridgett giró el cuerpo, sintió el roce del arma y aprovechó el impulso para golpearle con el pomo en el antebrazo. El sonido sordo del impacto le arrancó a Sven otro gruñido de dolor. Sin darle respiro, ella dio un paso lateral, alzó la hoja y trazó un arco hacia su cuello. Sven bajó la espada a toda prisa y bloqueó el golpe.

—¡Vamos, Bridgett! —Aquella era la voz de Fiona—. ¡Tú puedes!

Sven apretó los dientes y lanzó un tajo amplio de izquierda a derecha. Bridgett se agachó por debajo, giró el cuerpo y con el pie le barrió la pierna adelantada, provocando que Sven perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Bridgett lo aprovechó y, con un movimiento fluido, apoyó su pie sobre el abdomen de él y colocó la espada contra su pecho.

La punta de la hoja le presionó justo sobre el corazón.

El silencio fue absoluto.

—Esta inglesa os ha ganado —dijo Bridgett con orgullo—. La siguiente vez, aprenderéis a respetar a una mujer.

Sven la miró en silencio durante unos instantes. Tenía los ojos entrecerrados, el rostro encendido por la furia, y los labios apretados en una fina línea.

—Solo sois una inglesa tramposa.

A Bridgett no le sorprendió su mal perder.

—No hay trampa, solo entrenamiento. Algo que a vos os falta. Si queréis, puedo enseñaros.

Sven se revolvió en el suelo. Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz lo interrumpió.

—¿Qué es este escándalo? —dijo Rowan, que atravesaba el campo de entrenamiento acompañado de un hombre pelirrojo.

—Parece un duelo que ha ganado tu prometida —comentó el hombre que iba junto a él.

—No te lo estoy preguntando a ti, Archer —replicó Rowan con un tono seco.

—Aun así, ha dado en el clavo —señaló Bridgett con una sonrisa. Creyendo que Sven ya había tenido suficiente humillación, apartó su pie del pecho de él y bajó su espada a la vez que retrocedía un par de pasos.

Rowan centró la mirada en ella. Pese al leve resoplido que soltó, Bridgett creyó distinguir en sus ojos azules una pizca de orgullo. ¿Orgullo hacia ella?

—¿Has retado a duelo a mi prometida? —le preguntó Rowan a Sven.

Este se puso de pie en un salto.

—Es ella la que me ha retado a mí. Pero es una tramposa.

—¡No soy ninguna tramposa! —exclamó Bridgett. Jamás podía guardar silencio cuando su honor se hallaba en entredicho… Aunque, en realidad, nunca podía quedarse callada.

—Llevo un buen rato observando —reveló Rowan, mirando a Sven y haciendo caso omiso de Bridgett—, y lo único que veo es tu falta de destreza en combate. Tus movimientos son torpes, desordenados, y te falta disciplina.

¿Él había estado observándolos pelear? Aquello tomó a Bridgett por sorpresa, y no sabía muy bien cómo interpretarlo.

—Y Bridgett es una gran guerrera —añadió Fiona, colocándose al lado de Bridgett. Aunque no estaba sola, ya que un par de jóvenes también se pusieron a su lado.

Bridgett las sonrió. Por lo general, en el castillo de su padre, las mujeres la tomaban por loca. Se había intentado convencer a sí misma de que aquello no le molestaba, pero ahora que tenía el apoyo de otras mujeres, se había dado cuenta de que no era así.

—No he dicho lo contrario. Ha ganado merecidamente —reconoció Rowan, provocando que Bridgett abriese la boca por la sorpresa y, por primera vez en mucho tiempo, se quedase sin palabras.

¿Él estaba valorando su destreza?

—Te dejas dominar por una mujer —le espetó Sven a Rowan—. ¿Será ella quien lidere el clan? —preguntó con sorna, provocando risas entre algunos de los hombres presentes y despertando la furia de las jóvenes, que claramente se habían puesto del lado de Bridgett.

Rowan no se inmutó ante la provocación. Su mirada, serena y fría como el acero, se fijó en la de su hermano.

—Desde luego, estaríamos más seguros que si lo hicieras tú.

Sven, enfurecido, dio un paso hacia Rowan con intención de golpearlo, pero uno de sus amigos le sujetó el brazo, impidiéndoselo.

Rowan negó con la cabeza.

—Regresad todos a vuestros quehaceres —ordenó con voz calmada pero firme—. Archer, quedate en el campo de batalla con estos cinco. —Señaló a su hermano y a los amigos de este—. Y aseguraos de que ninguno se va de aquí sin haber demostrado algo de disciplina y habilidad.

Archer lo miró, ceñudo.

—Entonces, es fácil que muera en este campo —farfulló.

Rowan esbozó una pequeña sonrisa, reconociendo la verdad en las palabras de Archer. El clan Fraser estaba lleno de jóvenes inútiles y, desgraciadamente, su propio hermano era uno de ellos. Con un leve sacudimiento de hombros y una mirada cargada de resignación, se dio la vuelta y comenzó a avanzar hacia su prometida.

—Venid conmigo —le pidió.

Bridgett asintió, pero antes de seguirlo había algo más que tenía que hacer. Se acercó al joven pelirrojo y le entregó la espada.

—Es una buena espada. Una pena que su dueño no sepa cómo usarla.

El joven tuvo el tino de no responder, aunque no pudo evitar que su rostro se enrojeciese cuando Fiona y las muchachas que se encontraban junto a ella se rieron.

—Lady Bridgett, os estoy esperando —repitió Rowan. Su tono era sereno, pero había una clara advertencia en él.

Por primera vez, Bridgett lo siguió de buena gana. Tal vez la demostración de sus habilidades en la lucha había servido para que

Rowan comenzase a valorarla y se diera cuenta de que se estaba equivocando con ella.

Caminaron en silencio mientras se alejaban del campo de entrenamiento. Rowan la condujo hasta un recodo apartado, entre rocas y arbustos silvestres. Los matorrales espesos y la hierba alta los aislaban del ruido y de las miradas de los habitantes de la fortaleza.

—Necesito una espada —pidió Bridgett antes de que Rowan pudiera hablar

—¿Para qué? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Para proteger la fortaleza —respondió, pese a no entender del todo la intención de la pregunta. ¿Acaso no era evidente?

Rowan la miró en silencio, como si estuviera meditando cuidadosamente sus próximas palabras.

—Mis guerreros y yo nos encargamos de eso —dijo finalmente.

—Puedo entrenar a los jóvenes guerreros —ofreció Bridgett—. Vuestro hombre no parecía muy dispuesto ni con ánimos para ello.

—¿Queréis entrenar a mi hermano y a los necios de sus amigos después de lo que acaba de suceder? —inquirió Rowan con un hilo de reproche.

—Sé que es una labor ardua, pero alguien debe hacerlo. Hoy les he dado una lección.

Rowan intentaba mantener la compostura, pero su paciencia comenzaba a flaquear visiblemente.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó, frunciendo el ceño—. No les habéis enseñado nada. Si acaso, ahora os odian más. ¿Acaso no sois consciente del riesgo que habéis corrido?

Bridgett puso los ojos en blanco.

—En todo momento me adelanté a Sven —replicó, haciendo un gesto con su mano—. No es mal guerrero, pero es demasiado engreído y confiado en su fuerza. Y yo soy mucho más habilidosa que él.

—Pero igual de inconsciente.

—No soy una inconsciente.

—Por supuesto que lo sois. ¿Cómo se os ocurre batiros en duelo con mi hermano?

Bridgett se encogió de hombros.

—Él no quería que pasara tiempo con Fiona, y no me quedó más remedio que retarlo.

—Podíais habérmelo contado —dijo Rowan, suavizando la voz—. Que Fiona y vos paséis tiempo juntas me parece una idea excelente.

—No soy ninguna niña pequeña que necesite ayuda. —Bridgett cruzó los brazos por encima del pecho—. Sé valerme por mí misma.

Rowan suspiró con fuerza.

—Sabéis usar una espada —admitió, provocando que Bridgett esbozara una sonrisa de satisfacción—. Pero no sois rival para un guerrero experto.

—¿Me estáis retando, laird? —preguntó ella, levantando la barbilla y clavando la mirada en la suya, con los ojos brillantes de determinación y un toque de desafío que no buscaba ocultar.

Rowan abrió ligeramente los labios y rápidamente negó con la cabeza, escandalizado.

—Por supuesto que no.

Bridgett dio un paso hacia delante, descruzó los brazos e irguió la espalda.

—Pues, aún así, acepto el duelo.

—¡¿Pero qué estáis diciendo?! ¡¿Habéis perdido el juicio?!

—Nunca he estado más cabal que en estos instantes, laird. Puedo demostraros que estoy capacitada para…

—Para lo que no estáis capacitada es para mantener la boca cerrada —la interrumpió él, provocando que Bridgett hirviese de ira.

—¡¿Cómo os atrevéis a hablarme así?! —exclamó Bridgett, con los puños apretados y la mirada encendida—. ¡Dadme una espada y os demostraré que no solo sé defenderme, sino que puedo enseñaros a vosotros y a vuestros guerreros algo sobre honor y habilidad!

—Por los clavos de Cristo —masculló Rowan, pasándose una mano por el rostro—. Vuestro padre hizo un trabajo nefasto criándoos.

—Ahora mismo no soy la más devota de mi padre, pero me permitió demostrar mi valía y me confió responsabilidades acordes a ella.

—Vuestro padre os malcrió y os permitió cumplir todos vuestros caprichos.

—Él no hizo tal cosa.

—Lady Bridgett —Rowan suavizó la voz, intentando mantener la calma. Él era un hombre sereno, capaz de aparentar tranquilidad aún cuando no la sentía; ¿por qué entonces le resultaba tan difícil conservarla con ella?—, en el castillo de vuestro padre no corríais ningún peligro. Os conocen y respetan a vuestro padre. Ningún hombre iba a dejar salir su ira con vos, pero yo estoy ganándome el respeto de mis guerreros. No estoy seguro aún de que todos me sean fieles. No podéis ir retándolos, ni intentando usurpar sus obligaciones. Alguno podría ofenderse y haceros daño.

Bridgett se quedó en silencio, evaluando las palabras de Rowan. Este creyó que por fin había logrado que la muchacha lo escuchase, que entendiese el peligro que corría.

Era cierto que le había sorprendido verla luchar contra Sven. No había intervenido, pues era evidente que Bridgett iba a ganar ese duelo y porque, para su sorpresa, había disfrutado observándola. Rowan nunca pensó que ver a una mujer luchar podía ser tan fascinante. La forma en la que se movía, ágil y decidida; la decisión con la que blandía la espada; la manera en la que su cabello negro, recogido en una trenza, danzaba con cada giro... Todo en ella era un espectáculo que lo cautivaba. Mas aún, debía haberlo parado, ya que ahora no solo su hermano sino sus amigos, esos muchachos tan necios y arrogantes como él, se sentían ofendidos con ella.

Bridgett era fuerte y valiente, pero no invencible. Y por todo lo sagrado, él no permitiría que ella saliese herida de ninguna manera.

Ella asintió y él suspiró aliviado. Se felicitó a sí mismo. A veces, pensó, era tan sencillo como hablar con claridad para que una mujer te comprenda.

Sin embargo, debería haber sabido mejor que Bridgett no era como el resto de mujeres.

—¿Creéis que los soldados de mi padre me dejaban ganar los duelos? —replicó—. ¿Que en noches de guardia y vigilia se maldecían por compartirlas conmigo? ¿Creéis que no me he ganado los elogios de mi padre?

Rowan se pasó la mano por la cara. Esa muchacha no había entendido nada.

—Lo que estoy intentando deciros es que si alguno de esos hombres sentía su orgullo herido porque una mujer le ganase o le superase en alguna tarea, no intentaría vengarse de vos.

—Si algún hombre de este clan intenta hacerme daño, lo estaré esperando. Por eso necesito una espada propia.

—Lo que necesitáis es comportaros como mi prometida.

Bridgett clavó la mirada en él, incrédula y airada a la vez.

—¿Pensáis que vestir vestidos y sonreír será suficiente para mantenerme a salvo?

—Más seguro que humillar a mis guerreros, ya os lo aseguro.

—Habéis reconocido que no sabéis si podéis fiaros de todos vuestros guerreros, e intuyo que no todos los habitantes os son fieles. Yo puedo ayudaros con eso.

—Lo sé.

—¿Lo sabéis?

—Sí. Cuando nos casemos, vos seréis la señora del clan. Será vuestro deber ganaros la confianza de las mujeres y velar por el bienestar de ellas y sus hijos. Algo que sé que podéis hacer y que será de gran ayuda.

Bridgett frunció el ceño y, por la mueca de desacuerdo en su rostro, Rowan se preparó para una de sus respuestas afiladas.

—¿Y cómo queréis que me gane ese respeto? ¿Lavando junto a ellas vuestra ropa en el río?

Rowan suspiró.

—No es necesario que lavéis mi ropa.

—No pensaba hacerlo —masculló Bridgett—. No soy la mujer que necesitáis, laird. Nunca seré la buena señora del clan que necesitáis.

—Aprenderéis.

No, ella no iba a aprender; no quería aprender. Su espíritu era libre, y ninguna promesa ni ningún deber impuesto lograría doblegarlo.

—Puedo ayudaros de otra manera. Sé cómo…

—No. —Rowan la interrumpió—. No vais a retar, amenazar o cualquier otra cosa que se os haya ocurrido para lograr que me respeten. —Bridgett entrecerró los ojos, porque no era eso lo que iba a proponer; bueno, tal vez, en parte sí—. Pasaréis tiempo con las mujeres, os comportaréis como mi prometida y, por los clavos de Cristo, llevaréis los colores del clan.

Bridgett cruzó los brazos sobre el pecho, incapaz de creer la sarta de necedades que debía escuchar. Rowan estaba por completo equivocado. Sin embargo, en su corta vida, Bridgett había aprendido a reconocer cuándo un hombre no cedería… y también cuándo era prudente hacerle creer que había doblegado su voluntad.

—Vos ganáis, laird. —Bridgett descruzó los brazos y los dejó caer a cada lado de su cuerpo—. A partir de mañana, hasta que mi padre regrese, pasaré tiempo con las mujeres. Y no os preocupéis: me pondré el manto con los colores del clan. —Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Rowan la vio alejarse. Con ese porte orgulloso y airado, y su larga cabellera rizada recogida en una trenza que ondeaba al viento, esa mujer desafiaba su paciencia y, al mismo tiempo, lo atraía de manera irresistible. Por un instante, permitió que una pequeña sonrisa cruzara su rostro. Había ganado la discusión, pero también sabía que aquel fuego abrasador que desprendía Bridgett no se apagaría fácilmente.

Y lo peor de todo era que Rowan no deseaba que lo hiciera.

Capítulo 12

En cuanto Bridgett se levantó aquella mañana, advirtió que alguien había dejado sobre una silla un vestido de lana de tono marfil, sencillo pero bien confeccionado, junto a un manto con los colores del clan.

También encontró un cuenco de gachas humeantes y un pedazo de pan recién hecho. Comió con calma, agradecida por la sirvienta que se lo había dejado, y luego se lavó la cara como era habitual, vertiendo un poco de agua fría de una jarra sobre una palangana de cobre y frotándose con un paño de lino áspero.

No se puso el vestido; en su lugar, se vistió con sus pantalones y una camisa de lino. Ajustó las prendas con un cinturón de cuero de hebilla sencilla y, justo cuando iba a salir, recordó la promesa que le había hecho a Rowan.

Sabía que él esperaba verla con el vestido, pero Bridgett había sido muy cuidadosa con sus palabras. No había prometido ponérselo, y en eso se amparaba.

Tomó el manto y se lo colocó sobre los hombros. No era una tarea sencilla, pero lo hacía con soltura. Muireall, la sirvienta que había criado tanto a ella como a sus hermanos —y que, por desgracia, había fallecido hacía ya varios años— le había enseñado cómo hacerlo.

A Bridgett nunca le había gustado perder el tiempo aprendiendo esas cosas, pero lo había hecho porque, como le recordaba la anciana, había sido el deseo de su madre. Y Bridgett, aunque apenas la recordaba, había prometido honrar sus deseos.

Una vez estuvo segura de que el manto estaba bien puesto, salió de su alcoba. Caminó por el pasillo de piedra iluminado por los primeros rayos de sol, centrada en cumplir la segunda promesa que le había hecho a Rowan, y para ello tenía que buscar a Fiona.

Aunque lo cierto era que no tenía la menor idea de dónde encontrarla.

Cuando llegó al gran salón, el aire olía a leña y a pan recién horneado. En una esquina, una joven sirvienta de cabello rubio y ojos azules fregaba el suelo con un cubo de agua y un cepillo de cerdas gastadas. Sus movimientos eran rápidos y cuidadosos.

Bridgett se detuvo a unos pasos y esperó a que la muchacha levantara la vista. Esta miró su atuendo y abrió los ojos de par en par.

—No nos han presentado —dijo Bridgett con educación—. Soy…

—La prometida del laird —le interrumpió la sirvienta, aunque no era lo que Bridgett iba a decir—. Todos nos conocemos en la fortaleza —le explicó con una sonrisa tensa—. Y, además, soy yo quien os ha llevado el desayuno y la ropa.

—Y os lo agradezco. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Greer —respondió la sirvienta, haciendo una leve reverencia—. Vos… ¿no os habéis puesto el vestido? ¿No era de vuestro agrado? —añadió con un atisbo de preocupación.

—Lo era, pero prefiero este atuendo. Los vestidos son incómodos.

Greer frunció el ceño, dudando si responder o no. No compartía aquella opinión, pero se guardó el comentario. En apenas dos días, todos en la fortaleza habían aprendido algo sobre Bridgett: cuando se proponía algo, no había argumento que la hiciera cambiar de parecer.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Estoy buscando a Fiona. ¿Sabéis dónde está?

Greer asintió.

—Sí, milady. La he visto hace un momento. Se dirigía hacia el río.

Bridgett agradeció a Greer su ayuda y salió de la fortaleza. Sabía dónde se encontraba el río, pues el día anterior, después de su disputa verbal con Rowan, había dado un paseo por los alrededores. Era muy buena orientándose.

Al llegar a la orilla, la encontró. Fiona estaba sentada sobre una piedra lisa, con las piernas dobladas bajo sí y el cabello recogido de manera sencilla. A su lado, otras dos jóvenes observaban el movimiento del agua y charlaban en voz baja. Aunque Bridgett no

conocía sus nombres, las reconoció del día anterior. Eran dos de las jóvenes que le habían apoyado durante el duelo.

Al verla acercarse, las tres se levantaron de inmediato. Fiona fue la primera en hablar:

—¡Bridgett! —la saludó con una amplia sonrisa—. Ayer apenas pude felicitarte. Te manejas muy bien con la espada.

Las otras dos asintieron con entusiasmo, contagiadas por la emoción de la primera. Una de ellas, con los ojos brillantes y llenos de admiración, murmuró casi para sí misma:

—Ojalá algún día pueda ser tan fuerte y valiente como vos.

—Ya lo sois —le respondió Bridgett.

—No, no lo soy —suspiró—. Me desmayo cuando veo a alguien sangrar.

Bridgett esbozó una ligera sonrisa, divertida por la sinceridad de sus palabras.

—Entonces, cuando hiráis a un enemigo, no miréis.

—Nunca podría herir a nadie.

—¿Y si un enemigo os persigue con su espada, qué haríais?

—Correr y pedir ayuda —respondió, y las otras dos asintieron de acuerdo con ella.

Bridgett negó con la cabeza.

—Debéis aprender a defenderos por vosotras mismas.

—Ni siquiera soy capaz de coger una espada sin caerme de culo por el peso —dijo la tercera de las jóvenes, la que se había mantenido en silencio hasta ese instante.

—Debo confesar que la primera vez que cogí una espada también me caí —reconoció Bridgett encogiéndose de hombros, pues no consideraba que fuera algo extraño ni de lo que avergonzarse—. Además, hay muchas maneras de defenderse sin necesidad de usar una espada.

—No me gusta la sangre y tampoco la violencia.

—Shorna es demasiado buena —se burló Fiona, sacándole la lengua.

—Y tú no sabes guardar silencio ni debajo del agua —contraatacó Shorna.

Fiona miró a la otra joven en busca de ayuda, pero esta alzó las manos en señal de derrota.

—En eso le tengo que dar la razón a Shorna.

Fiona se encogió de hombros, admitiendo la derrota, y las tres amigas se echaron a reír.

Bridgett sintió una punzada de envidia. Nunca se había sentido tan unida a ninguna mujer; ni siquiera a su propia hermana. Se querían, sí, pero eran demasiado distintas en carácter y costumbres. Aquellas tres muchachas, en cambio, parecían inseparables.

—A veces, la violencia es necesaria —manifestó Bridgett—. Pero lo que a mí me gustaría es enseñaros a defenderos, para que podáis hacer frente a quien os intente hacer daño.

Shorna suspiró, con un leve temblor en la voz.

—No creo que sea capaz… Soy…

—Mi nombre es Elspeth —se presentó la otra joven, interrumpiendo a su amiga—. A mí sí me gustaría aprender a defenderme. Y no solo cuando hay peligro, sino también para demostrar a algún que otro mozo que no debe subestimarme.

Bridgett estaba bastante segura de que Elspeth se refería a un muchacho en concreto. Y eso le servía. Ella deseaba que esas jóvenes tuviesen motivación suficiente para aprender a defenderse y valerse por sí mismas.

Ella había intentado enseñar a las mujeres del castillo de su padre, pero ninguna había estado interesada. Ni siquiera cuando una de las sirvientas fue asesinada por un hombre malvado mientras recogía flores fuera de los muros del castillo. Bridgett la conocía bien y siempre se arrepintió de no haberle enseñado a defenderse. Con estas jóvenes tenía esa posibilidad. Con suerte, ninguna se encontraría en una situación peligrosa, pero si lo hacían podrían ser capaces de ponerse a salvo.

Y, aunque esto no lo reconocería en voz alta, quería fastidiar a Rowan. Sabía que él no estaría feliz con la manera en que había retorcido la promesa que le había hecho. Deseaba darle un merecido a ese laird arcaico y presuntuoso. Pese a que no debería importarle su opinión. Ni siquiera debería estar pensando en él en esos instantes.

—Yo también quiero aprender —dijo Fiona, sacándola de su ensoñación.

—Muy bien —respondió Bridgett con una sonrisa entusiasmada, enderezándose—. Entonces empezaremos hoy mismo. No os prometo que sea fácil, pero os aseguro que con constancia y trabajo lo lograréis. De la misma manera en que yo lo hice. —Bridgett miró a Shorna—. Tú también.

Shorna fue a negarse, pero Elspeth posó una mano en su hombro y lo apretó con ligereza, tratando de animarla. Fiona le susurró unas palabras que Bridgett no logró escuchar, pero que parecieron convencer a Shorna, porque con un tembloroso suspiro movió su cabeza en un leve asentimiento para después mirar a Bridgett y decir:

—Está bien, lo intentaré. —Sus dos amigas pegaron un pequeño salto—. Mas no prometo nada —aclaró.

—Intentarlo es un comienzo —sonrió Bridgett—. Ahora, vamos al campo de entrenamiento.

La expresión de las tres muchachas se tornó pálida al oír aquello. Intercambiaron una rápida mirada cargada de inquietud.

—No podemos hacer eso —le explicó Fiona—. Allí entrenan los guerreros. Probablemente, algunos estén haciéndolo en este momento. Nos echarán en cuanto lleguemos.

Bridgett se llevó una mano a la barbilla, pensativa. Por desgracia, Fiona tenía razón. Además, aquellas jóvenes se sentirían intimidadas por los hombres y no podrían dar lo mejor de sí.

—Quizá podamos entrenar en el patio de armas —sugirió—. No parece haber mucha actividad.

—Pero nos pueden ver desde la fortaleza —dijo Shorna con vergüenza.

—¿Y el campo de entrenamiento que ya no se usa? —preguntó Elspeth, que era la más animada de los tres.

—Dejó de usarse por una razón —dijo Fiona con un gesto serio —. Es demasiado abierto y ventoso, y durante la última tormenta quedó tan resbaladizo y desparejo que es fácil lastimarse al entrenar allí.

—¿Y no lo arreglaron? —preguntó Bridgett.

Fiona se mordió el labio inferior.

—Mi padre decía que había otras prioridades.

—¿Qué otra prioridad puede haber más importante que asegurarse de que los campos de entrenamiento estén en buenas condiciones?

Asegurarse de que los guerreros recibieran un entrenamiento adecuado era lo más importante; de ellos dependía la defensa del clan.

—No lo sé. —Fiona se encogió de hombros—. El clan no es tan próspero como lo era hace años.

—Tu hermano logrará que volvamos a ser un clan poderoso y fuerte —dijo Shorna.

—O no —replicó Elspeth entrecerrando los ojos—. Mi padre cree que no está preparado. Lleva demasiados años fuera. No se ha interesado por los problemas del clan, ¿por qué lo haría ahora?

—¿Por qué es el laird? —Aquellas palabras salieron de los labios de Bridgett con más rudeza de la que había pretendido. Sin embargo, era incapaz de quedarse callada.

Rowan ya le había advertido que no todo el clan lo aceptaba. Pero Bridgett se estaba empezando a dar cuenta de que el problema era más grave de lo que había creído.

Aunque Rowan no le resultara del todo agradable —por Dios, ni siquiera podía soportarlo—, le parecía injusto que lo condenasen antes de haberle dado la oportunidad de mostrar su valía, pues acababa de comenzar su mandato como laird.

Los ojos claros de Elspeth se abrieron horrorizados al darse cuenta de su error. Miró a Bridgett e inclinó ligeramente la cabeza hacia ella.

—Disculpadme, Lady Bridgett, sé que es vuestro prometido. No pretendía molestaros.

—No me molesta. —Aun así, un leve resquemor se agitó en su interior. No por Rowan, claro está, ya que jamás defendería a ese necio, sino porque a Bridgett le repelían las injusticias. Por eso dio un paso hacia Elspeth y dijo—: Mas deberíais concederle una oportunidad a Rowan, pues lo juzgáis antes siquiera de que haya podido demostrar su valía ante el clan.

Elspeth asintió.

—Supongo que tenéis razón, milady.

Bridgett no sabía si la muchacha le daba la razón porque sentía la necesidad de no llevarle la contraria por temor a ofenderla o porque realmente creía que la tenía, ya que el ligero titubeo en sus ojos delataba cierta duda. Fuera como fuera, incluso esa vacilante concesión era un comienzo.

—No es necesario que nos hablemos con tanta formalidad —dijo Bridgett con una sonrisa.

—Es cierto —añadió Fiona—. Somos todas amigas.

A Bridgett le gustó ver cómo las otras dos asentían.

—Yo confío en Rowan. —Las palabras de Shorna sonaban sinceras—. Pero si no logra defender el clan, estoy segura de que vos… tú —se corrigió con rapidez—, lo harás.

—Y gracias a tus enseñanzas nosotras podremos ayudarte —declaró Fiona con entusiasmo.

Bridgett no aspiraba a tanto. Se conformaba con que esas jóvenes fuesen capaces de defenderse a sí mismas.

Capítulo 13

Cuando llegaron al antiguo campo de entrenamiento, Bridgett comprobó que Fiona no se había equivocado: la tierra seguía húmeda y desigual, y el viento soplaba con fuerza desde las colinas.

Aun así, el lugar servía perfectamente para lo que ella tenía en mente. Había varios muñecos de práctica, toscos y desgastados por el tiempo, hechos con sacos de paja sujetos a estacas de madera.

—Bien —comenzó Bridgett, alzando la voz para hacerse oír por encima del viento—, formad una línea frente a mí. Espalda recta y pies firmes en el suelo. Si el terreno os hace perder el equilibrio, más razón para aprender a mantenerlo.

Las jóvenes obedecieron, tropezando un poco entre risas y murmullos. Bridgett no pudo evitar sonreír. Al menos tenían buen ánimo, y eso era más de lo que había esperado.

—No necesitáis espadas para empezar —continuó, caminando frente a ellas con las manos a la espalda—. Lo primero que debéis aprender es a usar vuestro cuerpo. Cada movimiento puede ser una defensa si sabéis cómo aprovecharlo. —Se colocó en posición, con los pies ligeramente separados y las rodillas flexionadas—. El equilibrio lo es todo —explicó—. Si os derriban, habréis perdido la lucha. Pero si mantenéis el centro de gravedad y usáis el peso del enemigo en su contra, tendréis una oportunidad.

Elspeth la imitó enseguida, con una sonrisa entusiasmada. Fiona la siguió, algo más torpe pero decidida. Shorna, en cambio, dudó, mirando sus pies como si estos le pertenecieran a otra persona.

Bridgett se acercó y colocó con suavidad una mano sobre su hombro.

—No tengas miedo, Shorna. Nadie nace sabiendo. Lo importante es no rendirse antes de empezar.

Shorna asintió, y esta vez, cuando adoptó la postura, sus pies se mantuvieron firmes.

—¿Veis? Es sencillo —las animó Bridgett.

—Es más fácil para ti que llevas pantalones —se quejó Fiona.

—Tal vez todas deberíamos conseguirnos unos —respondió Elspeth.

—Mi madre se moriría del susto —dijo Shorna entre risas.

—Muy bien —continuó Bridgett con una sonrisa apenas contenida—. Ahora, veamos qué tal os defendéis sin perder el equilibrio. —Ante la mirada de las tres jóvenes, cogió una rama y la clavó en el suelo como si fuese una marca—. Empezaremos con algo sencillo. No se trata de golpear, sino de manteneros firmes cuando alguien os empuja. Si lográis eso, ya tendréis la mitad del combate ganado. ¿Alguna voluntaria?

Las jóvenes se miraron entre sí, inseguras. Elspeth fue la primera en adelantarse.

—Yo probaré.

Bridgett asintió.

—De acuerdo. Intenta empujarme con toda tu fuerza.

Elspeth obedeció. Se inclinó, apoyó ambas manos sobre los hombros de Bridgett y empujó con energía. Bridgett apenas se movió un paso atrás antes de recuperar el equilibrio.

—¿Veis? No es cuestión de fuerza, sino de base. Si abrís demasiado los pies, os desequilibraréis. Si los juntáis demasiado, caeréis. Buscad el punto medio.

—Nosotras también queremos participar —dijo una voz infantil.

Bridgett giró la cabeza y vio a cuatro niñas que se acercaban corriendo. La que había hablado era rubia, con dos coletas algo desiguales y vestía un sencillo vestido color marrón. No debía de tener más de siete u ocho años, pero la determinación brillaba en sus ojos azules.

—Euna, ¿qué haces aquí? —le preguntó Elspeth, alzando una ceja con fastidio.

—Os hemos seguido —reconoció la niña con una sonrisa inocente—. También queremos jugar.

—No es un juego. —Elspeth negó con la cabeza con desaprobación—. Regresa a casa, mamá te estará buscando.

La pequeña puso los brazos en jarras e hizo un mohín.

—No me está buscando, porque le he dicho que iba a estar contigo.

—¿Podemos jugar? —preguntó otra de las niñas, mirando a Bridgett.

—No estamos jugando —replicó Bridgett, intentando sonar seria, aunque le costaba mantener la compostura. Aquellas niñas eran tan adorables como testarudas—. Esto es un entrenamiento.

La niña ladeó la cabeza hacia un lado, mirándola con curiosidad.

—¿Y qué entrenáis?

—Defensa.

—Bridgett nos está enseñando a defendernos para que nadie tenga que hacerlo por nosotras —secundó Elspeth con orgullo.

Las niñas abrieron la boca, sorprendidas ante aquella revelación.

—¡Nosotras también queremos aprender a defendernos! —exclamó la pequeña Euna con una seriedad sorprendente para su edad.

Las demás niñas que la acompañaban asintieron con fervor.

—Sois muy pequeñas para eso —replicó Elspeth, mirando a su hermana con gesto reprobador.

—Para este ejercicio, no —la corrigió Bridgett, sonriendo con suavidad. Dio un paso hacia las niñas y las contempló, intentando, sin demasiado éxito, mantener una expresión seria—. Pero os lo tomaréis muy en serio, ¿entendido?

—¡Sí! —respondieron las niñas al unísono.

Bridgett soltó una leve risa y las instruyó cómo colocarse correctamente.

Comenzaron el ejercicio. A cada intento, alguna terminaba dando un traspié o cayendo de lleno sobre el lodo.

El barro cubría sus botas y faldas, pero eso no parecía importarle a ninguna de ellas. Fiona se esforzaba por mostrar a las demás cómo empujar sin perder la base, mientras Elspeth hacía piruetas torpes para recuperar el equilibrio, provocando carcajadas contagiosas en todo el grupo.

Bridgett las observaba desde un lado, sorprendida por la alegría que emanaba de aquel caos. Por primera vez, se dio cuenta de que el entrenamiento no tenía que ser solo disciplina y seriedad; también podía ser divertido. Y quizá, pensó mientras veía a Euna levantarse

cubierta de barro con una sonrisa orgullosa, ella misma se había tomado demasiado en serio los entrenamientos. Tal vez siempre había sentido que tenía demasiado que demostrar, y no se había permitido disfrutar como lo estaban haciendo aquellas jóvenes y niñas.

Bridgett las corregía pacientemente, mostrándoles cómo adoptar la postura correcta y mantener el equilibrio. Para algunas era más fácil, mientras que a otras les costaba mucho más. Las más pequeñas se ayudaban entre sí, sujetándose las manos o ajustando la posición de los pies, mientras que las mayores intentaban concentrarse, imitando cada movimiento de Bridgett y animando a sus compañeras a no rendirse.

Un par de muchachas, de una edad más cercana a la de Bridgett, pasaron por allí cargando cestos con provisiones. Al ver a Bridgett y a las demás entrenando, se detuvieron unos pasos más allá, observándolas con curiosidad y un poco de timidez.

—¡Venid, no os quedéis ahí mirando! —las animó Bridgett con una sonrisa—. No mordemos, y cuanto más seamos, mejor.

Las dos muchachas compartieron una mirada, dudando un instante, pero finalmente dejaron los cestos en el suelo y se acercaron a ellas. Se colocaron cerca del grupo, todavía contemplando con atención, pero ya dispuestas a intentar algunos movimientos bajo la guía de Bridgett.

—Muy bien —siguió, con voz firme pero animada—. Ahora pondremos a prueba lo que habéis aprendido. Pero, en lugar de enfrentaros unas a otras, usaremos a nuestros oponentes de paja. —Se acercó a los muñecos y los señaló con gesto serio—. Estos son vuestros enemigos por hoy. No podéis subestimarlos, atacan sin piedad.

Bridgett les explicó cómo dar patadas y puñetazos de manera controlada, enseñándoles a mantener la postura y usar el equilibrio. Las más pequeñas no llegaban a golpear los maniquíes, pero los observaban con atención y se divertían viendo a las mayores ensayar los movimientos.

—Es más liberador de lo que creía —rio Shona, mientras golpeaba con fuerza el muñeco de paja, sintiendo cómo cada

movimiento liberaba tensión.

—¡Sí! —coincidió Elspeth—. Si fuese Ronald en lugar de un muñeco, ¡aún sería mejor!

Fiona le propinó una patada especialmente certera al muñeco, y Bridgett no pudo evitar preguntarse en quién estaría pensando mientras lo hacía, notando una chispa traviesa en sus ojos.

Las niñas pequeñas aplaudían y gritaban cada vez que alguna de las mayores acertaba un golpe, mientras Bridgett caminaba entre los muñecos, corrigiendo posturas y animando a todas.

—Bien, ahora probemos otra cosa —les dijo, y todas la miraron con atención.

Se acercó a los muñecos. Estaban atados con dos pequeños sacos cada uno, que contenían arena o paja para darles peso y mantenerlos estables. Estos sacos, que normalmente servían para que los muñecos no se tambaleasen demasiado, podían ser reutilizados como proyectiles de práctica.

Desató dos, los cogió y los sostuvo frente al grupo.

—Ahora, vamos a practicar reflejos. Estos sacos son seguros y ligeros. No os harán daño, pero debéis esquivarlos o atraparlos si podéis. Y tened cuidado con las más pequeñas.

Las chicas se alinearon, nerviosas y emocionadas. Bridgett lanzó suavemente el primer saco hacia Elspeth, que dio un salto lateral para esquivarlo, soltando una carcajada. Fiona intentó atraparlo, pero perdió un poco el equilibrio y acabó con barro hasta las rodillas. Las más pequeñas gritaban y corrían de un lado a otro; algunas incluso atrapaban los saquitos y los lanzaban hacia las mayores.

El caos era alegre y contagioso, lleno de risas, tropiezos y pequeñas victorias. Bridgett caminaba entre ellas, corrigiendo posturas y animándolas.

—¡Muy bien! Recordad: no se trata de fuerza, sino de rapidez y control. Cada golpe o esquiva os enseña algo.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —El sonido de una voz masculina hizo que Bridgett girase la cabeza.

Dos hombres mayores ataviados con largas camisas de lana basta, ceñidas a la cintura con cinturones de cuero, y que llevaban

sobre los hombros el manto con los colores del clan, se acercaban hacia ellas.

Repentinamente, el silencio se hizo presente entre todas ellas. Todas detuvieron sus movimientos y miraron nerviosas a sus pies.

—Estamos entrenando —respondió Bridgett de la misma manera que había hecho anteriormente con las niñas.

—¿Entrenando? —repitió el hombre que le había hablado, arrugando el ceño, como si le acabara de hablar en otro idioma.

—Les estoy enseñando a cómo defenderse.

El rostro del hombre, surcado por cicatrices, se tornó de un rojo tan intenso que parecía arderle la piel. Bridgett estuvo por jurar que hasta las cejas se le encendían.

—¡¿Es qué acaso os habéis perdido el juicio, muchacha?! ¡Las mujeres no tienen que entrenar ni necesitan defenderse! ¡Eso es cosa de hombres!

Antes de que Bridgett pudiera siquiera responder, Fiona tiró de la manga de su camisa.

—Bridgett, ellos son Ivar y Labhrann. Son los ancianos del clan, pertenecen al consejo —los presentó Fiona con una sonrisa tímida—. En el clan los tenemos en gran estima por su sabiduría. —Detrás de la presentación había una clara advertencia que Bridgett comprendió. Mas Fiona no tenía por qué preocuparse, Bridgett sabía cuando debía ser respetuosa.

—Yo soy Bridgett.

—Sabemos quién sois, muchacha —masculló Ivar, como si su presencia allí no le agradara demasiado.

—El entrenamiento es algo también necesario para las mujeres —dijo Bridgett con seriedad, tratando de convencer al anciano. Ella bien sabía que los más mayores solían a ser los más reacios a ciertos cambios—. Las mujeres del clan tienen que aprender a defenderse. No pueden depender siempre de los hombres.

Ivar se rio.

—¡¿Os podéis creer, Labrahnn?! —Miró al otro anciano, pese a que este parecía absorto en sus propios pensamientos, con la mirada perdida en el horizonte—. ¡La clase de disparates que hay

que escuchar! ¿Os estáis oyendo, muchacha? ¿Estáis oyendo las necedades que decís?

Las necedades las estaba diciendo él, mas Bridgett prefirió guardarse aquel comentario para sí misma.

—Por favor, no le retéis a un duelo —le susurró Fiona.

—¿Cómo podéis pensar que haría algo así? —Bridgett se volvió hacia ella, fingiendo escándalo—. Jamás lo retaría a un duelo. Tengo el mayor de los respetos por nuestros mayores.

—¡¿A quién estáis llamando mayor, muchacha?! ¡Yo he sido un gran guerrero! ¡Un comandante curtido en mil batallas!

Bridgett lo miró.

—No lo pongo en duda, señor. Mas tenéis que reconocer que de eso han pasado muchos años.

—¡Dadme ahora mismo una espada! ¡Os demostraré que sigo siendo el mismo que antaño! —Ivar se dio la vuelta cuando escuchó la carcajada de Labrann—. ¿Y tú de que te ríes?

El anciano lo señaló.

—De ti, vejestorio.

—¿A quién llamas vejestorio, viejo chalado? —En un arrebato de furia, agarró uno de los saquitos que se encontraba en el suelo y se lo lanzó a Labrann.

Este, que pese a su edad aún conservaba la agilidad de antaño, lo esquivó con un salto hacia un lado. El saquito siguió su trayectoria hasta Elspeth, recordando las enseñanzas de Bridgett se puso en guardia logrando detenerlo solo para que rebotara de nuevo y saliera disparado hacia Ivar.

Bridgett, temiendo que el saquito golpeara al anciano, reaccionó por puro instinto. Dio un salto hacia él y, antes de que él pudiese reaccionar lo alzó en brazos como si se tratara de una doncella desmayada.

El viejo Ivar soltó un resoplido de indignación, pataleando en el aire mientras el saquito golpeaba en la pierna de Bridgett.

Esta lo depositó de nuevo en el suelo, procurando no reírse al ver su expresión escandalizada.

—¡Por todos los santos, muchacha! —gruñó él, intentando recomponerse y alisar su túnica arrugada—. ¿Acaso creéis que soy

una damisela en apuros?

Bridgett tardó un poco en responder, ya que las carcajadas de Labhrann se lo impedían. Incluso el resto de mujeres se mordían el labio inferior para no reírse. Las niñas, que no tenían tanto decoro, estallaron en carcajadas.

Ivar las miró ceñudo y todas se pusieron serías. Labhrann también se calló, aunque se limpió una lágrima de los ojos con la manos.

—Por supuesto que no —replicó Bridgett con serenidad—. Pero tenéis una edad, no quería que sufrierais ningún daño.

El rostro de Ivar se enrojeció todavía más, y Bridgett juraría que, de seguir así, acabaría echando humo por las orejas.

—Soy más que capaz de mantenerme en pie sin la ayuda de una moza atolondrada y de esquivar cien sacos sin despeinarme.

—Si vos lo decís... —murmuró Bridgett, que fue consciente de que ese anciano era un tozudo—. Aun así, soy una mujer de honor. —Se irguió, alzando la barbilla—. Debo ayudar a mis mayores y asegurarme de que no sufren ningún daño.

—No necesito vuestra ayuda.

—Yo creo que sí. Si el saco os hubiese dado, os podíais haber caído al suelo.

—¡Eso no hubiera sucedido! Mi equilibrio sigue siendo el de un muchacho.

Bridgett no estaba de acuerdo, pero no sería ella quien se lo dijese. Era evidente que con aquel anciano no se podía razonar, pues jamás entraría en razón.

—Bridgett, ¿podemos seguir entrenando? —preguntó la pequeña Euna, que había dado un paso al frente y tenía una expresión de aburrimiento en el rostro.

—No —dijo Ivar a la vez que Bridgett respondía afirmativamente —. El entrenamiento no es para mujeres —continuó el anciano con severidad—. Deberíais estar bordando o lavando la ropa en el río, no jugando a ser guerreras.

—Con todos mis respetos, señor —intervino Bridgett—, no estamos jugando. El entrenamiento es algo que me tomo con la mayor seriedad.

—Seriedad... —farfulló Ivar, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando—. ¿Y por qué lleváis puestos pantalones, muchacha?

—Son más cómodos para entrenar, para disputar un duelo o para defender la fortaleza de invasores.

—Vos no tenéis que hacer ninguna de esas cosas. Y haced el favor de...

Ivar fue interrumpido por Labhrann, quien se había acercado con paso lento hasta quedar frente a Bridgett. Ella no pudo evitar observar sus ojos con fascinación: violetas, de un matiz que jamás había visto en mortal alguno. El anciano la observó en silencio un instante y luego dijo:

—Tres golpes dará la luna y una mujer alzará el trueno. Entonces, hasta las piedras temerán hablar.

Bridgett entrecerró los ojos, confundida, tratando sin éxito de comprender las crípticas palabras de Labhrann.

—No os entiendo...

Sin embargo, Labhrann ya se había apartado de ella, y su mirada volvía a perderse en el horizonte, absorto en sus pensamientos.

—Ni vos ni nadie —chasqueó la lengua Ivar.

Negándose a darse por vencida, Bridgett iba a volver a preguntarle a Labhrann cuando este abrió la boca y, en un susurro, dijo:

—*Kilt*...

—¿Queréis que me ponga el *kilt*? —preguntó Bridgett—. Prefiero los pantalones —respondió, ajustándose el cinturón.

—Lo del *kilt* me parece buena idea —dijo Elspeth con una sonrisa.

—¡Yo también voy a ponerme uno! —exclamó su hermana Euna con decisión.

—¡No solo no ayudáis en nada, viejo chalado, sino que además las animáis en sus locuras! —se quejó Ivar, llevándose las manos a la cabeza—. Lo que nos falta ya es que se pongan un *kilt*.

Pero Labhrann no parecía estar escuchándolo, pues se había dado la vuelta y se alejaba a paso lento. Sin embargo, antes de

girarse, Bridgett vio una sonrisa asomarse en sus labios.

Tal vez aquel anciano estaba más lúcido de lo que todos creían.

—Estoy rodeado de insensatos —masculló Ivar, rojo como una amapola.

Bridgett lo observó con cierta preocupación. Por un instante temió que le diera un soponcio.

—¿Queréis que os acompañe a beber un poco de agua? Parecéis acalorado.

Pero, lejos de calmarse, el anciano se irguió con más orgullo aún, fulminándola con la mirada.

—No necesito que una muchacha me diga cuándo debo beber agua —replicó con un bufido.

Luego, se dio media vuelta, sujetando con fuerza su bastón, y se alejó refunfuñando palabras ininteligibles sobre inglesas descaradas.

Bridgett los contempló alejarse durante unos instantes y después se centró de nuevo en sus alumnas.

—Vamos a seguir con el entrenamiento —anunció.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fiona, que, pese a parecer dubitativa, decidió continuar con la clase.

—Ahora toca aprender a caer.

—¿A caer? —repitió Elspeth.

—Caer con gracia y levantarse rápido —aclaró Bridgett—. Si alguna vez os derriban, lo importante no es evitar el golpe, sino volver a poneros en pie antes que vuestro enemigo.

—¿Tú te caes mucho? —le preguntó Euna.

—No —respondió Bridgett con orgullo—. Hace mucho que nadie me derriba.

Apenas había terminado de decirlo cuando Elspeth, aprovechando un descuido, se abalanzó sobre ella por detrás y la empujó con fuerza. Bridgett perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo, levantando una buena cantidad de barro.

—¡La alumna ha ganado a la instructora! —gritó Elspeth, provocando que todas se echasen a reír; incluso Bridgett.

En el castillo de su padre, aquello la habría ofendido. Pero, en ese instante, no sintió humillación alguna. Porque, por primera vez,

no se sentía juzgada ni con necesidad de tener que demostrar nada. Por primera vez, se sentía parte de algo. Por primera vez, se sentía una más.

Se sacudió el barro de la ropa, y no pudo evitar devolverle a Elspeth una mirada divertida, pero aprobatoria.

—Vas a ser una gran guerrera. Todas lo vais a ser.

Capítulo 14

—Fuiste el mejor amigo de mi abuelo y consejero de mi padre, ¿cómo es posible que no supieras nada? —preguntó Rowan, con el ceño fruncido y la voz cargada de tensión.

El anciano, sentado en una pesada silla de roble en la sala de estrategias, dejó la misiva que Rowan le había entregado sobre la mesa. El pergamino se deslizó suavemente hasta detenerse junto al mapa del clan, donde pequeñas piedras marcaban los límites de sus tierras.

—Tu abuelo era un hombre reservado —respondió Uileam con calma—, y tu padre, fiel a él, respetó siempre sus silencios. Debo suponer que se trataba de un secreto que pasó de padre a hijo.

—Y que mi padre decidió no compartir conmigo —señaló Rowan con un bramido de frustración.

No podía contenerse, y lo cierto era que no quería hacerlo. La furia hervía en su interior desde que había leído la carta.

Cuando el mensajero del clan Murdock llegó aquella mañana, ya había presentido malas noticias. Las relaciones con ese clan nunca habían sido buenas. El laird Artair Murdock era un hombre cruel y ambicioso, conocido por su carácter implacable y su habilidad para aprovecharse de los conflictos ajenos. A lo largo de los años, había desatado disputas con casi todos los clanes de las Tierras Altas, extendiendo su influencia mediante alianzas forzadas, traiciones y crueles guerras.

—Te fuiste, Rowan —comenzó Uileam—. Te marchaste cuando el clan más te necesitaba.

—¡No podía quedarme! —gritó—. Tenía que irme. —Rowan podía contar con los dedos de las manos las veces que había alzado la voz, pero esta vez cualquier contención no servía para nada.

Uileam lo observó, impasible.

—No, no tenías que hacerlo —le corrigió—. Fue tu decisión.

Rowan fue a responder, pero Archer, que se encontraba a su lado, se le adelantó.

—No me creo nada de lo que Artair Murdock diga. Es un hombre despreciable; su palabra no tiene ningún valor.

Rowan quería creer las palabras de Archer, necesitaba que fuesen ciertas, pero no, él estaba seguro de que Artair no mentía. No tenía sentido, no cuando era algo tan fácil de descubrir.

—Afirma que posee documentos que le acreditan la propiedad de parte de nuestras tierras —dijo Rowan con amargura—. Documentos que el rey Guillermo ha validado como auténticos. Tierras que, según él, mi bisabuelo entregó al suyo como pago de una deuda.

Archer frunció el ceño.

—Los documentos pueden falsificarse. Y si alguien es capaz de algo tan vil, ese es Murdock.

Rowan suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Quizá tengas razón. Pero mientras el sello del rey los respalde, poco podremos hacer.

—Lo que deberíamos preguntarnos es por qué el laird Murdock ha tardado tanto en hacer valer esos documentos —reflexionó Uileam, con el ceño fruncido y la voz cargada de sospecha.

Rowan levantó la mirada hacia él. Estaba tan enfadado con su padre por no haberle contado nada que ni siquiera se le había pasado por la cabeza considerar esa posibilidad.

El silencio que siguió fue espeso, y en ese momento una idea amarga se abrió paso en su mente.

Quizá su padre no le había nombrado heredero por confianza ni por afecto, sino porque sabía que el clan Murdock reclamaría esas tierras tarde o temprano. Tal vez había querido que fuese él, y no otro, quien cargara con el peso de ese conflicto.

Una forma retorcida de castigo.

Por primera vez, Rowan sintió que la herencia que tanto había defendido podía ser, en realidad, una trampa cuidadosamente tendida por su propio padre.

—Mi padre me ha dejado una carga envenenada. Se estará riendo de mí desde su tumba.

Uileam se levantó de su silla.

—Tu padre te nombró heredero porque confiaba en tu valía y en tu fuerza para guiar al clan.

Rowan negó con la cabeza.

—El clan no confía en mí. No me quieren como su laird. Y si entregamos esas tierras al laird Murdock, no tardará en reivindicar el clan como suyo. Quizá debería irme y ponérselo fácil. Desde luego, algunos se pondrán muy contentos.

Archer soltó un bufido.

—Matará a todos aquellos que no hagan lo que él desee. Impondrá tributos imposibles de pagar. Y nuestros colores desaparecerán.

—Igual que nuestros colores desaparezcan es lo que debería pasar —dijo Rowan.

Uileam guardó silencio un instante, mirándolo con gravedad; sus ojos cansados parecían sopesar cada palabra.

—Te conozco, Rowan. No permitirás que eso pase. Sé que no dejarás al clan a su suerte.

Rowan tornó la cabeza hacia el anciano.

—Quizá no me conoces tanto como pensabas —replicó con voz amarga. Después, sin apartar la mirada del anciano, dijo—: Archer, deja entrar al mensajero del clan Murdock.

El mensajero estaba aguardando en la sala de estrategias a que le diesen la respuesta que estaba esperando.

—Deberíamos matarlo —dijo Archer—. Esa sería la mejor respuesta —apostilló. Aunque, a pesar de sus palabras, se movió para obedecer las órdenes de su laird.

Abrió la puerta e hizo un gesto al hombre que esperaba al otro lado.

Rowan no lo había visto hasta ese momento, ya que la misiva se la había entregado uno de los guerreros del puente levadizo. Por cortesía, le habían dejado entrar en la fortaleza. Y ahora se daba cuenta de que no era un mensajero cualquiera.

Por supuesto, Artair Murdock no enviaría a un cualquiera con un mensaje de tal peso.

Era un hombre joven, de una edad cercana a la de Rowan. En su porte se adivinaba la confianza del guerrero, y lucía con orgullo

los colores del clan Murdock. Alto y fuerte, con el cabello del color del fuego, que le caía hasta los hombros y llevaba recogido en una coleta. Por primera vez, Rowan se fijó en sus ojos: de un color gris que tan solo había visto en Bridgett, pero ni de lejos tan bonitos ni intensos como los de ella. Estos eran fríos y crueles, sin alma.

—Kieran Murdock —lo saludó Rowan, provocando que Archer apretase los puños y Uileam frunciese el ceño y se sentase de nuevo en su silla.

Ninguno de los dos había visto antes al joven, pero sí conocían su nombre.

Kieran esbozó una sonrisa, aunque sin rastro de alegría en ella.

—Solo nos cruzamos una vez, hace un par de años —dijo con calma—. Es bueno ver que me recuerdas.

Rowan lo observó con frialdad, esforzándose por ocultar la furia que hervía en su interior. Kieran y él apenas se habían cruzado una sola vez, hacía años, y aun así el recuerdo era suficiente para encender su enojo. En ese momento, Rowan estaba de misión para el clan MacRae y se encontraba en la posada de un pequeño pueblo. Kieran apareció en busca de dos miembros de su clan que habían logrado escapar.

—Mataste a dos hombres de tu propio clan sin piedad alguna —le recordó.

—No hay piedad para los traidores. —En lugar de parecer arrepentido, los ojos de Kieran brillaron con orgullo—. No estoy aquí para justificar mis acciones. Mi padre espera una respuesta.

—Dile a tu padre que se vaya al infierno —escupió Archer, dando un paso al frente—. O, mejor aún, le enviaremos tu cabeza como respuesta.

Kieran frunció el ceño y se llevó la mano a la empuñadura de su espada, aunque no hizo ademán de sacarla.

—Si vuelves a amenazarme, el infierno te resultará muy acogedor —le advirtió en voz baja, apretando los labios con fuerza —. Mide tus palabras, o lamentarás haberlas dicho.

Archer dio otro paso más, pero Rowan le sujetó el brazo, impidiéndoselo. Utilizar la violencia, por mucho que sonase tentador, no era la solución.

—No voy a entregarle las tierras a tu padre sin una guerra —declaró Rowan.

Kieran lo miró.

—Una guerra que perderás.

Rowan sabía que estaba en lo cierto, pero necesitaba tiempo. Tiempo para trazar un plan. Uileam tenía razón; él no dejaría al clan en la estacada. Por mucho que se lo mereciesen.

—¿Por qué tu padre no ha reclamado las tierras antes? —preguntó Rowan—. ¿Por qué ahora?

—No estoy aquí para juzgar las decisiones de mi padre, sino para cumplir sus órdenes —dijo, sin ofrecerle ninguna información—. Está dispuesto a permitir que conservéis las tierras siempre que abonéis un tributo anual.

Rowan se quedó en silencio. No era un necio. Sabía lo que Artair Murdock se proponía. Arruinarlos para quedarse no solo con esa parte de tierras, sino con todo el clan.

—Si quiere negociar, lo haré con él. De laird a laird.

Kieran lanzó un bufido cargado de desprecio.

—No estás en posición de negociar nada.

Rowan no se amedrentó.

—Tienes razón en que mi clan no puede ganar al tuyo en una guerra. Pero tengo aliados, el clan MacRae me ayudarán ante una injusticia como esta. No creo que tu padre desee enfrentarse a ellos. Y también cuento con el apoyo del padre de… —No pudo terminar la frase, ya que la puerta se abrió con un gran estruendo.

Ivar se adentró en la sala con el rostro encendido por la ira y los puños apretados.

—¡Las jóvenes del clan quieren ponerse un *kilt*! —exclamó con indignación—. Y tu prometida —señaló a Rowan— me ha faltado el respeto tratándome como si fuese un niño indefenso.

Labhrann apareció tras él.

—La tormenta se acerca y no hay cabañas para refugiarse.

—El cielo está despejado, viejo chalado —le respondió Ivar.

Rowan se pasó una mano por los ojos con cansancio. Lo que le faltaba ya era aguantar los delirios de aquellos dos ancianos.

—En estos momentos estoy ocupado.

Sin embargo, ninguno de los ancianos se movió.

—Deberías ocuparte de tu prometida —farfulló Ivar, chasqueando la lengua con desaprobación—. Está entrenando a las jóvenes del clan en el campo de entrenamiento del sur. —Alzó el bastón que sostenía en su mano derecha en el aire—. ¡Entrenándolas como guerreras! ¡¿Qué locura es esa?!

A Rowan no le causó asombro alguno que Bridgett fuera capaz de hacer algo así.

—¿Te has vuelto a comprometer? —preguntó Kieran.

Rowan tornó la cabeza hacia el joven. Por un instante, se había olvidado de su presencia.

—¿Qué sabes tú sobre mi compromiso?

—Sé que estabas comprometido con Lady Amelia de Mowbray, mas ella falleció.

Rowan lo miró con sospecha. No tanto porque supiera del compromiso con Amelia, sino porque se había enterado de su fallecimiento. Siendo una noticia tan reciente, resultaba extraño que ya hubiera llegado a sus oídos.

Abrió la boca para indagar cuando Labhrann se le adelantó.

—Su nombre es Lady Bridgett de Mowbray —dijo el anciano.

Rowan puso los ojos en blanco. Ese viejo pocas veces hablaba, y cuando lo hacía, era sin sentido; pero había elegido ese momento para hablar con lucidez, justo cuando Rowan quería averiguar algo más antes de revelar el nombre de su actual prometida.

—¿Qué hace un bastardo del clan Murdock en nuestras tierras? —preguntó Ivar, con los ojos encendidos de ira al observar el *kilt* que llevaba el joven con los colores de su clan.

Kieran giró la cabeza para mirar al anciano.

—No soy ningún bastardo. Mi nombre es Kieran Murdock, ¿cuál es el vuestro?

Ivar se quedó mudo. Tragó saliva antes de volver a abrir la boca.

—El hijo de Artair Murdock, ¿por qué…?

—Más tarde, en el consejo, hablaremos de ello —le explicó Uileam.

Ivar arrugó el ceño.

—¿Por qué estás tú en esta reunión y nadie me ha avisado?

—Te recuerdo que soy el cabecilla de los tres —respondió Uileam con calma.

—Eso no te da ningún derecho a ocultarnos nada.

—No os estaba ocultando nada, iba a contároslo después.

Labhrann dio un paso al frente y alzó los brazos, moviéndolos lentamente en el aire.

—Relativo es el tiempo, más fluvial el río que pasa.

Rowan se pasó la mano por la cabeza. Le dolía mucho, necesitaba salir de allí, necesitaba pensar. Y, desde luego, aguantar la discusión de los tres ancianos no le ayudaba.

—Dile a tu padre que solo negociaré con él —dijo, mirando a Kieran.

Para sorpresa de Rowan, este asintió.

—Pronto tendrás noticias de él.

Kieran se giró y se dirigió hacia la puerta que Ivar había dejado abierta. Archer comenzó a andar tras él, pero Rowan le agarró del brazo.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A asegurarme de que se marcha.

Rowan sabía que aquello no terminaría bien.

—No es necesario. Tenemos guardias custodiando la fortaleza.

Archer iba a replicar cuando unos gritos lo interrumpieron.

—¡En este clan nadie me toma en serio! —Ivar seguía discutiendo con Uileam—. ¡Ni siquiera esa muchacha inglesa! ¡Ella es la peor, ha hecho que las mujeres me ataquen con un saquito y, cuando iba a esquivarlo, me ha alzado en brazos para ridiculizarme!

Rowan giró la cabeza para mirar a los ancianos. A Uileam le temblaba levemente el labio inferior, y Rowan lo conocía lo suficiente como para saber que estaba conteniendo una carcajada. Podía comprenderlo, ya que hasta Rowan lo hubiese hecho si no estuviese tan sumamente preocupado.

La situación era más complicada de lo que él pensaba. Ya no solo tenía que lograr que le aceptasen; ahora tenía que luchar por mantener las tierras del clan. Y su prometida, en vez de ayudarlo, le estaba complicando todo.

Sin despedirse ni decir una palabra, salió de la sala de estrategias en busca de Bridgett. De una manera u otra, convencería a esa muchacha testaruda de que se comportase.

Capítulo 15

El campo de entrenamiento del sur era una de las muchas tareas pendientes que Rowan tenía desde que había tomado el título como laird. Los guerreros necesitaban más de un lugar donde practicar, pero su padre había descuidado eso, como tantas otras cosas.

El paseo hasta allí no logró despejarle la mente, como solía ocurrir cuando caminaba. Los acontecimientos recientes no solo eran imprevisibles, sino una verdadera catástrofe.

Y, para colmo, se cruzó con Sven, que iba acompañado de varios de sus amigos; todos ellos futuros guerreros del clan. Ninguno se molestó en saludarlo, faltándole abiertamente al respeto. Su hermano incluso esbozó una sonrisa de superioridad. Tuvo que contenerse para no darle un puñetazo a aquel mocoso engreído y a sus compinches. Hasta le entraron ganas de abandonar el clan y cargar a Sven con la responsabilidad, para que viese lo que realmente significaba el puesto de laird que tanto ansiaba.

Era tentador, si no fuese porque otro guerrero más mayor no tardaría ni un instante en retarle a duelo, matándolo. Y luego llevaría al clan Fraser a su extinción.

Lo segundo cada vez le importaba menos, pero, a pesar de todo, Rowan protegería la vida de Sven y de Fiona. Lo haría porque eran sus hermanos, y tal vez ellos no respetaban ese vínculo, pero él sí lo hacía.

Su enfado crecía a cada paso que lo acercaba al campo de entrenamiento. Sentía el peso del desprecio de los suyos, la ingratitud de un clan al que intentaba mantener a salvo. Iba dispuesto a sacar a su prometida de allí, a dejarle claras las consecuencias de desafiarlo delante de todo el clan. Sin embargo, bajando la colina hacia el campo de entrenamiento, se detuvo.

El viento traía consigo risas. Risas femeninas, alegres y claras. Frunció el ceño, intrigado, y avanzó unos pasos hasta que vio el campo de entrenamiento con claridad.

Un grupo de mujeres —y algunas niñas— entrenaban en el lodoso campo. Se lanzaban unas contra otras entre carcajadas, mientras Bridgett, de pie en el centro, les mostraba cómo girar el cuerpo para derribar al oponente sin perder el equilibrio.

Rowan se quedó quieto, observándolas desde cierta distancia. El barro salpicaba los dobladillos de sus faldas, sus rostros estaban encendidos por el esfuerzo y, sin embargo, reían.

Una de las jóvenes consiguió tomar a Bridgett por sorpresa y la hizo caer de espaldas sobre el lodo. Las demás estallaron en risas, y hasta la propia Bridgett, con el cabello suelto y la cara manchada de tierra, rio con tanta fuerza que Rowan se sorprendió al escucharla.

Era el sonido más bonito que había escuchado en toda su vida. Y, por un instante, olvidó su ira. Olvidó todos los problemas.

—He vuelto a ganarte —le dijo la joven a Bridgett, con una sonrisa triunfante.

Bridgett seguía en el suelo, con el cabello revuelto y la falda manchada de barro. Aun así, levantó la vista hacia Elspeth con aire tranquilo.

—¿Me ayudas a levantarme, Elspeth? —preguntó con una voz dulce.

Desde la distancia, Rowan no podía ver bien su rostro, pero conocía esa expresión. Esa quietud fingida, ese leve gesto en los labios... Era la misma sonrisa que solía tener antes de hacer alguna travesura.

Elspeth, confiada, le tendió la mano. Y Bridgett la tomó, fingió apoyarse en ella y, de pronto, tiró con fuerza, haciendo que Elspeth perdiera el equilibrio y cayera junto a ella, levantando una nueva lluvia de barro.

Las risas estallaron a su alrededor, alegres y contagiosas. Bridgett reía con ellas, tirada en el suelo, mientras intentaba apartarse el barro del rostro sin mucho éxito.

Rowan no podía dejar de mirarla. Ella estaba preciosa, incluso desde la distancia, sucia, con esos pantalones que se negaba a quitarse. Pero no era solo su belleza lo que lo desarmaba, sino aquella energía indomable, esa terquedad y fuerza que la hacían única, más valiosa que cualquier joya o título.

Por primera vez, Rowan se preguntó si tenía derecho a cambiarla, a intentar apagar el fuego que la movía. Y, en el fondo, si realmente deseaba hacerlo.

Bridgett se incorporó con decisión y siguió dando órdenes a las jóvenes, completamente ajena a la mirada que la seguía desde la distancia. Rowan no podía apartar los ojos de ella. Había algo hipnótico en la forma en que movía las manos, en su voz segura, en la natural autoridad que emanaba de su cuerpo.

En apenas unos días se había ganado la confianza del clan. Al final, iba a ser una mejor líder que él mismo.

Rowan seguía observándola cuando una voz ronca rompió el murmullo del entrenamiento.

—¡Espelth! —rugió un hombre desde la linde del claro—. ¡Deja de hacer eso ahora mismo! ¡No es propio de una mujer!

Las jóvenes se quedaron inmóviles, tensas. El hombre avanzó con paso pesado, el rostro enrojecido por la ira.

—Padre… —comenzó la joven con la voz angustiada.

—Estamos aprendiendo a defendernos —dijo Euna con voz infantil.

El hombre miró a su hija pequeña horrorizado y dirigió su atención a su otra hija.

—No solo te dejas engañar por tal necedad, sino que arrastras a tu hermana pequeña. Eres una insensata.

—Ella no quería que yo entrenase también —la defendió Euna, dando un paso al frente y con una mirada decidida, sorprendente para alguien de tan corta edad—. Yo he convencido a Bridgett.

La forma en que el hombre miró a Bridgett, con furia, hizo que una bola de fuego recorriera el cuerpo de Rowan, encendiéndolo desde el pecho hasta la nuca. Sin dudarlo un solo instante, comenzó a descender por la colina.

—No solo sois inglesa —gruñó el hombre cuando estuvo frente a ella—, sino que llenáis la cabeza de mis hijas con vuestros desvaríos.

—De lo primero estoy orgullosa —respondió Bridgett, avanzando un paso para encararlo. Era alto y corpulento, un guerrero curtido, pero ella no dio un solo paso atrás—. Y en cuanto a vuestras hijas,

solo les enseño a defenderse por sí mismas. Algo que deberíais haber hecho vos.

—A mis hijas las defiendo yo.

—No podéis estar todo el día protegiéndolas —continuó, intentando razonar con él—. Si les ocurre algo cuando vos no estéis, deben saber protegerse.

—Tras los muros de la fortaleza no corren ningún riesgo.

—¿Y si van al bosque?

—Mis hijas no van a ir al bosque. Deben quedarse tras los muros ayudando a su madre con las labores de la casa.

Bridgett estaba intentando ser razonable, pero ese hombre le estaba haciendo perder la paciencia.

—Vuestras hijas no son vuestras sirvientas —resopló.

El hombre entrecerró los ojos, indignado.

—¿Acaso he dicho yo eso?

—Lo habéis insinuado.

—¡Por supuesto que no! —exclamó, cerrando las manos en puños—. Sois una inglesa insolente. —El hombre dio otro paso hacia Bridgett.

Bridgett abrió la boca para defenderse, pero fue interrumpida.

—¡Ross, retrocede! —ordenó Rowan, colocándose al lado de Bridgett.

El hombre permaneció inmóvil. Fijó su mirada en los ojos de Rowan y, tras unos instantes que parecieron eternos, retrocedió un par de pasos.

—Tu prometida tiene que aprender cuál es su lugar —dijo al fin con desdén.

Bridgett vio cómo más hombres se acercaban por el sendero. Era evidente que la noticia se había extendido por todo el clan; al parecer, en Escocia gustaba tanto el chismorreo como en Inglaterra.

Por el rabillo del ojo, observó que alguna de las jóvenes tragaba saliva, probablemente al ver a su padre acercarse. Pero ninguna se movió de su sitio; ni siquiera Espelth y su hermana cedieron un paso.

—Mi prometida conoce muy bien su lugar —respondió Rowan, sorprendiendo a Bridgett—. Lo que no me queda claro es si tú lo

sabes.

Ross lanzó una risa vacía.

—Conozco mi lugar perfectamente.

—No, no lo haces. Si fuese así, no hablarías a la futura señora del clan con ese desdén.

—Si tu prometida no estuviera manipulando a nuestras hijas —Ross señaló con la cabeza a los hombres que se estaban acercando, cuyos ojos reflejaban la misma ira y desconfianza que él sentía—, yo no tendría que hacerlo.

Bridgett apretó los labios con tanta fuerza que hasta Rowan escuchó el sonido. Pero se mantuvo en silencio.

—No nos está manipulando —argumentó Espelth.

Las demás mujeres y niñas asintieron acorde con ella.

Ross miró a su hija.

—Tu madre y yo no te hemos educado para que pases el tiempo jugando a la guerra.

—No estamos jugando —dijeron voces de jóvenes y niñas—. Estamos entrenando.

—Cairistiona. —Un hombre se abrió paso entre los demás, acercándose a una de las muchachas. La sostuvo de la muñeca y tiró de ella—. ¿Acaso has perdido la razón?

—No, padre. —La muchacha, que no debía tener más de quince inviernos y llevaba el cabello rubio recogido en un moño trenzado, se liberó del agarre de su progenitor—. Estoy más cuerda que nunca. Lady Bridgett me está enseñando a ser fuerte y no dependo de nadie. Siempre me has dicho que debo valerme por mí misma.

—Pero no me refería a que aprendieses a luchar.

—No hacemos daño a nadie —dijo Shorna, que se había animado a alzar la voz para que pudieran escucharla.

—Dios nos pille confesados —masculló uno de los hombres, llevándose las manos a la cabeza.

—¡La inglesa está causando problemas! —exclamó Ross.

—Su nombre es Bridgett. —Rowan dio un paso al frente, sin levantar el tono pero con la suficiente autoridad para que todos guardaran silencio—. Bridgett Fraser en cuanto nos casemos —añadió con orgullo—. Todos me habéis jurado fidelidad y respeto.

Respeto que algunos olvidáis; lo puedo tolerar, porque pienso ganármelo. Os demostraré que soy el laird que el clan Fraser necesita. Mas no lo consentiré con mi prometida. Si alguno osa volver a ultrajarla, lo retaré a duelo. Y si gano, lo expulsaré del clan y será privado de su honra. —Hizo una pausa y apretó los labios—. Eso, si no lo mato.

Durante unos largos instantes, reinó el silencio. Los hombres que antes lucían orgullosos y desafiantes ahora bajaban la mirada.

—No era nuestra intención faltaros el respeto, Lady Bridgett. Os ruego que me perdonéis si así lo habéis sentido —dijo Ross, tragando saliva y aclarándose la garganta—. Mas debéis entender que no puedo permitir que mis hijas entrenen.

—Pero yo quiero entrenar —se quejó Euna, haciendo un mohín y cruzando los brazos por encima del pecho.

Bridgett resopló con fuerza, mostrando su desacuerdo, pero, para sorpresa de Rowan, no pronunció una sola palabra.

—No hacen daño a nadie —habló Rowan con voz calmada pero firme—. Si quieren entrenar, pueden hacerlo, siempre y cuando cumplan con sus obligaciones.

Los hombres emitieron gruñidos de frustración, mientras las jóvenes intercambiaban miradas cómplices y sonreían.

—Eres el laird —dijo Ross—. Pero no puedes decidir cómo educamos a nuestras hijas.

Rowan miró al hombre.

—Tienes razón. Pero tienen mi permiso para entrenar. Este campo de entrenamiento es suyo siempre que lo quieran usar.

Las jóvenes aplaudieron y, viendo las caras de los hombres, supo que iba a tener muchos problemas. Pero no le importaba. Y menos cuando vio la sonrisa de felicidad en el rostro de Bridgett.

—¿Y quién habrá de reparar el campo de entrenamiento? —preguntó Ross, que se había erigido portavoz de los hombres—. Tendremos que hacerlo nosotros, malgastando tiempo y recursos.

—No será necesario —dijo Bridgett, rompiendo su silencio—. Los guerreros están ocupados en menesteres más importantes. Nosotras nos encargaremos del campo y lo mantendremos sin usar ni un solo recurso del clan. —Ross alzó una ceja, incrédulo—. No voy

a entrenarlas para ir a la guerra —añadió Bridgett, con una educación exquisita que a Rowan le pareció fingida, pero no la interrumpió—. No necesitamos grandes arreglos para estar bien.

—Padre —intervino Espelth antes de que Ross pudiera hablar. Aunque se dirigía a él, miró al resto de los hombres—, no vamos a desentender nuestras obligaciones, ni causaremos problemas. Solo queremos ser capaces de defendernos.

Ross miró primero a su hija mayor y luego a la pequeña, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Está bien —suspiró al fin—. Pero no saldréis de los muros. Y si os hacéis daño, lo dejaréis —advirtió con severidad.

Ambas hijas asintieron.

El resto de los hombres también cedió, aunque ninguno mostraba demasiado agrado por la decisión. Bridgett observó cómo los jóvenes se acercaban a sus padres, radiantes de felicidad por haber recibido permiso para entrenar.

—No son malos hombres. Se preocupan por sus hijas.

—No has ganado la guerra —le advirtió Rowan, que se encontraba a su lado—. Harán lo posible por convencerlas de que lo dejen.

Bridgett tornó la cabeza hacia él con una sonrisa despreocupada.

—Tal vez, pero voy batalla a batalla.

—Llevas el manto con la camisa y los pantalones —dijo Rowan cuando la miró con más detenimiento.

—Te dije que me lo pondría y que pasaría más tiempo con las mujeres del clan.

Rowan estalló en carcajadas. Hacía tiempo que no se reía tanto. Hasta le dolió el estómago.

—¿Te estás riendo de mí? —le preguntó ella, ceñuda.

—No —replicó él—. Nunca me reiría de una mujer que me ha vencido en mi propio juego. Eres muy hábil.

—Siempre cumplo mis promesas. —Bridgett alzó el mentón, orgullosa—. Y no hago ninguna que no tenga intención de cumplir.

—Y las adornas para que queden a tu gusto —añadió Rowan, con un brillo de humor en los ojos—. Algunos lo considerarían un

engaño.

—No soy culpable de la necedad de otros que escuchan lo que quieren oír sin atender mis palabras.

—No soy un oponente fácil de ganar. Estaré más atento a tus palabras.

Bridgett procuró mantener el semblante serio, mas una sonrisa la delató.

—Yo tampoco soy una rival fácil.

Rowan no lo ponía en duda.

Sabía que lo era desde el primer instante en que la conoció, cuatro años atrás. Cuando la vio de nuevo hacía unas semanas con su padre, creyó que había cambiado, que ese fuego se había apagado. Sin embargo, había sido un ingenuo. Si hubiera observado con un poco más de atención, tan solo unos pocos instantes más, se habría dado cuenta de lo errado que estaba.

Y, para su propia sorpresa, se alegraba de que ese fuego que la definía siguiera ardiendo en ella. Por esa misma razón la había animado a que continuara entrenando a las jóvenes y niñas del clan. Jamás habría imaginado hallarse a favor de algo así.

Bridgett le había enseñado algo que no sabía de sí mismo: le gustaba verla combatir, le gustaba verla ser. Y entendió que no quería doblegarla ni extinguir su fuego, sino ser testigo de su luz.

—Deberías lavarte —le dijo Rowan cuando ella se pasó una mano por el ojo para limpiarse el barro que le estaba molestando.

Bridgett asintió.

—Sí, iré al río a lavarme con Fiona.

Aunque, cuando se giró pensando que la joven estaría allí, ya que el resto se había marchado con sus padres, no la encontró. Y se dio cuenta de que se habían quedado solos.

—Mi hermana me huye —suspiró Rowan al percatarse de lo mismo que Bridgett.

Esta tornó su cabeza hacia él.

—Tiene sus razones.

Rowan frunció el ceño. Si pensaba encontrar consuelo en Bridgett, debía haberlo meditado mejor. Aquella joven no era de las

que pronunciaban palabras dulces para apaciguar el ánimo. Ella hablaba con franqueza.

—Y debo suponer que tú lo sabes, pero no me las vas a decir.

—No me corresponde a mí. Mas estoy segura de que puedes imaginártelo.

Rowan no deseaba hablar de ello con Bridgett. Nunca había sido cercano a sus hermanos, ni siquiera antes de abandonar el clan. Apenas los veía, y siempre que podía los evitaba. Quisiera enmendarlo, pero ahora le parecía una tarea casi imposible.

—Ya que mi hermana se ha ido, déjame acompañarte al río —ofreció—. Es casi la hora del almuerzo e imagino que deseas quitarte el barro de encima.

Bridgett frunció el ceño y lo miró con indignación.

—No voy a bañarme desnuda delante tuya.

—Pensé que solo ibas a lavarte el rostro. —Rowan se pasó una mano por el cabello al darse cuenta de las intenciones de Bridgett—. ¿Pensabas bañarte desnuda en el río? ¿Sabes que a estas horas hay hombres allí? —Ella abrió la boca para responder, pero él no se lo permitió—. ¿En el castillo de tu padre te bañabas en el río con el resto de soldados?

—Por supuesto que no. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—Una guerrera —respondió Rowan, sin poder evitar la sonrisa ante su enfado—. Y los guerreros se bañan juntos.

—Soy una guerrera, sí, mas también soy una mujer. Jamás haría algo semejante.

Rowan la observó en silencio. Bridgett no se consideraba una dama, pero lo era. Educada con decoro, criada entre valores y recato, aún conservaba la inocencia propia de una mujer que jamás había compartido su lecho con un hombre, tal como se esperaba en una dama de su alcurnia.

—Discúlpame, no quería ofenderte.

—No me ofendes —dijo Bridgett echando a andar mientras Rowan la seguía—. En el castillo de mi padre, los hombres se bañaban en un lado del río y las mujeres en el otro, separados por los juncos y los árboles, para que ninguna mirada indiscreta pudiera cruzarse.

—No contamos con esa privacidad en nuestro río —le aclaró Rowan—. Ambos lados son visibles. Los hombres suelen bañarse por la noche, cuando las mujeres no están. Las mujeres, en cambio, prefieren hacerlo bajo techo.

—Me bañaré en una tina en mi alcoba —decidió Bridgett—. Pero ahora iré al río. Necesito lavarme la cara antes del almuerzo.

Rowan evitó recordarle que había sido él quien lo había sugerido. Era demasiado orgullosa para reconocerlo.

Subieron la colina en silencio. El sendero se abría entre la hierba alta, aún húmeda por el rocío, y el murmullo del agua se oía cada vez más cerca. El sol del mediodía comenzaba a filtrarse entre las nubes, dorando los troncos de los abedules y arrancando destellos del cauce que serpenteaba al fondo del valle. Bridgett caminaba delante, erguida y decidida, y Rowan no pudo evitar pensar que pocas cosas resultaban tan imposibles de domar como aquella mujer.

Aunque él no quería domarla. Se dio cuenta de que estaba disfrutando tanto de su compañía que apenas recordaba todos los problemas que se amontonaban sobre su espalda.

—No le has replicado apenas nada a Ross —le dijo Rowan, provocando que Bridgett se detuviese.

—Me dijiste que no te estaba resultando fácil que tus hombres confiasen en ti, y escuché una conversación entre Espelth y Shorna. En ella, Espelth vino a decir que su padre desconfiaba de tus posibilidades como laird. No quise darle más motivos para hacerlo. Recordé las enseñanzas de mi padre.

—¿Y cuáles son esas enseñanzas? —le preguntó Rowan.

—Que a veces el silencio gana guerras.

Rowan estaba de acuerdo, aunque estaba seguro de que no había sido fácil para ella.

—Que estés entrenando a las mujeres tampoco ayuda.

Ella lo miró.

—Estaba esperando este momento.

—¿Qué momento? —le preguntó él, confundido.

—El momento en el que, después de defenderme, vuelves a regañarme como si fuese una niña pequeña. Y he de suponer que

vas a ordenarme no entrenar a las mujeres.

—¿Siempre crees saber lo que un hombre va a decir? —preguntó Rowan, arqueando una ceja.

—Los hombres sois fáciles de adivinar. Actuáis dejando que el orgullo hable por vosotros.

—No eres la más indicada para hablar de orgullo —le dijo Rowan, provocando que ella abriese los ojos.

—No soy orgullosa.

—Oh, claro que lo eres —replicó Rowan con una media sonrisa —. Eres una de las mujeres más orgullosas que he conocido.

—Me estás faltando al respeto, laird.

—Y yo que pensé que agradecerías que te hablase con sinceridad.

Bridgett se dio cuenta de que, aunque él intentaba mantener la compostura, gozaba en provocarla, como si hallar el modo de irritarla fuese su manera de divertirse.

—Eres un hombre imposible —dijo ella comenzando a andar de nuevo.

—Y tú, una mujer que se irrita con facilidad —contestó él siguiéndola.

—No voy a caer en tus provocaciones —farfulló mirando hacia adelante. Ella había caído, lo sabía, y él también—. Tengo más educación que tú y, por ello, voy a callarme de enumerar todos tus defectos.

—No has hecho otra cosa desde que has llegado que recordármelo.

Bridgett giró la cabeza para mirarlo.

—Tienes razón, lo he hecho —reconoció con una sonrisilla que a él le pareció encantadora—. Mas no soy culpable si eres tan evidente.

Lejos de ofenderse, Rowan soltó una carcajada. Aquella muchacha era vivaz y desenvuelta, un soplo de aire que tanto necesitaba sin saberlo. Rowan no recordaba la última vez que se había divertido tanto. Probablemente, nunca.

—Debo serlo menos de lo que piensas. Siento cada una de las palabras que he dicho en el campo de entrenamiento.

Bridgett volvió a pararse.

—Vas a dejarnos entrenar.

—No veo ninguna razón para no hacerlo. Te has ganado a las jóvenes del clan.

—Te dije que lo haría.

—No te creas vencedora todavía, brujilla —replicó Rowan con una media sonrisa, pero Bridgett pudo atisbar el orgullo en los ojos de él. Y algo dentro de ella se derritió—. Te has ganado a las jóvenes, no a sus madres.

—Me llamaste brujilla la primera vez que nos vimos.

—¿Lo hice? —preguntó él, mirándola con confusión.

Bridgett no pudo contener el enojo que la embargaba. No debía importarle que él no lo recordara; ni siquiera era algo que ella misma hubiera guardado en la memoria.

Se giró indignada, dispuesta a marcharse, pero Rowan la sostuvo del brazo antes de que diera un paso.

—No te enfades, brujilla —dijo Rowan con una sonrisa ladeada —. Lo recuerdo con toda claridad.

—No me importa si no lo haces.

—Eres una mentirosa muy mala.

En un gesto inesperado, Rowan alzó la mano y rozó con suavidad la mejilla que no sujetaba la muñeca.

Bridgett sintió un cosquilleo que se extendió por todo su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con la voz en un susurro.

—Nada que no sea decoroso entre dos prometidos.

—El compromiso se romperá en cuanto regrese mi padre —replicó ella, aunque no se apartó. Incluso ladeó la cabeza para facilitarle la caricia.

—¿Has enviado un mensajero en su busca, ¿verdad?

Rowan sostuvo su mirada, intensa, imperturbable.

—Eres aún más bella cuando desconfías de mí —murmuró, deslizando la yema del dedo por la línea de su nariz con una ternura que desarmaba cualquier réplica.

Bridgett contuvo el aliento. Quiso responderle con la misma frialdad con la que solía enfrentar sus provocaciones, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Rowan, por su

parte, sonrió, como si disfrutara del silencio que había conseguido arrancarle.

—No deberías mirarme así —logró decir al fin.

—¿Y de qué modo debería mirarte, entonces? —preguntó él, acercándose un poco más.

—Como lo hace un hombre que sabe que pronto dejaré de ser su prometida.

—Por suerte para ti, soy un hombre que sabe que se convertirá en tu marido y que tú lo aceptarás de buen grado.

—No te tenía por un hombre fantasioso.

Rowan dejó escapar una carcajada suave y bajó lentamente el dedo desde la nariz de ella hasta rozar el borde de su labio superior, en una caricia tan sutil que apenas parecía real.

Bridgett sintió que el aire se le detenía en el pecho. Su corazón latía con fuerza, pero no retrocedió. La mirada de Rowan era intensa, peligrosa, y por un instante pensó que, si él no retiraba la mano, sería ella quien lo haría, aunque no estaba del todo segura de querer hacerlo.

En el fondo, era consciente de que no quería apartarse, o quizá no podía. Su cuerpo ya no respondía a su voluntad, sino al roce de las caricias de él. No lo comprendía, pero por primera vez en su vida, no deseaba pensar, solo sentir.

—A veces hay que soñar, brujilla —murmuró Rowan—. Dejarse llevar.

—Yo no sé hacer eso —admitió ella en voz baja.

—Sí sabes —replicó él con suavidad—. Solo necesitas recordar cómo.

Sus labios estaban a un suspiro de unirse. Él iba a besarla, y ella no iba a impedírselo. Pero entonces, el sonido de unas voces rompió la magia del momento.

Bridgett se apartó de golpe, con el rostro encendido. Rowan, en cambio, se quedó inmóvil, con la mirada fija en la dirección de donde provenían las voces, y un gesto tan sombrío que cualquiera habría jurado que estaba dispuesto a destripar al insensato que los había interrumpido. O más bien insensata, porque la voz que se escuchaba con claridad era femenina.

No tardó en ver a Fiona acercarse a ellos junto a un hombre. Cuando lo reconoció, sintió que la ira se apoderaba de él. Un instinto protector se despertó en él, especialmente cuando percibió la fascinación con la que su hermana miraba a aquel hombre.

—¡Kieran! —bramó, su voz resonando con la fuerza de una orden—. ¿No fui claro cuando te dije que abandonaras mis tierras?

El hombre y su hermana se volvieron al instante, sorprendidos al percatarse por fin de su presencia. Fiona abrió los ojos de par en par, sorprendida, y miró a Bridgett. Esta, aún intentando recomponerse, asintió apenas a la pregunta muda que Fiona le formulaba con la mirada.

—A los invitados se les trata con respeto, Rowan —dijo Bridgett.

Rowan, sin apartar la vista de Kieran, apenas le prestó atención. Su mandíbula se tensó, los dedos de la mano aún cerrados en un puño, mientras Kieran esbozaba una sonrisa que lo irritó aún más. Si no fuese porque sabía que aquello era justo lo que buscaba provocar, le habría estrangulado con sus propias manos.

—Sal de mis tierras y no vuelvas a acercarte nunca más a mi hermana —le advirtió, acercándose hasta colocarse frente a él—. O te juro que te degollaré con mi espada.

Kieran lo inspeccionó de arriba abajo y después soltó una carcajada sin un atisbo de humor, que rasgó el aire como una navaja.

—No te pareces en nada a tu padre.

—Y tú eres exactamente como el tuyo.

Aunque intentó disimularlo, Bridgett —siempre tan observadora — percibió el destello de furia que cruzó fugazmente el rostro de Rowan ante las palabras de Kieran.

Este giró la cabeza hacia Fiona y esbozó una sonrisa cargada de descaro.

—Ha sido un placer conoceros, Fiona Fraser —dijo, inclinando apenas la cabeza.

Fiona, algo turbada, extendió la mano para que él la besara, pero Rowan se interpuso con la rapidez de un relámpago entre ambos, bloqueando el gesto.

—¡No la toques! —bramó, con una voz tan dura que hizo eco entre los árboles.

Bridgett lo miró, atónita. No podía creer que aquel fuera el mismo hombre que, apenas unos instantes antes, había sido tan atento y dulce.

—Mi prometido ha olvidado sus modales —intervino Bridgett con serenidad, aunque en su voz se percibía una firme advertencia—. Más yo no. Podéis quedaros todo el tiempo que necesitéis.

—No, no puede —replicó Rowan con un tono que no admitía réplica.

Kieran sostuvo la mirada de Bridgett, con una sonrisa apenas dibujada en los labios.

—Os lo agradezco, Lady Bridgett —dijo con una inclinación cortés—, pero debo marchar. Espero que el destino nos cruce de nuevo en circunstancias menos comprometidas.

El gruñido que escapó de la garganta de Rowan sonó más propio de una bestia que de un hombre.

Kieran se dio media vuelta y se alejó con paso tranquilo, sin mirar atrás.

—¿Siempre tiendes a coquetear con hombres desconocidos? —le espetó Rowan a Fiona.

Esta se puso roja.

—No estaba coqueteando —replicó con un hilo de voz—. Solo estaba siendo amable con un invitado.

Las lágrimas comenzaron a brillar en sus ojos, y Rowan sintió una punzada de culpa que le atravesó el pecho. Se sintió un miserable. Pero, por todos los santos, su hermana había mirado a aquel ser despreciable como si fuera el único hombre sobre la faz de la Tierra. ¿Cómo podía ser tan ingenua?

—Los Murdock no son bienvenidos en nuestras tierras —le advirtió Rowan, con la voz tan afilada como su espada—. Y Kieran Murdock, el hijo del laird, menos que ninguno. ¿He sido claro?

—Él estaba buscando los establos y yo me he ofrecido a enseñarle las tierras. Se presentó y estaba siendo amable…

—¡Por los clavos de Cristo, Fiona! —la interrumpió Rowan—. Ese hombre no tenía buenas intenciones, y ahora que eres capaz de

discernirlo, no te acercarás a ningún hombre sin mi conocimiento.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó Bridgett retóricamente.

—Y tú —Rowan se giró hacia Bridgett— no volverás a contradecirme. Yo soy el laird. Si digo que un hombre se marcha, se marcha. Y tú lo aceptas en silencio y con una bonita sonrisa en el rostro. ¿Estoy siendo claro?

—Estás siendo un necio ignorante —respondió Bridgett, aunque en su interior no pudo evitar cierta admiración por la determinación de Rowan—. Pero me alegra haber visto tu verdadero rostro. Estabas empezando a engañarme, haciéndome creer que eres un hombre amable y justo, cuando solo eres un bárbaro.

—No estoy de humor para tus faltas de respeto —gruñó Rowan.

—Por fortuna para ti, no tendrás que soportarlas por mucho más tiempo. —Bridgett alzó la barbilla y, en un gesto airado, le dio la espalda—. Vamos, Fiona, necesitamos lavarnos. —Sin esperar respuesta, tomó a Fiona del brazo y tiró de ella.

Rowan se pasó una mano con cansancio por el rostro mientras las veía alejarse. Sabía que había metido la pata con las dos, pero su único propósito había sido protegerlas. Kieran Murdock no era un buen hombre.

Y en esos momentos, la diplomacia no valía para nada. Ni palabras suaves ni promesas vacías servirían para protegerlas de aquel peligro. No pudo evitar recordar las últimas palabras que Bridgett había pronunciado. Un rugido de frustración brotó de su garganta, y por primera vez, deseó con todas sus fuerzas que Bridgett supiera cuánto la necesitaba y cuánto estaba dispuesto a hacer para mantenerla a salvo.

Capítulo 16

—Lo siento mucho, tu hermano se ha comportado como un necio —le dijo Bridgett a Fiona mientras se dirigían al río.

—No te disculpes en su nombre. Y tampoco lo juzgo a él.

—Deberías hacerlo.

Fiona se detuvo, a la vez que lanzaba un fuerte suspiro.

—Mi deber es casarme con el laird Fenwick. Y no debo acercarme a hombres que no conozco, ya que pueden confundir mis intenciones.

—No estabas haciendo nada malo, Fiona. Además, Kieran Murdock parece un hombre amable.

—Lo es —dijo Fiona, esbozando una sonrisa soñadora—. A pesar del rechazo de mi hermano, sé que es un buen hombre, Bridgett. Puedo sentirlo. —Se llevó una mano al corazón—. Y es tan apuesto...

Bridgett, en otro tiempo, habría puesto los ojos en blanco ante semejante comentario. Así solía reaccionar cuando Amelia, su hermana, hablaba de amores y promesas. Sin embargo, esta vez no lo hizo. Porque tal vez aquella falta de comprensión por su parte había sido lo que empujó a Amelia a huir sin confiarle lo que realmente le ocurría.

Ahora lo entendía. Debería haber sido más compasiva, más paciente. No todas las mujeres amaban con prudencia; algunas sencillamente seguían el impulso del corazón. Y otras, como ella, se negaban a amar.

Pero Bridgett estaba empezando a descubrir que tal vez en el amor no se podía elegir, que quizá no podías evitar sentirlo.

—No tienes por qué casarte con el laird Fenwick.

Fiona frunció levemente el ceño, con la tristeza marcada en sus ojos, y negó con la cabeza, resignada.

—Ya has visto a Rowan. Se ha enojado mucho. Necesitamos esa alianza, y yo no puedo estropearla.

—El clan puede subsistir sin una alianza donde tú tengas que sacrificar tu vida.

—Mi madre me enseñó que es el deber de una mujer cumplir con su destino, sea o no de su agrado. Mi padre y ella dieron su palabra al laird Fenwick. No quiero decepcionarlos.

Bridgett chasqueó la lengua. Había oído esas mismas palabras de otras jóvenes. Apenas recordaba a su madre, pero estaba segura de que jamás le habría dicho algo semejante; o al menos, eso quería creer.

—Las palabras pueden romperse cuando es por una buena razón. Tus padres, dondequiera que estén, lo entenderán.

—Sven se enfada mucho conmigo. Para él, los deseos de nuestros padres eran sagrados y, además, no importa. Ya has visto a Rowan, él nunca permitirá que rompa ese compromiso.

Bridgett quiso prometerle a Fiona que hablaría con él e intentaría convencerlo. Pero sabía que no lograría nada. Rowan podía ser paciente, incluso encantador, pero también un necio malhumorado. Uno que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por el clan. Y uno al que no parecía importarle demasiado su hermana.

Tampoco le importaba ella.

Se lo acababa de demostrar con la manera en que la había hablado. Aquello era algo que a Bridgett no debería importarle; al fin y al cabo, se marcharía del clan Fraser antes de desposarse con Rowan y jamás lo volvería a ver. Sin embargo, cada palabra de Rowan se había sentido como una daga clavándose en su vientre.

Fiona comenzó a caminar de nuevo y Bridgett la siguió, negándose a permitir que Rowan ocupase un instante más sus pensamientos. Fiona la llevó hasta el río, donde a Bridgett le sorprendió encontrarse con una auténtica multitud de mujeres.

Algunas de ellas habían estado en el campo de entrenamiento, pero muchas eran rostros nuevos. No obstante, la mayor parte la recibieron con entusiasmo, y Bridgett se encontró sintiéndose una más.

—El laird te ama —le susurró Elspeth unos instantes más tarde, cuando ambas se encontraban en la orilla.

Bridgett, que acababa de lavarse el rostro, se giró hacia ella.

—Qué necedad estás diciendo —espetó con la brusquedad que a veces la caracterizaba—. Rowan no siente nada por mí —se quedó en silencio, pero pronto tuvo necesidad de añadir—: Y yo tampoco por él.

—Vuestro compromiso es de conveniencia, pero he visto cómo te mira. —Shorna, que se encontraba a unos pocos pasos de ellas y que había escuchado la conversación, entrelazaba los dedos con nerviosismo, temerosa de que su opinión no fuera bien recibida—. Y él se enfrentó a sus hombres por ti.

—No lo hizo por mí —replicó Bridgett, aunque en el fondo, a pesar de sus palabras, quería creer que Rowan lo había hecho por ella—. Él quiere que me gane a las mujeres del clan y ha visto que lo he logrado a mi manera.

—Pues nuestras madres no están muy contentas contigo. —Elspeth bajó un poco la voz y señaló con la cabeza a un grupo de mujeres mayores que se encontraban al otro lado de la orilla y que les lanzaban miradas furibundas.

Bridgett lo había percibido, pues ninguna de las mujeres se había acercado siquiera a saludarla.

—A mi madre le ha parecido bien, para disgusto de mi padre —dijo Caristiona, que se encontraba al lado de Shorna—. Incluso les ha dicho a mis hermanas que mañana vayan a entrenar también.

—¿Vamos a entrenar mañana? —preguntó Elspeth, entusiasmada.

—Todos los días. —Bridgett esbozó una sonrisa—. Aunque mañana tenemos que hacer unos arreglos en el campo de entrenamiento. Hay demasiados huecos y podemos hacernos daño. Tenemos que rellenarlos con tierra.

—Todas ayudaremos —le prometió Fiona, hablando por primera vez desde que habían llegado.

Pese a que se había mostrado firme con la decisión de casarse con su prometido, Bridgett podía ver la tristeza reflejada en el rostro de la joven.

—Para ser inglesa, hablas muy bien el gaélico escocés —dijo Caristiona, sacando a Bridgett de sus pensamientos y logrando que las demás jóvenes la mirasen con curiosidad.

—Mi madre era hija del laird MacDuff. Ella lo dejó todo para casarse con mi padre, en contra de los deseos de los suyos.

—Se enamoró y se casó con un barón inglés —dijo Shorna con un suspiro—. Es una historia muy hermosa.

—Fueron muy felices —respondió Bridgett—. Pero mi madre nunca volvió a ver a su familia. Lo dejó todo por amor. Aunque falleció muy joven, cuando yo era apenas una niña.

—Aun así, los años que vivió con tu padre debieron de ser dichosos. Yo me conformaría con eso —dijo Fiona con una sonrisa soñadora.

Bridgett ya se había dado cuenta de que Fiona era tan romántica como Amelia, su otra hermana. Y, por un instante, el temor la invadió: no podía permitir que cometiera una locura como la que llevó a Amelia a fugarse. Mucho menos dejar que la casaran con aquel anciano que tenía por prometido.

—Una prima mía se casó con un guerrero del clan MacDuff —añadió Cairistiona—. Apenas la conozco, vivía en las Lowlands y solo la vi un par de veces. Pero mi madre me ha prometido que algún día iremos a visitarla.

—¿Está muy lejos de aquí? —inquirió Bridgett.

—A una noche a caballo, menos si se cabalga con prisa. Aunque yo necesitaría tres. No me gusta montar.

—¿Podrías marcarme en un mapa cómo llegar?

Cairistiona negó con la cabeza.

—Yo puedo conseguirte un mapa con la ubicación de los clanes —le ofreció Espelth—. Mi padre está enseñando a mi hermano menor a reconocerlos. Solo tiene ocho años y no entiende gran cosa, pero mi padre insiste en que lo aprenda.

—Eso sería de gran ayuda —le agradeció Bridgett—. Solo necesito echarle un vistazo. Soy buena leyendo mapas y memorizándolos.

—Entonces podrías enseñarnos también a nosotras —dijo Cairistiona, entusiasmada.

Bridgett sonrió con ternura. Le encantaba la avidez con la que aquellas jóvenes deseaban aprender.

—Primero aprenderéis a defenderos. Y luego, veremos qué más puedo enseñaros.

Capítulo 17

Durante las dos semanas siguientes, Bridgett se dedicó a entrenar a las jóvenes y, con su ayuda, a mejorar el campo de entrenamiento.

No habían gastado ni una sola moneda del clan. Todo lo que necesitaban lo obtenían con ingenio y trabajo: reparaban las empalizadas con ramas caídas del bosque, reforzaban los postes con cuerda trenzada a mano, y usaban sacos rellenos de paja como blancos de práctica. Poco a poco, el improvisado campo dejó de parecer un lugar abandonado y se transformó en un espacio digno de respeto. Cada piedra colocada, cada estaca firmemente clavada, era fruto del esfuerzo y de la unión entre ellas.

Incluso algunas de las mujeres más mayores les habían ofrecido telas viejas para vendajes y cueros gastados para proteger sus manos. Seguían sin estar del todo de acuerdo, pero les apoyaban. Y para Bridgett eso era más que suficiente.

Durante aquellas semanas apenas había visto a Rowan, así que le sorprendió que, justo aquella mañana, apareciera cuando el entrenamiento llegaba a su fin.

—¿Puedo ayudarte en algo, laird? —preguntó Bridgett, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

No pudo evitar que la irritación se filtrara en su voz. Habían estado a punto de besarse, y después de aquello él se había comportado como un completo necio. Pero lo que más la enfurecía era que la hubiese estado evitando. No tenía la menor duda: en las pocas ocasiones en que se habían cruzado, Rowan había encontrado siempre una excusa para marcharse con premura justo después de saludarla.

—Habéis hecho un buen trabajo aquí —dijo en alto para que todas pudiesen escucharle.

—Gracias, laird —respondieron varias jóvenes a la vez.

—¿Has venido solo para constatar lo que salta a la vista? —preguntó Bridgett con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—¿He hecho algo para ofenderte? —indagó Rowan, fijando toda su atención en ella.

—No, laird —contestó Bridgett con fingida dulzura—. Vos nunca ofendéis a nadie. Sois la perfección hecha hombre.

Rowan puso los ojos en blanco, aunque una sonrisa amenazaba con asomarse en sus labios. Aquella mujer parecía incapaz de bajar la guardia, siempre dispuesta a desafiarlo.

—Llevas unos pantalones distintos —observó.

—Son del hermano de Shorna. A él ya no le sirven, y Shorna ha tenido la amabilidad de prestármelos.

Rowan la miró de arriba abajo con un brillo divertido en los ojos. No cabía duda de que debían de ser de su hermano menor. Bridgett era menuda y, aun así, las perneras parecían quedarle grandes.

—No has conseguido que ninguna de las muchachas siga tu ejemplo, ¿verdad? —preguntó con tono burlón.

—Ellas se sienten más cómodas entrenando con vestidos y faldas.

—Quizá deberías probarlo.

—O quizá tú deberías dejar de importunarme.

Rowan hizo una pequeña reverencia.

—Nada más lejos de mi intención.

—Entonces, si me disculpas…

Ella fue a girarse, pero él le sujetó el brazo.

—No te disculpo —le dijo con una sonrisa.

En un rápido movimiento, Bridgett se giró, tomó el brazo de Rowan y, aprovechando el impulso, lo hizo caer de espaldas sobre la hierba. El laird apenas tuvo tiempo de comprender lo que había sucedido cuando Bridgett ya estaba de pie, mirándolo con una sonrisa triunfante.

Luego se volvió hacia las jóvenes, que los observaban con los ojos como platos.

—Y eso, muchachas —dijo, alzando la voz—, es lo que debéis hacer cuando un hombre os sujeta y queréis libraros. Giráis el cuerpo hacia el lado contrario, atrapáis su muñeca con firmeza, y

aprovecháis su propio peso para derribarlo. No hace falta fuerza, solo decisión.

—¿Acabas de atacar al laird? —preguntó una de las jóvenes, sorprendida.

—Se ha ofrecido para la demostración, ¿verdad, laird? —dijo Bridgett con una sonrisa inocente, mirando a Rowan.

Ninguna de las jóvenes se lo creyó ni por un momento. Estaban comenzando a conocer lo suficiente a Bridgett como para saber que no era así. Algunas estaban a punto de soltar una carcajada, pero otras temían por ella.

Rowan se levantó despacio, sacudiéndose la tierra del manto y del cabello.

—Por supuesto. Si no me hubiese dejado, no hubieras logrado derribarme.

El orgullo en el rostro de Bridgett se tornó en ira pura.

—Te he derribado porque… —Ella iba a decir que porque le había pillado de imprevisto y él le retó a hacerlo—. Tal vez eres más fuerte que yo, laird, pero no más habilidoso.

Unas risas ahogadas recorrieron el grupo de jóvenes que los observaba. A Rowan no solían agradarle los espectáculos, pero aun así arqueó una ceja, divertido.

—No sabes lo hábil o torpe que puedo ser.

—Dame una espada y lo averiguamos —replicó ella, alzando el mentón con desafío.

—Me sorprende que aún no hayas intentado convencer a uno de los herreros del clan para que te forje una.

—He estado ocupada, y sé que no lograría que me forjen una sin tu consentimiento.

—No estoy tan seguro de ello —dijo Rowan, y su expresión jocosa se ensombreció; bajó la voz para que solo Bridgett pudiera escucharlo—. Algunos de mis hombres estarían encantados de verte empuñar una espada, siempre que el filo terminara por accidente en mi pecho.

—Si te la clavara, ten por seguro que no sería un accidente.

Rowan esbozó una pequeña sonrisa, que era lo que Bridgett buscaba con sus palabras. Porque puede que Rowan fuera un

arrogante, terriblemente exasperante y un testarudo, pero en aquellas semanas que llevaba en el clan Fraser había podido comprobar que también era un buen laird: justo y entregado a su gente.

—Ya que has terminado de entrenar, ¿damos un paseo?

—Nosotras nos encargamos de recogerlo todo —respondió Fiona, en lugar de Bridgett—. Ve tranquila.

Bridgett se volvió hacia Fiona y el resto de jóvenes. Todas la observaban con ojos expectantes, algunas conteniendo sonrisas. Aquel día las niñas más pequeñas no habían ido al entrenamiento, así que el grupo estaba formado solo por muchachas que ya sabían demasiado y que, sin duda, disfrutarían comentando aquel paseo durante semanas.

—Las guerreras no son unas chismosas —les recriminó con el ceño fruncido.

—Es una suerte que no seamos guerreras. —Le guiñó un ojo Fiona.

Bridgett puso los ojos en blanco, pero finalmente aceptó la invitación de Rowan. Por mucho que jamás lo reconociera en voz alta, deseaba pasar tiempo con él.

Se alejaron del campo de entrenamiento, caminando por los senderos que serpenteaban entre los muros de la fortaleza. Rowan la condujo sin decir palabra, pasando junto al establo y las huertas donde algunos campesinos trabajaban bajo el sol de la tarde. El murmullo de la vida cotidiana del clan los rodeaba: el golpeteo de los martillos en la herrería, las voces de las mujeres tendiendo la colada, y el relincho de un caballo inquieto.

—¿Este paseo tiene algún propósito o vamos a recorrer la fortaleza en completo silencio? —preguntó Bridgett con evidente impaciencia.

Rowan esbozó una media sonrisa.

—Eres incapaz de estar callada. Ni siquiera para disfrutar de un momento de calma, ¿verdad? —respondió con tono burlón—. Pensé que te vendría bien un respiro después de tanto dar órdenes.

Bridgett arrugó el ceño.

—Si quisiera darme un respiro, podría haberlo hecho sin ti.

—Ah, pero entonces te habrías aburrido. Admítelo, brujilla, me buscas más de lo que quieres reconocer.

Bridgett se detuvo de golpe.

—Yo no te busco. Has sido tú quien ha venido a buscarme.

—Ayer, cuando fui a hablar con la cocinera, me seguiste.

—No te seguí. Tenía hambre y fui a la cocina en busca de un mendrugo de pan.

Pero la verdad era otra. Porque Bridgett sí que había seguido a Rowan. Lo había hecho porque quería asegurarse de que sus sospechas eran ciertas: que él la estaba evitando.

—Y, curiosamente, te marchaste sin probar bocado —añadió Rowan con un gesto cargado de picardía.

—Eso no lo sabes, porque te fuiste en cuanto llegué —replicó Bridgett, con el mentón alzado y los labios apretados—. Evitándome como has hecho las últimas dos semanas —apostilló sin poder evitar sus palabras cargadas de reproche.

—Tienes razón —admitió Rowan sin rodeos—. Te estaba evitando.

—¿Lo reconoces? —preguntó Bridgett, con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerlo.

—Ayer, sí. Pero no durante las dos semanas anteriores. He estado ocupado.

—¿Y por qué me evitabas ayer, entonces?

Antes de que Rowan pudiera responder, el canto de un mirlo llamó la atención de Bridgett. Miró a su alrededor y reparó en dónde estaban: un rincón apartado del patio interior, donde los muros cubiertos de hiedra ofrecían sombra y el murmullo del arroyo cercano hacía que todo pareciera más distante, más íntimo.

Ella se dio cuenta de que Rowan la había llevado hasta allí para estar a solas, lejos de miradas indiscretas. Y eso, en vez de molestarla, despertó en su interior una sensación agradable y dulce, como si miel líquida invadiera su estómago.

¿Él intentaría besarla de nuevo?

—Ayer por la mañana regresó el hombre que envié en busca de tu padre.

Bridgett salió de la ensoñación en la que se encontraba inmersa.

—¿Mi padre está de camino? —preguntó con voz apenas audible.

Pese a que ansiaba su llegada para poner fin a aquella farsa y marcharse de una vez de esas tierras, una parte de ella no pudo evitar sentirse apenada, como si el simple pensamiento de partir le dejara un hueco extraño en el pecho.

—Los hombres que viajaron con tu padre desde nuestro clan se encontraban en el castillo. Tu hermano recibió a mi soldado y le dijo que tu padre no había llegado con ello**s.**

—¿Él está bien? —Bridgett se llevó una mano al corazón.

—Lo está. Se quedó visitando al barón de Rocket. —Bridgett conocía a ese barón. Su padre y él eran buenos amigos—. Mi soldado fue al castillo del barón de Rocket. Y el mismo barón lo atendió y le contó que tu padre había partido hacia la corte, pues tenía unos asuntos que tratar con el rey. Mi hombre decidió regresar, ya que sabía que no sería bienvenido en la corte.

—Mi padre está evitándonos. —La preocupación de Bridgett se convirtió en furia y bajó la mano para cerrarla en un puño—. No me extrañaría que esté en su castillo y mi hermano Edward os haya mentido. Hace todo lo que mi padre le ordena —masculló con los labios apretados—. Partiré esta misma tarde —decidió—. Si se encuentra en el castillo, lo encontrare, no puede esconderse de mi. Y si de verdad está en la corte, también lo buscaré allí. Como si tengo que buscar debajo de la cama del mismísimo rey Juan.

—Si una mujer es capaz de entrar en la corte del rey Juan y ponerla de cabeza, pero usando su espada en vez de sus encantos, sin duda alguna, esa eres tú.

—No tengo miedo ni al mismísimo rey, si es lo que insinúas.

—No estoy insinuando nada, estoy afirmándolo. —Rowan entrecerró los ojos mientras negaba con la cabeza—. Si alguien es capaz de poner su vida en riesgo de esa manera, eres tú.

—¿Y qué debo hacer? —replicó Bridgett—. ¿Permitir que mi padre se esconda como un cobarde que no se atreve a enfrentarse a mí?

—Estoy convencido de que tu padre solo está intentando ganar tiempo, esperando a que nos casemos antes de volver a verte.

—Pues se llevará una gran decepción. Y en cuanto lo encuentre, se lo haré saber personalmente.

Rowan dejó escapar un largo suspiro, cruzándose de brazos mientras la observaba.

—Has hecho buenas amigas en el clan, Bridgett. Dime, ¿por qué tienes tanta prisa por marcharte?

Ella bajó la mirada un instante antes de responder.

—No deseo marcharme, pero no puedo quedarme.

—No quieres casarte conmigo, eso quieres decir —evidenció Rowan, sin apartar la mirada. Su voz, cargada de ironía, dejaba entrever algo más hondo, una herida que apenas lograba disimular.

—No, no quiero.

—¿Tan malo sería desposarte conmigo? ¿En tan baja estima me tienes?

Bridgett suspiró.

—No deseo casarme. Ni contigo ni con nadie.

—Aun si tu padre decidiera romper nuestro compromiso y yo aceptara tal decisión con buen semblante —dijo Rowan, con un tono más grave—, cuando falte, tu hermano te entregará en matrimonio al hombre que más le convenga. Y entonces ya no tendrás elección. Aquí, al menos, has congeniado con las mujeres, y yo siempre te trataré con respeto.

Bridgett frunció el ceño.

—¿Lo aceptarías con buen semblante?

—Por los clavos de Cristo, muchacha —bufó Rowan—. ¿Eso es todo lo que te preocupa de lo que te he dicho?

—Una batalla a la vez, laird. Primero salir de este compromiso, y después ya lidiaré con mi hermano.

Rowan la observó, debatiéndose entre la risa y el impulso de golpearse la cabeza contra el árbol más próximo. Sin duda alguna, Bridgett lograría que terminara perdiendo la razón.

—No, no lo aceptaré de buen grado —reconoció finalmente—. Vamos a casarnos, Bridgett —declaró con decisión.

—Prometiste esperar a que mi padre venga al clan y me dé sus explicaciones.

—Tu padre se está escondiendo de mí. Bastantes problemas tengo como para enviar hombres en su búsqueda mientras él los esquiva.

—Y por eso iré yo. —Bridgett se giró para marcharse, pero Rowan la agarró del brazo, impidiéndoselo y acercándola a él.

—No vas a ir a ningún lado. No permitiré que corras ningún riesgo.

—Sé defenderme —replicó ella.

Sus bocas estaban peligrosamente cerca. Rowan pensó que Bridgett era tan tentadora como obstinada, una combinación que lo desarmaba y enfurecía por igual.

No la dejaría marchar, ni aunque su padre disolviera el compromiso y, como ofrenda de paz, le ofreciese el apoyo de sus tropas. Ella se convertiría en su esposa. La necesitaba, pero también la deseaba, con más fuerza de la que había deseado antes a ninguna mujer.

—Vas a quedarte dentro de los muros de la fortaleza —dijo él, rodeándole la cintura con un brazo en un gesto que mezclaba autoridad y deseo contenido.

Bridgett tragó saliva. La cercanía de Rowan la desarmaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No puedes retenerme para siempre —respondió ella, intentando mantener la compostura.

Rowan acercó sus labios a los de Bridgett, tan despacio que ella tuvo tiempo de cerrar los ojos. Pero justo cuando el roce se volvió real, Bridgett lo empujó con ambas manos, apartándolo de golpe.

—¡Por todos los santos, ¿qué crees que estás haciendo?! —exclamó, la respiración agitada, sin saber si estaba más enfadada con él o consigo misma.

—Intentar besarte. Tú también lo deseabas, brujilla, lo he visto en tus ojos.

—Me estás confundiendo —musitó ella sin negarlo—. Quieres quitarme mi virtud para obligarme a casarme contigo y así quedarte con mi dote. Estar emparentado con un barón acaudalado e importante te beneficia.

—No necesito quitarte tu virtud para que te veas obligada a desposarte conmigo. Tu padre ya se ha encargado de eso, muchacha. Incluso puede que esté en la corte, comunicándole a su rey nuestro enlace.

Bridgett abrió los ojos como platos.

No, su padre no haría tal cosa. Si Juan era informado del casamiento, ella ya no sería considerada inglesa. Y no podría regresar a Inglaterra más que como esposa del laird Fraser. Pero su padre debía ser consciente de que estaba mintiendo al rey, de que ella no estaba casada; si no, no estaría escondiéndose. Y estaría mintiendo al rey, y su padre no… Interrumpió sus propios pensamientos, porque ya había mentido al rey Juan con lo de Amelia. ¿Por qué no le mentiría con esto también?

Bien, si su padre no tenía honor, no lo tendría ella.

—No podemos casarnos, mi hermana Lady Amelia... —comenzó. Rowan la miraba, pero Bridgett no pudo seguir hablando.

Rowan estaba comprometido con Amelia; el compromiso no estaba roto porque ella estaba viva. Y un hombre no podía estar comprometido con dos mujeres. Bridgett quería decirle la verdad, quería hacerlo, pero no pudo.

Para salvarse a ella no podía sacrificar a Amelia. Si su hermana recobraba el sentido común, Bridgett no podía permitir que su reputación quedase manchada de esa manera. Hasta el rey podía ordenar la ejecución de Amelia, más aún cuando había sido engañado.

—Siento lo de tu hermana. Y si necesitas tiempo para seguir llorándola, lo comprendo. Podemos esperar unas semanas para casarnos.

Bridgett miró a Rowan.

Él había malinterpretado sus palabras y estaba siendo demasiado comprensivo.

—Yo…

—Dentro de tres días habrá un baile en la fortaleza —le informó Rowan. Bridgett ya lo sabía; las jóvenes no hablaban de otra cosa—. En principio se celebra la llegada de la primavera, pero este año también servirá para honrar nuestro compromiso. Disfrutemos de

esa noche y, después, fijaremos la fecha de nuestra boda. Todos comprenderán que aún guardes luto por tu hermana.

Bridgett resopló.

—No me gustan los bailes.

Rowan exhaló un suspiro que más pareció un bufido.

—¿Crees que a mí me place asistir a ese baile?

—Te tenía por alguien que disfruta de las festividades.

—Y lo hago. —Rowan esbozó una sonrisa amarga—. Pero no en un clan donde pocos desean mi presencia. Más debo hacerlo, porque es mi deber. —Hizo una pausa—. Y también es el tuyo.

Bridgett lo observó durante unos largos instantes en silencio. Por mucho que lo detestara, debía reconocer que Rowan estaba en lo cierto. Puede que ella no lo hubiera aceptado, pero en esos momentos estaba comprometida con Rowan y su obligación como la futura señora del clan, que no iba a ser, era asistir a aquel baile.

—Está bien —dijo finalmente con una exhalación.

—Y te pondrás un vestido.

Bridgett cruzó los brazos.

—No haré tal cosa.

Rowan dejó escapar una carcajada suave, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Hagamos una apuesta entonces.

—No voy a hacer ninguna apuesta.

—La primera vez que nos conocimos, gané yo. Pensé que querrías una revancha.

—Un duelo. —Bridgett alzó la barbilla y descruzó los brazos, observando a Rowan con entusiasmo. Por fin proponía algo interesante—. Te reto a un duelo.

—No más duelos. Te propongo una apuesta diferente.

—¿Un lanzamiento de hachas? ¿Una prueba de puntería con arcos?

Rowan esbozó una sonrisa mientras ladeaba la cabeza.

—Algo un poco diferente. Te desafío a preparar un manjar.

—¿Cocinar? —Bridgett no pudo evitar mostrar su decepción.

—Sí. Te desafío a preparar un *pottage* de ave y avena. Quien prepare el mejor *pottage*, ganará.

—No sé…

—¿Acaso no te atreves? —la provocó Rowan—. No me digas que tienes miedo a que te gane de nuevo.

—¡Por supuesto que no! —bramó Bridgett con airada indignación, adelantando un paso hacia él, aunque en verdad no tenía la más mínima idea de guisar. En el castillo de su padre, su tiempo se había consumido en otros menesteres. Pero jamás se negaba a un desafío, y mucho menos iba a consentir que Rowan intentase afrentarla.

—Entonces, el que mejor *pottage* prepare, ganará.

—¿Y quién habrá de juzgar tal cosa? —Bridgett arrugó la nariz —. ¿Tú?

—Puedes escoger a los jueces o juezas. Algunas de las jóvenes que entrenas, las que más sean de tu confianza.

—¿Tan seguro estás de ti mismo? —le preguntó ella.

Rowan le guiñó un ojo con soberbia.

—No quiero que esta vez me acuses de hacer trampas cuando te gane.

—No vas a ganar. Soy capaz de hacer bien todo lo que me proponga —declaró Bridgett con orgullo—. Pero no será una receta escocesa. Será una inglesa.

Rowan frunció el ceño.

—¿Y qué plato propones?

—Guiso de pollo en salsa de almendras.

Bridgett nunca había preparado aquel manjar por sí misma, pero recordaba haberlo visto cocinar a la cocinera del castillo de su padre cuando era niña. Era el plato favorito de su progenitor, y Amelia había querido aprender a elaborarlo. Bridgett había asistido una o dos veces para observar mientras su hermana practicaba.

Algo de lo que se había aburrido enseguida.

Rowan se mordió el labio inferior con frustración, lo que hizo reír a Bridgett. Dudaba que él supiese mucho de cocina. Tal vez había aprendido a preparar el *pottage*, pero dudaba que supiese cocinar ningún plato más.

Si había creído que podía engañarla porque se iba a dejar llevar por su orgullo, era un necio. Cocinarían, sí, pero la receta sería la

que ella escogiese.

—Acepto —dijo Rowan al cabo de unos instantes.

—¿Cuándo comenzará el reto?

—Esta noche, después de la cena, cuando la cocinera y los sirvientes hayan terminado sus tareas.

—Muy bien. —Bridgett sonrió, complacida—. Iré en busca de las juezas.

Se dio la vuelta para irse cuando Rowan la detuvo con sus palabras.

—Espera, no hemos terminado.

Bridgett se giró de nuevo sin poder evitar demostrar su impaciencia.

—¿Qué quieres?

—Si pierdes, no solo acudirás al baile y te pondrás un vestido —le dijo Rowan con una expresión divertida que a Bridgett no le agradó—. Bailarás un baile conmigo.

—¿Y si yo gano?

—¿Qué quieres?

Bridgett esbozó una sonrisa traviesa cuando una idea atravesó su cabeza.

—Si yo gano, no me pondré el vestido. —Rowan fue a hablar, pero ella lo interrumpió—. Te lo pondrás tú.

—¡¿Qué?! ¿Quieres que vaya al baile en vestido? —Rowan se mostró confundido—. No puedo hacer eso, muchacha.

Bridgett arqueó una ceja con un brillo desafiante en los ojos.

—¿Quién es el cobarde ahora?

—No se trata de cobardía. Mis hombres se reirán de mí.

—Pues no entiendo la razón. A todos parece gustaros mucho los vestidos.

—Cuando los lleva una mujer.

Bridgett esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Yo no veo la diferencia.

—Ya veo, brujilla. Buscas humillarme.

—No, laird. Es un trato justo: el que pierda se pone un vestido en el baile.

Rowan la miró durante unos instantes con una expresión que Bridgett no supo interpretar. Por un segundo, Bridgett estuvo segura de que él se negaría. Al fin y al cabo, ella bien conocía lo orgullosos que eran los hombres, y ninguno en su sano juicio se arriesgaría a llevar un vestido.

Sin embargo, Rowan dio un paso al frente y, con una mirada decidida, dijo:

—Está bien, acepto.

—Entonces tenemos un trato —respondió Bridgett, tratando de no mostrar su sorpresa. Tal vez Rowan no era como el resto de hombres.

—Las apuestas se sellan con un apretón de manos —le dijo él antes de que ella pudiese marcharse.

Rowan estiró la mano y ella se la estrechó; y, al igual que aquella primera vez, cuando Rowan entrelazó sus dedos con los de ella, sintió un hormigueo recorriéndole la piel, unas sensaciones que ya habían estado allí hace cuatro años, pero, que ahora, se sentían más intensas, más cercanas.

Soltó la mano de él como si ardiera, y en el rostro de Rowan se dibujó una sonrisa de suficiencia.

¿Por qué su cuerpo reaccionaba al contacto de él?

«Porque te sientes atraída hacia él».

Bridgett sacudió la cabeza, intentando expulsar ese sentimiento. Ella no se sentía atraída hacia Rowan.

Aquello era una necedad, ¿verdad?

Capítulo 18

Tal vez Bridgett había menospreciado la dificultad de cocinar. Pese a que siempre se le había dado bien utilizar un cuchillo, parecía que no tanto cuando se trataba de pelar verduras. La zanahoria había resultado ser peor rival que la más escurridiza de las liebres.

Trozos desiguales de zanahoria, cebolla y puerro volaban por toda la mesa de la cocina. Ni siquiera estaba segura de que estuviese usando los ingredientes adecuados. Pero había escuchado a la cocinera del castillo de su padre más de una vez que lo importante en la cocina no era seguir al pie de la letra la receta, sino poner el corazón en cada guiso.

Y Bridgett lo estaba poniendo; o, por lo menos, todo su interés.

—¿Tan importante es para ti no ponerte un vestido? —le preguntó Fiona, que se encontraba a su lado.

—No es por eso. Es cuestión de orgullo; por eso no se debe dejar ganar a un hombre —respondió Espelth por ella.

Y Bridgett agradeció que lo hiciese, ya que estaba demasiado ocupada removiendo la pasta de almendras que había triturado con el mortero. Les había vertido agua hirviendo encima, tal y como Fiona le había indicado, para extraer la leche. Su idea inicial había sido mucho más simple —tirar las almendras enteras junto con el pollo y dejar que todo se cociera junto—, pero había accedido a seguir las instrucciones de su amiga.

Sobre todo, porque Rowan había cocinado el plato antes que ella y ellas habían estado presentes. El laird se había marchado dejándola a ella todavía cocinando.

El problema era que el calor del fuego estaba siendo más caprichoso de lo esperado. Un aroma a almendra tostada comenzó a llenar el aire, y no de la manera que se suponía debía hacerlo.

—Por todos los santos... —farfulló Bridgett, apartando el cuenco de las brasas con un salto—. Por culpa de Rowan, casi se me queman.

—¿Qué culpa tiene de eso Rowan? —preguntó Shorna.

—Las brasas están demasiado vivas —respondió Bridgett, echando aire con un trozo de madera para intentar calmar el fuego —. Él las ha dejado así para boicotearme.

Las tres amigas se miraron. Las brasas estaban como debían, pero todas tuvieron el buen tino de mantenerse en silencio.

—No te lo tomes tan en serio. Solo es un baile y un vestido —le aconsejó Fiona con una sonrisa compasiva.

—Si gano, que pienso ganar, será él quien se ponga un vestido durante el baile —dijo Bridgett, ganándose la atención de las tres jóvenes.

Fiona y Espelth soltaron una carcajada. Shorna la miró, incrédula.

—Es el laird, no puede ir al baile con vestido.

—A mí me parece una apuesta muy divertida —replicó Espelth —. Tienes que ganar, y para eso deberías…

—No —la interrumpió Fiona, tomando su mano—. No podemos ayudarla. Son las normas.

—Tú le has dicho a Bridgett cómo preparar las almendras —se quejó Espelth.

—Ha sido un consejo. Dar consejos está permitido. Pero tú ibas a hacer más que darle un consejo.

A su pesar, Espelth asintió.

—No he probado el plato que ha hecho el laird, pero tiene buen olor y él parecía muy habilidoso...

Bridgett miró a Espelth.

—No me va a ganar. Sé preparar pudin de pollo con almendras. Y el olor no lo es todo.

En realidad, también había notado el aroma del guiso de Rowan. Era intenso, especiado, y aún impregnaba toda la cocina. Había dejado su caldero de hierro sobre la mesa de trabajo, cubierto con un paño de lino para mantener el calor.

Sin embargo, lo que nadie sabía era que Bridgett tenía una baza guardada: un ingrediente que no se usaba con este guiso, pero que le daba ese toque que lo hacía sabrosamente irresistible. La cocinera del castillo de su padre se lo había revelado solo a Amelia en un

susurro, como si compartiera un secreto digno de guardarse bajo llave. Pero Bridgett lo había escuchado.

Porque tenía un oído tan agudo como el de un explorador en el campo de batalla, algo que siempre le había resultado útil para detectar traidores. Y, para su sorpresa, también le servía ahora en una batalla muy distinta: la de las cazuelas y las brasas.

Todos los ingredientes estaban cociéndose en la olla, así que cogió una jarra con hidromiel que ella misma había dejado encima de un barril.

Ese era el paso más importante. El que marcaría la diferencia, el que la haría vencedora.

Bridgett asintió para darse ánimos, intentando aparentar una confianza que no sentía del todo, y vertió un pequeño chorrito en el caldero. Se inclinó para olfatear el guiso y frunció el ceño. No terminaba de convencerla.

—Tal vez un poco más —murmuró para sí.

Añadió otro chorrito.

—¿Estás emborrachando el guiso? —preguntó Espelth, asomándose a la cazuela y alzando una ceja.

—Le estoy dando un toque especial —respondió Bridgett, removiendo con la cuchara de madera para que todos los sabores se mezclaran.

—Huele extraño —opinó Shorna, arrugando la nariz.

Shorna tenía razón. Faltaba algo. Y no tardó en darse cuenta de qué era: la cantidad de hidromiel había sido demasiado escasa. Así que, con la determinación de una guerrera en el campo de batalla, vertió de golpe todo el contenido que quedaba en la jarra.

El líquido dorado burbujeó al tocar el fondo del caldero y, en cuanto una gota alcanzó las brasas, una llamarada rugió como un dragón ofendido. El fogonazo iluminó la cocina entera, y un chasquido seco hizo que Fiona diera un brinco y soltara un grito ahogado.

—¡Nos quemamos!

—No seas exagerada —dijo Bridgett con fingida calma—. Tan solo es una llamita.

Cogió una jarra de agua y la vertió con decisión sobre el fuego.

El resultado fue inmediato: el agua silbó al tocar las brasas y un estallido de vapor llenó el aire, lanzando gotas hirvientes y burbujas del guiso por toda la cocina. Bridgett retrocedió empapada, mientras una nube blanca la envolvía de pies a cabeza.

—¡Por todos los santos, parece una maldita tormenta! —gritó Shorna.

—¡Se está saliendo de control! —exclamó Espelth, tosiendo.

—¡Ayuda! —pidió Fiona, escondiéndose detrás de un saco de harina justo cuando otra burbuja explotó cerca del caldero.

—¡No estáis ayudando! —se quejó Bridgett, agitando la cuchara con indignación—. Siempre tengo que hacerlo todo yo.

Pero antes de que intentara algo tan temerario como inútil —y que, con toda probabilidad, acabaría reduciendo la fortaleza a cenizas—, una mano firme arrojó un trapo húmedo sobre el caldero. El chisporroteo fue inmediato; las llamas se apagaron con un siseo agudo, dejando tras de sí un olor inconfundible a humo y almendra tostada.

Bridgett giró la cabeza para ver a Rowan observar el desastre que ella había causado.

—No necesitaba vuestra ayuda —bufó Bridgett, cruzándose de brazos—. Lo tenía todo bajo control.

—¿Control? —cuestionó Rowan con una ceja arqueada—. Si llego un instante más tarde, habrías reducido la cocina a brasas.

—Eso es una vil exageración —replicó ella con dignidad fingida, mientras una hebra de humo seguía elevándose del caldero detrás de ella.

—Por los clavos de Cristo, si hasta has atemorizado a las juezas —dijo, aunque más que enfadado parecía divertido.

Bridgett giró la cabeza para ver a sus amigas, que aunque aún tenían el susto en el cuerpo, la miraban.

—Sois todos unos exagerados. —Lanzó un resoplido a la vez que hacía un ademán con la mano. Después, volvió a mirar a Rowan —. ¿Y qué haces en la cocina? ¿Estabas espiándome?

—Estaba afuera esperando a que termines para conocer el veredicto.

—Vete, mi guiso tiene que reposar.

—No será necesario —dijo Fiona, y sus otras dos amigas asintieron, secundándola.

—Pero los sabores se tienen que mezclar mejor para que podáis saborearlos mejor.

—No te preocupes —insistió Fiona, cuya prioridad era sacar de la cocina a Bridgett—. Para que sea más justo, no dejaremos que Rowan caliente el suyo. Debe estar frío, ya que lo terminó hace horas.

Bridgett asintió. Y Rowan esbozó una gran sonrisa, acercándose hacia donde su guiso descansaba.

Le quitó la tapa y Fiona metió la cuchara y lo probó.

—Está delicioso, hermano.

Espelth y Shorna también lo probaron.

—¿Tú no quieres probar? —le preguntó Rowan a Bridgett.

—No es necesario. Soy tu contrincante, no la jueza.

—Por eso mismo —insistió Rowan con una media sonrisa—, para que no me acuses de sobornar a las juezas o de cualquier otra cosa que, como buena perdedora, se te ocurra.

Bridgett abrió la boca, lista para protestar indignada por lo de mala perdedora, pero antes de poder pronunciar una palabra, Rowan aprovechó el momento para introducirle en los labios la cuchara con un poco del guiso.

El sabor la tomó por sorpresa; era cálido, cremoso, con un toque de almendra y miel. Un pequeño sonido de satisfacción se escapó de su garganta antes de que lograra contenerlo.

Rowan arqueó una ceja, divertido.

—No lo has cocinado tú —se quejó ella.

—Sí lo ha hecho —dijeron al unísono sus tres amigas.

Bridgett suspiró. ¿Dónde había aprendido ese hombre a cocinar tan bien?

—Ahora, probad el mío.

Las tres jóvenes miraron a Bridgett horrorizadas.

—Bridgett... —comenzó Fiona.

—Debéis probarlo. Tenéis que ser justas.

—Por favor, no me obligues a probarlo —le suplicó Shorna.

—Seguro que está bueno —insistió Bridgett con una sonrisa tensa. Sin esperar una respuesta, cogió una cucharada de la cazuela, sopló con dignidad y se llevó un poco de guiso a la boca.

Tuvo que hacer un esfuerzo heroico para no escupirlo allí mismo. Las almendras sabían a carbón, el pollo a humo, y el dulzor de la hidromiel lo hacía aún peor.

Aun así, logró articular con voz forzada:

—¡Delicioso!

Estiró la cuchara hacia sus amigas, pero ninguna se movió.

Las tres se miraron entre sí, buscando valor. Al cabo de unos pocos instantes, Fiona dio un paso al frente y, evitando fijar su mirada en Bridgett, declaró:

—Hermano, has ganado.

—¡No ha ganado hasta que lo probéis! —protestó Bridgett, indignada.

—Eres muy buena instructora, Bridgett —Fiona la miró con nerviosismo—, y te estamos muy agradecidas por todo lo que nos enseñas, pero, como cocinera... —se mordió el labio inferior, como si no pudiese encontrar las palabras exactas para describir lo que pensaba— eres...

—Un desastre —terminó Elspeth por ella, ganándose una mirada reprochadora de Fiona, a la que respondió con un encogimiento de hombros.

Bridgett frunció el ceño.

—Eso no es verdad. Mentís.

—En el campo de entrenamiento siempre nos dices que hay que saber cuándo se ha perdido —le respondió Elspeth, intentando no reír.

Bridgett la miró con fingida severidad. Aquella era una de las lecciones que su padre le había enseñado y ella les había transmitido.

Pero Bridgett nunca perdía; no se lo había podido permitir, no si quería que la tomasen en serio. Aunque lo cierto era que en el clan Fraser ella no había sentido la misma presión que sentía en el castillo de su padre.

Las tres jóvenes se marcharon y Bridgett soltó un suspiro.

—Yo sí quiero probar —dijo Rowan, sorprendiéndola, ya que ella pensó que se había ido con ellas.

—Está muy malo —reconoció Bridgett al fin, dejando caer la cuchara con resignación.

Rowan arqueó una ceja, sin decir palabra, y tomó su propia cuchara. Removió el guiso con gesto prudente, como si se preparara para una emboscada, y se llevó un poco a la boca.

El silencio duró apenas un instante. Luego tragó, despacio; muy despacio.

—Sí que lo está, sí —dijo con total seriedad, asintiendo.

—¡Podrías haber tenido la decencia de mentir! —le reprochó Bridgett, indignada.

—Podría —Rowan dejó la cuchara dentro de la cazuela—, pero nunca te faltaría al respeto de esa manera, brujilla.

—Podría decirse que afirmar que mi guiso está muy malo es una falta de respeto.

—A otra mujer, sin duda. Pero tú eres una guerrera. Prefieres la verdad antes que una mentira amable.

Bridgett tragó saliva. No se conocían desde hacía tanto, pero él sabía intrepetarla mejor de lo que le gustaría admitir.

—¿Estás reconociendo que soy una guerrera? —preguntó ella, con una sonrisa que apenas lograba contener.

—Eres una luchadora, Bridgett, y eso te convierte en una guerrera. Más me extraña verte con una falda en vez de tus pantalones.

Aquella mañana, Bridgett se había puesto una falda larga, ceñida a la cintura con un cordón que le había prestado Fiona. Sus pantalones seguían secándose, y los de repuesto estaban sucios, así que no podía presentarse en la cocina con ellos.

—No suelo llevar vestidos, pero una falda de cuando en cuando la puedo tolerar. Solo si las circunstancias lo exigen.

Rowan la observó en silencio, como si por un momento el bullicio de la cocina, el crepitar del fuego y hasta el aire mismo hubieran decidido detenerse. Sus ojos recorrieron su rostro con una calma engañosa, deteniéndose en el mechón rebelde que se escapaba de su trenza y en la leve mancha de salsa sobre su mejilla.

Había en ella una fuerza que no sabía explicar: no era solo su carácter indomable, ni su lengua afilada, ni siquiera esa manera de sostenerle la mirada sin bajar la cabeza ante nadie. Era algo más profundo.

Bridgett alzó los ojos hacia él, quizá sintiendo la intensidad de su mirada. Durante un segundo, el mundo pareció reducirse al espacio que los separaba: apenas unos pasos, pero cargados de una tensión que podía cortarse con un cuchillo.

—Debes irte —le dijo Bridgett a Rowan, rompiendo el momento —. Es tarde y aún debo recoger la cocina.

Rowan no se movió de inmediato. La contempló con intensidad.

—No es necesario que lo hagas.

Bridgett tragó saliva, consciente de la tensión que se palpaba en el ambiente.

—La cocinera y los sirvientes ya están durmiendo. No deseo que, al alba, hallen la cocina revuelta como tras una batalla.

Rowan dejó escapar una leve risa.

—Algo de batalla ha habido. Te has enfrentado con el guiso y, por lo visto, el guiso ha vencido.

Bridgett puso los ojos en blanco, reprimiendo una sonrisa.

—No es necesario que me ayudes. He perdido la apuesta.

—La apuesta no decía nada acerca de quién debía limpiar los restos del combate —le recordó él con media sonrisa—. Además, tienes razón, no sería justo para los sirvientes. Entre los dos acabaremos antes.

—Está bien.

Una parte de ella deseaba que él se marchase cuanto antes; tenerlo tan cerca hacía que todo en su interior se volviera un torbellino que no sabía cómo apaciguar. Cada vez que Rowan la miraba, su corazón parecía olvidar el compás y su mente la traicionaba. Sin embargo, otra parte —más testaruda, más sincera— ansiaba que se quedase allí un poco más. Que su voz siguiera llenando el silencio, que su presencia siguiera ocupando el espacio que la hacía sentir viva y, al mismo tiempo, en peligro de perder el control. Algo que la asustaba, pues Bridgett no estaba acostumbrada a ver resquebrajarse su autocontrol, y menos aún por un hombre.

Tratando de mantener la calma, tomó un paño de lino y comenzó a limpiar la mesa de trabajo, donde aún quedaban restos y gotas de hidromiel pegajosas, aunque estaba segura de que habría más por todos lados. Sin mediar palabra, Rowan acercó el cubo de agua y una escoba de ramas de brezo, para barrer con movimientos hábiles los trozos de verduras y las cenizas que se habían esparcido por el suelo.

—Sabes limpiar y cocinar —dijo Bridgett, sin poder evitar mostrar su sorpresa—. Eres todo un misterio, laird.

—He tenido que valerme por mí mismo la mayor parte de mi vida.

—¿Tú? —Bridgett alzó una ceja—. Eres el hijo de un laird y has crecido entre estos muros. No me digas que pasabas hambre o limpiabas tus propios platos. Estoy segura de que había sirvientes que recogían lo que ensuciabas y llenaban tu mesa antes de que lo pidieras.

Rowan se encogió de hombros como respuesta. Bridgett sabía que había una historia detrás, una que deseaba saber, pero no insistió.

Lavaron las ollas en el gran barreño de cobre, usando agua caliente del hogar y un puñado de ceniza fina como jabón. Cuando terminaron, todo volvió a lucir como debía: ordenado, reluciente a la luz del fuego, con el aroma del desastre ya disipado.

—Tú también sabes limpiar —apuntó Rowan, observándola mientras apartaba unas migas con gesto distraído.

—No es algo que hagan las damas —reconoció ella con una sonrisa ladina—. Y siempre he querido que me distingan de ellas.

—Tampoco cocinan, y eso no lo has aprendido.

Bridgett se llevó las manos a las caderas, fingiendo indignación, y antes de que él pudiera reaccionar, tomó el cubo de agua y le salpicó unas gotas.

—¡Eh! —protestó Rowan—. Eso era un ataque traicionero.

Bridgett lo miró con falsa seriedad.

—Los guerreros siempre deben estar preparados.

—Debo agradecerte por el entrenamiento entonces.

Rowan no pudo evitar soltar una carcajada, y Bridgett, pese a sus intentos por mantener la compostura, terminó riendo con él. Él la observó de reojo; le agradaba verla así, relajada, sin esa coraza habitual que se ponía cada vez que estaba a su alrededor, cómoda a su lado.

Ambos observaron la cocina que ya estaba limpia. Habían terminado el trabajo, pero Rowan no quería irse. No todavía.

—Limpiar me ha dado hambre. —Se llevó una mano al estómago—. ¿Comemos?

Bridgett miró el guiso que ella había cocinado.

—Debo suponer que te refieres al que has cocinado tú —dijo, señalando el caldero de hierro colado sobre la mesa de madera.

—Deberíamos dar el tuyo a los cerdos.

—Por supuesto que no. —Bridgett resopló, indignada—. Los pobres animales no se merecen sufrir mi falta de arte cocinando. Lo serviremos de desayuno mañana.

—¿Quieres servírselo a los guerreros?

Bridgett esbozó una sonrisa traviesa.

—A aquellos que siguen sin confiar en ti como su laird.

—Si les hago elegir entre comer tu guiso o confiar en mí, alguno se comería dos platos sin pensárselo.

Aunque bromeaba, Bridgett supo que había parte de verdad en sus palabras.

—Ellos no confían en ti porque te marchaste —dijo Bridgett—. ¿Por qué lo hiciste?

Rowan suspiró.

—Comamos un poco. No es una historia para contar con la tripa vacía.

Capítulo 19

Rowan colocó con cuidado sobre la mesa de madera dos platos con su guiso.

—No estará muy caliente.

—Estoy acostumbrada a comer la comida fría —dijo Bridgett, encogiéndose de hombros—. A los soldados de mi padre no les agradaba que me sentase a su mesa, y yo solía esperar a que terminaran para comer.

—¿Y por qué no comías con las mujeres?

—Ellas comían a un horario distinto al de los soldados, y yo solía estar ocupada entrenando, revisando el armamento o ayudando en la fortaleza.

Rowan la miró como si la viera por primera vez. En ese instante, se dio cuenta de que para Bridgett no debía haber sido fácil seguir su verdadera naturaleza. Quizá su padre había sido más permisivo de lo que habrían sido otros padres, pero, sin duda, la joven había tenido que enfrentarse a numerosos desprecios.

—¿Te ha compensado?

Bridgett frunció el ceño, confundida.

—¿El qué?

—Ir en contra de todo lo que se esperaba de ti.

—Soy quien soy, Rowan; no puedo ser otra. La sociedad puede decretar que me conduzca con decoro, que borde y aguarde el regreso de los soldados, pero yo no soy esa mujer. Aunque a veces deba aparentarlo, ese no es mi espíritu.

Era la primera vez que se sinceraba de esa manera tan cruda con alguien. Aunque la realidad es que nadie se lo había preguntado antes.

Porque nunca antes a nadie le había importado.

Bridgett se sentó en una de las sillas y Rowan hizo lo mismo. Ella se llevó un poco de guiso a la boca y lo saboreó en silencio, mientras el fuego de la cocina era la única luz que iluminaba la estancia. Afuera reinaba la completa oscuridad de la noche, sin más

compañía que el murmullo del viento, y ella esperaba que Rowan empezara a hablar. Estaba deseosa de conocer su historia.

—Mi madre falleció al darme a luz —reveló Rowan.

—Lo siento —dijo Bridgett—. La mía murió cuando yo era pequeña, y apenas conservo algún vago recuerdo de ella. Pocos, siendo sincera. Pero me han contado los momentos que viví a su lado. Siento que no hayas podido vivir ninguno con la tuya. Debes echarla mucho de menos.

Ella extrañaba a la suya todos los días.

Rowan se encogió de hombros.

—No puedo echar de menos aquello que no conocí —dijo—. No te hará daño decir que es el mejor guiso que has comido en mucho tiempo —bromeó, mientras observaba cómo Bridgett se llevaba otro bocado a la boca y cerraba los ojos por el placer.

—En realidad, en toda mi vida, laird. Pero que no se te suba a la cabeza.

Rowan soltó una carcajada ante la respuesta de Bridgett.

—Te ríes mucho —comentó ella.

—En realidad, no. Hasta hace poco no tenía motivo para ello.

Bridgett no era buena aceptando halagos y se sonrojó, sintiendo cómo el calor subía a sus mejillas.

—No vas a ganarme con elogios.

—¿Por qué creías que me refería a ti? —replicó Rowan con una sonrisa traviesa.

—¿Y a qué te referías? —le preguntó ella, ceñuda.

Rowan se deleitaba al verla enojada. Era, sin duda, adorable.

—Es obvio —respondió Rowan con tono exageradamente solemne—. Desde que soy laird, todos en el clan son tan felices conmigo. Mi hermano me busca para contarme sus confidencias, los ancianos están de acuerdo con todas mis decisiones. La vida es tan sencilla aquí… ¡Hasta tengo una prometida deseosa de casarse conmigo! No hay manera de que deje de sonreír todo el día.

Bridgett soltó una carcajada mientras tenía un bocado de guiso en la boca. La risa la tomó por sorpresa y parte del guiso se le atragantó; tosió entre risas, llevándose una mano a la boca para no mancharse.

—¿Estás bien? —preguntó él, levantándose para ayudarla, pero ella le hizo un gesto con la mano, indicándole que se sentara.

—Sí, me has pillado por sorpresa. Pocos hombres me hacen reír.

Rowan sabía que no lo había dicho como un halago, pero, aun así, le gustó.

—Me marché del clan porque no me quedó otra alternativa —reconoció él—. La mujer de mi padre me acusó de acosarla y de intentar yacer con ella a la fuerza.

Bridgett abrió los ojos de par en par.

—Dios… me da igual que sea la madre de Fiona, espero que se pudra en su tumba.

Rowan observó a Bridgett en silencio durante unos instantes.

—No dudaste ni por un instante de que ella mentía.

—Por supuesto que no. Tienes muchos defectos, laird, pero eres un hombre de honor.

—Eres incapaz de elogiarme sin insultarme primero.

—Recordar que tienes defectos no es un insulto, es una verdad.

—Ahora ya sabes por qué me fui.

—¿Tu padre la creyó a ella?

Era una pregunta que él había querido evitar, pero, por supuesto, Bridgett la formularía. Ella no se conformaba con lo superficial.

—Durante años, Morven, la que fue esposa de mi padre, fue manchando mi nombre ante el clan y poniéndome en contra de mi padre. Él la amaba. Al principio, yo me enfrentaba a ella, pero eso solo terminaba en discusiones entre mi padre y su mujer, y mi padre acababa sufriendo. Así que dejé de hacerlo. Los guerreros no confían en mí porque me fui, pero las mujeres del clan se creyeron las mentiras de mi madrastra y, por eso, no me tienen en alta estima. Cuando mi padre me enfrentó ante la acusación de ella de intentar forzarla, no tenía sentido defenderme. Para aquel entonces, mi padre ya creía que yo la odiaba tanto que era capaz de cualquier cosa, así que decidí tomar el único escape que en aquel instante sentí que era el mejor para todos: me marché.

Bridgett vio cómo la culpa se reflejaba en cada línea del rostro de Rowan, marcando sus facciones con un peso que no podía

ocultar.

—No te culpes por hacer aquello que cualquiera hubiera hecho en tu lugar. —En un gesto que le sorprendió incluso a sí misma, estiró el brazo y sostuvo el hombro de él—. Además, no sabes si tu padre se creyó aquellas falacias. Si él te nombró su heredero, es porque no lo hizo.

Rowan esbozó una sonrisa amarga.

—O porque, en los últimos años, estuvo más atento a los caprichos de su mujer que a los asuntos del clan —replicó—. El clan está al borde de su extinción, aún más de lo que pensaba cuando acepté el puesto. —Exhaló un largo suspiro—. A veces, creo que es su manera de castigarme.

Bridgett negó con la cabeza.

—No lo creo. Pienso que tu padre sabía que si alguien podía sacar adelante el clan Fraser, ese eras tú.

La sonrisa de Rowan se suavizó, tornándose genuina. Sus ojos se iluminaron y, aunque Bridgett no estaba segura de que él creyera del todo sus palabras, sintió que había logrado calmar un poco la amargura que lo recorría. Y eso hizo que algo dentro de ella se ablandara.

Porque no le gustaba verlo triste.

—Dos halagos en una misma noche. ¿No estarás febril, brujilla?

Bridgett entornó los ojos a la vez que bajaba su mano.

—En realidad, tengo una crítica en la punta de la lengua.

Rowan se rio.

—No esperaba menos.

—Sven es un necio, pero Fiona es fantástica. No es justo que pagues con ella lo que su madre te hizo.

Rowan frunció el ceño.

—¿Por qué piensas que hago eso?

—Fiona me ha contado que nunca habéis tenido relación; ni siquiera cuando era una niña. Que nunca te has interesado en ella ni en Sven.

Rowan soltó una risa, pero esta vez carecía de humor.

—Mi madrastra no me permitía acercarme a ellos. Decía que quería hacerles daño porque estaba celosa de ellos. Al principio,

intentaba acercarme cuando ella no estaba, pero se enteraba y me castigaba sin comer o durmiendo al aire libre en pleno invierno.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho o nueve.

—Por eso has dicho que has tenido que buscarte la vida desde que eras pequeño —masculló Bridgett, cerrando la mano derecha en un puño y golpeando la mesa con fuerza—. Para esa mujer, incluso el infierno sería un privilegio; un trato demasiado liviano para lo que merece.

Rowan hundió los hombros.

—Nada de eso importa ya.

—Sí que importa. Aún estás a tiempo de arreglar las cosas con tu hermana. Si Fiona…

—No —la interrumpió Rowan—. Ni Sven ni Fiona necesitan saber cómo era su madre. Ellos la querían y está muerta. Dejemos descansar a los muertos en paz.

Bridgett tragó saliva. Aquel hombre era bondadoso; tal vez, demasiado. Protegía a sus hermanos de la verdad, aunque eso le hiciera parecer cruel a ojos de los demás.

—Entonces tendrás que ganarte el cariño de Fiona.

Rowan la miró con una expresión que Bridgett no supo interpretar.

—No has dicho el de Sven.

Bridgett entornó los ojos.

—Ese joven es un necio. Es mejor que le des una buena paliza. De otra manera, no entenderá nada.

Rowan soltó una carcajada, aunque no tenía duda de que Bridgett no estaba bromeando. Ella no veía nada malo en un poco de violencia para arreglar algunos asuntos; quien decía un poco, decía mucho. Por el momento, había logrado mantenerla alejada de una espada, pero no sabía cuánto tiempo lo conseguiría. Al principio lo hacía para evitar que ella se hiciera daño; ahora que la conocía mejor y había visto sus habilidades, lo hacía para proteger a otros de salir heridos por infravalorarla.

—Aprenderá —le dijo Rowan.

—Fiona necesita a su hermano mayor —insistió.

—No lo sé… —Rowan se pasó las manos por el cabello—. Me han impedido tantos años serlo, que ahora no sé cómo hacerlo.

Bridgett se encogió de hombros con despreocupación.

—No puede ser tan difícil.

—No tienes la menor idea.

—Tengo un hermano más pequeño. Nos apreciamos, pero no estamos demasiado unidos. En realidad, tampoco lo estoy con Amelia.

Ella no se dio cuenta de que hablaba en presente, pero Rowan no le dio importancia. Mucha gente hablaba de los muertos como si siguiesen allí; sobre todo, cuando era reciente.

—No puedes culparlos, no eres una persona fácil —le dijo Rowan cuando vio que ella se estaba poniendo triste.

Su rostro cambió a enojo y él sonrió. Podía lidiar con su furia; es más, le gustaba, pero nunca con su tristeza.

—No es eso —suspiró Bridgett, negando con la cabeza cuando se dio cuenta de que él bromeaba—. Amelia es soñadora y enamoradiza, todo lo contrario a lo que yo soy, y mi hermano cree que las hijas de un barón deben ser solo damas. Aún así, nos queremos y solíamos hacer cosas juntos.

—Tal vez yo pueda hacer alguna de esas cosas con Fiona y contigo.

—¿Conmigo? —preguntó Bridgett, confundida.

—Tú vendrías solo a asegurarte de que no meta la pata con Fiona, claro.

Bridgett esbozó una sonrisa.

—Podemos ir a cazar conejos.

Rowan puso los ojos en blanco.

—No conocí mucho a Lady Amelia, pero no creo que disfrutase cazando conejos.

Bridgett se encogió de hombros.

—Solía quedarse en una piedra sentada mientras mi hermano y yo cazábamos, pero venía con nosotros. Así que cuenta como plan que hacíamos juntos.

Él soltó otra carcajada. Aquella muchacha no tenía remedio.

—Bien, iremos a cazar conejos —cedió—. Aunque, ¿estás segura de que Fiona lo disfrutará?

Bridgett frunció el ceño. Había visto a Fiona llorar porque iban a sacrificar un cerdo que ella había visto nacer para llenar la despensa.

—Quizá disfrute más de un paseo por el bosque —reflexionó con una mueca de decepción, ya que aquel plan le apetecía menos —. Es algo que quiere hacer, pero los guardias del puente no la dejan salir sin tu permiso.

—Es por seguridad. Tenemos demasiados enemigos, y no dudarían en usarla a ella y a ti en mi contra.

—A mí primero tendría que lograr vencerme —añadió Bridgett, alzando la mano en actitud combativa.

Rowan sonrió a la vez que negaba con la cabeza.

—Un paseo los tres por el bosque me parece bien.

—Ella lo apreciará, eres un buen hermano.

Rowan la miró en silencio por un instante. Sus ojos se encontraron, y algo cambió en el aire; la cercanía de sus rostros, la forma en que ella lo miraba con atención y sin miedo, hizo que, por un breve instante, se detuviera el tiempo. Por un segundo creyó que podría inclinarse y besarla, y lo sorprendente era que, esta vez, Rowan estaba convencido de que Bridgett no se apartaría.

Y estuvo a punto de hacerlo. Incluso alzó la mano, como si fuera a sostener la barbilla de ella, acercándola suavemente. Pero algo lo detuvo, y cuando sus dedos estaban casi rozando la piel de ella, los retiró rápidamente, conteniendo el impulso.

—Deberíamos acostarnos —murmuró en voz baja.

Bridgett asintió. Lo cierto era que estaba cansada, aunque ese no era el verdadero motivo por el que quería retirarse. Cada vez que hablaba más con él y veía cómo Rowan se sinceraba con ella, comenzaba a pensar que tal vez el matrimonio con él no sería algo tan malo.

Allí tenía un hogar donde empezaban a aceptarla, incluso buenas amigas que se habían convertido en casi hermanas.

Y un prometido que, sorprendentemente, había resultado ser un buen hombre.

Capítulo 20

Rowan era un necio, un insensato, un porcino y un desvergonzado.

Su mente siguió desgranando una interminable retahíla de descalificaciones que le dedicaba en silencio, solo porque aún no lo había encontrado; de haberlo hecho, se las habría gritado a la cara, y con razón. No merecía menos.

¿Cómo se atrevía a engañarla de esa manera? A hacerla creer que era un buen hombre, que se preocupaba por su hermana, cuando la verdad había resultado ser muy distinta.

¿Y si hasta la historia que le había contado era mentira?

No, eso no podía creérselo. Había visto la emoción en sus ojos, y aquello no se fingía.

Aunque lo que más la irritaba era que, como una insensata, había pasado los dos últimos días dejando que la costurera le tomase medidas y probándose uno de los vestidos de Fiona, que iba a ser ajustado y arreglado para ella. El vestido para el maldito baile.

Y no lo había hecho solo por la apuesta, porque, si así fuera, se habría puesto el mismo vestido con el que llegó al clan. Lo hizo para sentirse hermosa, para lucir bien ante él.

¿Cómo había podido ser tan necia?

—¡Bridgett, espera! —la llamó Fiona cuando estaba a punto de salir por la puerta de la fortaleza.

—No tengo tiempo que perder, debo encontrar a tu hermano. Si no está en el campo de entrenamiento ni en la fortaleza, habrá ido al puente levadizo a recibir a tu prometido.

Fiona suspiró.

—Déjalo estar, Bridgett —le dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos y la tristeza en su rostro. La misma que la acompañaba desde que, unas horas antes, un mensajero había anunciado la llegada del laird Fenwick—. Disfrutemos del baile de esta noche, que mañana tendré que partir.

—No vas a partir mañana.

—Sven me ha contado lo que el mensajero le ha dicho a Rowan. Aodh Fenwick espera que me marche con él mañana mismo.

Bridgett no conocía todos los detalles; la noticia le había llegado solo por los rumores que corrían con la rapidez del viento entre los muros de la fortaleza.

Iba a decir algo, pero Shorna apareció junto a Elspeth y la interrumpió.

—Estaba segura de que tu hermano rompería ese compromiso y te uniría a un miembro del clan —dijo Shorna, abrazando a Fiona.

—Rowan es como todos los hombres —añadió Elspeth con amargura—. Solo miran por sus propios beneficios sin pensar en lo que sentimos.

Bridgett había querido creer que Rowan era diferente a todos los hombres que había conocido. Pero se había engañado a sí misma. No era distinto, como tampoco lo era su padre; ninguno lo era. Al final, todos terminaban viendo a las mujeres como meras monedas de cambio, piezas que se ofrecían al mejor postor.

—Me enfrentaré al laird Fenwick —dijo Bridgett con decisión—. Si es necesario, lo retaré…

—Bridgett —la interrumpió Shorna, separándose de Fiona—, esto no se soluciona con la fuerza ni con un reto.

—Shorna tiene razón. —Fiona exhaló un largo suspiro, bajando la mirada hacia sus pies—. Este compromiso no tiene solución alguna. Debo cumplir con mi deber.

—Yo no he dicho eso. Vamos a lograr que ese compromiso se rompa.

Bridgett, Elspeth y Fiona se miraron con incredulidad. Shorna, la más tímida y prudente del grupo, era también la menos dada a la osadía. Solía aceptar las cosas tal como venían, sin alzar demasiado la voz ni buscar problemas.

—Pero el laird Rowan parece decidido a continuar con el acuerdo al que su padre llegó —dijo Elspeth—. No podemos hacer nada.

—Si el laird muere, hasta que otro hombre se alce en el puesto, el compromiso no puede llevarse a cabo —murmuró Bridgett con

aire pensativo—. Yo estaría encantada de ser quien lo matara —añadió, cerrando las manos en puños.

Elspeth parecía decidida a ayudarla; Fiona suspiró y Shorna puso los ojos en blanco.

—Tú nos has enseñado a defendernos, a ser valientes —le dijo Shorna a Bridgett—. Gracias a ti soy más fuerte y tengo más seguridad en mí misma, pero sigo pensando que la violencia no siempre es la mejor opción, y ahora no lo es. Además, tú no serías capaz de matar a Rowan.

Bridgett iba a decir que ella estrangularía a Rowan con sus propias manos si hiciese falta, pero ¿a quién quería engañar? Shorna estaba en lo cierto.

Porque no importaba lo furiosa que estuviera con Rowan, nunca podría dañarlo.

—¿Y qué propones? —preguntó Bridgett con un resoplido.

Shorna esbozó una sonrisa, porque, efectivamente, urdía algo.

—Eso es una locura; no va a funcionar. —Fiona negó con la cabeza cuando Shorna terminó de hablar—. Hay que ser muy necio para creérselo.

—Aunque bien sabéis que me sumo a cualquier desvarío, esta vez debo darle la razón a Fiona —dijo Elspeth.

—Tal vez no es tan locura después de todo —murmuró Bridgett, sorprendiéndolas—. Aunque necesitaremos algo más.

Shorna la miró.

—¿Cómo qué?

Bridgett se llevó una mano al mentón, reflexiva.

—¿Alguna de vosotras tiene confianza con una curandera?

Cada día que pasaba, Rowan estaba más convencido de que su padre se estaba riendo de él desde el infierno. Las complicaciones se acumulaban como piedras en el camino.

Nadie le había avisado de que su hermana Fiona estaba comprometida, pese a que parecía que todos lo sabían. Todos, menos Archer, que lucía igual de confundido que él.

—Tu padre me prometió entregarme a tu hermana en matrimonio. —El laird Aodh Fenwick se encontraba sentado en una de las sillas del gran salón—. Tras su muerte he esperado paciententemente a que te comunicases conmigo, mas no lo has hecho.

Aquel hombre podía ser el abuelo de su hermana. Y además lucía como si fuese a fallecer en cualquier instante. Él no dudaba de que hubiese sido un gran guerrero en sus tiempos, pero esos habían pasado hacía mucho.

—Me temo que no podía comunicarme contigo, pues acabo de enterarme de tu compromiso con mi hermana —dijo Rowan con honestidad—. Al parecer, nadie ha tenido a bien decírmelo. —Su mirada se desvió hacia los tres ancianos, que también se encontraban en la sala y que permanecían en silencio.

—Qué extraño que padre no te lo dijese al nombrarte su heredero —comentó Sven con una sonrisa maliciosa, apoyado contra una de las paredes.

Rowan empezaba a cansarse de las insinuaciones nada veladas de su hermano. Sven seguía creyendo que él había manipulado a su padre, ya enfermo, para lograr el puesto de laird. Y Rowan comenzaba a pensar que Bridgett tenía razón: una buena paliza era justo lo que aquel mocoso malcriado necesitaba.

—O tal vez era un trato con el que no quería seguir —apuntó Archer, mirando a Aodh, cuyo rostro se encendió de pura ira.

—Él me dio su palabra —aseguró Aodh, apretando los labios con fuerza y golpeando el reposabrazos de la silla con la mano—. La joven me dará un varón que se convertirá en mi heredero.

Aodh había estado casado en cuatro ocasiones, y en todas ellas había tenido únicamente hijas: catorce en total, de las cuales solo dos eran todavía niñas; el resto ya estaban casadas. Sus dos últimas esposas habían fallecido de manera sospechosa: una se había precipitado por un acantilado y la otra desde una de las ventanas de la torre. Accidentes, según decían, aunque circulaba el rumor de que ambas se habían quitado la vida por sí mismas.

—¿Y si te da hijas? —preguntó Rowan.

—No lo hará —contestó Aodh con convicción—. Su madre me aseguró que nuestro primer hijo sería un varón. No habría aceptado de otra manera. Quiero ser yo quien eduque a mi hijo, y, como suponéis, no dispongo de tiempo de sobra.

—¿Y cómo podía asegurar ella eso? —cuestionó Rowan, aunque no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Lo vio en un sueño.

Rowan se llevó una mano al rostro. La mujer de su padre había sido una bruja, pero no del tipo que veía visiones o lanzaba maldiciones; ojalá hubiera sido de esas. No, lo suyo era mucho peor.

—Qué memez —soltó Archer, rodando los ojos.

—¡No es ninguna memez! —gritó Aodh, levantándose—. Ella lo vio. Dijo que el niño nacería antes de cumplirse un año de nuestro matrimonio, que vendría al mundo sano y fuerte, y que se convertiría en un laird que llevaría al clan Fenwick a la cúspide de su gloria.

Los tres ancianos guardaron silencio. Ni siquiera Ivar, el más temperamental de ellos y que rara vez contenía su lengua, tuvo algo que decir.

Rowan se frotó la sien, intentando aliviar el dolor que, lenta pero implacablemente, se abría paso en su cabeza.

—Debo suponer —comenzó, pronunciando cada palabra pausadamente— que no se ha ofrecido ninguna dote.

—No es necesario —dijo Aodh, volviendo a sentarse y disipando las sospechas de Rowan—. Necesito una mujer joven que me dé un varón; no puedo permitirme otra mujer que me dé hijas. Y Morven me dio su juramento de que sería así.

—Mi hermana se convertirá en la señora del clan, y no habrá dote alguna ya que os dará un varón, que es lo único que deseáis —murmuró Rowan, más para él, pero fue escuchado por todo el gran salón.

—Así es. Y debo partir con ella con la máxima premura. Nos casaremos en cuanto lleguemos a mi clan; el sacerdote nos está esperando.

—Esta noche damos un baile. Eres bienvenido a quedarte. Habrá comida y bebida en abundancia.

Aquellos argumentos convencieron a Aodh.

—Está bien. Me quedaré por esta noche.

—Greer. —Rowan llamó a la sirvienta. Esta se encontraba cerca y acudió rauda—. Lleva al laird Fenwick a una habitación para que pueda descansar y asegúrate de que tiene todo lo que necesita.

Aodh se levantó con intención de seguir a la sirvienta.

—Nosotros también nos vamos —se despidió Uileam.

—Se nos está haciendo tarde —concordó Ivar.

Los tres ancianos se marcharon junto al laird Fenwick.

—Viejos cobardes —siseó Archer en cuanto todos desaparecieron.

—No es como si hubiesen podido evitar las decisiones que mi padre tomaba —dijo Rowan con un suspiro—. Pero ¿cómo pudo permitir mi padre esto? —Se pasó las manos por el rostro—. Ni siquiera es un clan que pueda ofrecernos verdadera ayuda.

—El clan Fenwick no es poderoso, pero sus tierras son fértiles —dijo Sven con una sonrisa amplia—. Aodh es un hombre mayor; no vivirá mucho más. Si Fiona le da un heredero, ella gobernará en su nombre hasta que el niño alcance la edad suficiente. Y antes de que eso suceda, las tierras ya serán nuestras.

Rowan no dudaba de que ese había sido el plan de su madrastra. Era un plan pretencioso e igual de necio.

—Olvidémonos de que tendremos que matar a hombres leales a su clan para conseguirlo—masculló entrecerrando los ojos—. ¿Eres consciente de que si Fiona no le da un varón él le hará la vida tan imposible que terminará quitándosela como a sus dos anteriores mujeres?

—Fueron accidentes —espetó Sven—. No se quitaron la vida.

—Yo tampoco creo que se la quitaran —dijo Archer—. Estoy bastante seguro de que las empujó él. No es un hombre que se pueda permitir ser paciente.

Rowan había pensado en esa posibilidad, mas no podía acusar a otro laird sin pruebas.

—Esas son falacias —farfulló Sven—. ¡Lo único que queréis es llevar el clan a la ruina! ¡Y no voy a permitirlo!

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Rowan, dando un paso hacia él con tono burlón.

Sven se apartó de la pared y observó a Rowan durante unos instantes con odio.

—No vais a saliros con la vuestra —escupió con rabia, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

—Eso no es una respuesta —le dijo Rowan antes de que Sven cerrara la puerta de un portazo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Archer a Rowan cuando se quedaron solos.

—No voy a permitir que ese hombre ponga un dedo encima de Fiona.

—Entonces dame la orden y lo sacaré del clan.

—No es tan fácil. —suspiró Rowan.

Archer arrugó el ceño.

—Yo lo veo bastante sencillo. Si se resiste, saco la espada. Aunque no creo que ese anciano pueda poner demasiada resistencia.

Rowan entornó los ojos ante las soluciones de su segundo.

—Debemos ser cuidadosos. No es el laird de un clan poderoso, pero lo que menos necesitamos es otro enemigo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo primero, intentar convencerle de que se marche del clan sin Fiona. Eso nos dará un poco de tiempo para planear algo. Hay que usar la diplomacia.

Archer no estaba de acuerdo, pero asintió. Porque, a pesar de que tenían métodos diferentes, él confiaba en Rowan con todo su ser.

Capítulo 21

El gran salón estaba iluminado por antorchas y candelabros de hierro; las llamas temblaban contra los muros de piedra, haciendo brillar los estandartes del clan. Las mesas, dispuestas a lo largo de la estancia, rebosaban de copas de vino, panes redondos y platos de carne asada. En el centro, el suelo de piedra se había despejado para el baile, y los músicos, apostados junto al estrado, hacían sonar el laúd, la flauta y el tamboril.

Por primera vez en su vida, Bridgett se sentía hermosa con un vestido. Tras los arreglos de las costureras, la prenda le sentaba con una gracia inesperada: realzaba su figura sin exagerarla, y el tono del tejido hacía resaltar el brillo de su piel y el color de sus ojos. No recordaba haber visto nunca su reflejo tan favorecido como en ese instante.

Tenía que reconocer que, aunque siempre se había sentido muy femenina con pantalones, aquel vestido la hacía sentirse especialmente hermosa, distinta, casi vulnerable, pero en el mejor de los sentidos.

—Sigo creyendo que es una locura —le dijo Fiona, que estaba a su lado.

Bridgett esbozó una sonrisa.

—Los mejores planes siempre tienen algo de locura. Y aunque suelo inclinarme por la fuerza, en esta ocasión Shorna tiene razón: no sería lo más sensato.

—Tal vez las dos tengáis razón, pero no quiero hacerme ilusiones. Si no sale bien, tendré que… —Fiona no terminó la frase, pero sus ojos se fijaron en el laird Aodh Fenwick.

El hombre, de cabello canoso y barba espesa, se encontraba sentado en una de las sillas, comiendo un trozo de carne asada mientras le lanzaba miradas lascivas a la sirvienta que estaba colocando una jarra de cerveza frente a él.

—Puedes hacértelas. Si no sale bien, usaré la fuerza.

—Has dicho que no es sensato —le recordó Fiona.

—Como primera opción. Pero no voy a descartarla del todo —dijo con tanta seriedad que a Fiona no le quedó ninguna duda de que no bromeaba.

—Eso te traería muchos problemas, Bridgett, y no voy a permitirlo —respondió con firmeza, aunque su gesto se torció en una mueca de asco cuando su prometido se limpió la grasa de la cara con la manga de la camisa.

—Los problemas siempre me han perseguido, y siempre he sabido esquivarlos. —Bridgett le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes, el plan funcionará.

Shorna y Espelth se habían mezclado entre los invitados, moviéndose con disimulo por el gran salón. Fingían interés por las conversaciones, pero cruzaron una mirada con Bridgett y Fiona. La primera asintió apenas, una leve inclinación de cabeza que bastó como aviso: debían estar listas y atentas a la señal.

Bridgett recorrió la estancia con la mirada en busca de Rowan, pero no lo vio. Aún no había llegado, aunque sabía que no tardaría. Probablemente se había entretenido resolviendo algún contratiempo de última hora. Y, pese a que ella seguía enfadada con él, tenía que reconocer que se esforzaba por el bienestar de los miembros del clan.

—¿Tu prometido y tú os conocéis? —le preguntó Bridgett, cayendo en que era algo que no sabía.

Fiona hizo una mueca.

—Nos vimos antes de que muriera mi madre, cuando me prometieron a él. Solo unos instantes, los suficientes para que considerara que podía darle hijos sanos. Nunca estuvimos a solas. Y hoy ni siquiera se ha molestado en pedir que nos veamos, aunque, sinceramente, me alegro de ello.

—No le importas, solo quiere una mujer joven. Vamos a asustarlo tanto que, cuando se marche de aquí, lo que menos pensará es en casarse.

Fiona no pudo evitar dejar escapar una risita nerviosa, aunque con rapidez se puso la mano en la boca para evitar llamar la atención. Cuanto menos se percatasen de ella, mejor.

—Ve a hablar con alguna de las mujeres, finge que te estás divirtiendo —le pidió Bridgett a Fiona, y esta asintió.

Bridgett, en cambio, se dirigió hacia la mesa donde se hallaba el laird Aodh. A su derecha y a su izquierda, dos hombres conversaban animadamente entre bocados de carne y tragos de cerveza. Si quería llevar a cabo su plan, necesitaba que una de esas sillas quedara libre cuanto antes.

—Disculpad —dijo con fingida cortesía, dirigiéndose al hombre que se encontraba a la izquierda—, vuestra esposa os está buscando.

El hombre frunció el ceño.

—No estoy casado, milady.

Bridgett chasqueó la lengua. Conocía a la mayoría de los que vivían dentro del muro, aunque fuese de vista, pero aquella noche habían acudido muchos del pueblo. Ni a ese hombre ni al otro los había visto antes. Había dado por hecho que estaba casado, pero aquel pequeño detalle no iba a detenerla.

—Disculpadme, milord. —Se inclinó hacia él con aire confidencial. Se agachó lo justo para que su voz sonara apenas por encima del rumor del salón—. Una joven muy atractiva me ha dicho que deseaba veros en el huerto, detrás de la fortaleza. He pensado que sería vuestra esposa.

El hombre se giró hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo de atractiva? —preguntó, con un brillo codicioso en la mirada.

Bridgett se llevó un dedo a los labios, fingiendo pensarlo.

—Cabello oscuro y ojos claros, vestía una capa azul, y, si me permitís el atrevimiento, parecía bastante impaciente.

El hombre dejó su copa sin terminar y se levantó tan deprisa que casi tira la silla.

—La capa azul, decís… —murmuró, y salió a toda prisa del salón, tropezando con un sirviente que pasaba con una bandeja.

Bridgett se sentó en la silla vacía con una sonrisa. Los hombres —ingleses o escoceses— eran todos iguales.

El laird Fenwick conversaba con el hombre que tenía enfrente, sin reparar en ella. Bridgett se aclaró la garganta con suavidad,

intentando llamar su atención mientras trataba de comportarse como una dama: enderezó la espalda, entrelazó las manos sobre el regazo y esbozó una sonrisa educada.

El anciano ni se inmutó.

Probó entonces con un leve carraspeo más sonoro, luego con un discreto suspiro, incluso con un movimiento de cabeza que hizo brillar el broche de su escote bajo la luz de las velas. Nada.

«Por todos los santos», pensó Bridgett, rodando los ojos. «Ni cuando una se comporta como una dama la hacen caso».

Así que visto que la sutilidad no funcionaba, decidió recurrir a otros métodos, que a su parecer, siempre eran más efectivos.

Cogió la copa que tenía frente a ella, de la que había estado bebiendo el hombre barbudo fingiendo que se la llevaba a la boca. Entonces, la inclinó justo lo necesario para que el contenido se derramara sobre la mesa y un buen chorro cayera sobre la manga y el pecho del laird Fenwick.

—¡Oh, cielos! —exclamó, llevándose una mano a la boca—. Qué torpe soy, milord. Perdonadme, os he manchado.

El anciano dio un respingo, mirando incrédulo la mancha de vino que se extendía sobre su camisa.

—Por las barbas de San Andrés… —masculló, sacudiéndose con torpeza.

Bridgett se levantó al instante, sacando un pañuelo del escote que Fiona le había obligado a llevar y empezó a secarle la tela con suaves golpecitos. O al menos ella pensó que eran suaves, porque el anciano soltó un quejido ahogado y dio un pequeño brinco en la silla.

—¡Por todos los santos, milady! —protestó, intentando apartarse sin mucho éxito—. Me estáis haciendo daño.

Bridgett tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco. El laird apenas había recibido un par de golpecitos y ya se quejaba como si le hubiesen atravesado con una lanza.

Vaya espíritu endeble para tanto título...

—Oh, lo siento muchísimo, milord —se disculpó Bridgett, fingiendo preocupación mientras seguía presionando con el pañuelo.

—Si lo sentís, dejad de apretar —gruñó el hombre, encogiéndose en la silla.

—Disculpadme de nuevo. —Bridgett esbozó sonrisa inocente, dejando el pañuelo sobre la mesa antes de volver a sentarse—. En mi intento por ser cortés con mis mayores, a veces me excedo.

—No soy tan mayor, muchacha —se quejó el laird, frunciendo el ceño.

Bridgett tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no levantar una ceja. En su opinión, aquel hombre parecía más cerca del sepulcro que del altar, pero recordó que debía ganarse su simpatía.

—Tenéis razón, milord. Ha sido una grosería por mi parte —dijo, modulando la voz con dulzura—. Permitidme presentarme como corresponde: soy Bridgett , la prometida de Rowan Fraser.

—Ahora entiendo porque Rowan no nos ha presentado, sois inglesa —lo dijo como si fuese un insulto.

Bridgett sintió cómo se le tensaba la mandíbula. Por un instante imaginó lo bien que se sentiría estamparle la copa en la cabeza, pero logró contenerse. Inspiró hondo, y esbozó una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Debía ceñirse al plan.

—No puedo cambiar mi lugar de nacimiento, laird, pero debo reconocer que estoy muy feliz en el clan Fraser. Menos por la maldición, claro.

Aodh ladeó la cabeza, mirándola con interés por primera vez.

—¿Maldición?

—Sí, claro —respondió con naturalidad—. Aunque ahora que Fiona va a casarse con vos, ya no debemos preocuparnos por eso.

Aodh arrugó el ceño.

—No os entiendo.

—Debo reconocer que sois un hombre muy valiente. Pocos accederían. —Bridgett se encogió de hombros—. Aunque claro, tal vez vos estéis enamorado.

—Muchacha, ¿de que estáis hablando?

Bridgett fijó su mirada en Aodh y abrió muchos los ojos.

—¿No lo sabéis? —preguntó con fingida sorpresa; incluso, en un acto de exagerado dramatismo, se llevó una mano a la boca.

—No, no lo sé —espetó Aodh con impaciencia.

—Lo siento, pero no es mi deber decíroslo... Siento mi imprudencia, laird. Os ruego que olvidéis que habéis tenido esta conversación conmigo.

Bridgett fue a levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Aodh sostuvo su muñeca.

—Decidme de qué maldición habláis, muchacha.

Bridgett inspiró con profundidad y se acomodó de nuevo en la silla. Aodh soltó su muñeca y ella miró a su alrededor con aire cauteloso, como si se asegurara de que nadie los escuchaba, aunque el salón bullía de gente y música. Luego se inclinó un poco hacia él y bajó la voz.

—Se dice que, hace muchas generaciones, una mujer del clan Fraser se enamoró de un hombre sin tierras ni nombre. Él fingió amarla, pero solo buscaba poder y fortuna. Cuando ella descubrió el engaño, acudió a una bruja que vivía en el bosque y le rogó que lo castigara. —Bridgett hizo una pausa, dejando que las llamas de las antorchas bailaran en los ojos del laird antes de continuar—: Pero la maldición fue más allá… La bruja no solo maldijo a aquel hombre, sino a todos los que tomaran por esposa a una Fraser sin amor verdadero. Desde entonces —susurró, inclinándose un poco más—, se dice que la maldición protege a las mujeres del clan. Que si un hombre se une a una Fraser movido por una razón diferente al amor su corazón, se detendrá antes del matrimonio.

—Eso no son nada más que supersticiones —masculló Aodh, aunque Bridgett pudo ver el miedo en sus ojos marrones.

—Tenéis razón, vos ya habéis sido tocado por Fiona y vuestro estómago sigue fuerte como una roca.

—¿Qué queréis decir?

Bridgett se rascó la cabeza. E inmediatamente Espelth apareció con una jarra en la mano.

—Una cerveza de nuestros mejores barriles, para el prometido de la hermana del laird —dijo, dejando la cerveza frente a Aodh y se marchó inmediatamente.

Aodh ni siquiera se lo agradeció, atento como estaba a la respuesta de Bridgett. Antes de responder, esta le llenó el vaso

vacío con la cerveza.

—La leyenda dice que, si una mujer Fraser está enamorada y toca a su prometido, y él también la ama, el amor de ambos se fortalece y crece. Pero si no es así… —Bridgett bajó la voz con un aire casi solemne—, entonces el cuerpo del hombre reacciona al instante: un dolor agudo le retuerce el estómago y, poco después, su piel empieza a arder y enrojecer, como si el propio fuego del infierno lo marcara por mentiroso.

—Solo una inglesa se creería esas patrañas —escupió Aodh, bebiéndose el vaso de un trago, más por nervios que por sed.

Bridgett, con una sonrisa impecable, se lo volvió a llenar.

—Tal vez tengáis razón, milord —respondió con fingida calma.

Mientras hablaba, se llevó una mano al cabello y se rascó la cabeza con gesto distraído, ocultando una sonrisa. En ese momento, entre los invitados apareció Shorna, moviéndose con la naturalidad de quien no quiere llamar la atención.

—Lady Bridgett —la saludó, inclinándose con discreción—, hay un pequeño asunto que requiere de vuestra atención inmediata.

Bridgett asintió con fingida seriedad y después se volvió hacia Aodh.

—Disculpadme, milord debo irme —se despidió a la vez que se levantaba.

Bridgett no había dado ni cuatro pasos cuando Fiona se acercó a la mesa donde se encontraba Aodh. Había estado esperando pacientemente, tratando de pasar desapercibida entre los invitados, hasta que llegara su momento de intervenir.

—Milord —lo saludó Fiona con una sonrisa que apenas lograba mantener a pesar de los nervios—. Es un placer volver a veros. —Y sin esperar una invitación, se sentó en la silla que Bridgett acababa de dejar vacía.

Aodh la miró con los ojos muy abiertos y con el temor dibujada en el rostro. Cuando Fiona, con fingida naturalidad, apoyó su mano sobre la de él, el hombre dio un respingo y se levantó de un salto, murmurando una disculpa atropellada antes de alejarse con paso torpe.

Bridgett y Shorna, que aún no se habían alejado lo suficiente, no pudieron evitar soltar una carcajada contenida.

Unos minutos después, las cuatro amigas se reunieron en uno de los rincones del salón, lejos de las miradas curiosas.

—¿Creéis que habrá funcionado? —preguntó Fiona, mordiéndose el labio con nerviosismo.

—El hombre ha resultado ser más supersticioso de lo que pensaba —respondió Bridgett con aire satisfecho—. En cuanto el brebaje que nos ha dado la curandera surta efecto, le dolerá el estómago y empezará a sentir picores. Creerá que es la maldición.

—Voy a coger la jarra. Aún queda cerveza —dijo Espelth con una sonrisa traviesa—. No queremos que nadie más sufra la maldición.

Las cuatro estallaron en risas contenidas.

—Se ha bebido la mayor parte —añadió Bridgett—, pero mejor asegurarse.

—Voy a buscar a mi madre —dijo Shorna —. Se debe estar preguntando dónde estoy.

—Y será mejor que yo me esconda de mi prometido —murmuró Fiona con una mueca divertida—. No quiero que me llame bruja cuando empiece a retorcerse del dolor de estómago.

Bridgett soltó una carcajada al ver cómo sus tres amigas se dispersaban entre los invitados.

Capítulo 22

—Parece que te lo estás pasando muy bien —dijo una voz masculina a su espalda, grave y familiar.

Bridgett se dio la vuelta, cruzando los brazos por encima del pecho con fingida indignación.

—Rowan Fraser —pronunció el nombre con lentitud, arqueando una ceja—. Te has dignado a aparecer en el baile. Ya pensaba que no lo harías.

Él vestía un *kilt* con los colores de su clan, aunque no el de uso diario. Aquel era más elegante, tejido con lana fina y sujeto con un broche de metal oscuro, grabado con el emblema de los Fraser. La camisa, de lino blanco, estaba impecablemente limpia, y las botas, recién lustradas.

Y Bridgett, pese a sí misma, no pudo evitar admitir en silencio que estaba increíblemente guapo.

—¿Y perderme lo preciosa que estás con ese vestido? —preguntó él con una sonrisa traviesa.

Los ojos de Rowan la recorrieron lentamente, deteniéndose un instante en el vestido que ella llevaba. Era de un tono verde profundo, ceñido a la cintura, con las mangas ajustadas y un ligero escote que dejaba entrever la curva de su cuello. El tejido caía en suaves pliegues hasta rozar el suelo, moviéndose con cada respiración.

Y lejos de sentirse incómoda ante su mirada y sus palabras, Bridgett sintió cómo un soplo cálido le erizaba la piel. Incluso sintió cómo sus mejillas se sonrojaban y sus labios se curvaron en una sutil sonrisa.

Hasta que recordó lo que Rowan había hecho.

—¡Cómo te atreves! —exclamó, encendida de ira—. Eres un desalmado.

Rowan la miró, perplejo.

—Vas a tener que disculparme. No entiendo cómo he podido ofenderte.

Bridgett soltó un bufido poco propio de una dama, aunque a los oídos de Rowan sonó de lo más encantador.

—Después de lo que has hecho, vienes a mí con halagos. No te servirá de nada, laird.

Rowan frunció el ceño. Jamás pretendió comprender a las mujeres; sabía que era tarea vana. Sin embargo, después de aquella noche en la cocina, había creído, por un instante, haber alcanzado cierta conexión con su prometida. Incluso le había contado una parte de sí mismo que no había compartido tan abiertamente nunca con nadie.

—¿Y qué es lo que he hecho? —le preguntó él con paciencia.

Una paciencia que, últimamente, pendía de un hilo. Los problemas se le acumulaban, y lo que había creído que sería una charla apacible con Bridgett se estaba tornando en una disputa.

—Lo peor es que no lo sabes, que ni siquiera finges. —Ella soltó una risa vacía, sin rastro de alegría—. La culpa no es tuya, sino mía, por haber esperado de ti algo que nunca podrías darme.

—¿Y qué es eso que no puedo darte?

—Sinceridad. Eres un mentiroso.

—¿En qué te he mentido?

Bridgett tensó los brazos sobre el pecho, aferrándose a sí misma como si así pudiera contener su ira.

—Lo sabes perfectamente.

—Por las llagas de Cristo, Bridgett. No tengo la menor idea —gruñó él, llevándose una mano al cabello en un gesto de cansancio.

—Y eso es lo más triste —respondió ella, con voz firme pero herida—, que ni siquiera lo sabes. Te comportas como un desalmado, sin corazón ni honra, y ni siquiera eres consciente de ello. Dime, Rowan Fraser —descruzó los brazos para alzar una de sus manos y señalarlo con el dedo índice—, ¿qué dice eso de ti como hombre?

—¿Soy el que no tiene honor? —espetó Rowan, enfurecido—. Te cuento una parte de mi vida que me guardaba para mí y ahora tú me tratas de esta manera. Tal vez la que no tiene honor eres tú.

Bridgett dio un paso hacia atrás, como si le hubiese herido con su espada.

—No te atrevas, Rowan. Sencillamente, no te atrevas.

—¿A qué no debo atreverme?

—A intentar manipularme. No soy…

Pero Bridgett no pudo terminar la frase.

—Tenéis que ayudarme —dijo la voz angustiada de un hombre, interrumpiéndolos.

Solo entonces ambos recordaron que seguían en el gran salón, rodeados de invitados y música.

Aodh Fenwick avanzaba hacia ellos con paso torpe y apurado, la camisa levantada hasta los codos, mientras se rascaba los brazos con desesperación. La piel se le había puesto roja como el vino, y su rostro era una mezcla de terror y picor insoportable.

—¿Qué os sucede? —preguntó Rowan, frunciendo el ceño.

Pero el hombre no lo miró. Sus ojos, desorbitados, estaban fijos en Bridgett.

—¿Cómo puedo ayudaros, milord? —preguntó ella con toda la seriedad que pudo reunir, aunque los labios le temblaban de la risa que luchaba por escapar.

—¡La maldición ha comenzado! —gimió Aodh, justo cuando el sonido estrepitoso de sus tripas resonó por todo el salón—. ¡Voy a morir!

—¿Una maldición? —repitió Rowan, sin entender nada.

El anciano seguía sin dirigirle la palabra.

—Dijisteis que debía romperse con premura —balbuceó Aodh, rascándose ahora el cuello, que empezaba a tomar el mismo color que sus brazos—. ¡Decidme, por piedad, cómo debo hacerlo!

—No sé si estáis a tiempo… —susurró Bridgett, inclinándose hacia él. Aunque la música seguía sonando, muchas cabezas se habían vuelto para observar la escena.

—¡Vos lo sabéis! —insistió él, jadeante.

Bridgett asintió con gravedad fingida.

—La leyenda dice que la única manera de romper la maldición es renunciar al compromiso y no volver a acercaros jamás a una mujer Fraser. Pero debéis hacerlo antes de que los síntomas empeoren. Si esperáis demasiado, nada podrá hacerse.

—¿Y si lo hago, viviré? —preguntó con los ojos desorbitados, sudando.

—Si lo hacéis ahora, en unas horas todo pasará. Vuestra piel volverá a su color y vuestras tripas también encontrarán sosiego.

Aodh se giró hacia Rowan, con la dignidad hecha trizas.

—Vuestro padre y su esposa no me hablaron de la maldición —dijo, agitado—. Por tanto, me veo en la obligación de romper mi compromiso con vuestra hermana.

Rowan, que apenas podía contener la sonrisa, asintió con fingida solemnidad.

—Hasta este momento ignoraba por completo que hubiese una maldición, por lo que no puedo ser tenido por culpable. Por mi parte, no habrá represalias; espero que tampoco por la vuestra.

—No las habrá —le aseguró Aodh con un suspiro entrecortado. Luego se giró, sujetándose el vientre—. Si me disculpáis, debo atender con urgencia los efectos de la maldición. —Y sin decir más, salió casi corriendo del gran salón, apartando a los invitados con torpes disculpas mientras se rascaba el cuello y murmuraba oraciones entre dientes.

Bridgett, incapaz de contenerse más, se llevó una mano a la boca para ahogar la carcajada.

—No sé si quiero saber qué has hecho —dijo Rowan con resignación.

Bridgett no pudo responder porque Fiona llegó a toda prisa y la abrazó.

—Gracias. —Después, miró a su hermano y tragó saliva—. Por favor, Rowan, no te enojes con ella.

—Acabo de cruzarme con el laird Aodh Fenwick —dijo Sven, acercándose a grandes zancadas. Su voz sonaba tensa y su rostro, estaba enrojecido por la ira—. Me ha dicho que ha roto el compromiso. —Clavó la mirada en Rowan—. Has vuelto a poner al clan en ridículo.

Rowan abrió la boca para responder, pero Fiona se adelantó.

—No ha sido él —interrumpió—. Ha sido gracias a Bridgett. Ella me ha salvado de un matrimonio que solo me habría traído tristeza. ¿Eso es lo que deseabas para mí, Sven?

El joven se quedó callado por un momento, desconcertado ante la seguridad de su hermana.

—Hay sacrificios que debemos hacer por el bien del clan —le recordó al fin, con tono más bajo, pero sin mirarla directamente.

—Bridgett me conoce desde hace apenas unas semanas —le dijo Fiona, la voz temblando de emoción—, y aun así, me quiere y me valora más que tú. —Sin esperar una respuesta, se giró y abandonó el gran salón, con la cabeza erguida pese a las lágrimas que le humedecían los ojos.

Sven la siguió con la vista, furioso, y luego le lanzó a Bridgett una mirada cargada de odio antes de apartarse bruscamente. No se marchó del todo; fue a sentarse a una de las mesas, donde pidió vino y bebió con gesto sombrío.

Por suerte, el vino, la cerveza, la música y la comida copiosa hacían su efecto, y la mayoría de los invitados apenas había reparado en la escena.

Capítulo 23

—¿Quiero saber lo que has hecho? —preguntó Rowan, con la voz grave y contenida.

—Probablemente sí, pero no seré yo quien te lo diga.

Bridgett pasó junto a él con paso firme y salió del gran salón. A medida que avanzaba por el pasillo, la risa y la música quedaban atrás, ahogadas por el silencio de piedra de la fortaleza.

Empezaba a preguntarse si se había equivocado con Rowan. No comprendía cómo había aceptado tan fácilmente la decisión de Aodh sin siquiera intentar oponerse.

Necesitaba aire.

Cuando cruzó el umbral hacia el patio de armas, la brisa fría de la noche la envolvió. El lugar estaba casi desierto, apenas iluminado por un farol que parpadeaba junto a la muralla. Creyó, por un momento, que podría disfrutar de un poco de soledad.

Pero no.

Sintió su presencia incluso antes de oír sus pasos. Rowan la había seguido. Se apartó hacia una de las esquinas en penumbra, y cuando él se acercó, ella habló sin mirarlo:

—No pareces muy preocupado porque el compromiso se haya roto.

—Aodh no tomará represalias contra el clan. —Rowan se encogió de hombros—. ¿Por qué habría de preocuparme, entonces?

—Porque tampoco conseguirás los beneficios del compromiso.

—No, no los conseguiré —admitió Rowan sin el menor remordimiento.

Bridgett tornó la cabeza hacia él y lo observó con incredulidad.

—No lo entiendo. Estabas dispuesto a entregar a tu hermana a ese bastardo y, sin embargo, pareces aliviado.

Rowan ladeó la cabeza, una sonrisa apenas perceptible curvándole los labios.

—¿Eso era lo que te tenía tan molesta?

—No estaba molesta, sino furiosa. Me hiciste creer que tu hermana te importaba y luego la ibas a entregar a ese bastardo.

Él la miró con seriedad.

—Y decidiste armar un plan para deshacerte de él sin siquiera consultármelo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Tú ya habías tomado tu propia decisión —espetó Bridgett, alzando el mentón con desafío.

Rowan soltó una risa breve, sin rastro de humor.

—Has tenido suerte de que Aodh sea un hombre temeroso de todo aquello que no comprende. Si no, ahora mismo estaríamos en medio de una disputa entre clanes por tu ocurrencia.

—Mejor eso que entregar a Fiona a un desalmado como ibas a hacer tú.

—No iba a hacer tal cosa, Bridgett. Yo no tuve nada que ver con ese compromiso, ni siquiera lo sabía. Estaba intentando ganar tiempo para encontrar la manera de disolverlo.

Bridgett pudo ver que no había rastro de falsedad en sus ojos. Ella se había equivocado con él. Aun así, era demasiado orgullosa para reconocerlo.

—Entonces debes estar agradecido conmigo. Te he resuelto el problema.

Rowan negó con la cabeza y dio un paso más, acercándose a ella.

—Debería estar muy enojado contigo —dijo, estirando la mano para coger un mechón de su pelo y enredarlo en sus dedos—. Has desconfiado de mí y has tomado decisiones que podrían haber perjudicado al clan.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Bridgett.

—Pero no lo estás.

—No, no lo estoy —reconoció Rowan, y por un instante su voz se volvió baja, áspera—. Quiero tomarte por los hombros y sacudirte hasta que entres en razón, pero también deseo besarte hasta que te rindas a mí.

Bridgett lo miró, atónita ante la crudeza de su sinceridad. Un calor súbito le ascendió por el rostro; el aire entre ambos se volvió denso, casi irreal. Rowan estaba tan cerca que distinguía las

pequeñas motas doradas en sus ojos azules, que centelleaban bajo la luz mortecina del farol. En aquella mirada había algo fiero, pero también una vulnerabilidad que la desarmó.

—Yo nunca me rindo, Rowan —dijo ella, queriendo sonar desafiante, pero la voz le salió más suave de lo que pretendía.

Él sonrió, una mueca corta que no alcanzó a ser totalmente amenazante ni totalmente amable. Era la sonrisa de quien ha decidido asumir el riesgo.

Se quedó en silencio un instante que duró como un latido. El viento traía olor a carne asada y a tierra mojada; la fortaleza respiraba a su alrededor con el eco lejano del laúd. Las sombras del patio se alargaban, grandes y protectoras. Rowan posó una mano en la pared de piedra, junto a la cabeza de ella, mientras la otra descansaba cerca de su cintura. No la tocó con rudeza; era un gesto contenido, mezcla de deseo y resguardo.

—Entonces me conformaré con verte deshacerte poco a poco —murmuró él, su voz grave rozándole la piel—, hasta que no quede en ti más que mi nombre.

—Te estás volviendo demasiado engreído. —Bridgett alzó la barbilla con descaro, aunque su voz tembló apenas un instante.

—¿Engreído? —repitió Rowan en voz baja—. No soy un engreído, solo estoy seguro de lo que quiero.

—¿Y qué es eso que deseas? —preguntó ella, esforzándose por mantener la voz firme, aunque el corazón le latía con tanta fuerza que temía que se le escapara del pecho.

—A ti —respondió sin titubear.

Bridgett dio un paso atrás, pero la pared de piedra detuvo su movimiento, y él tampoco la hubiese dejado irse más lejos, ya que la sujeción en su cadera fue más fuerte. El aire entre ambos se volvió más espeso, más denso. Podía sentir su respiración mezclarse con la suya, el calor de su cuerpo envolviéndola.

—No soy una posesión, laird.

—No, brujilla —murmuró, su aliento rozándole los labios—. No lo eres, pero aun así deseo poseerte.

Ella intentó girar el rostro, huir de esa mirada que la desnudaba más que cualquier caricia, pero él la siguió con la suya, fija,

paciente. Su pulgar rozó la línea de su mandíbula y luego la comisura de sus labios.

Bridgett cerró los ojos, solo un instante, para no ceder. Pero la sensación era demasiado cálida, demasiado viva. La piedra fría en su espalda contrastaba con el fuego que él encendía en su piel.

—No puedes…

Rowan inclinó la cabeza, tan cerca que sus palabras rozaron sus labios como un soplo.

—Puedo. Y tú lo deseas tanto como yo, aunque no quieras admitirlo.

Bridgett sintió que el aire le faltaba. Su corazón golpeaba con tanta fuerza que temió que él pudiera oírlo. El calor de Rowan la envolvía, su aliento rozándole la mejilla. Abrió los ojos para ver su mirada fija en la suya, como si buscara permiso.

Ella quiso apartarse, decir algo mordaz, romper el hechizo que él tejía con su sola cercanía, pero no fue capaz, porque él tenía razón: ella deseaba que la besase. Llevaba días haciéndolo.

Rowan no se movió al principio; solo la observó. Sus ojos recorrían su rostro con una calma peligrosa, como si quisiera grabar en piedra cada rasgo en su memoria: la curva de sus labios, el brillo desafiante en su mirada, el temblor casi imperceptible de su mentón.

—No deberías mirarme así —susurró ella, apenas un soplo.

—¿Así cómo? —preguntó él, su voz ronca, más baja de lo habitual.

—Como si quisieras… —No terminó la frase. No podía.

—Hacerte mía —terminó él por ella.

—¿Y quieres?

Rowan sonrió.

—De momento, me conformo con sentir tus labios.

Antes de que Bridgett pudiera decir una palabra más, Rowan acortó la distancia y unió sus labios a los de ella.

Bridgett sintió que todo el aire se le escapaba del pecho, que su cuerpo olvidaba cómo resistirse. Durante un instante, su mente luchó —como si cada fibra de su ser se debatiera entre apartarse o ceder—, pero la voluntad no siempre es más fuerte que el corazón. Intentó mantener las manos firmes sobre su pecho, un gesto de

protesta que se volvió inútil cuando él, con una suavidad desconcertante, la atrajo un poco más hacia sí.

Al principio, el beso fue cálido, contenido, casi una caricia. El roce de sus labios tenía la cautela de quien teme romper algo frágil, pero también la intensidad de un deseo que llevaba demasiado tiempo contenido. Bridgett sintió cómo su aliento se mezclaba con el de él, cómo su pulso se aceleraba hasta dolerle.

Separó los labios, permitiendo que el beso se hiciera más profundo, más íntimo. Sintió el roce cálido de su lengua, una caricia que la recorrió con lentitud, arrancándole el aliento.

Cualquier resistencia que aún habitara en ella se desvaneció en ese instante. Olvidó todas las razones por las que aquello era una mala idea. Solo existía él: el calor que la envolvía, la manera en que la besaba como si ella fuese su último aliento.

Sus manos, antes tensas, buscaron refugio en su pecho, luego en su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo su piel. Rowan respondió con un leve gemido, apenas un suspiro, y el beso se volvió más intenso, más urgente, incluso salvaje.

Bridgett no se limitó a dejarse llevar. No importaba que fuera la primera vez que alguien la besaba; incluso sin experiencia, se negó a ser una simple espectadora. Respondió al beso con una mezcla de curiosidad y atrevimiento, explorando, aprendiendo, probando hasta encontrar el ritmo que a él también le hiciese temblar.

Rowan lo sintió: el cambio, la osadía, el modo en que ella comenzó a devolverle el beso con una pasión que lo desarmó por completo. Un calor inesperado se apoderó de él, recorriéndole el cuerpo como una llamarada.

Ella era aún más ardiente, más apasionada de lo que él jamás habría imaginado. Cada respuesta suya, cada suspiro que escapaba entre sus labios, lo empujaba un poco más cerca del borde. Rowan se había dicho a sí mismo —y le había dicho a ella— que se conformaría con un solo beso, una sola prueba de lo que ella le hacía sentir, pero ahora sabía que mentía. La deseaba más allá de la razón, más allá del cuerpo. La deseaba a ella entera: su fuerza, su orgullo, su fuego.

Con un esfuerzo casi doloroso, rompió el beso con dulzura, rozando sus labios una última vez antes de separarse. Su respiración era agitada, la de ella también. Sabía que, si la besaba un segundo más, su férreo autocontrol —ese que lo había mantenido siempre a salvo— terminaría por quebrarse. Y por muy fuerte y valiente que ella fuese, era inocente. No la iba a poseer en el patio de armas, donde cualquiera podría verlos.

No, ella merecía algo más que el impulso ciego del deseo. Merecía respeto, aunque en ese momento todo su cuerpo le pidiera lo contrario.

A Bridgett le temblaban las piernas. Si no fuese porque él aún la rodeaba por la cadera con su brazo, se habría caído.

Se quedaron unos instantes en silencio, mirándose como si el mundo se hubiese detenido entre ellos. Ella se humedeció los labios, aún temblorosos, y él cerró los ojos un momento, como si ese pequeño gesto lo torturara. Luego, con visible esfuerzo, la soltó, asegurándose de que podía sostenerse por sí misma, y dio un paso atrás para no ceder otra vez a la tentación.

Rowan no pudo evitar pensar que sus labios eran embriagadores, como un vino demasiado fuerte que deja sin aliento y del que, aun sabiendo el peligro, uno siempre desea otro sorbo.

Porque Bridgett era la más peligrosa de todas las tentaciones que había conocido. Rowan había dejado de intentar resistirse. ¿Para qué mentirse a sí mismo? Tampoco deseaba hacerlo.

—No debimos besarnos —declaró Bridgett, aunque su mano subió hasta sus labios, acariciando el lugar donde habían estado los de él, como si ya pudiera sentir su ausencia, el vacío que había dejado su contacto.

—Tienes razón.

Bridgett bajó la mano al escuchar las palabras de él, y sus ojos comenzaron a brillar con furia.

—Entonces estamos de acuerdo, laird. —Fue a darse la vuelta, dispuesta a marcharse, pero antes de que pudiera dar un solo paso, Rowan sostuvo su muñeca. Tiró de ella, y su espalda chocó suavemente contra la pared de piedra.

Rowan apoyó las manos a ambos lados de su rostro. De pronto, el aire se volvió más espeso. Bridgett quedó atrapada entre la frialdad de la muralla y la calidez abrumadora de su cuerpo, como si hubiera caído en una prisión hecha de músculos y del inconfundible aroma masculino que la envolvía.

—No debimos hacerlo. Porque, brujilla, ahora mismo solo pienso en llevarte a mi alcoba, en despojarte de cada prenda y hacerte mía una y otra vez.

Las mejillas de ella se tiñeron de un rojo profundo, y aun bajo la tenue luz de la luna, Rowan pudo verlo con claridad. El resplandor plateado resaltaba el rubor de su piel, haciéndola parecer más viva, más hermosa, más tentadora.

Bridgett tragó saliva.

—No deberías decir tales palabras.

Rowan ladeó una sonrisa, la voz baja y cargada de intención.

—¿Porque te causan temor o porque temes que me dejarías cumplirlas?

Bridgett lo empujó con firmeza, y él retrocedió apenas un paso, alzando una ceja con diversión.

—Yo no siento temor de nada. —A pesar de sus palabras, el leve temblor de su voz la delató.

Rowan la observó en silencio, con esa calma peligrosa que usaba cuando algo le interesaba demasiado. No se le escapó la forma en que había esquivado su pregunta, pero decidió no insistir.

Pronto sería su esposa.

Habría tiempo para que ella perdiese esos pudores que no reconocía, pero que tenía, tal como era normal en una dama. Tiempo para ver cómo esa fiereza que tanto lo desafiaba se transformaba en pasión.

Porque no deseaba doblegarla; lo que anhelaba era la lucha: ese fuego en sus ojos, esa resistencia que lo encendía y lo mantenía al borde. Pero también deseaba su rendición en la cama. Que ella se deshiciese con sus caricias, que gritase por su liberación.

Sucedería, pero Bridgett aún no estaba preparada para ello. Por eso, él esperaría un poco más antes de recordarle que debían casarse. Esperaría a que ella lo desease.

—Deberíamos entrar dentro —dijo él.

Bridgett asintió, aunque ninguno de los dos se movió. Permanecieron frente a frente, el aire entre ambos vibrando con algo que ninguno se atrevía a romper. El viento nocturno jugó con un mechón del cabello de Bridgett, y Rowan, casi sin pensarlo, lo apartó con los dedos, rozándole la mejilla.

—Me lo pones muy difícil para hacer lo correcto —murmuró, su voz ronca, tan cerca que ella podía sentir el calor de sus palabras contra la piel.

Bridgett alzó el mentón, decidida a no mostrarse vulnerable, pese a tener la espalda contra la pared y su cuerpo atrapado entre los brazos de él.

—Por suerte para ti, yo no soy tan débil —respondió con convicción, mirándolo directamente a los ojos. Y después, con un movimiento rápido, Bridgett se deslizó por un costado, esquivando el muro de su cuerpo, y caminó hacia el interior de la fortaleza con paso decidido, sin mirar atrás.

Rowan la siguió con la mirada, una sonrisa lenta y peligrosa se curvó en sus labios antes de soltar una carcajada baja, de esas que nacen en el pecho.

—Por todos los santos… —murmuró para sí, divertido—. Esa mujer va a ser mi perdición.

Y solo entonces, la siguió hacia el gran salón, donde el murmullo de la música se mezclaba con el recuerdo ardiente de su beso.

Capítulo 24

—¿Dónde está Fiona? —le preguntó Bridgett a Espelth y Shorna cuando regresó al gran salón.

Las dos jóvenes estaban solas, de pie, cerca de la chimenea.

—En el establo —respondió Shorna.

—Voy a ir a verla.

Shorna la sujetó del brazo antes de que esta pudiera moverse.

—Nos ha echado a Espelth y a mí —explicó—. Quiere estar sola con su yegua. Necesita calmarse. Nunca se había enfrentado a Sven de esa manera.

—Y ya era hora de que lo hiciera —apostilló Espelth, con una sonrisa satisfecha mientras cruzaba los brazos—. Alguien debía ponerlo en su lugar.

—Es su hermano mellizo, Espelth —suspiró Shorna—. Ella lo quiere.

—Y eso hace no solo que lo defienda, sino que aguante todas sus necedades.

—Esta vez no lo ha aguantado, le ha plantado cara —dijo Bridgett.

—Y ha sido gracias a ti. —Shorna esbozó una sonrisa—. Gracias a ti todas somos un poco más valientes.

—Yo ya era bastante valiente —dijo Espelth con falsa molestia, haciéndolas reír a las otras dos.

—Te hemos visto irte con el laird. —Shorna miró a Bridgett con una sonrisa curiosa—. ¿Estaba muy enfadado?

—Si lo estaba, Bridgett ha encontrado la manera de que se le pase —añadió Espelth con picardía. —Shorna frunció el ceño, sin comprender, hasta que Espelth añadió en voz baja—: Fíjate en sus labios, los tiene hinchados.

Bridgett se llevó la mano a la boca, abriendo los ojos con fingida indignación.

—No digas necedades —protestó, aunque el rubor en sus mejillas la delató al instante.

—Es tu prometido, no tiene nada de malo —dijo Shorna, encogiéndose de hombros.

—Y aunque no lo fuese —apuntó Espelth antes de que Bridgett pudiera replicar—, un beso no es como si entregaras tu virtud. —Se detuvo durante un instante—. Porque no se la has dado, ¿verdad?

—¡Espelth! —exclamó Bridgett, más escandalizada de lo que realmente estaba—. ¡Por todos los santos, habla más bajo! Si alguien te oyese, pensaría que soy una ramera.

Espelth soltó una carcajada.

—Ningún hombre creería eso. Es más probable que piensen que le has dado una paliza a tu prometido antes que acostarte con él.

Bridgett puso los ojos en blanco, fingiendo fastidio ante las necedades de su amiga. Pero, en el fondo, sabía que había algo de verdad en ello. La Bridgett que llegó por primera vez al clan Fraser habría respondido con furia —quizá incluso con una bofetada— si Rowan se hubiese atrevido a insinuar algo semejante.

Pero la Bridgett de ahora —la que había sentido el roce de su voz, el peso de su mirada— ya no era la misma. Lo que antes le habría provocado ira, ahora despertaba en ella un calor extraño, tan nuevo como prohibido. No podía negarlo: las palabras atrevidas de Rowan la habían turbado y fascinado.

Por eso se había marchado del patio de armas. Porque, aunque jamás lo admitiría —ni ante él ni ante sí misma—, lo deseaba. Y no solo sus besos.

Bridgett debía reconocer, aunque fuera tan solo en sus pensamientos, que besar a Rowan había sido la sensación más intensa y embriagadora que había experimentado en toda su vida. Jamás imaginó que algo pudiera hacerla sentir con tanta intensidad, que un simple beso pudiera desarmarla por completo, robándole el aliento y la sensatez al mismo tiempo.

El sonido de una flauta y un tambor rompió el murmullo del gran salón y sus pensamientos. El grupo de músicos había comenzado a tocar una melodía alegre, diferente a las que habían interpretado hasta ese momento; una de esas que hacían temblar el suelo de piedra y levantar sonrisas incluso en los más serios.

—¡La danza del clan! —gritó Shorna con entusiasmo—. ¡Vamos, Bridgett, ven con nosotras a bailar!

Bridgett negó con la cabeza, alzando las manos en un gesto de rendición.

—No sé bailar. En mi tierra, los bailes eran para las damas, y yo nunca he querido ser una.

Espelth chasqueó la lengua.

—Pues has tenido suerte de venir a Escocia, porque aquí los bailes no son para damas, son para las mujeres más atrevidas. —Y antes de que Bridgett pudiera volver a negarse, ambas jóvenes la tomaron, una de cada brazo, y la arrastraron hacia el centro del salón, donde los miembros del clan que no estaban vencidos por el alcohol comenzaban a prepararse para el baile.

El suelo de piedra empezó a vibrar bajo los pasos de los hombres que ya marcaban el compás con las botas.

Los músicos aceleraron el ritmo y el tambor marcó un compás más vivo. Shorna le indicó a Bridgett con un gesto que debía tomarse de las manos con los demás para formar el círculo. Ella obedeció con torpeza, intentando seguir los pasos. Casi perdió el equilibrio, y su risa se unió a la de los que la rodeaban.

No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, pero, por primera vez en mucho tiempo, no le importó. No tenía nada que demostrar ni nadie la juzgaba: solo se estaba divirtiendo.

Giró al compás del tambor, y al hacerlo, lo vio.

Rowan estaba al otro lado del círculo, participando en la danza. Sus movimientos eran habilidosos y seguros, como si aquel baile formara parte de él. Cuando el grupo cambió de pareja y él terminó frente a ella, no pudo evitar sonreír.

—No os tenía por un bailarín, laird —dijo entre jadeos, intentando mantener el paso.

Él le devolvió una sonrisa apenas torcida, con ese brillo en los ojos que la desarmaba.

—He aprendido a bailar como todos, aunque hacía tiempo que no lo hacía —respondió, inclinándose un poco hacia ella sin romper el ritmo—. Pero te he visto entrar en el baile y no he podido evitar unirme. Me resulta muy difícil mantenerme lejos de ti.

Bridgett sintió cómo el rubor le subía por el cuello hasta las mejillas. Bajó la mirada, pero la sonrisa que se dibujó en sus labios la delató. Por un instante, el bullicio del salón pareció desvanecerse; solo existía el calor de su cuerpo cerca del suyo, el sonido acompasado de sus pasos y el brillo travieso en los ojos de él.

Y aunque quiso decir algo —alguna réplica ingeniosa, una de esas que solía usar para mantener las distancias—, las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Porque a ella también le estaba costando mantenerse alejada de él.

El baile continuó, y la música los obligó a separarse, mezclándose con el resto de los bailarines. Entre giros, risas y aplausos, Bridgett apenas alcanzaba a ver a Rowan de reojo, alto entre la multitud, moviéndose con sorprendente soltura para ser un guerrero.

Cuando la melodía llegó a su fin, el salón estalló en vítores y palmas. Shorna, riendo, la tomó del brazo.

—Ven, necesitamos algo de beber antes de que empiece otra.

Bridgett asintió, aún un poco sin aliento, y siguió a Shorna y Espelth hasta una de las mesas donde las jarras de hidromiel brillaban a la luz del fuego.

—No bailas nada mal —comentó Shorna, mientras llenaba las copas y le tendía una a Bridgett.

—No sé nada de bailes —reconoció Bridgett, encogiéndose de hombros—. Solo me he dejado llevar por la música.

—Y eso, querida, ya es toda una novedad. —Espelth le guiñó un ojo.

Bridgett la miró con cierta suspicacia.

—¿A qué te refieres?

—Siempre sueles ser muy contenida, pero hoy te estás dejando llevar y te estás divirtiendo.

Por el tono de su voz y la picardía en su mirada, Bridgett sabía que Espelth se estaba refiriendo a algo más que al baile. Pero no la contradijo, porque sabía que tenía parte de razón.

Bridgett siempre había intentado mantener el control, mostrarse fuerte, impasible e intocable. Pero desde que había llegado al clan Fraser, algo dentro de ella empezaba a resquebrajarse, como si las

murallas que había levantado durante años comenzaran, por fin, a caer. Estaba descubriendo una parte de sí misma, más allá de esa guerrera que había ido construyendo con los años. Estaba descubriendo a la mujer que tenía sentimientos por un hombre, que disfrutaba de una fiesta con sus amigas y que no tenía que estar preocupada por demostrar su valía, porque allí nadie la juzgaba.

Y le gustaba esa parte de sí misma.

Por el rabillo del ojo vio a Rowan al otro lado del salón, conversando con su segundo. Archer tenía ese semblante serio que siempre lo acompañaba, y Rowan escuchaba con atención lo que fuese que le estuviese diciendo.

Bridgett intentó apartar la vista, pero le fue imposible. Su mirada volvía a él una y otra vez, como si no pudiera resistirse a hacerlo.

—¡Bridgett, menos mal que estás aquí! —La voz de Fiona la hizo girarse para verla acercarse a paso apresurado.

—¿Qué sucede? —le preguntaron las tres jóvenes a la vez, pero Fiona solo fijó su mirada en Bridgett.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto y su semblante reflejaba la preocupación que la atenazaba.

—Branna se ha puesto de parto, pero el potrillo viene de nalgas —dijo entre jadeos—. El mozo de cuadras que suele encargarse de los partos no se halla en la fortaleza, y Coirce apenas tiene experiencia. No sabe qué hacer en semejante situación. ¿Podéis ayudarnos?

Bridgett asintió con rapidez.

—He atendido muchos partos de yeguas, y alguno vino de esa manera. Sé lo que hay que hacer.

—¿En todos sobrevivieron la madre y el potrillo? —preguntó Fiona, temerosa.

—No —respondió Bridgett, sin atreverse a mentirle. Sin embargo, al ver el rostro decaído de la joven, añadió—: Pero vamos a salvarlos a los dos. No les va a pasar nada. Siempre que nos apresuremos, estarán bien. Necesitamos grasa animal y una cuerda suave.

—Yo me encargo de conseguirlo —se ofreció una voz masculina con decisión.

Bridgett giró la cabeza al ver a Rowan a su lado. ¿Cuándo se había acercado a ellas? ¿La había estado observando todo el tiempo, como ella a él, y se había dado cuenta de lo que sucedía?

Las preguntas se agolparon en su mente, pero las apartó de inmediato. En ese instante, lo único que importaba era Branna.

—Date prisa —insistió, apremiante—. Cada instante cuenta.

Sin perder un segundo, Bridgett salió disparada del gran salón, seguida de Fiona y sus dos amigas.

Capítulo 25

Bridgett estaba agotada; había sido el parto más extenuante al que había asistido. Branna estaba sana y fuerte, jadeando con esfuerzo, pero el potrillo yacía inmóvil a su lado, tembloroso, sin fuerzas para ponerse en pie. Apenas respiraba, y Bridgett sintió un nudo de preocupación apretándole el pecho.

—Lo único que podemos hacer —susurró, más para sí misma que para las demás—, es esperar.

—Branna no puede perder a su potrillo —dijo Fiona con voz temblorosa, acariciando el lomo de la yegua con suavidad.

Fianch se acercó con cuidado, entrando en el establo; Branna lo miró y, por un instante, Bridgett creyó percibir un intercambio silencioso de ánimo entre los dos animales. Luego, el semental volvió su mirada hacia su potrillo y relinchó, como implorándole que sobreviviese.

—Voy a hacer todo lo posible para que salga de esta sano y fuerte —le prometió Bridgett al semental, inclinándose hacia él con respeto y cuidado.

El caballo giró la cabeza para mirarla, moviéndola como si entendiese y aprobara sus palabras.

Rowan observaba la escena con asombro y admiración. Sabía que los caballos no podían comprender literalmente lo que Bridgett decía, pero no cabía duda de la conexión que ella sentía con ellos. Durante las últimas horas había trabajado con una habilidad y una delicadeza que superaban a cualquiera que él hubiese visto antes. Había demostrado un talento innato para guiar a la yegua en el parto, para calmarla y hacer que confiase en ella por completo.

—Será mejor que os marchéis a dormir. No os preocupéis, yo me quedaré cuidando del potrillo —dijo Bridgett.

El mozo de cuadras asintió, agotado como estaba y con la seguridad de que la mejor para esa tarea era Bridgett.

Espelth y Shorna se habían marchado antes de que el potrillo naciera, ya que lo único que hacían en el establo era molestar, pero

habían prometido regresar por la mañana.

—No voy a irme —se negó Fiona, mordiendo su labio inferior con fuerza—. Branna me necesita.

—Lo que Branna necesita es descansar y coger fuerzas —trató de convencerla Bridgett—. El potrillo no tardará en mejorar, y entonces querrá comer.

—¿Y si muere? —Los ojos color miel de Fiona se llenaron de lágrimas—. Branna me necesitará para apoyarla.

Bridgett esbozó una sonrisa cálida.

—Estás agotada, Fiona.

—Tú también.

—Es verdad, mas yo puedo ayudar al potrillo con lo que necesite. Tú no.

Fiona negó con la cabeza. Fue a abrir la boca para expresar su desacuerdo cuando Rowan habló:

—Debes descansar, hermana. Mañana por la mañana tendrás que sustituir a Bridgett y tienes que estar descansada.

—No necesito descansar.

—Estás agotada —insistió Rowan—. Parece que vas a desmayarte en cualquier momento.

—Ni que a ti eso te importase —dijo Fiona, abriendo los ojos cuando se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Discúlpame, yo…

Rowan venció la distancia que lo separaba de su hermana y le sujetó la mano, un gesto cariñoso que Fiona no se esperaba, mas no se apartó.

—Sé que no he sido el mejor hermano para ti, pero te prometo que eso va a cambiar. Si me das una oportunidad, me gustaría ser el hermano mayor que debería haber sido.

Fiona observó a Rowan durante unos instantes en silencio. Apartó su mano de la de él y, por un momento, Rowan creyó que sucedería lo que más temía: que lo rechazara. Porque quizá las malas artes de su madrastra habían conseguido que, incluso después de su muerte, Fiona no quisiera saber nada de él.

Tal vez Bridgett se equivocaba y no había vuelta atrás.

Sin embargo, Fiona lo abrazó. Rodeó el cuello de él con sus brazos y lo atrajo hacia ella.

—Por supuesto que quiero, Rowan. Eres la única familia que nos queda.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, hermano —dijo Fiona cuando se separó de él.

—Ahora, vete a tu alcoba a descansar.

Fiona exhaló un largo suspiro.

—Tienes razón. Debo descansar, pero prométeme que si el potrillo… —No pudo terminar la frase, ya que su voz se quebró por la preocupación.

—Te avisaremos —le aseguró Bridgett con un leve gesto tranquilizador.

Fiona se acercó, rodeándola con un abrazo, y sus labios se acercaron a la oreja de Bridgett en un gesto cómplice.

—Gracias por todo —susurró Fiona—. Eres como una hermana para mí.

Bridgett se esforzó por mantener la compostura, luchando para que una lágrima, que amenazaba con escapar de sus ojos, no la traicionase.

—¿No te vas? —le preguntó Bridgett a Rowan cuando se quedaron solos.

—Por supuesto que no —respondió él, como si la sola pregunta lo ofendiese—. No voy a dejarte sola.

—He pasado muchas noches en los establos del castillo de mi padre cuidando a los caballos. No solo durante los partos, también cuando enfermaban. Y todas las veces lo he hecho sola.

Rowan esbozó una sonrisa.

—Por suerte para ti, esta vez me hallo a tu lado.

Ella rodó los ojos.

—Ve a dormir, Rowan. No te necesito.

Él atrapó su mano, acercándola hacia sí.

—Mas yo sí te necesito a ti, brujilla. No pienso apartarme de aquí, así que ahorra fuerzas y deja de luchar.

Los labios de él quedaron a un suspiro de los suyos, y Bridgett no estaba segura de a qué lucha se refería. Pero, por primera vez en

su vida, deseaba rendirse por completo.

Sin pensarlo demasiado, tomó la iniciativa: acercó sus labios a los de él y lo besó, pillándolo completamente por sorpresa. Rowan parpadeó, inmóvil un instante, antes de corresponder con la misma intensidad.

Fue un beso corto, al ser interrumpido por el relincho de Fianch.

Bridgett se movió con rapidez, con el corazón en un puño, temiendo que al potrillo le hubiera sucedido algo. Pero, al llegar junto a él, vio que seguía débil, sí, pero luchando por su vida. Respiró aliviada y volvió la vista hacia el semental, que observaba a Rowan con los ojos entrecerrados.

—Maldito caballo —masculló Rowan—. Lo ha hecho adrede para que dejemos de besarnos. —A pesar de que le costaba creerse sus propias palabras, no tenía ninguna duda de ellas. O tal vez era aquella mujer la que lo estaba enloqueciendo, haciéndole ver cosas donde no las había. Pero, por extraño que pareciera, era una locura que le resultaba agradable.

Bridgett soltó una carcajada.

—No eres de su agrado —dijo, divertida, mientras Fianch relinchaba de nuevo, como si aprobara su comentario.

—Tendrá que superarlo, porque no pienso moverme de aquí —bufó Rowan, mirando a Fianch con un gesto desafiante.

Bridgett sacó del saquito de cuero colgado a su cinturón un pequeño terrón de azúcar y se lo ofreció a Rowan.

—Dáselo.

Rowan arqueó una ceja, incrédulo.

—¿Crees que me ganaré su afecto con comida?

—Prueba.

Rowan hizo una mueca, poco seguro, pero ofreció el terrón a Fianch. El semental olfateó la mano del laird, lo tomó con rapidez y luego, aunque continuaba observándolo de reojo, se apartó satisfecho.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba.

—Es un goloso. Se le conquista con algo dulce —respondió Bridgett.

—Eso explica por qué tú te lo ganaste tan pronto. —Rowan esbozó una sonrisa—. No hay nada más dulce que tú.

Bridgett se rio, negando con la cabeza.

—Me han llamado muchas cosas, laird, pero dulce nunca ha sido una de ellas.

Rowan acortó la distancia entre ambos, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Eso es porque te muestras fuerte y dura, pero Fianch ha resultado ser muy inteligente.

—¿Más inteligente que tú?

—Mucho más. He debido probar tus labios para comprender que un terrón de azúcar es dulce, sí, pero nunca tanto como tú.

Bridgett sonrió.

—¿Nunca te han dicho que eres un zalamero?

—Alguna vez —respondió él con una sonrisa pícara.

—Conmigo no te va a funcionar.

—No lo digo para ganarme tu afecto, brujilla —susurró Rowan, mientras enrollaba un mechón de su cabello entre los dedos—. Sé bien que no eres una mujer que se conquiste con palabras dulces. Simplemente, estoy siendo honesto contigo.

Bridgett se mordió el labio inferior.

—Nunca pensé que que me llamasen dulce fuese algo que me gustase.

Rowan sonrió, tirando del mechón y acercándola un poco más a él.

—Eso es porque soy yo quien te lo está diciendo.

Bridgett negó con la cabeza, divertida y exasperada a la vez.

—Tienes demasiado ego y confianza en ti mismo, laird.

Rowan soltó una risa suave, mirándola con intensidad.

—Confía en mí, brujilla. Sé lo difícil que es ganarme tu confianza y lo mucho que me gustaría lograrlo, pero no estoy seguro de ser capaz.

—Te ganaste parte de mi confianza el otro día en la cocina.

Él levantó la otra mano y le acarició la mejilla con el dorso.

—Y la perdí en cuanto el prometido de mi hermana llegó al clan. Ni siquiera te molestaste en preguntarme.

Aunque él seguía acariciándola, Bridgett podía ver en sus ojos que aún había cierto reproche.

—Y te pido disculpas por ello —dijo ella con sinceridad—. No debí tomar decisiones tan apresuradas.

—No, no debiste —respondió él con calma—. Pero te conozco lo bastante como para saber que disculparte no es algo que hagas con facilidad, así que me lo tomaré como un gran triunfo.

Bridgett arqueó una ceja, conteniendo una sonrisa.

—No has ganado la guerra, laird —le replicó con un toque de orgullo.

—No estamos en guerra, Bridgett. Quiero que nos casemos, y no solo porque sea lo que debemos hacer, sino porque eres la única mujer con la que deseo hacerlo.

—Siempre he pensado que el matrimonio no era para mí —confesó Bridgett con un suspiro—. No creo que pueda ser una buena esposa, y menos la de un laird.

Rowan dio un paso atrás, y Bridgett sintió cómo el aire se volvía más frío, lleno del vacío que dejaba su distancia.

—No quiero cambiarte, Bridgett. Me gustas como eres. Y mírate: llevas un vestido y estás cómoda con él.

Ella bajó la mirada hacia su vestido, manchado de barro, sangre y suciedad tras haber atendido el parto.

—No creo que quieras que reciba a los invitados del clan con este aspecto —murmuró, con un atisbo de vergüenza en su voz.

Rowan soltó una risa grave y cálida.

—Espero que, al menos para los invitados, luzcas un poco más limpia —dijo, inclinándose ligeramente hacia ella—. Pero a mí me parece bien que, cuando no estés atendiendo visitas, atiendas partos o enseñes a las mujeres a pelear. De hecho, quiero que lo hagas. Me gusta verte luchar.

—¿Y batirme en duelo? ¿Y estar en la primera línea si el clan es atacado? —preguntó Bridgett, arqueando una ceja.

Rowan se rio.

—Nunca voy a estar feliz viéndote ponerte en peligro, brujilla —reconoció, a la vez que le rodeaba la cintura con su brazo y la

acercaba a él—. Y pienso prohibir los duelos. Nadie va a poder batirse en duelo. Ni hombres ni mujeres.

Bridgett sonrió. Ese hombre era imposible.

—Debo reconocer que ponerme un vestido que sea de mi agrado, de vez en cuando, no me resulta tan malo. Sobre todo, si sé que no tengo nada que demostrar.

—Y aquí, en el clan, no tendrás que hacerlo. Puedes ser tú misma, con vestido o sin él.

—Bien —respondió Bridgett, con un leve asentimiento.

—Enviaré a un hombre al pueblo a buscar un sacerdote.

—Yo no he dicho que vaya a casarme contigo, laird.

Rowan emitió un suspiro contenido.

—Eres una mujer muy tozuda, brujilla —dijo, haciendo una pausa—. Pero yo lo soy aún más. Por eso voy a recordarte una de las razones por las que querrías casarte conmigo.

Antes de que Bridgett pudiera replicar, Rowan inclinó la cabeza y presionó sus labios contra los de ella. Ese beso fue distinto a los anteriores: más intenso, cargado de intención, un gesto que hablaba de deseo, promesas y complicidad. Un beso que era la premisa de una vida juntos. Una vida feliz.

Cuando el beso se rompió, Bridgett lo miró. Sabía que Rowan estaba esperando una respuesta, pero, a pesar de todo, ella aún no estaba preparada para dársela. No porque no lo tuviese claro, sino porque aún había una mentira sobre ellos. Una que ella ya no podía seguir callándose.

Abrió la boca, pero un suave relincho la hizo girarse. El potrillo estaba intentando incorporarse sobre sus patas temblorosas. Su madre lo observaba de cerca, alentándolo con suaves movimientos de su cabeza y relinchidos tranquilizadores. Con esfuerzo, y tambaleándose, el pequeño logró ponerse en pie, tambaleante pero vivo, y acercó su hocico al costado de la yegua para mamar, recibiendo el primer alimento que lo fortalecería.

—Va a ponerse bien. Trueno va a vivir.

—¿Trueno? —repitió Rowan.

—Siempre he querido tener un caballo de guerra. Y sabia que ese sería su nombre.

—¿Crees que el caballo va a ser tuyo?

—Soy una guerrera, necesito un caballo de guerra.

Rowan suspiró.

—Bridgett, vas a ser la señora del clan.

Bridgett se giró para mirarlo.

—Has dicho que iba a dejarme ser como soy.

—Y tú que podías ejercer las funciones de una señora del clan.

Bridgett no había dicho exactamente eso, pero prefirió no corregirlo.

—Una señora del clan con un caballo de guerra.

Rowan puso los ojos en blanco.

—Una mujer no puede tener un caballo de guerra, Bridgett. Son muy valiosos y los necesitamos para el campo de batalla.

Trueno dejó de mamar, y con pasos temblorosos, se dirigió hacia Bridgett ante la atenta mirada de Branna. Fianch también los observaba a la distancia.

Cuando el potrillo posó la cabeza en la pierna de Bridgett, esta lo acarició.

—Convenceré a este hombre tozudo, te lo prometo —susurró—. Tú y yo vamos a formar un gran equipo.

Rowan suspiró, resignado.

—Muy bien, pero no vas a ir a participar en ninguna batalla, Bridgett.

Ella se encogió de hombros. De momento, se conformaba con poder tener su propio caballo de guerra.

Trueno regresó con su madre para continuar comiendo. Branna miró a Bridgett con unos ojos que para ella mostraban su agradecimiento.

—Vas a ser una madre estupenda, Branna.

—Tú también lo serás —le dijo Rowan. Bridgett giró la cabeza para mirarlo con la ceja alzada—. Me gustaría que tengamos hijos pronto.

Bridgett arrugó el ceño.

—No he dicho que vaya a casarme contigo.

—¡Por los clavos de cristo, Bridgett! —Rowan bufó, exasperado —. Te he regalado un caballo. ¿Por qué tienes que ser tan difícil?

Bridgett esbozó una sonrisa.

—Porque lo sencillo es aburrido, laird.

Y a su pesar, Rowan no pudo hacer otra cosa que estar de acuerdo con ella.

Capítulo 26

Aquella mañana, Bridgett se había despertado feliz.

El cielo lucía más azul que nunca, los pájaros trinaban con un brío contagioso, y hasta a ella le apetecía ponerse a cantar, aunque su voz sonara como la de un grillo desafinado. Incluso, pese a que jamás lo reconocería en voz alta, había dejado escapar algún que otro suspirito mientras se llevaba una mano al corazón.

Porque entre los Fraser se sentía en casa. Por primera vez en su vida, sentía que pertenecía a un hogar, no solo a un lugar. Y, más que todo, porque su corazón había elegido —sin remedio alguno— a Rowan.

No sabía exactamente cómo había sucedido; tenía claro que no fue de un día para otro. Había sido un proceso lento, casi imperceptible al principio, un sentimiento que había ido creciendo poco a poco, sigiloso pero persistente, hasta arraigarse en lo más profundo de su corazón.

Bridgett no había creído que fuese capaz de amar, pero lo era. Y lo era con la misma fuerza con la que hacía todo lo demás.

Habían pasado toda la noche junto al potrillo, velando porque se mantuviera fuerte y sano. A la mañana siguiente, aunque Fiona se había encargado de atenderlo, tanto Bridgett como Rowan no pudieron evitar acercarse a verlo de nuevo. Ellos no habían estado de nuevo a solas, pero, aun así, las miradas cómplices eran evidentes.

Bridgett había planeado que, después del entrenamiento con las mujeres, lo buscaría. Entonces le revelaría la verdad sobre su hermana Amelia y, si él la perdonaba —que esperaba con todo su corazón que fuese así—, ella aceptaría casarse con él.

Lo haría de buen grado. Lo haría porque, en el fondo, era algo que anhelaba. Sin embargo, una sombra de tristeza empañaba su dicha al pensar que su familia no estaría presente en aquel día tan señalado. Ni siquiera su padre, aquel al que, pese a que aún

guardaba la herida abierta de lo que le había hecho, seguía queriendo.

Salió de su alcoba, ataviada con sus pantalones y camisa, lista para dirigirse al campo de entrenamiento, donde las jóvenes la esperaban. Sus pasos resonaban contra la piedra del pasillo, firmes y decididos, mientras se preparaba para enfrentar un nuevo día. Uno en el que, por fin, podría ser sincera del todo, sin temor a hacer daño a su hermana. Ella confiaba en Rowan con todo su ser. Él le guardaría ese secreto.

Al girar hacia un corredor más estrecho, distinguió de repente una figura que le resultaba inconfundible. Él estaba de espaldas, los hombros anchos y la postura firme; podía reconocer a Rowan entre mil hombres.

Fue a saludarlo, pero, antes de que alcanzara a hacerlo, un detalle la detuvo en seco: no estaba solo.

Se encontraba junto a una joven: Greer, la sirvienta que siempre había sido muy amable con ella. La que siempre le sonreía y se ofrecía a lavarle la ropa. La joven que, aunque no habían hablado demasiado y no podía considerarla su amiga, Bridgett respetaba.

La misma joven que estaba besando en esos instantes a Rowan.

Bridgett sintió que su corazón se desgarraba en mil pedazos. Después de los besos, después de las promesas de confianza, después de todas las palabras llenas de ternura y deseo que habían compartido en estos últimos días, Rowan la estaba traicionando.

Todo parecía haberse venido abajo en un instante. La había engañado, la había mentido, la había utilizado. Todo para lograr casarse con ella. ¿Cómo había sido tan ciega, tan estúpida, para confiarle su corazón?

El dolor le ardía en el pecho, entrelazado con la rabia y la incredulidad. No había sido solo un beso; había sido la fractura de toda la confianza que había depositado en él, la prueba cruel de que Rowan —el hombre que había conseguido que se enamorase sin remedio— era capaz de mentirle y usarla para sus propios fines.

Había estado a punto de casarse con él. De unir su vida a la de ese malnacido.

Bridgett alcanzó a ver cómo la joven se apartaba de Rowan y escuchó la voz de él, pero no se detuvo. Por primera vez en su vida, hizo algo que jamás creyó posible: corrió. Huyó antes de que pudieran percatarse de su presencia.

Porque el dolor que sentía en ese momento era más intenso que cualquier herida mortal. A diferencia de lo que había creído toda su vida, el corazón dolía, y lo hacía con una fuerza que la dejaba sin aliento, como si cada latido arrasara con todo a su alrededor.

Sus piernas temblaban, y un nudo se le apretaba en la garganta. La rabia, la traición y la desilusión se mezclaban en un torbellino que la impulsaba a correr, a desaparecer entre los pasillos de piedra antes de que Rowan pudiera siquiera tocarla.

No quería oír sus explicaciones, no quería ver la disculpa que sabía que le ofrecería. Nada de eso podría borrar la imagen que acababa de grabarse en su mente: él con otra, con una joven que no era ella. Cada recuerdo de sus besos, cada promesa de confianza, se convertía ahora en un puñal que desgarraba su pecho.

Y, aun así, a pesar del dolor, una parte de ella seguía amándolo. Esa contradicción la hacía tambalear, y el aire fresco que le acarició al salir al patio de armas apenas le ayudaba a respirar.

Tenía que huir, marcharse lejos, y hacerlo para siempre.

El problema era que no tenía adónde ir. No podía regresar al castillo de su padre. No cuando este también la había traicionado.

Mientras prácticamente corría por el patio de armas, recordó que Caristiona le había entregado el mapa con la posición del clan en el que nació su madre: el clan MacDuff. Ella lo había memorizado. Allí es donde tenía que ir. Al clan donde su madre nació, el que abandonó para casarse con su padre.

Llegó al establo. Fiona estaba allí sola, acompañada únicamente por los caballos. No había rastro del mozo de cuadras ni de nadie más, aunque a esas horas no le sorprendía; los guerreros estaban entrenando.

—No voy a ir a entrenar. Quiero quedarme con Branna —comenzó Fiona, pero se interrumpió al ver el gesto sombrío de su amiga—. ¿Qué sucede?

—Acabo de ver a Rowan besando a Greer.

Fiona abrió los ojos de par en par.

—No... no puedo creérmelo. Yo creía que él te sería fiel.

—Yo también —confesó Bridgett, con la voz entrecortada.

—Tal vez Rowan sea de esos que piensan que no debe serlo hasta el matrimonio —sugirió Fiona—. Ya sabes cómo son los hombres…

—Puedo entender que algunas mujeres acepten eso, pero yo no.

—Creo que yo tampoco —admitió Fiona.

—No es solo que se bese con otra lo que me duele, Fiona —dijo Bridgett, deteniéndose un instante, con los ojos humedecidos—. Es su traición, sus mentiras, que me hiciera creer que yo era la única mujer que él… —se interrumpió, negando con la cabeza—. No importa ya, nada de eso importa. Debo irme.

Fiona la observó, preocupada.

—¿Vas a regresar a Inglaterra?

—No —respondió ella—. Y tampoco puedo decirte adónde iré. Cuanto menos sepas, mejor.

Fiona se acercó a ella y tomó sus manos.

—Nunca te delataría.

—Lo sé —Bridgett esbozó una sonrisa—, pero no quiero ponerte en este aprieto.

—No quiero que te vayas —murmuró—, pero te conozco, y sé que no hay forma de pararte. ¿Cómo piensas marcharte?

—Me llevaré a Fianch. Lo devolveré en cuanto llegue al lugar al que voy.

—No puedes salir sin ser vista.

—Esperaré a la noche y lo haré a hurtadillas. Debo marcharme. Despídeme de las mujeres.

Fiona la observó en silencio un instante.

—Todavía quedan muchos invitados de la fiesta, se marcharán durante la mañana. Métete entre ellos —le propuso—. Yo distraeré a los guardias del puente levadizo. Nadie notará que te vas.

—No quiero causarte problemas.

—No lo harás, y, aunque lo hagas, no me importa.

—Gracias, Fiona. —Bridgett apretó las manos de la joven antes de soltarla—. Cuida a Trueno por mí.

—Lo cuidaré mejor que a mi propia vida —le prometió—. Ahora, debemos darnos prisa; los invitados que quedan se marcharán pronto, y después será más difícil que huyas. Necesitas más cosas que el caballo.

—Nosotras te conseguiremos bebida y comida —se ofreció Espelth, sorprendiéndolas.

Bridgett se giró para verla junto a Shorna en la puerta del establo.

—Hemos venido a ver a Trueno y hemos escuchado casi toda la conversación —reconoció Shorna—. Rowan es un necio.

—Es la primera vez que te escucho hablar mal de Rowan —dijo Bridgett.

—Creo que es un buen laird, pero lo que nos ha hecho es imperdonable.

—A vosotras no os ha hecho nada.

—Sí que lo ha hecho —replicó Shorna con una mueca triste—. Por su culpa vas a marcharte y vamos a perder a nuestra amiga.

Las otras dos asintieron, y Bridgett se limpió con el dorso del dedo una lágrima.

—Seguiré siendo vuestra amiga. Pero no puedo quedarme.

—Lo sabemos —dijo Espelth—. Y haremos sufrir a ese necio por ti.

Bridgett esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Prométenos que te cuidarás —le pidió Fiona, con la voz entrecortada. La joven estaba conteniendo las lágrimas.

—Llevo mi daga y sé defenderme. Todo irá bien.

Las jóvenes asintieron, aunque ninguna lo creyó del todo. Y Bridgett no podía culparlas, porque hasta ella lo sabía: nada iría bien.

No cuando tenía el corazón roto. No cuando acababa de descubrir que era mucho más que una guerrera: era una amiga y una mujer que amaba con tanta fuerza que no estaba segura de poder recuperarse.

Porque ella sabía que, por mucho que se alejase, por lejos que se fuese, por más traicionada que se sintiese, siempre amaría a Rowan.

Capítulo 27

En cuanto Bridgett llegó a la fortaleza del clan MacDuff, se dio cuenta de que era un clan pequeño y mal protegido. La fortaleza, aunque no estaba en ruinas, se veía deteriorada y no era demasiado grande. Pero lo más sorprendente fue que había podido cruzar el puente levadizo sin que nadie se molestara en preguntarle quién era, a pesar de ir montada en un caballo de guerra y vestir ropas que cualquiera habría atribuido a un hombre.

Estaba bastante segura de que ni siquiera se habían percatado de su llegada.

Se dirigió a los establos en busca del mozo de cuadras, pero no lo encontró por ningún lado. Los caballos estaban bien cuidados, aunque enseguida notó que la mayoría no eran de gran valor ni servirían de mucha ayuda en una batalla.

Sabía que el clan de su madre nunca había sido especialmente poderoso, pero se había esperado algo más: más orden, más vigilancia.

El clan Fraser no estaba pasando por su mejor momento y, aun así, podían defenderse en una contienda, pues había visto a Rowan entrenar a sus hombres para convertirlos en feroces guerreros.

Bridgett negó con la cabeza. Tenía que dejar de pensar en ese hombre. Durante el viaje, que no había sido muy largo por suerte, había evitado pensar en él; lo había logrado en gran parte, ya que tenía que estar atenta a los peligros y asegurarse de que nadie la pillara por sorpresa. Pero ahora, tras los muros del clan MacDuff, no podía evitar recordarlo a cada instante.

Pero Bridgett lo olvidaría, como también encontraría la manera de encajar en el que iba a ser su nuevo clan. Si la aceptaban, claro.

Ella esperaba que así fuera. Y, además, podía serles de gran ayuda.

—Tengo que atarte —le dijo a Fianch.

Era algo que a este no le gustaba nada, pero, sorprendentemente para ella, el animal no se resistió, como si

entendiese que no podía ponerle las cosas difíciles.

Bridgett le dio un beso en la crin y salió de los establos, dirigiéndose hacia el patio de armas.

A diferencia del de los Fraser, aquel bullía de actividad, como era habitual en la mayoría de las fortalezas. Aun así, Bridgett echaba de menos la calma que se respiraba en el patio de los Fraser, una serenidad que parecía existir solo allí, en aquella fortaleza que había aprendido a considerar su hogar.

Se acercó a una sirvienta que llevaba un cesto lleno de huevos.

—¿Dónde puedo encontrar al laird? —le preguntó.

—En el gran salón —le respondió esta sin detenerse, mientras continuaba su camino.

Bridgett suspiró. Aquel lugar era un desastre. Si ella fuese un enemigo, podría llegar hasta el laird y matarlo sin que nadie allí se percatase de nada.

Al cruzar el umbral de la fortaleza, apenas necesitó unos pasos para dar con el gran salón. Era reducido, mucho más que los de la mayoría de las fortalezas.

Un hombre estaba sentado en una de las sillas, frente a una mesa de tablones apoyados sobre barriles de cerveza. Junto a él, se hallaba una mujer de edad similar, con la que hablaba animadamente.

—¿Vos sois el laird? —le preguntó Bridgett.

El hombre se giró para mirarla. Tenía el cabello pelirrojo, una barba espesa del mismo color, y unos ojos claros. Ella buscó en su rostro algún rasgo familiar: algo que la uniera a él, a sus hermanos o al difuso recuerdo que guardaba de su madre —un recuerdo escaso, aunque Muireall se lo había descrito muchas veces. Sin embargo, no encontró ningún parecido.

Muireall le había contado que, tras la muerte de su abuelo, el hermano de su madre había heredado el liderazgo del clan. De su abuelo le había hablado con respeto: un hombre severo, poco dado al afecto, pero que amaba profundamente a su hija. En cambio, sobre su tío, apenas le había dicho nada.

—¿Y vos sois? —le preguntó el hombre, entrecerrando los ojos —. Esperad, ¿sois una mujer?

—Soy vuestra sobrina —respondió con la aguda claridad que la caracterizaba, provocando que tanto el hombre como la mujer abrieran mucho los ojos, sorprendidos.

Una vez recuperados de la confesión, ambos intercambiaron una breve mirada que Bridgett no comprendió.

—No lo sois. No tengo ninguna sobrina —espetó el hombre con convicción—. Tengo un solo hermano pequeño que tiene dos hijos varones.

Muireall le había mencionado que su madre tenía un hermano, pero, al parecer, debía tener dos. Y también era evidente que aquel hombre guardaba tal rencor a su hermana que ya no la reconocía como tal.

—Mi madre dejó el clan para casarse con el barón de Mowbray —explicó Bridgett, sin saber cuánta información de esa historia conocía—. Entiendo que no la perdonaseis, pero ella falleció hace muchos años. No deberíais seguir guardándole rencor.

El hombre arrugó el ceño.

—Os repito que no tengo ninguna hermana.

Bridgett suspiró y se pasó una mano por la frente. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Qué hombre más rencoroso —murmuró para sí misma, pero ambos la escucharon.

El hombre fue a responder, pero su mujer se lo impidió, posando una mano sobre su rodilla.

—Lo que mi marido intenta deciros —intervino con voz suave—, es que sus padres no tuvieron ninguna hija. Vuestra madre no podía ser hermana de él; debéis haberos confundido.

Bridgett miró a la mujer.

—El nombre de mi madre era Kenna. Muireall, la mujer que la crió y luego me crió a mí y a mis hermanos, me habló de vuestro clan. Ella me aseguró que mi madre era una MacDuff.

—Esa mujer os mintió —escupió el laird sin levantarse de la silla —. Tendréis que ir donde ella a pedirle explicaciones.

Bridgett mordió su labio inferior, confundida.

—No puedo hacerlo, está muerta. He venido en busca de las raíces de mi madre; esperaba encontrar aquí mi hogar.

—Entonces habéis hecho el viaje en vano.

—Ailbe —la mujer miró a su marido con reproche—, estás siendo descortés con la joven. —Se levantó de la silla en la que se encontraba sentada y dio un paso hacia Bridgett—. Mi nombre es Gormlaith.

Bridgett suspiró.

—No lo entiendo. Mi padre nunca me contó demasiado del pasado de mi madre, pero coincidía en que su clan era el MacDuff.

—¿Quién puede fiarse de los ingleses? —masculló el laird, cruzando los brazos.

—¿Habéis venido sola? —le preguntó Gormlaith—. Es un camino muy largo para que una dama inglesa lo haga sola.

—No soy una dama.

—Eso es evidente. —Ailbe la señaló de arriba abajo con descaro —. Vais ataviada como un hombre.

Gormlaith fulminó a su marido con una mirada que bastó para hacerlo callar.

—No le hagáis caso —resopló, tornándose hacia Bridgett para centrar su atención en ella—. Podéis quedaros el tiempo que necesitéis. Y cuando estéis lista para regresar, algunos de los hombres de mi marido pueden llevaros hasta Inglaterra.

—No vengo de Inglaterra —respondió Bridgett—. Vengo del clan Fraser. Mi padre me prometió a Rowan Fraser, pero no deseo volver allí. Ni tampoco a Inglaterra.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera contenerlas. En realidad, no quería decirlas en voz alta; solo trataba de ordenar sus pensamientos, de comprender las nuevas revelaciones. El laird y su esposa no tenían motivos para mentirle.

A esas alturas, ya no le costaba creer que su padre la hubiera engañado, pero Muireall... ¿por qué habría de hacerlo ella?

—Debes irte de inmediato —le ordenó Ailbe, levantándose por primera vez.

Gormlaith se acercó a su marido.

—Querido, la joven necesita nuestra ayuda.

—No —se negó él, con expresión seria—. Nuestro clan sigue en pie porque nos mantenemos al margen de todas las disputas. No

quiero problemas con ningún clan. Mientras sigamos con la nariz metida en nuestros propios asuntos, no nos molestarán.

Gormlaith fue a insistir, pero Bridgett hizo un gesto con la mano.

—No os preocupéis. Vuestro marido tiene razón: debo marcharme. Si mi madre no se crió aquí, nada me retiene en este lugar.

Se giró sin esperar respuesta y salió del gran salón. Caminó sin mirar a nadie, con la cabeza erguida, aunque por dentro sentía el peso de una decepción que apenas podía sostener.

En el patio, la luz del mediodía la cegó por un instante. La noche anterior había encontrado refugio en la cabaña de dos campesinos que, con amabilidad, le habían ofrecido techo y comida. Pero aquella noche la pasaría a la intemperie. No deseaba más hospitalidad; solo necesitaba distancia.

No sabía adónde ir. Volver al clan Fraser era impensable: la herida seguía abierta y el orgullo no le permitía regresar.

Entonces, ¿adónde iría ahora?

Inglaterra. El castillo de su padre.

Allí, quizá, encontraría las respuestas que tanto necesitaba. Su padre se las debía.

Fue hasta los establos, desató a Fianch y acarició su cuello antes de montarlo.

—Vas a pasar un poco más de tiempo conmigo —le susurró—. Espero que lo entiendas.

Fianch relinchó como si lo entendiese, y Bridgett esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Salió cabalgando por el puente levadizo, dejando atrás el clan que había pensado que era el de su madre. El clan que ella creía que la unía a las Highlands.

No estaba segura de cuál era el camino que debía seguir para llegar a Inglaterra, pero, en ese momento, no le importaba, ya que lo único que necesitaba era cabalgar, sentir el viento en el rostro y dejar que el ritmo del caballo ordenara sus pensamientos y apaciguara su dolor.

Llevaba un buen rato cabalgando cuando notó las primeras gotas caer sobre la capa de viaje que le había prestado Fiona. Alzó

la vista y frunció el ceño: el cielo se había ennegrecido por completo, cargado de nubes que avanzaban rápidas, empujadas por un viento helado.

Bridgett había aprendido a predecir el clima por el estado del cielo, tal y como se enseñaba a los soldados. Y no necesitó más que una mirada para entenderlo: lo que se avecinaba no era una simple lluvia, sino una tormenta de las que arrasan caminos y desbordan ríos.

—Necesitamos encontrar refugio, Fianch —murmuró, inclinándose sobre el cuello del caballo.

El viento soplaba con más fuerza, y los truenos comenzaron a rugir en la distancia. Apremió al animal al galope, buscando algún refugio antes de que la tormenta cayera con toda su furia. Tras unos minutos, distinguió en la ladera de una colina una abertura oscura: una cueva, apenas visible entre la bruma y la lluvia que ya comenzaba a azotar el suelo.

Guio a Fianch hasta allí. La entrada era estrecha, pero lo bastante profunda como para ofrecerle resguardo.

—Quédate aquí, muchacho —le pidió mientras intentaba atar las riendas a un árbol cercano.

Fianch resopló con desagrado y tiró la cabeza hacia atrás, negándose a apartarse de ella.

—No seas terco —insistió Bridgett, empapada, intentando sujetar la cuerda—. Estarás más tranquilo aquí fuera.

El caballo volvió a resoplar, dando un paso hacia adelante, como si quisiera seguirla dentro de la cueva. Bridgett suspiró.

—Está bien, como quieras —cedió finalmente, acariciándole el cuello.

Lo dejó justo en la entrada, donde el animal podía resguardarse parcialmente del viento. Después, entró ella.

Se quitó la capa, que, por suerte, no estaba demasiado mojada. La sacudió y se sentó sobre una roca.

El rugido del viento llenaba la cueva, y desde la entrada podía ver cómo la lluvia caía con más fuerza, golpeando la tierra con furia. Las gotas se estrellaban contra las rocas y corrían en pequeños

riachuelos hacia el interior, reflejando los destellos de los relámpagos que iluminaban el cielo cada pocos segundos.

—Me he puesto a salvo justo a tiempo —dijo en voz alta.

Aunque no esperaba que nadie la escuchase, se equivocó.

—Confía en mí, muchacha, no estás a salvo. En cuanto te alcance, te arrepentirás de haberte marchado sin una explicación.

Capítulo 28

Bridgett se tensó al instante. Reconocería esa voz en cualquier lugar.

Giró la cabeza y lo vio: una figura recortada contra la cortina de lluvia. Era Rowan.

El agua le corría por el rostro y empapaba su ropa, pegándole la camisa al cuerpo. Sus ojos, oscuros y encendidos por la ira, la buscaban sin pestañear. Durante un instante, el rugido de la tormenta pareció apagarse. Solo quedaban ellos dos, el relámpago iluminando sus rostros y el silencio denso que precede a lo inevitable.

—Deberías haberte puesto una capa —le recomendó ella, rompiendo el silencio.

Rowan soltó algo entre un bramido y una risa seca. Bridgett no supo distinguir cuál de los dos era.

—Estaba demasiado ocupado en encontrarte antes de que algo malo te sucediera.

Ella suspiró con cansancio.

—No he corrido ningún peligro. Soy más que capaz de defenderme sola. Y si has venido solo por eso, puedes marcharte.

—No estoy de humor para tus necedades, muchacha.

—Entonces, márchate.

Rowan la sostuvo con la mirada durante un instante, luego dijo:

—Voy a ver si encuentro alguna rama que aún esté seca para hacer un fuego.

Salió de nuevo bajo la lluvia. Bridgett lo siguió con la vista hasta que su silueta se perdió en la oscuridad. Aprovechó ese momento para calmarse y prepararse para lo que fuera que viniera después.

Regresó antes de lo que ella esperaba, empapado pero con un pequeño haz de ramas bajo el brazo. Se arrodilló junto en el centro y comenzó a encender el fuego.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Bridgett, observándolo mientras él intentaba hacer prender las llamas.

Rowan no contestó de inmediato. Un relámpago iluminó la cueva, y por un instante ella creyó ver en su rostro algo más que ira.

—Eso no importa —dijo Rowan con voz baja, pero cargada de reproche—. Lo realmente relevante es que has vuelto a desconfiar de mí cuando menos de dos días antes me habías prometido que no lo harías.

Bridgett abrió la boca para responder, pero él ya se había dado la vuelta y salido de la cueva.

El fuego, recién encendido, comenzó a crepitar, proyectando sombras cálidas sobre las paredes húmedas. Afuera, la lluvia seguía cayendo con la misma furia.

Pocos minutos después, Rowan regresó con un manto seco que había sacado de las alforjas de su caballo. Lo extendió en el suelo, frente al fuego, y le hizo un gesto para que se sentara. Bridgett lo miró, sin moverse. Siguió sentada sobre la roca, con el cuerpo tenso y los brazos cruzados, decidida a mantener la distancia.

El silencio entre ambos se hizo espeso, apenas roto por el crepitar de las llamas.

Rowan se quedo de pie, cerca del fuego que iba secando sus ropas.

—Te vi besándote con otra mujer, Rowan —dio Bridgett al fin.

—No, Bridgett —espetó él con furia. Ella no recordaba haberlo visto tan enfadado jamás—. Lo que viste fue a Greer besándome, pero no te quedaste el tiempo suficiente para ver cómo la apartaba ni cómo le pedía explicaciones por su atrevimiento.

—Mientes.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha! —exclamó Rowan, sin poder contener su furia—. ¿Por qué siempre piensas lo peor de mí?

Bridgett se levantó, aunque no dio un solo paso hacia él.

—Me llenaste la cabeza con palabras bonitas, y cuando me doy la vuelta, te encuentro con otra mujer. ¿También se las dijiste a ella?

Rowan apretó la mandíbula.

—Estás acabando con mi paciencia —gruñó—. Todo aquello fue una trampa orquestada por Sven. Una en la que caíste sin saberlo.

Bridgett abrió los ojos de par en par.

—¿Una trampa?

—Sí. Sven ansía el puesto de laird, pero no es más que un mozalbete insolente —dijo con desdén—. No soporta que mi prometida sea tan estimada por todo el clan.

—No todos me quieren. Los padres de las jóvenes a las que entreno me odian, y sus madres… —hizo una pausa—. Cada día que pasa son más amables conmigo, pero aún me miran con recelo.

Rowan negó con la cabeza.

—Ellas te adoran, y los hombres están agradecidos porque sus hijas son felices gracias a ti. Pero eso no es lo único que irritó a Sven. Lo que hizo que perdiera la cabeza fue que Fiona lo humillara en el baile. Y él te culpa por ello.

Aquella explicación tenía más sentido del que Bridgett estaba dispuesta a admitir, pero no pensaba ceder tan fácilmente. No iba a darle el gusto de reconocer que sus palabras le habían calado hondo. No cuando aún no creía en él. ¿Cómo iba a hacerlo cuando era evidente que todos en quienes depositaba su confianza le mentían? Primero Amelia, luego su padre, después Muireall, y ahora, Rowan.

—¿Y cómo sabía Greer que yo iba a pasar en ese instante por allí? ¿Y qué tiene que ver ella con Sven?

—Sven la manipuló. Al parecer, ellos dos tenían un idilio y la muy necia se creyó que Sven estaba enamorado de ella. Pensó que podría llegar a ser su esposa y la mujer del futuro laird, cuando Sven se deshiciera de mí, por supuesto. Tú siempre vas a esa hora al campo de entrenamiento, por el mismo camino. Ella lo sabía. Me retuvo con historias sobre supuestos problemas con las demás sirvientas, fingiendo preocupación. Y cuando te vio pasar, se lanzó sobre mí sin más.

Bridgett observó a Rowan durante unos instantes. Su resolución empezaba a resquebrajarse, lenta pero inevitablemente. ¿Y si sus palabras eran ciertas? ¿Y si todo había sido un plan orquestado por Sven?

En el fondo, nunca había podido creer que Rowan fuera tan frío, tan calculador, como para jugar con sus sentimientos. Ella había visto la forma en que la miraba, el modo en que su voz se suavizaba al hablarle, y la ternura en sus gestos. ¿Cómo podía ser todo

mentira?

Rowan jamás jugaría con ella de esa manera. Aunque tampoco había creído a su padre capaz de abandonarla sin darle una explicación siquiera.

—Eso es muy retorcido —murmuró al cabo de unos instantes.

—No por ello deja de ser verdad.

—No sé…

—¡Por los clavos de Cristo, Bridgett! —la interrumpió Rowan—. Fiona buscó a Greer y la amenazó con echarla, no solo de la fortaleza, sino del territorio del clan, dejándola a su suerte. Y entonces, asustada, le contó toda la verdad. Después, Fiona me buscó y me dijo adónde habías ido. ¿Cómo crees que lo supo, si no?

Bridgett frunció el ceño.

—Fiona no sabía a dónde iba.

—Ella me advirtió que dirías eso. —Rowan lanzó una carcajada carente de humor—. También me dijo que te dijera que eres más predecible de lo que crees y que te vio guardar el mapa que Cairistiona te dio en las alforjas del caballo. Iba camino del clan MacDuff cuando te vi a la distancia, y te seguí hasta aquí.

—Voy a darle una paliza a Sven —masculló Bridgett al darse cuenta de que todo lo que Rowan le estaba contando era verdad.

—Lo ha hecho Fiona por ti. —Rowan esbozó una sonrisa y, por primera vez desde que había llegado a la cueva, su expresión se suavizó—. Ha usado todas las técnicas que tú le has enseñado.

Bridgett abrió los ojos de par en par.

—Estoy orgullosa de ella.

Rowan la miró con seriedad.

—Estoy harto, Bridgett —dijo él con voz fatigada—. Harto de que desconfíes de mí en todo momento.

—Y aún te queda —replicó Bridgett con dureza. Rowan la miró, sorprendido.

—¿Cómo dices?

Ella dio un paso y se aproximó a él.

—Estoy enamorada de ti, Rowan Fraser —confesó en voz baja —. Nunca pensé conocer el amor; creía que no era para mí. Tal vez, habría sido mejor no conocerlo.

—No, no lo habría sido —respondió él, avanzando hasta acortar la distancia que los separaba.

—Confía en mí, laird —murmuró ella—. He descubierto que el amor me vuelve desconfiada y celosa. Te quiero solo para mí.

Rowan esbozó una sonrisa amarga y la rodeó por la cintura, atrayéndola contra su pecho.

—Me aseguraré de que no vuelvas a desconfiar de mí —dijo él —. Y me place que seas celosa: yo también lo soy contigo. Si algún hombre osa mirarte dos veces, conocerá el filo de mi espada.

—Hablando de espadas, yo necesito un... —comenzó ella, pero las palabras se desvanecieron entre ellos cuando Rowan la tomó del rostro y unió sus labios con los de ella.

El beso fue impetuoso, cargado de rabia contenida, de miedo y de un deseo que ambos apenas podían reprimir. Rowan no podía permanecer enfadado con ella por mucho tiempo; no cuando, con solo mirarla, sentía que era lo más hermoso que le había sucedido jamás. Bridgett, por su parte, sabía con la misma certeza que, por más que lo intentara, nunca podría alejarse de Rowan. Aprendería a confiar en él, porque él había sido más sincero con ella de lo que ella lo había sido con él. Y sabía que había llegado el momento de serlo también.

Por eso, Bridgett se separó y miró a Rowan fijamente.

—Hay algo que debo decirte.

—No hace falta. No te disculpes, no lo necesito. Además, estabas regresando al clan.

—¿Estaba haciendo eso? —preguntó ella, confundida.

—Así es. Ibas por el camino que lleva de regreso al clan.

Bridgett se mordió el labio inferior. Quería regresar a Inglaterra, o al menos eso creía, pero, sin darse cuenta, había empezado a volver al clan Fraser. Porque, en el fondo, sabía que ese era el lugar al que realmente pertenecía.

—No era mi intención, pero habría terminado yendo de todos modos —reconoció con un suspiro—. Llevan mintiéndome desde que era una niña. Mi madre no pertenecía al clan MacDuff; allí no la conocían. —Hizo una mueca—. Igual no era ni escocesa.

—No importa la procedencia de tu madre o si tienes sangre escocesa. Eres fuerte, valiente, testaruda y decidida. —Rowan alzó la mano para acariciar la mejilla de ella—. Es decir, toda una highlander.

Bridgett se rió. Rowan inclinó la cabeza para volver a besarla, pero ella se separó de él. Se sentó encima del manto y le hizo un gesto para que él ocupara un lugar a su lado.

—Mi hermana Amelia no está muerta —confesó.

Bridgett no pensó en adornos. Era mejor soltarlo de una vez.

Durante unos instantes, Rowan no pronunció ni una sola palabra. La observó en silencio, con evidente perplejidad, pero después su rostro adquirió una expresión que Bridgett no supo reconocer.

—¿Qué?

—Ella se escapó con un hombre y mi padre me convenció para decirte que estaba muerta. Es lo que él le ha dicho al rey Juan y a todo el mundo. Me convenció de que era la única manera de que mi hermana no fuera considerada una furcia, de que ella pudiera regresar si lo deseaba. Acepté, pero luego me engañó y me prometió a ti. No quería decírtelo porque temía que te enfadaras y contaras a los cuatro vientos lo que mi hermana hizo.

—¿Y ahora no temes que lo cuente? —preguntó Rowan lentamente, casi reflexivamente—. ¿No tienes miedo a la deshonra de tu hermana?

Bridgett no dudó.

—Sé que no lo harás. Eres un hombre honorable.

—No ha costado tanto —dijo él con una media sonrisa.

—¿El qué?

—Que confíes en mí.

—Entonces, ¿me perdonas? —preguntó Bridgett tentativamente —. ¿No estás enojado conmigo?

Rowan exhaló un largo suspiro y sus hombros se hundieron levemente.

—No me agrada que me mientas, pero no puedo enfadarme contigo cuando tan solo querías proteger a tu hermana. —Hizo una

pausa—. Debería estar furioso con tu padre, mas tampoco lo estoy, ya que, sin sus artimañas, nunca te habría conocido.

—¿Eso quiere decir que no vas a romper nuestro compromiso?

Rowan la miró fijamente.

—No, brujilla, eso no va a pasar nunca. Vas a ser mi esposa.

Él la besó, primero con dulzura, como si aún dudara de merecerla. Pero el beso pronto se volvió más profundo, más intenso. Bridgett respondió con la misma entrega, dejándose arrastrar por el calor que crecía entre ellos. Y entonces, en medio de ese silencio que lo decía todo, ambos comprendieron que ya no había vuelta atrás, que esta vez sería mucho más que un beso.

Sin dejar de besarla, Rowan la tumbó con suavidad sobre el manto, acariciándole el rostro. Rompió el beso solo para mirarla a los ojos.

—No debería robarte tu virtud en una cueva. No cuando aún no estamos casados.

Bridgett le sostuvo la mirada, con la voz apenas temblando entre deseo y decisión.

—No vas a robarme nada, Rowan. Voy a entregártelo. Y quiero hacerlo aquí, ahora. No quiero esperar más.

Rowan la miró en silencio durante un instante, como si quisiera grabar en su memoria aquel momento. Luego, con un gesto lento, le apartó un mechón de cabello del rostro.

—¿Estás segura?

—¿Donde has dejado tu espada? —le preguntó ella, sorprendiéndolo.

—La dejé a un lado cuando encendí el fuego —respondió Rowan, señalando una esquina de la cueva—. Pero no te preocupes; si alguien se acerca, los caballos relincharán antes de que entren avisándonos. Y aunque no lo hicieran… —esbozó una media sonrisa —, soy un guerrero, puedo alcanzar la espada con mucha rapidez.

Bridgett puso los ojos en blanco.

—No estaba preocupada por mi seguridad. Te lo preguntaba porque, si sigues haciendo preguntas absurdas, voy a clavártela en tus partes más preciadas.

Rowan soltó una carcajada profunda.

—Eres una brujilla muy traviesa —dijo, mientras se incorporaba con una sonrisa que encendía algo en su mirada.

—No estarás pensando en irte, ¿verdad? —preguntó ella, arqueando una ceja a la vez que se incorporaba para sentarse en el manto.

Rowan le guiñó un ojo, y sin apartar la vista de la suya, comenzó a despojarse de la ropa. La luz del fuego danzaba sobre su piel, resaltando cada línea de su cuerpo, la fuerza de sus brazos, y la calma contenida en sus movimientos.

Bridgett sintió que el aire se volvía más denso, más cálido. No era solo el fuego lo que ardía en aquella cueva.

Cuando se quedó completamente desnudo, se quedó quieto unos instantes.

Bridgett lo recorrió con la mirada, sin disimulo, como si quisiera memorizar cada detalle.

—Eres muy bello —dijo al fin, con una sinceridad que lo desarmó por completo.

Bridgett se incorporó, y Rowan la siguió con la mirada, cautivado por cada uno de sus movimientos.

—¿Qué haces? —preguntó él, con una media sonrisa.

—Es mi turno para desnudarme —respondió ella con serenidad.

Antes de que pudiera hacerlo, Rowan dio un paso hacia ella y le tomó la mano, deteniéndola con suavidad.

—Déjame que te desnude yo, brujilla —susurró—. Dame ese honor.

Bridgett asintió sin palabras.

Él comenzó a despojarla de su ropa con una lentitud reverente, como si cada prenda fuese un obstáculo entre ellos. Los dedos de él rozaron la piel de ella con suavidad, casi con reverencia, y cada roce encendía un nuevo temblor en su cuerpo. Cuando toda la ropa despareció, Rowan la contempló como quien mira algo irreal, temiendo que el más leve movimiento pudiera romper el momento.

—Eres hermosa, Bridgett. Soy un hombre muy afortunado.

—No sabes cuanto —respondió ella con una sonrisa.

—¿No vas a decir que tu también eres afortunada?

—Aún no lo sé, laird —dijo ella con una sonrisa arrogante que provocó que Rowan pusiese los ojos en blanco.

—Soy un buen amante. Nin…

—Como nombres a las mujeres con las que has yacido, juro por Dios, que te demostrare lo rápida que soy yo también cogiendo la espada.

Rowan soltó una carcajada profunda, una que le nacía del pecho, y antes de que Bridgett pudiera añadir nada más, la tomó entre sus brazos y la tumbó con suavidad sobre la manta, colocándose encima de ella con cuidado de no aplastarla con su peso.

Sus labios se encontraron de nuevo, y la risa se transformó en un gemido compartido.

Cuando Bridgett sintió la dureza de él en su centro, tragó saliva. Ella parecía asustada, pero bien sabía Rowan que nunca lo reconocería.

—No puedo evitar que te duela un poco, pero te prometo que solo dura un instante. Luego, se volverá placentero.

Rowan solo esperaba no estar mintiéndole, porque lo cierto era que no estaba seguro. Era la primera vez que estaba con una virgen. Nunca antes había sentido interés por una mujer sin experiencia, aunque tampoco se había encontrado con una. Rowan jamás habría deshonrado a una dama, y las mujeres que se acercaban a él sabían bien lo que buscaban y cómo conseguirlo.

—Puedo soportar el dolor, Rowan —espetó Bridgett con impaciencia—. Hazlo ya.

Rowan la miró. Tan fuerte, tan decidida y tan tensa. No, aún no estaba preparada para él.

Se apartó con suavidad, y Bridgett soltó un suspiro de frustración. Él le separó las piernas con cuidado y se colocó entre ellas, sin apartar la vista de su rostro.

—¿Qué haces? —preguntó ella, desconcertada, cuando lo vio inclinarse.

Rowan sonrió apenas.

—Voy a darte placer, brujilla. Tanto, que acabarás suplicando por más.

—Yo nunca suplico —replicó ella, alzando el mentón con orgullo.

Él soltó una breve risa.

—Entonces, será la primera vez.

Cuando la boca de él rozo su sexo, Bridgett emitió un fuerte suspiro. Rowan le sujetó los muslos con la manos mientras su lengua acariciaba los dulces pliegues. Bridgett cerró los ojos, embriagada por un placer que la desbordaba. Dejando que las sensaciones la envolvieran como una ola cálida y poderosa.

Rowan no tenía piedad con ella, lamía y mordisqueaba, hasta que ella estaba a punto de deshacerse en mil pedazos. Pero antes de que eso sucediese, él se incorporó.

—Necesito… —pidió ella, abriendo los ojos para mirarlo—. No sé lo que necesito.

—Por suerte para ti, yo sí lo sé.

Rowan introdujo su longitud en el interior de Bridgett. Despacio, casi reverente. Pero, de repente, él se detuvo y la miró a los ojos.

—Brujilla, ¿estás segura?

Bridgett pensó que, como él siguiera hablando y sin moverse, empezaría a gritar. Era su primera vez, pero sabía adónde llevaba eso, y lo anhelaba.

Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él hacia ella para que la besara y continuara adentrándose en ella. Jadeó cuando él lo hizo.

¿Le dolió? No estaba segura. Si fue así, solo había sido un instante, nada parecido a lo que había escuchado de damas casadas. Bridgett pensó que eran todas unas exageradas. Aunque cuando Rowan comenzó a moverse con más rapidez, ella fue consciente que quizás habían exagerado en el dolor, pero no en la sensación tan placentera que se sentía después.

Bridgett se movió al ritmo de él. Él se retiró un poco y volvió a adentrarse en ella, provocando que soltase un fuerte gemido.

—Tu cuerpo, los sonidos que salen de tu boca, me llevan al limite, brujilla —le confesó Rowan con voz ronca.

Bridgett solo sonrió, incapaz de emitir ninguna palabra.

Rowan le cubrió la boca con un beso desesperado. El fuego de Bridgett lo consumía, y sentía que estaba a punto de perder el

control. Ella alzó las caderas, buscando que sus cuerpos se encontraran con perfecta sincronía. Él respondió con un impulso contenido, dejando sus labios vagar desde su boca hasta el cuello, donde los besos se volvieron tan desordenados como su respiración.

Bridgett sentía que su cuerpo ya no le obedecía, como si buscara algo que no alcanzaba a comprender, pero que anhelaba con desesperación. Y cuando el clímax la envolvió, tan poderoso y salvaje, lo entendió. Se dejó llevar, rendida al momento, mientras Rowan alcanzaba su propia liberación con un rugido ahogado.

Cuando sus respiraciones finalmente se acompasaron, Rowan se apartó con suavidad y se tumbó a su lado.

—¿Y ahora? —preguntó ella, provocándole una risa suave.

Él la rodeó por la cadera con el brazo y la atrajo hacia sí. Bridgett acomodó su cabeza sobre su pecho, escuchando los latidos fuertes y constantes de su corazón.

—Ha sido increíble, brujilla —murmuró Rowan.

—¿Por qué me llamas brujilla? —le preguntó, a la vez que dejaba escapar un bostezo.

Fuera, la tormenta había disminuido, aunque seguía rugiendo a lo lejos, y la oscuridad de la noche se había adueñado del cielo.

Rowan le levantó la barbilla con un dedo, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Hasta esta noche no lo sabía —murmuró—. Fue algo que te dije la primera vez que te vi, sin comprender por qué. Ahora lo sé. Eres una brujilla; no puede ser de otra manera. Me has embrujado, Bridgett, y es un hechizo del que no quiero librarme.

Ella acercó sus labios a los de él en un tenue beso y volvió a bostezar.

—Descansa, brujilla —susurró él, mientras ella se acomodaba de nuevo sobre su pecho—. Mañana regresaremos a casa.

Bridgett asintió, y mientras el sueño la envolvía, también llegó la certeza de que ya estaba en casa. Porque cualquier lugar junto a Rowan lo era.

Capítulo 29

—¿Qué haces? —le preguntó Rowan a Bridgett cuando esta se bajó del caballo.

Llevaban toda la mañana viajando, y Rowan estaba impaciente por llegar a la fortaleza. No podía esperar para casarse con ella. El sacerdote que había mandado llamar ya debería estar esperándolos. Esa misma tarde se desposarían, o tal vez al día siguiente, pues Rowan sabía que a las mujeres les gustaba algo más que casarse delante de la chimenea del gran salón.

Bridgett quizá no le daría importancia, pero él sabía que a su hermana y a sus amigas sí. Y quería que Bridgett tuviese una boda que recordase por el resto de su vida.

Mientras la observaba, el corazón de Rowan se aceleró. Cada movimiento suyo le parecía exquisito: cómo el sol iluminaba su cabello, cómo sus gestos eran gráciles, y la manera en que incluso su silueta mostraba la belleza que él había conocido tan de cerca. Aunque sabía que debía contenerse hasta que fuese su esposa, no podía evitar admirarla con deseo. Cada pensamiento lo llevaba a recordarla desnuda debajo de él, con esos sonidos tan sensuales que salían de su boca. Su miembro se endureció solo de pensarlo, pero respiró hondo para calmarse.

—¿Por qué no descansamos un poco? —le preguntó ella.

—No te tenía por de las que se cansan tras horas de cabalgar —le respondió él, con intención de provocarla.

—Y no lo soy. —Bridgett arrugó el ceño, levemente molesta—. Pero necesito un respiro antes de llegar a la fortaleza. Y estas piedras me parecen el lugar perfecto.

Rowan descendió del caballo y observó las grandes piedras planas. Las había visto en otras ocasiones, pero nunca le habían llamado demasiado la atención.

—Ven, vamos a sentarnos —le dijo Rowan después de atar su caballo a un árbol. Intentó hacer lo mismo con Fianch, pero el animal relinchó y se encabritó, amenazante.

Bridgett ni siquiera reprendió al caballo; probablemente, estaba perdida en sus pensamientos. Tampoco se movió, como si no hubiera escuchado las palabras de Rowan.

Él se acercó por detrás, pillándola por sorpresa. Bridgett dejó escapar un pequeño gritito, y Rowan la rodeó con los brazos, apoyando sus manos bajo sus muslos mientras la levantaba con cuidado. Con un suave giro, la acomodó en su regazo sobre una de las piedras, sujetándola cerca de su pecho para que se mantuviera estable.

—Te he pillado por sorpresa, brujilla.

Ella esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No te lo creas mucho, no volverá a suceder.

—¿Qué te pasa, brujilla? —preguntó Rowan, levantándole suavemente el mentón para que lo mirara. Ella permaneció en silencio, como si no pudiera articular palabra, pero el dolor que reflejaban sus ojos lo desarmó—. ¿Te arrepientes de lo que ha sucedido esta noche? —añadió con voz baja, cargada de preocupación.

—No, Rowan, por supuesto que no. Ha sido perfecto, solo que…

—No me digas que no te quieres casar conmigo.

Bridgett negó con la cabeza, porque si de algo estaba segura en esos instantes era de que deseaba desposarse con ese hombre.

—Será mejor que nos marchemos. Corremos peligro aquí.

Él la sujetó por la cintura, impidiéndole moverse.

—Estas tierras pertenecen a los MacKinlay. Estamos en buenos términos, así que no nos moveremos de aquí hasta que confíes en mí y me cuentes qué te sucede.

Ella suspiró.

—Sé que puede parecer una necedad, pero me gustaría que mi padre y mis hermanos estuviesen en mi boda. No por el rito en sí, sino para que puedan ser partícipes de mi felicidad.

Rowan esbozó una amplia sonrisa, pero cuando ella frunció el ceño, su expresión se volvió seria.

—No es ninguna necedad, brujilla. Es normal que lo desees.

—Mi padre me ha mentido toda mi vida, mi hermana huyó sin despedirse, y a mi hermano no le gusta cómo soy. Y aun así… yo…

yo los quiero.

—Eso demuestra el buen corazón que tienes, brujilla. Y lo afortunado que soy de tenerte en mi vida.

Bridgett rodeó su cuello con los brazos y lo miró con una sonrisa suave.

—Esta vez, tus bonitas palabras han funcionado, pero no lo harán siempre —susurró, mientras acercaba sus labios a los de él.

—¡No! —gritó una voz femenina, furiosa, interrumpiéndolos—. ¡No os vais a besar en mis piedras!

—Nuestras piedras, damita —la corrigió una voz masculina, divertida.

—¿Por qué siempre tienes que llevarme la contraria en todo? —preguntó ella, cruzando los brazos.

Bridgett se incorporó rápidamente del regazo de Rowan y dirigió la mirada hacia la pareja que bloqueaba su paso.

El hombre de cabello pelirrojo y ojos verdes vestía un *kilt*, luciendo con orgullo los colores de su clan, mientras la joven, de extraordinaria belleza, llevaba un vestido rosa que caía con suavidad sobre su figura, resaltando su porte y haciéndola parecer una auténtica princesa.

—Laird MacKinlay, Lady Matilda. Un placer volver a veros —los saludó Rowan, incorporándose sobre la piedra con cortesía.

Matilda giró la cabeza, dejando de fulminar a su marido con la mirada, para observarlos a ellos con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Tenéis todo el bosque para besaros, ¿y teníais que usar este lugar? —preguntó, ladeando la cabeza—. ¿No sabéis respetar los lugares que no os pertenecen? ¿Con qué permiso estáis aquí? —Se llevó las manos a las caderas, ceñuda.

—Con el mío —respondió el hombre que la acompañaba—. Yo he permitido al laird Fraser pasar por mis tierras.

Matilda se tornó hacia él.

—¿Ahora las tierras son solo tuyas, Tavish?

Él esbozó una sonrisa.

—Son nuestros invitados, damita, y estás siendo poco agradable.

—¡¿Cómo te atreves?! —replicó ella, furiosa—. Soy una dama dulce, de maneras suaves y semblante sereno. Apacible como un lago al amanecer.

Tavish le respondió algo y Bridgett miró a Rowan.

—¿Se han olvidado de que estamos aquí? —le preguntó con una sonrisa irónica.

—Es más que probable. Tal vez, deberíamos irnos mientras ellos discuten —le aconsejó Rowan.

—Soy una guerrera, Rowan. No huyo.

—Por los clavos de Cristo, Bridget, no es una contienda.

—Aun así, debemos quedarnos y enfrentar el problema.

Rowan la miró, exasperado.

—No hay ningún problema, Bridgett. Las tierras son de Tavish y él está bien con que estemos aquí.

—Las tierras también son mías —interrumpió Matilda, señalando a su alrededor—. Y es de mala educación discutir delante de otros.

—Si es lo que estabais haciendo vos —evidenció Bridgett, entornando los ojos.

Matilda abrió los ojos, ofendida.

—Yo no estaba haciendo eso —replicó, y después se tornó hacia su marido—. ¿Verdad, Tavish?

—Sí lo estabas, damita —respondió él, divertido.

Ella frunció el ceño y miró a Bridgett de arriba abajo. Bridgett pensó que le diría algo despectivo sobre su atuendo, acostumbrada como estaba a ese tipo de comentarios, pero Matilda la sorprendió.

—Vuestra ropa parece cómoda para viajar —observó—. Debería probarlo. No me gusta montar a caballo, pero Tavish me obliga. Tal vez con pantalones sea más cómodo.

—Me parece bien. —Tavish se encogió de hombros—. Así no tendré que dejar a los caballos atados a la mitad del camino porque te has cansado de cabalgar.

—No estaba pidiendo tu opinión.

—¡Vamos, no seas tan testaruda! —exclamó Tavish, alzando las manos en el aire.

Matilda respondió, en desacuerdo con el calificativo que su marido había empleado para describirla. La discusión se acaloró

rápidamente, con Matilda refunfuñando y Tavish tratando de defenderse.

—Ya están otra vez —murmuró Bridgett con un pequeño resoplido.

—¿Sigues sin querer irte? —le preguntó Rowan, divertido ante la disputa que se desarrollaba delante de ellos.

Al parecer, no habían cambiado en absoluto desde la última vez que se encontró con ellos.

—Debemos despedirnos primero.

—Si quieres intentarlo… —Rowan se encogió de hombros—. Pero te advierto que no van a hacerte caso.

Pero Bridgett, como de costumbre, hizo caso omiso a las advertencias de Rowan. Intentó llamar la atención de la pareja, alzando la voz un par de veces. Al no conseguirlo, soltó un fuerte silbido. Bufó y dirigió una mirada a Rowan, quien le devolvió una sonrisa que decía claramente «te lo advertí».

Negándose a darse por vencida, se inclinó para buscar una piedra pequeña que lanzó hacia la pareja y que rebotó sobre la cabeza de Tavish.

—¡¿Pero qué hacéis?! —vociferó él, mientras se tocaba el lugar en el que le había golpeado la piedra.

—Llamar vuestra atención —respondió Bridgett, como si fuera obvio.

—¿Y para eso teníais que agredirme?

Bridgett se encogió de hombros.

—No me hacíais caso.

—Sois inglesa —dijo Matilda, interrumpiendo lo que Tavish iba a decir.

—Lo soy —respondió Bridgett.

—Me ha costado darme cuenta porque vuestro acento es extraño, pero es obvio. —Esbozó una sonrisa y dijo con orgullo—: Yo también lo soy.

—Ahora eres escocesa —declaró Tavish, como si necesitara dejarlo claro.

Matilda suspiró e hizo un gesto con la mano.

—Estos hombres de las Highlands son imposibles y muy tozudos.

—No lo sabéis vos bien —coincidió Bridgett, con un brillo travieso en los ojos—. No me deja tener una espada.

Bridgett no supo por qué estaba contándole eso a una mujer que acababa de conocer, pero lo cierto era que le resultaba sorprendentemente agradable. Y valerosa y fuerte, como a ella le gustaba que fuesen las mujeres.

Matilda frunció el ceño al mirar a Rowan.

—Si vuestra mujer quiere una espada, deberíais afanaros en conseguirla.

Rowan entornó los ojos, pero negó con la cabeza.

—¿Lo veis? —dijo Bridgett, divertida.

Matilda suspiró con fuerza.

—Por suerte, nosotras, las inglesas, somos mujeres muy juiciosas.

—¿Juiciosas? —repitió Tavish con una sonrisa burlona—. Tan juiciosas como un caballo desbocado en medio del mercado.

—¡Tavish MacKinlay, cómo te atreves! —replicó Matilda, mirando a su marido con furia unos instantes para después girar la cabeza hacia Bridgett—. ¿Vos sabéis usar una espada?

—A la perfección.

—Entonces voy a necesitar una muy afilada, y vos vais a enseñarme a usarla.

—Puedo enseñaros a pelear primero —le ofreció Bridgett—. Estoy enseñando a las mujeres del clan.

Matilda esbozó una sonrisa, entusiasmada.

—Entonces iré a vuestra fortaleza en unos días. Quiero aprender.

—Esa es una gran idea. Puedo ir yo también a la vuestra y enseñar a las mujeres. Todas deben aprender.

—Eso sería maravilloso.

—No, no lo es… —comenzó Rowan, pero las dos mujeres no lo estaban escuchando.

Ambas se alejaron de ellos mientras Bridgett le hablaba a Matilda sobre golpes que aturden al enemigo.

—Ni lo intentes —le dijo Tavish a Rowan—. Si tu mujer está decidida a hacer algo, no lograrás hacerla cambiar de idea.

—Es mi prometida, pero se convertirá en mi mujer mañana.

—No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—La enhorabuena —contestó Rowan sin titubear.

—¿Las inglesas son las mejores, eh? —comentó Tavish, observando cómo Matilda intentaba imitar una postura de lucha que le mostraba Bridgett.

Matilda se inclinó, tratando de imitar la posición con tanta concentración que perdió el equilibrio y terminó tambaleándose, golpeando accidentalmente una rama con el pie que alcanzó a Tavish en la cabeza.

—Ahora me va a echar la culpa a mí, ya lo verás —le dijo Matilda a Bridgett, a la vez que recuperaba el equilibrio.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Tavish, frotándose la cabeza—. ¿Estás decidida a matarme, damita?

—¿Lo ves? —le dijo Matilda a Bridgett, haciéndola reír.

—Deberíamos marcharnos —intervino Rowan—. Se nos está haciendo tarde.

Bridgett asintió.

—Ha sido un placer conoceros, Matilda.

—Venid pronto a nuestra fortaleza. A las gemelas les encantará aprender a defenderse.

—¡Eso es justo lo que me faltaba! —se quejó Tavish.

—No puedes protegerlas toda la vida. Ellas…

Rowan había tenido suficiente. Alzó a Bridgett en brazos y la subió a su caballo.

—Soy capaz de montar sin ayuda.

—Lo sé —respondió él, sonriendo mientras desataba a su caballo y se subía encima de él—, pero no te movías y no podía esperar a llegar a la fortaleza contigo de la mano.

—O quizá querías alejarme de Lady Matilda.

Rowan soltó una carcajada.

—Las dos juntas sois muy peligrosas, demasiado ingeniosas, valientes y decididas. Sois capaces de entrar en guerra con la mitad de los clanes.

Bridgett sonrió, tiró de las riendas de su semental, pero giró la cabeza un segundo al ver que el sonido de las voces había desaparecido.

Matilda y Tavish estaban sentados encima de una de las piedras, besándose apasionadamente. Era más que evidente que se amaban con locura.

Ellos eran felices a pesar de las discusiones y diferencias.

Y Bridgett esperaba tener lo mismo con Rowan.

Capítulo 30

En cuanto llegaron a la fortaleza, Rowan se marchó con Archer para resolver algunos asuntos que habían surgido durante su ausencia.

Bridgett dejó a Fiach en el establo y fue a visitar a Trueno. El potrillo se veía sano y fuerte, correteando con energía entre la paja. Pasó un rato jugando con él, bajo la atenta mirada de Branna, que observaba la escena con serenidad, claramente complacida.

—Menos mal que has regresado —dijo Elspeth justo cuando Bridgett salía del establo.

La joven estaba acalorada y era evidente que había venido corriendo. Detrás de ella apareció Shorna, con el rostro enrojecido y la respiración entrecortada.

—¿Qué sucede? —preguntó Bridgett al ver sus rostros preocupados.

—Es Fiona —respondió Elspeth, jadeando aún.

—¿Qué le pasa?

—Esta mañana hemos ido al bosque sin que nadie lo supiera, escabulléndonos para no ser vistas —le explicó Shorna con voz temblorosa—. Estábamos cansadas de seguir siempre las normas y de comportarnos como unas cobardes.

—¿Habéis tenido un accidente? ¿Fiona está bien? —preguntó Bridgett con creciente inquietud.

—Nos hemos encontrado con Kieran Murdock —le contó Elspeth —. Y Fiona se ha quedado con él.

Bridgett frunció el ceño.

—¿Qué hacía ese hombre aún en nuestras tierras?

—Nos ha dicho que ha regresado para entregar una misiva de su padre al laird —dijo Shorna—. Pero cuando le hemos contado que Rowan había partido en tu busca, ha respondido que entonces regresaría a su clan. Fiona le ha pedido que se quedara, pero él ha insistido en que no sería bien recibido en la fortaleza sin el permiso del laird. Al final, le propuso dar un paseo corto a solas.

—La esperamos, pero no regresó —añadió Elspeth, con la voz quebrada—. Pronto anochecerá y no sabemos qué hacer.

—Os dije a las dos que era una mala idea —murmuró Shorna—. Pero aun así, también es culpa mía. Debí impedirlo.

—No es culpa de nadie —dijo Bridgett con firmeza—. Seguro que solo han perdido la noción del tiempo. Los clanes no están en guerra y, aunque lo estuvieran, ningún hombre con honor dañaría a una mujer indefensa como Fiona.

—No queremos decírselo a Rowan. —Elspeth se mordió el labio inferior con fuerza—. Él se enfadará mucho con nosotras, pero si le ha sucedido algo…

—Iré a buscarla —se ofreció Bridgett—. ¿En qué zona del bosque habéis quedado con ella?

—A la orilla del lago.

—No he estado en el bosque antes, así que voy a necesitar más indicaciones que esas.

Bridgett apuró el paso hacia el lago. El sol descendía lentamente, tiñendo el cielo de tonos dorados y púrpura. Aunque quería creer que solo se trataba de una travesura por parte de Fiona, una sensación de inquietud crecía en su estómago.

También sabía que era una muy mala idea ir sola. Era una guerrera, pero, a diferencia de lo que muchos creían, no era temeraria. Sin embargo, no quería que Rowan se enfadase con Fiona.

Cuando llegó al lago, no había nadie. El agua reflejaba los últimos destellos del crepúsculo y un silencio inquietante se extendía por la orilla. Iba a dar media vuelta cuando un leve crujido entre los árboles llamó su atención.

Su instinto la llevó a tensar los músculos, dispuesta a enfrentarse a quien se ocultara entre las sombras. Dio un paso adelante y no llegó a dar el segundo, porque algo pesado golpeó su cabeza por detrás, y el mundo se volvió oscuro en un instante.

Cuando Bridgett recobró el sentido, un dolor punzante le atravesó la cabeza. El mundo giraba a su alrededor, y le llevó un momento comprender dónde se hallaba. No estaba en el lago.

Bajo ella sentía la aspereza de un jergón de paja cubierto con una manta burda, y el aire olía a humo y cuero húmedo. Levantó la vista y descubrió que se encontraba dentro de una tienda de campaña, iluminada apenas por la luz temblorosa de una lámpara de aceite.

El silencio era denso, roto solo por el crepitar del fuego que ardía en el exterior. Se incorporó para sentarse, apretando los dientes ante el dolor que le latía en las sienes.

Entonces lo vio.

Un hombre, de una edad parecida a la de su padre, se encontraba sentado frente a ella, en una silla tosca de madera. La observaba en silencio, con una calma que le resultó más inquietante que cualquier amenaza.

—Ya te has despertado, sobrina.

—¿Sobrina? —repitió ella, tocándose la parte de atrás de la cabeza. Se miró la mano y vio que tenía un poco de sangre seca.

El hombre esbozó una amplia sonrisa tenebrosa.

—Siento que no nos hayamos conocido antes —dijo, aunque no había nada de sentimiento en sus palabras—. Tu madre nunca quiso presentarnos. Tal vez porque, la muy furcia, se escapó con un hombre.

Bridgett sintió cómo la rabia la invadía. Deseaba lanzarse sobre aquel hombre, pero se contuvo. Tenía que obtener de él toda la información posible antes de hacerlo.

—¿Quién eres? —preguntó con voz tensa.

—Tu tío, ya te lo he dicho —dijo el hombre, chasqueando la lengua con desdén—. Mis espías no mencionaron la existencia de una segunda hija. Por la forma en que vistes, te habían tomado por un muchacho. Aunque tal vez se deba a que no eres muy despierta.

—Mi padre nunca te ha mencionado. No sé cuál es tu nombre.

—Artair Murdock, para serviros —respondió con una reverencia cargada de ironía, burlándose abiertamente de ella.

—El padre de Kieran… —murmuró casi para sí—. ¿Dónde está Fiona? —preguntó de pronto, incorporándose de un salto. Pero el movimiento fue tan brusco, y el dolor en la cabeza tan agudo, que casi perdió el equilibrio.

—Fiona está comiendo en una de las tiendas. Ella está perfectamente —dijo él, haciendo una mueca que mostraba su desprecio—. De momento, ajena a lo que ha sucedido. Aunque me temo que eso cambiará pronto —esbozó una sonrisa maliciosa—, cuando ambas tengáis un accidente mortal y caigáis por la colina abajo.

Bridgett tragó saliva.

Ese necio no le había quitado la daga que llevaba oculta en su bota. Podía sentir el acero de la hoja contra su piel. Pero ella escuchaba el ruido de los hombres fuera, en lo que suponía que era un campamento improvisado. No podría salvar a Fiona aunque lograse matar a ese desalmado.

—Mi madre era una Murdock —dijo, intentando ganar tiempo y respuestas al mismo tiempo.

—El único valor de mi hermana pequeña fue su belleza. Una belleza que yo pensaba aprovechar, cansándola con un laird poderoso. Burt MacDemon tenía fama de ser cruel con las mujeres, algo que a tu madre no le agradaba.

—¿Y por qué quieres matarme? ¿Qué tengo yo que ver en las decisiones de mi madre?

Artair se acomodó en la silla.

—El abuelo de tu prometido tenía muchas deudas y perdió parte de sus tierras. Mi padre se hizo con ellas, pero en vez de usarlas para apoderarse del clan Fraser, él se las iba a entregar de regreso como dote, casando a mi hermana con el padre de Rowan. Mi padre era un necio y se conformaba con que los clanes estuviesen unidos por matrimonio. Por suerte, él falleció antes de que ese matrimonio se produjese. —Soltó una risa maliciosa, en la que a Bridgett no le cupo duda de que había tenido algo que ver con la muerte de su propio padre—. Cancelé ese compromiso, pero tu madre huyó con la intención de ir a hablar con el rey para convencerle de que yo iba en contra de los deseos de mi padre y que interviniese. Pero, en el

camino, se encontró a tu padre y se olvidó de su prometido y de sus buenas acciones.

Bridgett tragó saliva.

—Pero, aun así, no reclamaste las tierras —dijo—. No pudiste por alguna razón y eso te ha traído a mí.

Artair sonrió.

—Tú no eres como tu madre; eres más que una cara bonita. No las reclamé porque a tu madre, después de casarse con tu padre, le entraron los remordimientos. Fue a hablar con el rey inglés. Le pidió que conviniese al rey escocés que las tierras siguiesen perteneciendo a mi clan, pero que no pudiesen ser reclamadas. Su plan era tener una hija y que esta se casase con el laird o el heredero de los Fraser. Las tierras serían su dote.

Hizo una pausa. Y Bridgett lo miró fijamente; sus ojos eran de un color gris profundo, el mismo que el de ella, el que había heredado de su madre. Era su tío; no mentía: era un desalmado, pero nada de lo que estaba contando era una falacia. Tampoco su intención de asesinarla a ella y a Fiona.

—El rey inglés aceptó a cambio de las valiosas joyas que tu padre le entregó —continuó Artair, sacándola de sus pensamientos y regresándola a la realidad—. Y el rey escocés llegó a un acuerdo con el inglés. No se lo que le pidió, pero sí sé que puso de condición que, si tu madre no tenía ninguna hija o éstas no se casaban con un Fraser, yo podría reclamar esas tierras.

—Y por eso quieres matarme, para reclamar esas tierras. Eres una escoria, un hombre sin honor.

Artair se rio a carcajadas.

—El honor no gana guerras, querida sobrina. Ni es lo que ha hecho que mi clan se convierta en lo poderoso que es hoy en día.

—¿Y para qué sirve eso? ¿Para qué sirve si tienes las manos manchadas?

—No voy a matarte yo, lo hará uno de mis hombres. Como tampoco fui yo quien mató a tu hermana.

—Mi hermana no está muerta —dijo antes de darse cuenta de que estaba revelando algo que ponía en peligro a Amelia, pero al a

Artair se dio cuenta de que este no estaba preocupado por la noticia.

—Mandé a un mercenario a matarla —le confesó, haciendo realidad sus peores sospechas—. Es cierto que la muy necia se enamoró de él y se marchó. Pero, tras unas semanas haciéndola creer que él compartía sus sentimientos, la mató. El plan era que el cuerpo apareciese en el momento más idóneo. Por supuesto, parecería un accidente: que ella se arrepintió, dejó a su amado y tuvo un accidente. Pero cuando mi hijo te vio en el clan Fraser como la prometida de Rowan, supe que algo iba mal. Entonces me enteré de que tu padre hizo pasar a tu hermana por muerta para poder casarte a ti con Rowan y cumplir los deseos de tu madre. —Hizo una pausa mientras Bridgett lo miraba completamente aturdida—. El cuerpo aparecerá, pero parecerá que la ha matado un oso, como tu padre ha hecho creer a todos. No parecerá una furcia. A mí me gustaba más esa opción, pero ¿qué se le va a hacer? —Soltó un pequeño bufido mientras se encogía de hombros—. Contigo y ella muerta, las tierras serán mías, y el clan Fraser no tardará en caer bajo mi dominio.

En un movimiento hábil, Bridgett sacó la daga con intención de clavársela, pero Artair era un guerrero de rápidos reflejos y se levantó antes de que ella pudiese dar un paso. Enseguida, llamó a sus hombres. Dos guerreros Murdock entraron con las espadas en alto.

Artair la miró con algo parecido a orgullo en su rostro.

—Es una pena que seas mujer y tenga que matarte. Tú habrías logrado honrar al clan Murdock. Tienes agallas, aunque no vayan a servirte para nada.

Bridgett escupió en el suelo.

—Nunca serviría para tu clan. Eres un ser despreciable; mi madre debió matarte en vez de huir. Solo te mereces la muerte.

Artair la miró con odio.

—Tal vez al final sí voy a mancharme las manos —dijo, y le quitó la espada a uno de sus hombres.

Pero antes de que diese un paso, el sonido fuerte de una voz masculina lo interrumpió.

—¡Te reto a muerte, padre! Por deshonrar a nuestro clan matando a inocentes.

Artair se dio la vuelta para encararse con su hijo. Kieran se encontraba en la entrada de la tienda.

—¡¿Cómo te atreves?! —vociferó, con su espada sujeta con las dos manos.

—Has deshonrado al clan Murdock. He comunicado al rey tus hazañas. Y hoy me ha llegado una misiva de él dando por válido este duelo. Si no lo aceptas, serás desterrado del clan.

Artair apretó sus labios con rabia.

—Eres un desagradecido.

Dio un paso hacia él y Kieran retrocedió hasta que ambos estuvieron fuera de la tienda. Entonces, Kieran sacó su espada.

—¿Desagradecido por soportar tus palizas de niño? ¿O soy desagradecido porque, a diferencia de ti, sé lo que es el honor? —escupió Kieran, con la voz tensa y cargada de odio.

Sin vacilar, Artair atacó. La punta de su espada trazó una línea mortal en el aire. Kieran levantó el arma y consiguió desviar el golpe; el metal cantó al chocar.

El campamento se quedó en silencio, solo interrumpido por el ruido de acero. Bridgett había salido de la tienda, pero aún sostenía la daga en una mano. Repentinamente, notó cómo unos dedos agarraron su mano libre y la apretaban: giró la cabeza para ver a Fiona. La joven lucía asustada, como si no entendiese nada de lo que estaba pasando. Bridgett le apretó la mano.

—¡Te di menos golpes de los que te merecías! —exclamó Artair —. Eres débil, pero eso fue culpa de tu madre. Mi padre me obligó a casarme con esa mujer inservible que no hizo nada bueno en su vida. Ni un hijo del que sentirme orgulloso me dio.

Kieran apretó los dientes.

—No vuelvas a nombrarla —dijo con voz baja y contenida, pero cargada de furia.

Esta vez, fue él quien atacó. Se lanzó con un rugido que brotó desde lo más hondo de su garganta, con la espada brillando bajo la luz gris del atardecer. Ciaran, aunque envejecido, era un guerrero

experimentado y logró bloquear el golpe con fuerza. El choque del acero resonó en el aire como un trueno.

Durante varios instantes solo se oyeron los zumbidos de las espadas, el roce del metal y el jadeo entrecortado de ambos. Ciaran contraatacó con la fiereza de quien se niega a ceder terreno, pero Kieran ya no era el muchacho que solía temerle. Se movía con agilidad, con determinación, empujado por años de ira contenida.

—¡Nunca fuiste digno del nombre Murdock! —gritó Artair, lanzando una estocada directa al pecho de su hijo.

Kieran giró el cuerpo con rapidez y la hoja le rozó el hombro, abriendo un tajo leve. El dolor le dio fuerzas. Aprovechó el impulso, giró sobre sí mismo y atacó con un golpe descendente que hizo retroceder a Artair.

El sonido del metal se mezclaba con el silbido del viento. Ciaran intentó un nuevo ataque, pero su respiración era cada vez más pesada. Kieran lo vio vacilar, dio un paso al frente y desvió la espada con un golpe seco. El arma del padre salió despedida, clavándose en el suelo unos metros más allá.

Artair lo miró, jadeante, los ojos encendidos de orgullo herido.

—¡Vamos, acaba lo que empezaste, cobarde!

Bridgett pensó que Kieran le daría la oportunidad de rendirse, pero él acercó la espada al pecho de su padre.

—Soy muchas cosas, padre —dijo, con la voz fría—. La mayoría, gracias a ti; pero cobarde no es una de ellas.

Un instante después, clavó la espada en su pecho. Artair apenas tuvo tiempo de mirarle; su cuerpo cayó sin fuerza.

Kieran se volvió y encaró a los hombres reunidos en el campamento, la respiración todavía agitada por el esfuerzo.

—¡Ahora, soy el laird! —declaró con orgullo—. He ganado este duelo a muerte y cuento con el apoyo del rey Guillermo. Los que no me juren lealtad, que huyan como los cobardes que son.

Los guerreros Murdock que se encontraban en el campamento, uno a uno, le juraron lealtad.

Bridgett sintió cómo Fiona le apretaba la mano con más fuerza y solo entonces cayó en cuenta de que la joven seguía a su lado.

—¿Estás bien, Fiona? ¿Kieran te ha hecho daño?

—No, él me trajo al campamento porque me hice daño con una rama en el pie. Me dejó con la curandera del campamento en una de las tiendas. Ella estaba curándome cuando escuché los gritos. Yo... —balbuceó— no entiendo…

—Bridgett, Fiona, ¿estáis bien? —les interrumpió una voz masculina que las dos conocían muy bien.

Rowan descendió de su caballo, seguido por Archer. Aunque este último se quedó quieto al ver el cuerpo sin vida de Artair Murdock.

—Estamos bien, Rowan —le respondió Bridgett, tratando de calmarlo—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Kieran Murdock envió a uno de sus hombres con una misiva. Decía que Fiona y tú estabais aquí. Su guerrero nos ha guiado hasta el campamento.

—Todos me habéis jurado vuestra lealtad. Es momento de regresar al clan —proclamó Kieran con voz potente, alzando su espada.

El grito hizo que Rowan se volviera hacia él. Solo entonces vio el cuerpo sin vida de Artair Murdock tendido en el suelo.

—No sé qué ha sucedido aquí —murmuró Archer, observando la escena con el ceño fruncido—, pero debemos averiguarlo de inmediato.

Rowan asintió, aunque su atención se desvió al ver a Fiona temblar como una hoja. Bridgett, en cambio, mantenía el rostro sereno, pero él bien sabía que estaba conteniendo las lágrimas por pura fuerza de voluntad.

—Quédate tú —le ordenó a Archer—. Asegúrate de que Kieran nos da todas las explicaciones que necesitamos. Yo llevaré a mi prometida y a mi hermana de vuelta a la fortaleza.

Archer asintió sin dudar.

Rowan sabía que, como laird, debía permanecer allí, pero confiaba plenamente en su segundo. Pese a que era el líder de su clan, ante todo era hermano y prometido. Y en ese momento, ambas lo necesitaban más que nadie.

Capítulo 31

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Bridgett a Rowan, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y saltando de la cama en la que estaba sentada para ponerse de pie.

En cuanto Rowan las hubo dejado a ella y a Fiona en la fortaleza y se aseguró de que ambas estuvieran a salvo, regresó al campamento de los Murdock.

Bridgett había pasado la noche en la alcoba de Fiona junto a ella, compartiendo la misma cama, mientras Epselth y Shorna dormían en unas mantas extendidas en el suelo. Ninguna de las dos había querido dejarlas solas.

Y Bridgett no podía estar más agradecida con ella. No podía desear mejores amigas.

Por la mañana, las dos se habían marchado a sus cabañas con sus padres, y cuando Sven había llamado a la puerta, preocupado por Fiona, esta le había pedido a Bridgett que los dejase solos. Ella no estaba muy contento con ello, pero había respetado la decisión de su amiga. Sobre todo, porque Sven parecía muerto de la preocupación.

Así que regresó a su alcoba esperando la llegada de Rowan, pero no esperaba lo que él le estaba diciendo.

—Kieran no tiene razones para mentir. Es más, si lo hace, el rey puede dar el duelo por traición y condenarlo a muerte.

—Entonces, Amelia está viva —dijo Bridgett, sin terminar de creérselo—. ¿Y dónde está?

—Kieran no lo sabe. Él pagó al mercenario a espaldas de su padre para que se la llevase, pero no la matase. Kieran la vio hace unas semanas; ella estaba viva, sana y feliz. Pero le dijo que no estaba preparada para regresar.

—Él miente —espetó Bridgett.

—Kieran me dio esto. Tu hermana se lo entregó para que te lo hiciese llegar.

Solo entonces Bridgett reparó en el pergamino que Rowan sostenía. Lo tomó con manos temblorosas y, al desenrollarlo, el aire se le quedó atrapado en la garganta. Reconoció de inmediato la caligrafía elegante y precisa de su hermana.

«Hermanita:

Nunca te lo he dicho, pero siempre te he envidiado. Eres valiente, decidida y aventurera, mientras yo era una cobarde que se conformaba con la vida que otros habían decidido para ella.

Pero eso ha cambiado. Por primera vez, quiero vivir mi propia aventura, quiero ser valiente a mi manera.

Por favor, no me busques. Te prometo que iré a verte cuando esté preparada.

Te quiere tu hermana, la estirada, Amelia».

—Es de ella —dijo Bridgett. Sus ojos se humedecieron mientras arrugaba el pergamino entre sus dedos. —En privado, siempre me llamaba *hermanita* y yo la llamaba *estirada*. —Se limpió una lágrima que caía por su mejilla con el dorso de su mano y después le entregó el pergamino a Rowan para que pudiera leerlo.

—Enviaré hombres para que la busquen —decidió Rowan—. Kieran cooperará.

—No —lo interrumpió Bridgett, negando despacio con la cabeza —. Si ella quiere vivir su aventura, debemos dejarla hacerlo. No me gusta que corra peligro, pero Amelia tiene razón: aunque se equivoque, debe decidir su propio camino.

Rowan dejó el pergamino sobre la mesa.

—Si es eso lo que deseas...

—En mi deseo de protegerla, de alguna manera le he dicho lo que tenía que hacer; nunca la he dejado ser libre. Y ella se merece serlo.

Rowan asintió.

—He enviado a uno de mis hombres en busca de tu padre para informarle de las buenas nuevas. Espero que, esta vez, al menos le reciba.

Bridgett suspiró con cansancio.

—Ahora mismo no quiero hablar de mi padre. Él tiene mucho que explicarme.

Se llevó una mano a la cabeza; el dolor aún era punzante.

Rowan acortó la distancia entre ambos y la observó con preocupación.

—¿Te duele? —preguntó con suavidad.

—Un poco —admitió ella.

—Si ese bastardo no estuviera muerto, lo mataría yo con mis propias manos —gruñó Rowan.

—Recibió su merecido. Solo espero que Kieran sea un buen laird —dijo Bridgett—. Tengo que vestirme, las chicas deben estar esperándome en el campo de entrenamiento.

Rowan la miró como si hubiese perdido la razón.

—No vas a ir, Bridgett. Necesitas descansar.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —replicó Rowan, empezando a desvestirse.

—¿Ah, no? ¿No estoy bien para entrenar, pero sí para yacer contigo? —preguntó ella, alzando una ceja con ironía.

Él soltó una carcajada.

—Por muy provocativa que estés con ese camisón, no he dormido en toda la noche. No estaría a la altura, y tú necesitas dormir.

Bridgett suspiró, pero sabía que tenía razón. Se metió en la cama, y Rowan, completamente desnudo, la siguió. Tiró de la manta y los cubrió a ambos.

Ella se acomodó en su pecho, buscando su calor.

—No imaginaba que dormirías con un camisón tan femenino.

Bridgett levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Soy una mujer, Rowan.

—No lo he dudado ni un instante, brujilla —replicó él con una sonrisa.

Acercó su rostro al de ella, y se besaron. Fue un beso profundo, sereno, sin prisa. Un beso que hablaba del amor que los unía.

—Debes descansar —murmuró Rowan cuando se separaron.

—Tú también, laird —respondió ella con una sonrisa somnolienta—. Debes estar descansado para nuestra boda esta tarde.

Él frunció el ceño.

—¿No quieres tiempo para prepararla?

—Lo único que necesito para ese día eres tú, Rowan. Todo lo demás es solo ruido.

Él sonrió, acariciándole el cabello.

—Entonces, esta tarde serás mi esposa.

Ella sonrió y se acomodó de nuevo en su pecho, sintiendo el ritmo firme del corazón de Rowan bajo su mejilla.

Bridgett cerró los ojos.

Pensó en todo lo que habían superado: las mentiras, el miedo, la pérdida, y en cómo, pese a todo, había encontrado el amor en el hombre menos esperado.

Esa tarde se convertiría en su esposa, pero en su corazón ya lo era desde mucho antes.

Sonrió antes de que el sueño la venciera, con la certeza tranquila de que, por fin, había encontrado su verdadero hogar.

Epílogo

Hacía dos meses que Bridgett se había casado con Rowan. Había sido el día más feliz de su vida, aunque, en el fondo, y pese a no haber querido reconocerlo, había necesitado a su familia.

Ahora, su padre y su hermano se encontraban en el gran salón del clan Fraser, del cual ella era ya señora. Su padre daba buen uso a la comida, mientras que su hermano observaba a todos con recelo, sin terminar de relajarse entre tanto escocés. Aun así, Bridgett se sentía dichosa de tenerlos allí.

Solo faltaba Amelia.

Su hermana aún no había decidido regresar, aunque le había enviado una misiva para felicitarla por su boda. Saber que estaba viva y feliz bastaba, por ahora.

La noche anterior, Bridgett había conversado largamente con su padre. Él le explicó que había sido idea de Muireall no contarles toda la verdad; no hasta que fuese necesario. Él había aceptado, pues no quería que juzgasen a su madre. Y Muireall les había dicho que procedía del clan MacDuff, ya que era un clan pequeño, poco conocido, y sería más fácil mantener esa mentira piadosa.

Bridgett nunca juzgaría a su madre. Ella fue valiente por huir de su hermano tirano. Tal vez fue egoísta al desviarse del camino recto al encontrar el amor, pero buscó la manera de paliar su error. Y lo consiguió, ya que el clan Fraser no solo no había desaparecido, sino que brillaba con más fuerza que nunca.

Los habitantes del clan estaban empezando a confiar en Rowan y habían aceptado de buen grado el matrimonio con ella. Y también la aceptaban a ella.

No, Bridgett no podía estar enfadada con su madre. Porque el amor, a veces era egoísta, a veces era caprichoso, pero siempre merecía la pena. Eso era algo que había descubierto gracias a Rowan.

El gran salón estaba rebosante de invitados, ya que estaban dando una fiesta en honor a su padre y a su hermano. Bridgett, al

principio, pensó que los miembros del clan estarían recelosos de dar una fiesta para ingleses, y así fue, pero en cuanto la bebida y la comida empezaron a fluir, se olvidaron y hasta algunos de ellos charlaban animadamente con su progenitor.

El crepitar del fuego en la gran chimenea se mezclaba con el sonido de la música: gaitas, tambores y el dulce lamento de una flauta celta llenaban el aire con una melodía alegre y ancestral.

—Voy a decirles que toquen la melodía del clan —dijo Espelth.

Shorna y Fiona la acompañaron, dejándola sola.

En los últimos meses, Fiona había recuperado su alegría habitual, aunque Bridgett a veces la sorprendía triste y pensativa.

—¿Vas a bailar? —le preguntó Rowan, acercándose a ella con esa media sonrisa que siempre lograba desarmarla.

—Si puedo evitarlo, no —respondió con una carcajada—. Pero dudo que esas tres —señaló a sus tres amigas— me lo permitan por mucho tiempo.

—Entonces, permíteme ser tu excusa.

Antes de que Bridgett pudiera responder, Rowan tomó su mano y la condujo fuera del salón. Bridgett creyó que pretendía guiarla hasta el patio o a las almenas, pero Rowan la llevó hasta la sala de estrategias. Cerró la puerta tras ellos y se volvió hacia ella, con una expresión tierna.

—¿Qué tramas, laird? —preguntó Bridgett, con una ceja alzada.

Rowan no respondió enseguida. Caminó hasta la mesa de roble y tomó algo cubierto con un paño oscuro. Lo alzó y lo colocó ante ella.

—Esto es para ti.

Bridgett retiró el paño y sus ojos se abrieron con asombro. Era una espada. No grande ni pesada, sino perfectamente equilibrada, forjada a su medida. En la empuñadura, grabado con delicadeza, se leía su nombre: Bridgett Fraser.

—Es… preciosa —susurró, tocando la hoja con reverencia.

—No es un adorno, brujilla —dijo él, acercándose—. Es una promesa: la de que nunca tendrás que renunciar a quien eres, ni siquiera siendo mi esposa. Eres una guerrera, y quiero que sigas siéndolo.

Bridgett alzó la vista y lo miró con los ojos brillantes.

—Y tú, laird, eres un hombre extraordinario.

—Solo gracias a ti, brujilla. —Rowan tomó el rostro de Bridgett entre las manos—. Tú me haces mejor.

Bridgett no respondió, pues no hacía falta.

Sus labios se encontraron en un beso profundo, sereno, lleno de amor.

Porque si algo tenían claro ambos, era que su amor podía con todo: era capaz de superar cualquier obstáculo y de sostenerlos en cada paso de su vida juntos.

Redes sociales

Instagram: lexi_thurman03